



UN
DIARIO
PARA
TÚ

ENEIDA WOLF

UN DIARIO PARA JO

ENEIDA WOLF

Para Albert y su “jamón, jamón”.

I. ENERO

8 de enero

Gorda. GORDA. Son las palabras que leo escritas en un mensaje. Y se refiere a mí.

No debí de haber leído ese maldito mensaje, es de un chat privado y yo no soy una de las partes implicadas. Pero Travis, que sí lo es, se lo había dejado abierto en mi ordenador y al desbloquear la pantalla lo he visto.

No soy cotilla, pero sin querer he leído mi nombre e instintivamente mis ojos se han puesto a leer. En mi defensa diré que leo increíblemente rápido.

Es una conversación privada entre Travis, mi novio, y su mejor amiga Lilian. En resumen, Travis decía que no sabía cómo decirme, delicadamente y sin que me sienta mal, que no estaría mal que me quitase esos tres quilos de más que me sobraban. Lilian le aconseja que lo haga sutilmente, como quién no quiere la cosa.

Estoy gorda y no lo sabía. Me entran ganas de llorar a moco tendido, y termino haciéndolo porque se me encienden las mejillas y puedo notar cómo los ojos se humedecen. Sin saber muy bien qué hacer, cierro el mensaje y apago el ordenador, antes de que empiece a leerlo en bucle y acabe volviéndome loca.

Me levanto de la silla e instintivamente voy hasta el espejo de cuerpo entero que tengo en el dormitorio.

Alta, llego a metro setenta. Recorro con mi mirada desde las pantorrillas desnudas pasando por los muslos. Sí, desde luego hay mucha diferencia con los que suelen tener las modelos. Y algo de barriga. Suspiro, porque la peor parte está por venir al girarme y posar los ojos en mi trasero, propenso a ensancharse.

He engordado sin darme cuenta. Travis sí, y no quería herir mis sentimientos. Lo que no entiendo es por qué se lo ha tenido que decir a Lilian. Ahora entiendo esa mirada que me echó cuando, antes de ayer fuimos a comer los tres y al pedirme un *coulant* de postres me observó frunciendo el ceño. Pensé que era envidia al no habérselo pedido ella, pero ahora sé que debía pensar: se está zampando un postre de chocolate en vez de ponerse a dieta.

La ansiedad se apodera de mi respiración y vuelven las ganas de llorar.

No lo había pensado antes. Puede que, de forma normal, como suele pensarla la gente, pero también deseas tener la nariz de Julia Roberts, o los labios de Angelina Jolie o el cuerpo de Catherine Zeta-Jones. Pero de ahí a considerarme gorda, nunca.

Deben de haber sido los dulces de navidad, siempre acabo empachándome. Volver a la rutina hará que vuelva a mi estado natural. Camino hasta la cocina, no tengo ganas de comer. Se me ha formado un nudo en el estómago y no hay manera de que desaparezca. Decido volver al salón, abriendo la televisión y poniendo *Shakespeare in love*. Es mi película favorita desde la primera vez que la vi.

Licenciada en literatura inglesa, he terminado trabajando en una revista de moda. Al principio confieso que me sentí un poco como Andy al entrar a trabajar con Miranda Priestly en *El diablo se viste de Prada*, ya que todos los que trabajan allí son estilosos y van a la última. Yo no.

Pero si tengo que estar en la oficina desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde, prefiero no tener que sufrir dolor de pies así que sustituí los tacones por las zapatillas. Tampoco me va ir embutida, por lo que todas mis prendas suelen ser una talla más de la que me tocaría.

Siendo realistas, a nadie le importa cómo vistas. Mis artículos suelen ser algo más profundos, hablo de los nuevos hoteles, restaurantes, películas o libros que ver, incluso sentimientos. La parte de tendencias no es lo mío, pero

tampoco me contrataron para eso. Debería buscar otro trabajo, en algún periódico más serio, pero hay muchas razones por las cuales no lo hago.

La primera es que no soy tan buena, y para que me rechacen una y otra vez, prefiero quedarme donde estoy. El redactado de un periódico es mucho más complejo, aunque también las noticias lo son más. Y fascinantes y entretenidas. Dios, me encantaría hacer periodismo de investigación en vez que hablar sobre las propiedades del tomate o cómo ser la anfitriona perfecta de una fiesta.

La segunda es que no estoy hecha para trabajar en un ambiente hostil, y el mundo de la prensa escrita puede ser tremendamente arrollador. Al menos en la revista la gente finge que le caes bien, creo que en un periódico me tirarían el café por encima sin miramientos. Soy consciente de que mi personalidad no es fiera ni atrevida, no estoy hecha para ascender como un cohete ni tengo descaro ni desfachatez.

Y finalmente la tercera es que ya tengo una edad. Casi treinta años y llevo trabajando en la revista desde que a los veintitrés terminé la carrera. No tengo otra experiencia más allá de esto.

Cuando termina la película, cierro la televisión y me voy a dormir. Mañana será otro día.

9 de enero

Que mi hermana me hubiese regalado ese diario, ahora es una bendición. Y mira que cuando lo abrí, pensé que era un regalo extraño, pero por supuesto, no se lo dije.

Su explicación fue: sale en la película de *El diario de Bridget Jones*, y al final ella es feliz. Prueba.

Le dije que antes de película era un libro, y que además era una moderna adaptación de *Orgullo y prejuicio*, y a más inri Bridget y yo no nos parecíamos en nada. Pero visto lo visto, parece que a las dos nos sobran algunos quilos de más.

Mi hermana Alison es la persona más extravagante que existe, o al menos que yo conozco personalmente. Suelen decirnos que somos opuestas y tienen razón.

Porque Alison siempre dice lo que piensa, no se calla ni debajo del agua y es propensa a enzarzarse en discusiones eternas cuando alguien le lleva la contraria. Tampoco se parece a mí físicamente; morena de grandes ojos oscuros, heredó las facciones algo más marcadas de mi padre mientras que yo saqué los ojos verdes de mamá y su cara de modelo de los años sesenta, aunque la piel pecosa de papá.

Esta mañana cuando he llegado a la oficina, quise entrar en el ascensor abarrotado de gente, pero una chica que estaba dentro me ha mirado de arriba abajo y luego he podido ver cómo leía en la parte derecha del ascensor el peso que aguantaba. Así que he desistido de entrar. Dios, ¿tanto he engordado?

He subido por las escaleras, son sólo cinco plantas por lo que es soportable. Pero esto no ha sido lo peor, el día solo estaba empezando.

Regina Lohan, que casualmente es amiga de Lilian, ya estaba delante de mi cubículo esperándome. Sus grandes ojos color casi turquesa se iluminaron al verme. Es con quién tengo más confianza en la revista, tuve suerte de que Lilian me la presentase. Ella sí que parece una modelo, tiene unas piernas larguísimas y siempre lleva tacones. No como yo.

—Jo, alerta máxima. Tenemos una reunión en cinco minutos —dijo poniéndome nerviosa.

—¿De veras? ¿Reunión de qué?

—No lo sé, pero sospecho que es por culpa de Frederick Ross.

Nadie soportaba a Frederick Ross desde que lo habían trasladado de Los Ángeles a Londres. Sustituía al anterior jefe de redacción, el señor Stuard, que se había jubilado a finales del año anterior. Americano, tenía un acento bastante entendible y una voz melosa.

—No es tan raro que hagamos reuniones, ¿no? —pregunté.

—Pero no tan seguidas. Con el señor Stuard, esto no pasaba —se quejó mientras íbamos hasta la sala de reuniones.

Nunca había hablado con Frederick Ross desde que había llegado, al menos directamente. Suelo ser invisible y lo prefiero, destacar nunca ha sido lo mío. Si tengo que ser el centro de atención, me pongo nerviosa, a veces hasta tartamudeo y se me encienden los colores.

Me senté al lado de Regina, y esta a su vez lo hizo al lado de Monique, con quién tiene también muy buena relación. A veces salen a tomar algo en el bar que hay debajo de la oficina o quedan para ir a hacerse las uñas. Supongo que nunca me lo han pedido porque saben que soy bastante extrovertida y les diría que no. Aunque en realidad haría un esfuerzo e iría con ellas, pese a sentirme incómoda y que suelen excluirme de la conversación.

Frente a mí se sentó Erica Stanford, con una expresión algo turbada. Erica siempre me ha parecido la chica más guapa de la oficina, tiene un cabello pelirrojo larguísimo y una piel pecosa preciosa. Es muy estilizada y destila personalidad y estilo. Pero también tiene mucho carácter y malas pulgas. Regina suele hablar mal de ella y sé que no nos tiene en mucha estima.

—Buenos días. He convocado esta reunión para hablar sobre el contenido del mes que viene —empezó a hablar Frederick.

—Creía que ya lo teníamos todo hablado —interrumpió Regina.

Frederick permaneció impasible, se subió las gafas de pasta y respondió.

—El contenido es basura —no elevó la voz, sino que lo dijo con una calma

asfixiante.

En secreto, Frederick no me disgustaba. Las pocas veces que había estado en alguna reunión con él, había sido directo, contundente y preciso. Me gustan las personas que van de frente y dicen las cosas sin rodeos. Pero parecía que nadie más opinaba lo mismo, así que nunca digo nada.

—Yo tengo una propuesta —dijo Regina, quería monopolizar la reunión, supuse que para dejar a Frederick en ridículo—. La dieta de la piña ha vuelto a ponerse de moda, podríamos hablar sobre ella.

Si a Frederick le gustó o no, no lo supimos porque no hizo ninguna expresión.

—¿Tienes alguna propuesta?

Casi se me paró el corazón cuando vi que la pregunta iba dirigida a mí, a mi persona. Tragué saliva y asentí. Tenía que hablar, decir algo. Por supuesto que tenía ideas, tenía miles de ideas, sólo tenía que escoger la más adecuada.

—La exposición de Degas en el Museo Británico. Creo que va a estar tres meses hasta que vuelvan a París —dije en un hilo de voz.

Todo un logro que no hubiese tartamudeado. Regina soltó una risa nerviosa.

—Bueno, supongo que el arte tiene su público, pero... —empezó a decir.

—Me gusta —Frederick Ross habló, cortándola—. Regina, tú y Monique poneros con lo de la dieta. Jo, conmigo con lo del museo. ¿Cómo va el reportaje con el doctor ese, Erica?

—Sobre ruedas, jefe —respondió ella.

—Frederick, Jo y yo siempre trabajamos juntas —se quejó Regina, malhumorada.

—Ahora ya no. Jo, búscame la información sobre la exposición y mañana nos reunimos.

Asentí, casi temblando. Porque era cierto, Regina y yo casi siempre hacíamos juntas los artículos o colaborábamos. Y ahora tendría que trabajar con el jefe.

La verdad es que no sé qué voy a hacer mañana cuando le tenga de frente.

Después de la reunión, Regina parloteó durante el resto del día sobre lo ogro que era Frederick, lo estúpido que era y me compadeció otra media hora más. Cuando he vuelto a casa, he leído un mensaje de Travis diciéndome que estaba bastante liado y que no vendría a cenar como dijimos. Travis trabaja en publicidad, en el departamento de marketing de una gran empresa. Tuve mucha suerte de conocerlo, es todo lo que espero de un hombre, buena persona, atento y que me quiera.

Puede parecer que sea fácil de complacer, pero no me gusta complicarme la vida. A diferencia de Alison, soy realista y no aspiro a míster perfecto. Básicamente, porque no existe. Míster perfecto sería alguien atractivo para mí, pero no demasiado porque la belleza en exceso me hace sentir incómoda. Alguien con quien puedas hablar durante horas y no te aburras y nunca haya silencios incómodos. Me gustan los silencios en los que hay confianza, son lo mejor que hay en este mundo y difíciles de adquirir. Que le guste leer tanto como a mí, ir al cine los domingos por la noche y el teatro. *Picadilly Circus* está siempre a rebosar los viernes, para ver los espectáculos que ponen.

Travis es un buen hombre, tiene sus manías como todos, pero, como he dicho, el hombre perfecto no existe. Alison, sin embargo, no está de acuerdo con eso. Dice que no piensa salir con nadie de quien no esté profundamente enamorada. Lo curioso es que sí salió con algunos, Kevin en el colegio, un amor tormentoso y destructivo, le rompió el corazón, Fernando, un chico español que conoció durante su intercambio en Lisboa, pero la relación a distancia no funcionó, y Kay, de quien sigue colada.

Tengo mucha hambre, pero visto lo visto, creo que cenaré un yogur y me iré a dormir. Al menos puedo escribir mis pensamientos sin temor a ser juzgada y sin que nadie me los reproche. Tengo que darle las gracias a Alison por el regalo.

10 de enero

En cuanto pongo un pie en la oficina, noto la mirada de Regina que me observa de arriba abajo. No es agradable que te escruten de esta forma. Creo que me sobresalgo y la miro confundida.

—¿Te has puesto una blusa nueva? —pregunta acercándose a mí con los brazos cruzados.

—No, digo, sí, me la regalaron por navidad. ¿No te gusta?

Fue un regalo de mis padres, blanca, con botones y muy sencilla. Lo único que no me acababa de gustar es que me viene justo a la medida, pero mi madre había perdido el ticket así que no pude cambiarla.

—No está mal. ¿Te la has puesto para impresionar a Ross?

—N-no, claro que no.

Su tono intimidatorio no me gusta, pero me callo.

—No creo que tarden en despedirlo, sus ideas sí que son basura. Cuando acabes con él, ¿podrías repasarme la información de la dieta por favor? No soporto trabajar con Monique, es malísima con la ortografía.

Como ella, pero también me callo.

—Claro, envíamelo.

Me siento en mi sitio, es un pequeño refugio donde tengo mi espacio íntimo y personal. Está perfectamente ordenado, impoluto. Unos cuantos bolígrafos y marcadores en el lapicero, la libreta para apuntar ideas, el ordenador y la impresora. También tengo un pequeño cactus, es fácil de cuidar y le da un toque a la mesa.

Busco el archivo donde tengo toda la información y la imprimo a toda prisa, además de las ideas apuntadas en la libreta.

—Jo, ven a mi despacho —oigo cómo Frederick me llama desde el pasillo.

Como si tuviese un cohete en el culo, me levanto de la silla cogiendo los papeles y voy hasta allí. Respiro hondo, llamando a la puerta. Siempre hay que llamar antes de entrar, pero parece que a él eso le moleste un poco y me hace pasar.

Su despacho es amplio, muy sencillo e impersonal, con las paredes blancas y todo el mobiliario, negro. Parece que haya entrado en una realidad paralela en blanco y negro. Qué nervios, no puedo meter la pata, no puedo hacer que me despidan.

Me siento torpemente e incómoda en la silla de delante del escritorio. La camisa entallada me aprieta, no sé por qué leches me la he tenido que poner precisamente hoy, si encima los quilos me sobran. No puedo tocarme el cabello porque lo llevo recogido en una coleta así que me limito a apretar el bolígrafo. Gracias a dios que los *Bic* son a prueba de manoseos nerviosos.

Frederick alza la mirada hacia mí, dándome cuenta de que detrás de sus gafas sus ojos son oscuros. Muy oscuros, igual que dos diamantes negros e igual de brillantes. Me intimidan, la verdad, pero son bonitos. Los leones también son bonitos y preciosos hasta que los tienes a medio metro y se lanzan a tu yugular.

—¿Te encuentras bien? —pregunta.

Leches, sabía que se daría cuenta de que algo raro me está pasando. Pero no me pasa nada salvo mi nerviosismo habitual y mi timidez.

—Sí. ¿Empezamos? —incentivo a que centre la atención en otra cosa que no sea en mi persona.

—Por favor. Explícame lo de la exposición.

—Es una exposición itinerante que ha cedido el museo de Orsay de París, de ciertas obras de Degas. Es un pintor de principios del siglo veinte, impresionista, aunque él renegaba de la técnica, y sobre todo refleja el respeto por los clásicos, no se aparta de ellos como los demás impresionistas. Pintó

escenas sobre la vida parisina, son las que se han enviado en la exposición.
¿No ha oído hablar de las bailarinas de Degas?

—Sí. Y no me hables de usted, me hace sentir viejo.

Es un comentario absurdo, pero me sonrojo. Soy de las que se sonrojan por todo, si me paran por la calle me sonrojo, si me das el cambio puede que me sonroje. El sonrojo es una extensión de mí misma, sobre todo con desconocidos, y Frederick es un desconocido, aunque le hable de tú.

—Perdón —digo por costumbre.

—¿Por qué?

—Por llamarte de usted.

—No es tan grave como para que me pidas disculpas.

—Oh, lo siento —respondo azorada.

—¿Y ahora por qué te disculpas?

Creo que me va a dar un ataque al corazón, porque se me ha disparado. Leches, no puedo parar de disculparme.

—No lo sé. En realidad, Degas era un personaje extraño, muy clásico y conservador. Dicen que despidió a una modelo porque se enteró que era protestante.

—¿Cuál es tu favorita?

—Yo... ensayo de ballet —respondo sin pensar.

Este hombre me pone más nerviosa de lo normal.

—¿Por qué?

—Es gracioso ver a las bailarinas durante el ensayo, las primeras filas todas atentas y entregadas, y las de atrás distraídas. Un poco como volver al colegio.

No puedo creer que le esté explicando el cuadro que tengo colgado en el comedor. Falso, pero lo tengo.

—Tú eras de las de primera fila, ¿no? —pregunta sin cambiar su expresión.

—Yo... sí —digo, incapaz de mentir.

—El lunes iremos a la exposición, y allí tomaremos notas. Un día con Degas se llamará, ¿qué te parece?

Parpadeo varias veces. Un día no me gusta, al caso acortar el espacio temporal.

—Bien —acabo diciendo.

Hago el ademán para levantarme, pero su mano se posa sobre mi mano, deteniéndome.

—Suéltalo.

—¿Qué? —estoy desconcertada.

—Lo que estás pensando. Eres un libro abierto, la mitad de las veces se te nota lo que piensas, pero no lo dices. Así que dilo —insiste él.

—Yo... creo que sería más adecuado a la realidad poner mañana o tarde. La exposición no creo que dure tanto —no dice nada, así que estoy temiendo por mi vida—. Perdón. Ay, lo siento. Disculpa, no sé ...

No sé qué estoy diciendo, ¿puedes cerrar la boca Jo?

—Me gusta, una tarde con Degas. Es muy sonoro.

Cuando lo dice, respiro tranquila.

—Oh.

—¿Podrías buscar quién promueve la exposición entre otras cosas? Quién lo dirige, maneja etc.

—Claro.

—Bien, ya puedes irte —dice.

Me levanto ipso facto y camino hasta la puerta, aliviada. No ha ido tan mal, creo.

—Ah, Jo. La próxima vez que me digas lo siento, te despido.

Lo miro y se me hiela la sangre. Estoy abriendo la boca instintivamente para pedirle disculpas, pero me muerdo la lengua.

Iba a decirlo otra vez. Lechuguino, no tengo remedio.

13 de Enero

Creía que, volviendo a la realidad, volvería a mi peso normal, pero no ha sido así. Esta mañana cuando me he levantado y me he pesado, casi me da un ataque al ver que no solo no había sido así, al contrario, peso trescientos gramos más.

La idea de hacer dieta no me entusiasma, pero debería hacerla. Busco en internet formas de bajar peso, y la mayoría de gente dice que lo ha conseguido haciendo deporte.

Soy nula con el deporte, era la asignatura que peor se me daba en el colegio. Un día hasta me dieron un pelotazo en la cabeza y se me abrió en medio de la clase, hasta tuvieron que llevarme a urgencias y ponerme puntos.

El fin de semana ha estado tranquilo. El viernes por la noche salí con Travis porque quería ver en un bar el partido de fútbol, así que lo acompañé, aunque no entienda nada y me aburra. Pero dentro de dos semanas estrenan *El fantasma de la ópera*, el musical en el teatro y tengo muchas ganas de ir, así que no voy a poder negarme a nada para que venga conmigo.

Aquel mismo día Travis me dijo que estaba más callada de lo normal, pero es que no podía evitar pensar y darle vueltas acerca del mensaje. Me corroía por dentro, quería decírselo, pero no podía. No deja de ser una flagrante falta de intimidad y de confianza, y no quiero que se enfade conmigo.

Travis puede ser muchas cosas, pero es alguien que vale la pena. Es extrovertido, hablador y cariñoso, hace casi un año que estamos saliendo y creo firmemente que acabaremos juntos, o eso espero. Sería agradable vivir con alguien, despertarte junto a esa persona todos los días y empezar una vida

en común.

Aún es pronto para que lo haga, pero deseo que algún día me pida matrimonio. Pero solo espero que no quiera una boda grande con cientos de invitados, porque lo pasaré muy mal. Además, es lo que mamá desea por encima de todo.

Desde que tenía cinco años que me ha inculcado la importancia de encontrar a un compañero de vida y de formar una familia. Ahora que casi tengo treinta años la preocupación de mamá ha aumentado. Con Alison dice que ha perdido la esperanza y que es mejor que no tenga hijos o se los va a dejar olvidados hasta en el supermercado.

Pero yo creo que mi hermana sería una madre estupenda, liberal pero cariñosa, y muy divertida. Mamá no es divertida, no tiene sentido del humor y casi nunca se ríe. Su modelo a seguir es la princesa Ana, y ahora quiere que yo me parezca a Katherine Middelton.

A veces pienso que se casó con papá única y exclusivamente porque su familia posee un título nobiliario. Es de bajo rango, y por supuesto nadie lo usa ya a menos que seas el primo del rey o el duque de Buckingham, pero siguen viviendo en la antigua propiedad de los Fosters, una construcción de piedra que data de 1500 y pico. Pero no es muy grande, no os imaginéis nada como la casa de *Donwton Abbey*, más bien 1/3 parte y gracias.

Por supuesto mamá se obsesionó con vivir allí e hizo instalar un sistema de calefacción en las habitaciones más usadas. A veces alquilan las partes de la casa que no usan para rodar películas. Un día me confesó que las que más pagaban eran las pornográficas, y que al final decidió ceder en aras a la economía familiar. Pero que no se lo dijera a papá, que se escandalizaría. Estoy segura de que papá no haría tal cosa, y que se pasearía por el set de rodaje en más de una ocasión.

8.30: Me voy, creo que estoy lista para ir a la exposición de Degas con Frederick el temible. Bueno, no lo estoy, pero tengo que hacerlo.

Me he puesto los botines negros de piel y el traje pantalón del mismo color, en uno de esos foros he visto que el negro tiene ese efecto óptico de hacer parecer más delgada.

Llego a la entrada y busco a Frederick, que llega unos minutos más tarde, también con un traje impoluto gris y corbata azul.

—Jo, me gusta que seas puntual.

La puntualidad es una de mis pocas virtudes, pero no se lo digo.

—Gracias.

—Bien, entremos.

Nos dirigimos a la exposición de Degas y yo saco mi pequeña libreta y el bolígrafo.

—Me he puesto en contacto con Amelia Johnson, la directora de la exposición —explico en voz baja—. Me ha dicho que puede hacernos un tour y darnos algunas explicaciones sobre cómo la montaron etc.

Frederick pone sus ojos en mí. Ese hombre es muy intimidante, cada vez que hace eso se me pone la piel de gallina.

—Bien, busquémosla.

La verdad es que no sé qué aspecto tiene, he contactado con ella por mail. Pero Frederick se lo pregunta a la mujer de información y la llaman para que venga.

Aparece una mujer de unos cincuenta, muy elegante y profesional. Es muy amable, nos explica que la exposición se hizo a través de una iniciativa de museos amigos que se prestan distintas obras de arte de colecciones itinerantes para dar la oportunidad a la gente de cada país, verlas.

Al entrar en la galería y ver las pinturas, es como estar en París. Es como

entrar en un rincón de esa ciudad. Ya sé cómo enfocar este artículo, será todo de sensaciones.

Empiezo a apuntar cosas en la libreta, cuando siento la mirada de alguien. De reojo, veo que es Frederick y me detengo.

—Paris ha venido a Londres. Me gusta. Pero ¿y la esencia de Paris en Londres? —dice.

—Bu-bueno, son solo ideas. Hay que pensar mucho, modificar, escribir, editar...

—Lo sé, solo daba ideas.

—Lo sé, lo he apuntado también —añado después.

—Degas podía ser un idiota, pero sus pinturas son preciosas.

Asiento, observando cómo los colores pastel de los tutús resaltan ante el fondo gris y oscuro. Frederick Ross intimidada, pero no es malo. Está disfrutando con la pintura, lo veo en sus ojos.

Cuando terminamos de verla, volvemos a la oficina.

21.30: Estoy en casa, sola. Me he bajado una aplicación en el móvil que buscas la comida y te dice el número de calorías.

Hoy a la hora de comer he querido morirme. He tropezado con la pata de una de las sillas del restaurante donde solemos ir a comer los de la oficina. Está justo abajo, en el mismo edificio. Total, que el aceite y el vinagre de la ensalada han acabado encima de mi traje.

—¡Dios santo Jo! —ha exclamado Regina horrorizada.

Yo en ese momento me había puesto como un tomate y solo quería que la tierra me tragara.

—No te preocupes, voy a buscarte algún modelito decente. Nos envían muchísima ropa para fotografiar en la revista —ha dicho Flo, uno de los directores creativos.

Y así ha sido, pues cuando he subido de nuevo Flo estaba entusiasmado. Yo no tanto, pues seamos realistas, son tallas diminutas las que envían a la revista y mi talla es de todo menos pequeña.

Finalmente me ha embutido en un vestido azul lampante (él dijo azul eléctrico) que al menos era de un material elástico y me ha entrado. Pero he estado toda la tarde incómoda, pensando en los michelines que me salían de la barriga.

15 de Enero

10.05: Es poco profesional, pero me he traído el diario a la oficina.

10.10: No sé si tendré tiempo de escribir lo que me pasó ayer, porque Travis se quedó a dormir y no quería que viera que ahora tengo un diario, y mucho menos de que lo lea. Regina acaba de enviarme su borrador de la dieta de ¿la piña? ¿Alcachofa? Ahora lo leeré y le corregiré las cosas.

11.00: Creo que he metido la pata. Estaba concentrada rehaciendo el artículo de Regina cuando he tenido esa sensación de ser observada, así que me he girado.

Y sí, lo estaba siendo por Frederick Ross.

—Creía que te había asignado a Degas —ha dicho, en un tono escalofriante.

Creo que se me ha revuelto hasta la bilis, y he empezado a ponerme nerviosa.

—Sí, sí. Y-yo la lo tengo, bueno, el primer borrador. Te lo he enviado a primera hora.

—Lo he visto, por eso quería hablar contigo. ¿Qué haces con el artículo de Regina?

Quería volverme invisible en ese momento, pero por desgracia los súper

poderes no existen.

—Quería mi opinión —logro decir.

—¿Y por eso se lo estabas corrigiendo?

—Solo quería...ayudarla.

No dijo nada de inmediato, se tomó su tiempo.

—A mi despacho, ahora —respondió, girándose.

Pensé que iban a despedirme, que tendría que volver a vivir con mis padres y que sería una persona con riesgo de exclusión social.

Pero al entrar en su despacho y cerrar la puerta, no habló de despido.

—Jo, siéntate.

Lo hice en una de aquellas sillas psicodélicas.

—Lo siento —dije antes de que me dijera nada.

—Demonios, para de decir eso —dijo algo molesto—. Eres la mejor redactora que tengo y te comportas como si fueses la peor.

Casi me desmayé de la impresión. Yo, la mejor redactora. Tenía que ser un error, no era tan buena. No sé nada de dietas ni de moda ni de nada.

—No... —empecé a decir, pero me callé.

—Sí. Así que para de hacerle el trabajo a tu amiga, ya es mayorcita.

Me sentía igual que si me hubiesen llamado al despacho del director, aunque nunca, jamás lo hicieron en el colegio.

—Sólo quería ayudar —murmuré justificándome.

Frederick puso los ojos en blanco y dejó ir un suspiro.

—Tu artículo me ha gustado. El enfoque es perfecto, así que le dedicaremos dos páginas.

Me explicó sus apuntes de él y yo los escribí en la libreta. Tras esto, salí de su despacho.

Ahora, ¿cómo iba a decirle a Regina que no podría ayudarla?

12.00: He terminado de corregir el artículo y se lo he enviado, al fin y al cabo, no iba a tirar a la basura el trabajo ya hecho.

Luego Regina me ha pedido que, si podía revisar el de Monique, y le he dicho que Frederick me lo había prohibido. Entonces se ha enfadado. Creo que nunca nadie se había enfadado conmigo antes, salvo mi hermana, pero no cuenta porque al minuto ya se le ha olvidado.

Me siento mal y algo culpable. Quizás no debería haberle hecho caso a Frederick, pero es mi jefe y puede despedirme. Ahora Regina y Monique no me hablan.

13.00: Regina y Monique se han ido a comer sin decirme nada. No quiero bajar y comer sola en el restaurante, así que voy hasta las máquinas expendedoras de la entrada y saco un agua y un sándwich de jamón y queso.

Vuelvo a mi cubículo y como mientras escribo el diario. Ha sido una buena idea traerlo a la oficina.

Así parece que estoy trabajando cuando en realidad estoy escribiendo mi vida, pero esto la gente no lo sabe.

17 de Enero

Ayer Travis también se quedó a dormir. Tuvimos sexo, cosa que me hace pensar que, aunque esté algo gorda, sigue deseándome así que le he quitado hierro al asunto.

Pero esta mañana mientras desayunábamos, en el matinal ha salido una periodista dando una noticia.

—No deberían dejar que esta mujer diese las noticias —ha dicho Travis.

Observé a la mujer, no tendría más de treinta, cabello recogido oscuro, cutis

perfecto. No me parecía extraño.

—¿Por qué? —decidí preguntar.

—Porque ocupa la mitad de la pantalla prácticamente.

Dios, volví a mirarla. Puede que estuviese algo rellenita, pero no tanto. Y no había tanta diferencia conmigo.

Ahora estoy en una crisis existencia muy grande.

11.30: Después de una exhaustiva búsqueda, he hecho una lista de alimentos prohibidos.

- Queso (que no sea light)
- Derivados del cerdo
- Helado
- Galletas de chocolate (solo las que sean de fibra)
- Repostería y pastelería
- Chocolate (de todo tipo)
- Hamburguesas y pizza
- Alcohol en general
- Pasta y patatas

Básicamente, lo que más me gusta. Ah, y me he apuntado al gimnasio de al lado de casa. Mi apartamento no está justo en el centro de Londres, pero ¿quien vive en el centro?

12.15: Acaba de llegar una celebridad, creo que es una diseñadora de moda. Oigo por allí el nombre de Stella McCartney. Me pregunto si tendrá algo que ver con McCartney en de los Beatles.

—Es su hija —suelta una voz masculina de golpe.

No puedo creer que Frederick vuelva a estar leyendo lo que escribo a escondidas. Mi rojez habitual vuelve a mi cara y cierro el diario con rapidez.

—¿Tienes por costumbre leer las cosas ajenas? —susurro.

No puedo creer que haya dicho esto. Yo. Santa madre de Dios, ¿qué me ha pasado? Es Frederick, me pone nerviosa.

—Lo cierto es que sí. Bonito diario.

No dice nada más, y con su habitual expresión de neutralidad que me desconcierta, sigue caminando por el pasillo.

15.20: Acaban de enviarme las fotografías que han hecho de la exposición de Degas para el artículo y me encantan. Captan a la perfección el mensaje de entrar en una ciudad distinta.

Hoy Regina se ha peleado con Erica. Han discutido sobre el contenido del especial de febrero así que parece que a Regina se le ha pasado el enfado conmigo, siendo sustituida su ira hacia Erica.

Regina es así, se enfada y se molesta con facilidad, pero no es rencorosa. Está saliendo con un abogado importante y espera que este año se lo pida. Se refiere al matrimonio, por supuesto. Aunque también dijo lo mismo el año pasado y sigue estando soltera.

Ella, Lilian y Travis iban al mismo colegio, aunque Travis es dos años mayor. Lilian es como el punto de unión, pues Regina y Travis no se llevan mucho.

Al final Frederick se ha metido en medio de la pelea y ha dicho que mañana haremos una reunión sobre el tema.

22.05: Mi hermana ha venido a visitarme.

En realidad, dice que ha venido a pedirme consejo, pero solo quiere desahogarse.

Se sienta en el sofá tapándose con la manta gustosa.

—Ay Jo. No sé qué hacer —suspira, pesarosa—. Créeme, yo le quiero. Le quiero con locura, lo digo en serio. No puedo pensar, no puedo dormir y

tampoco puedo concentrarme pensando en él. Pero ha sido un idiota.

Por supuesto, habla de Kay. Últimamente no hace otra cosa que hablarme de Kay y de su relación tormentosa.

—Quieres perdonarle, pero no puedes —resumo.

—¡Exacto! Bueno, eso y que ahora mismo está de gira en Colorado. Quién sabe dónde está eso.

—Estados Unidos, es donde está el Gran Cañón —informo.

—Sí, eso, recuérdame lo cañón que está. Tengo debilidad por los músicos.

Alison cuando era una adolescente se convirtió en lo que ella llamaba como una *groupie*. Iba a todos los conciertos de bandas locales de rock y se lo pasó en grande. También me dijo que había echado unos polvos estupendos y que había probado gratis la droga. Di gracias a que mi madre no sospechase nada acerca de sus vicios.

Dejó de ser *groupie* cuando entró en la universidad. Es una auténtica máquina con los números y estudió física cuántica. Yo espero que algún día pueda lograr lo de la tele transportación para que así deje de llegar tarde a todos los sitios.

—Lo sé.

—Anda Jo, ¿te has apuntado al gimnasio? —exclama, cogiendo la matrícula que me he dejado encima de la mesilla.

—Bueno, sí.

—Pero si tu odias la gimnasia —comenta extrañada.

—Lo sé, ha sido una idea estúpida, un propósito de año nuevo.

Odio ocultarle cosas a mi hermana, pero no quiero decirle la verdad. Ya le tiene suficiente manía a Travis para que sepa esto, entonces puede que se desate la tercera guerra mundial.

Pero porque Alison tiene un concepto de mí irreal. Soy su hermana mayor y se piensa que soy perfecta, cuando es todo lo contrario. Dice que Travis no me

llega ni a la suela del zapato, cosa que mamá discrepa.

—Las mujeres que van al gimnasio tienen mejor salud, está demostrado. Me parece un buen plan, Jo. Me apuntaré contigo, así no nos dará pereza ir.

—Pero si tú estás genial —exclamo.

—Las dos lo estamos, pero nunca está de más coger algo de musculatura para que en un futuro no se nos caiga el culo o las tetas.

También es un buen argumento, sí.

—¿Escribes en mi diario? —pregunta, viéndolo en la encimera de la cocina.

—Algo. Pensamientos sueltos, cosas que me preocupan.

—¿Te preocupa algo? —pregunta, apoyando la cabeza en mi hombro.

—Es el nuevo jefe de redacción, me da un poco de miedo y no sé por dónde cogerlo.

Es cierto, Frederick Ross me desconcierta. Puede pasar de darme un pavor absoluto a enervarme o a parecerme amable.

—¿En qué sentido?

—No es un ogro, aunque la gente de la oficina lo tienen como tal. Puede que al ser americano le tengan algo de tirria.

—Pero ¿te llevas bien con él?

—No me llevo mal. Ya sabes que a mí me cuesta horrores ser normal con la gente.

—Haz lo que siempre te digo, imagínatelos desnudos —dice tan campante.

—No puedo imaginarme desnudo a Frederick, me moriría de la vergüenza.

Frederick Ross desnudo.

Por la anchura de sus hombros tiene que tener una espalda ancha. Y pelo en los pectorales. Oh Dios, ¿en qué estoy pensando?

—Que sea un viejo arrugado puede que no ayude, la verdad.

—No es viejo, es un poco mayor que yo, pero no demasiado —respondo pensando en la edad que tendrá Frederick Ross.

—Oh, entonces mejor que no.

—¿Por qué no?

—Porque entonces te pondrías cachonda.

Me atraganto con la saliva y acabo tosiendo levemente.

—Yo no me pongo cachonda. No es tan atractivo —me quejo.

—Pero es atractivo —continúa mi hermana.

A veces puede ser demasiado insistente en ciertos temas.

—No lo sé, nunca lo he mirado con otros ojos que no sean de los de jefe.

—Lo que tú digas. Anda, ponme esa película que tanto me gusta.

—¿*Mucho ruido y pocas nueces*?

Es su película favorita de las que tengo de adaptaciones de Shakespeare.

—Esa. Me encanta como Emma Thompson y Kenneth Branagh se pelean y se desean.

En cierto modo, la entiendo. A mí también me gustaría sentir esa pasión que sienten el uno por el otro. Puede que al principio la canalicen de una forma errónea, pero luego se dan cuenta y tienen una bonita historia. Qué decir, William Shakespeare era un genio.

20 de Enero

Hoy he soñado que corría y corría, no sé por qué, y que no podía parar de correr. Me he despertado con una ansiedad bestial, y casi sin aliento. Creo que es porque hoy que quedado con mi hermana para ir al gimnasio por primera vez.

9.25: Hace un momento Regina me ha dicho si quería participar en el regalo de Lilian conjunto para su cumpleaños.

No sabía que Lilian hacía una fiesta, es decir, no me extraña porque es su treintavo cumpleaños. Pero Travis no me ha dicho nada. Y es este viernes. Es un poco despistado así que no me extraña nada.

9:40h: La reunión sobre el especial del mes ha sido un poco rara.

Todo ha empezado en la sala de juntas, como siempre, peleándose sobre quién lleva la voz cantante.

—No somos el departamento de moda, Regina, hay que ser un poco más originales —decía Erica, enfadada.

—Pero es una revista de moda —recalcó Regina.

—No, es una revista de tendencias, no de moda —contraatacó Erica.

—Basta —las interrumpió Frederick—. Explicad vuestras propuestas y entonces decidiremos.

Regina carraspeó y empezó a deleitarnos con la última tendencia, vuelta a los sesenta. Por supuesto, yo estaba haciendo memoria de las películas de los sesenta para averiguar cuáles eran esas tendencias. *El graduado* o *Lolita*, por ejemplo.

—No creo que leer sobre la moda de los años sesenta sea tan entretenido como hacerle un reportaje a Millie Bobby Brown, la niña de *Stranger Things*.

Había leído algo sobre esa niña, oh sí, una noticia contra la explotación de la sexualización de las niñas. Me acordaba porque fue entonces cuando busqué la serie y la vi.

—¿Qué opinas, Jo?

Frederick Ross tenía el don de hacerme sentir incómoda, esa es una de las conclusiones a las que he llegado. La otra es que escuchar a tu hermana en determinados temas es malo. Porque en cuanto alcé la vista hacia él, mi cerebro le jugó una mala pasada imaginándole desnudo.

—Ambas... son buenas.

Frederick suspiró, levantándose de la silla.

—Jo, deja de ser tan políticamente correcta o te despido.

Creo que salté de la silla al escuchar aquello.

—Pu-pues, Lolita.

—¿Quién es Lolita? —preguntó Monique con algo de retintín.

—Un libro. Expílicate, Jo.

—Las distintas lolitas que ha habido en el cine. *Taxi driver*, *La pequeña ladrona*, *Las edades de Lulú*, *American Beauty*...

No se me ocurría ninguna más.

Nadie decía nada, y yo miraba la página en blanco de mi libreta esperando a que Frederick me despidiese.

—Podemos enlazarlo con lo del éxito y la polémica con la niña de *Stranger Things*, sí. Jo, como has terminado con lo de Degas, lo harás con Erica.

Y así es como ha terminado la reunión, sin que nadie haya dicho nada más.

11.30: Tendría que ir a hablar con Erica, pero está hablando por teléfono, puedo verla desde mi cubículo.

11.33: Sigue hablando, tendré que esperarme más rato.

11.35: Lleva cinco minutos hablando, no sé con quién.

Dios, tengo que entrar, no puedo estar de brazos cruzados. Si me ve Frederick sin hace nada, seguro que me despide, y esta vez en serio.

Me armo de valor y me levanto de la silla. Estoy caminando en dirección a su mesa. Odio caminar por el pasillo, la gente te mira cuando pasas. Puede que me miren el culo y piensen que es enorme.

Dios, solo de pensar esto me está entrando ansiedad. Al fin llego delante de la

mesa de Erica, que sigue hablando por teléfono. Me espero a que termine, sabe que estoy esperando porque tiene la vista fijada en mi persona.

Erica es de esas personas que solo con mirarte te intimidan. Y lo digo en serio, no sólo a mí, que me intimida hasta un conejo, no, intimida a todos.

—¿Vienes por lo del proyecto? —pregunta cuando cuelga el teléfono, sin levantarse de su silla.

Con las piernas cruzadas y una falda de tubo negra y unos zapatos de tacón altísimos, gira la silla sobre sí misma para alcanzar una libreta y un bolígrafo.

—Sí —respondo.

No sé si lo he mencionado, pero Erica es pelirroja natural. Tiene un precioso cabello rojizo, largo por debajo de la cinrura. Ya me gustaría a mí tener ese color de cabello en vez de un marrón oscuro bastante vulgar.

—¿Te has visto todas esas películas?

—Algunas.

No tiene cara de disfrutar hablando conmigo. Le caigo mal, está claro. No la culpo, no soy la alegría de la huerta.

—Bien, porque yo no.

Dios, ¿tan horrible soy que todo el mundo no soporta trabajar conmigo?

—Yo lo haré —digo, apretando los puños.

Para de escribir y me mira incrédula.

—¿Cómo has dicho?

Cojo aire, y levanto la cabeza. Hoy es el día de tener algo de dignidad. Hoy es el día de decir lo que pienso. Aunque esté más gorda, sea más fea y no tenga su estilo, voy a decirlo.

—E-está claro que no te hace gracia trabajar conmigo. Puedo hacerlo sola.

—No —exclama de golpe.

—¿Que no quieres trabajar conmigo? —pregunto confusa.

—Que no pienso hacer que lo hagas tú sola. Es un proyecto conjunto, no soy

como la inútil de Regina que te endosa todo su trabajo.

Me quedo quieta, asimilando sus palabras.

—No me endosa su trabajo, sólo la ayudo.

—Lo que tú digas. ¡Dios Jo! Reacciona de una puta vez —me dice de golpe, levantándose de la silla.

—¿Cómo? —estoy paralizada, no entiendo nada de lo que me está diciendo.

—Ven conmigo —de golpe, me agarra del brazo y atravesamos la sala hasta llegar a la pequeña cocina que hay donde desayunamos y tomamos el té o el café de la mañana.

—¿Qué pasa?

No entiendo su reacción. En realidad, no entiendo por qué le caigo mal, ni siquiera hemos cruzado casi cuatro palabras desde que hace un par de años entró a trabajar en la redacción.

—No me caes mal. ¿Piensas eso?

—Eeh, sí —respondo con sinceridad.

—Pues no. Pero me pones nerviosa, la mayor parte del tiempo.

—¿Por qué?

—Porque eres buena haciendo tu trabajo y actúas como si no fuese así. Y dejas que se lleve el mérito Regina. REGINA, la mayor zorra que existe en todo Londres.

Me tapo la boca con una mano cuando escucho aquello.

—No es cierto —me quejo con una voz algo débil.

—Sí lo es. Tienes que espabilar, Jo. O al menos, darte cuenta de que hay gente que se aprovecha de ti.

Regina no se aprovecha de mí. Yo soy la lerda social, la que no tiene amigos.

—Regina...yo... cuando entré aquí no conocía a nadie. La mejor amiga de mi novio es amiga de Regina y gracias a ella no me sentí fuera de lugar. Le debo mucho.

Erica puso los ojos en blanco al escuchar esto.

—Y ella a ti también. Todas tus correcciones para empezar. En parte me alegro de que el americano haya llegado para poner orden. En fin, vamos a empezar con el artículo.

Y, de momento, zanjamos el tema.

20.00: Acabo de llegar del gimnasio.

Estoy muerta. Literalmente muerta.

Mi hermana y yo hemos entrado y lo primero que nos han hecho ha sido un tour por las instalaciones. Luego un entrenador nos ha hecho algunas preguntas individualmente, y allí ha sido cuando me he dado cuenta de que he estado equivocada durante mucho tiempo.

—¿Y cuál es tu objetivo de venir al gimnasio? —ha preguntado aquel joven musculado con pinta de armario.

—Perder peso —he respondido, pues es por lo que me he apuntado.

—Entonces deberás empezar a hacer cardio. Corre, haz algunas clases donde te muevas mucho y combínalo con una dieta sana. Cuando hayas bajado de peso, empieza a hacer musculatura.

—¿Pero con la musculatura no ganas volumen? —eso es lo que yo creía y por supuesto, no quiero ser Hulk versión femenina.

—Si pones musculatura, la grasa no vuelve al sitio porque la has sustituido.

Aquello ha sido una gran revelación. Así que he corrido durante media hora.

Nada mal para empezar.

23 de Enero

Diario, esto es demasiado preocupante. He estado yendo dos días al gimnasio

y sólo he perdido 200 gramos. Un fiasco total. Además, he empezado a poner en práctica la retirada de mi comida diaria de los alimentos de la lista, lo que significa dejar de comer casi todo lo que se me da bien cocinar.

Por ejemplo, la comida italiana. Tengo un libro de recetas y me quedan de muerte los raviolis al pesto, la *pannacotta* e incluso los espaguetis a la carbonara sin crema de leche, sólo hechos con huevo.

Lo segundo que me preocupa es que he hecho planes para el viernes con Travis. La cosa ha ido de la siguiente manera: estábamos ayer tranquilamente paseando, ya que ha venido a buscarme al trabajo. Ha sido agradable, casi nunca lo hace, pero hoy ha sido una excepción y hemos dado una vuelta por el parque cercano que hay.

—Este fin de semana estrenan aquella película que te dije, ¿te acuerdas? —me dijo entusiasmado.

—¿La de la segunda guerra mundial?

—Ésa. Tenemos que ir a verla. Podemos ir el viernes.

Yo sabía que el viernes había la fiesta de Lilian, pero me callé. En primer lugar, porque Lilian no me había invitado y si iba era como acompañante de Travis. Y, en segundo lugar, quería que él me lo dijera.

—Genial, estará bien.

No se acordaba, estoy segura. Y sigue sin acordarse porque mañana es viernes. Es una tontería, pero no lo entiendo, ¿cómo no puede acordarse de esto?

10.15: Erica está viniendo, la veo caminar divinamente hasta mi mesa. Sin ningún pudor, coge la silla de al lado mío y se sienta.

—Eso de que "¿por qué esta fascinación en las mujeres que aún no lo son?" Me ha gustado. Pero lo has enfocado más hacia una crítica, ¿te has dado cuenta? —dice, escrutándome con sus ojos azules profundos.

—Por supuesto. Lolita es una crítica a Humbert, el protagonista. Es vanidoso, egocéntrico y despreciable. Hollywood es uno de los grandes culpables de que ahora se vea a una niña como alguien sexy. Convirtió esta perversión y esta obsesión en una historia de amor.

—Lo sé. A mí me ha gustado, aunque te he hecho algunos apuntes, claro. Dices que es inmadura y egocéntrica, cosa que no entiendes entonces cómo alguien puede enamorarse de ella. Pero Jo, si como has dicho, es una niña, claro que es inmadura y egoísta. Así son los niños.

Lo pienso durante unos instantes y asiento.

—Tienes razón. Pero ¿crees que a Frederick no le gustará?

—Nunca se sabe con este tío.

—Es agradable —comento.

Vaya, es la primera vez que digo mi opinión sin miedo. Será que Erica es tan directa conmigo que enseguida me siento en confianza.

—Será solo contigo, porque con los demás es bipolar. Creía que le odiabas como toda la *fashion troupe*.

—¿La qué? —pido que me repita.

—La *fashion troupe*. Regina y Monique —traduce.

—Oh, yo no le odio. Me... cae bien. Me altera un poco, pero me gusta.

Entonces se hecha a reír como una posesa.

—Madre mía, ¡no puedo creerlo! Te gusta Frederick Ross.

—¿Qué? No, no, no —vuelvo a enrojecer—. Yo... tengo novio y le quiero.

—¿Y? Chica, que tienes ojos en la cara.

No sé si es por el hecho de que me esté diciendo esto o por la subversividad de su mirada, pero creo que ya no podré mirar con los mismos ojos a Frederick Ross.

Frederick Ross es atractivo, esto es innegable. Me refiero a que, según los estándares y los cánones de nuestra sociedad, es guapo. Pero, de todas formas,

tiene algo especial. Un *je se sais quoi* en su forma de hablar, de expresarse. Y una sonrisa encantadora. Y hoyuelos en las mejillas cuando lo hace. Y... basta.

—Mejor hablamos de Lolita y de cómo Robinson Davies invirtió las tornas al fenómeno, pasando de ser la explotación de un adulto débil por parte de una astuta adulta. Excepto por el hecho de que no es adulta.

Debería de estar acostumbrada a que Frederick esté merodeando por la oficina, que venga por detrás sin avisar o que, simple y llanamente, invada mi intimidad. Pero me sobresalto cuando habla por detrás mío.

—¿Ya tenéis enfocado lo del reportaje especial?

—Más o menos. Pero tenemos dudas acerca de si te gustará o no —responde Erica sin tapujos.

Me gustaría ser así, vencer mi timidez y decir las cosas tal y como las pienso. Pero ese nerviosismo es superior a mis fuerzas.

—¿Qué habéis hecho? —pregunta arrugando la nariz.

Sus ojos se clavan en mí, que lo observo con la mirada perdida y sumida en mis tontos pensamientos acerca de su guapura.

—Algo diferente.

—Enviádmelo antes de continuar.

Asentimos las dos antes de que continúe caminando hasta su despacho.

—¿Deberíamos pensar en una alternativa? —murmuro cabizbaja.

—Puede que sí. Por cierto, el sábado mi vecino cañón da una fiesta y me ha dicho que me pase. ¿Quieres venir?

Lechuguino, Erica me está invitando a una fiesta. A mí. A Jo Foster.

—¿Yo? —pregunto por si acaso.

—No, tu proyección astral. Por supuesto que tú.

—Pero yo... no soy la mejor de las compañías.

Sin previo aviso, veo como alza la mano y me da una colleja. No es fuerte,

sino más bien simbólica, pero me sorprende.

—¿Por qué has hecho esto?

—Jo, sinceramente creo que necesitas ayuda. Y como soy una persona generosa, seré yo quien te la preste. Bueno, no soy generosa, pero me caes bien y necesito una amiga.

—¿Una amiga?

—En la ciudad. Soy de un pequeño pueblo que nadie conoce y estudié con la universidad a distancia.

—Oh. Tienes pinta de ser muy cosmopolita.

Mucho más que yo, que llevo diez años viviendo en Londres. Antes de independizarme vivía en las afueras con mis padres, claro.

—¿De veras? Gracias, se intenta —responde sonriendo—. Entonces, ¿vendrás el sábado? Por favor.

Tampoco nunca nadie antes me había pedido por favor que asistiera a una fiesta, y aunque soy algo reticente, no puedo decir que no.

—De acuerdo.

—¡Sí! —dice, alzando los brazos a modo de victoria—. A las siete en mi casa, antes hay que arreglarnos. Aunque con tu cara de modelo, no te hace falta.

—¿Qué?

Tiene que estar tomándome el pelo. No me gusta que me tomen el pelo. Así que me levanto algo contrariada, quiero salir de aquí.

—Que ya me gustaría tener tus pómulos.

—Voy al baño —respondo, caminando rápido hasta el baño.

Entro en el primero que veo libre y me siento en la taza del váter, respirando hondo. Toda mi infancia y adolescencia he escuchado y aguantado que los niños me llamasen cara rana. Que no sea la mayor belleza no quiere decir que no pueda ser como los demás. O eso creí cuando llegué a la universidad y

nadie se metió conmigo.

—¿Jo? —Erica llamó a la puerta del baño donde yo estaba pensando en eso mientras se me caía una lágrima.

Si algo aprendí de entonces era que no podía permitir que los que se burlaban de mí me viesan llorar, así que aprendí a aguantarme, mientras lloraba a mares en mi casa.

—Un segundo —digo, tragándome mis pensamientos y abriendo la puerta.

Me encuentro frente a Erica, con los brazos cruzados y cara de preocupación.

—Lo decía en serio, Jo. Mírate al espejo.

Acto seguido me arrastra hasta el espejo del baño y me coloca frente a él.

Mi reflejo, sí, no tiene nada de especial.

—Lo hago.

—Eres guapa. Decía muy en serio lo de tus pómulos, y tienes una nariz perfecta.

Niego con la cabeza, parece que no estamos viendo la misma imagen.

—Tengo la cara llena de pecas —insisto.

—¿Y? Julianne Moore es más pecosa que tú y sigue siendo guapísima.

—¡Pero yo tengo cara de rana! —exclamo, nerviosa.

Me fijo en su cara de horror cuando termino de decir eso.

—Quién te dijo eso, no había visto una rana en su vida. Tienes un aire a Gene Tierney, una actriz de los cincuenta. Tienes que dejar de verte a través de los ojos de los demás y mirarte por ti misma, Jo.

Inspiro y expiro, volviendo a centrarme en mi imagen.

—Lo sé —susurro.

Pero llevo casi treinta años sin hacerlo y no es fácil.

24 de Enero

Estoy completamente segura de una cosa, y es que Travis ha ido a la fiesta de Lilian y no me lo ha dicho.

He llegado a esta conclusión cuando, a las cinco de la tarde, me ha llamado diciéndome que no se encontraba bien y que mejor dejáramos el cine para otro día.

Pero yo sé lo de la fiesta, sé que no se perdería el cumpleaños de su mejor amiga por nada. Pero ¿por qué no me lo ha dicho? Hubiese entendido que fuera solo, no soy tan amiga de Lilian para que me invite si es algo muy privado. Lo hubiese entendido.

Pero ahora me siento mal, y no entiendo por qué. Me arropo en el sofá mientras pongo *Ricardo III*, una adaptación ambientada en los años 30 que protagoniza Annette Bening.

¿Por qué todo es tan complicado? Puede que yo lo haga complicado, puede que no tenga más misterio que Travis le supiese mal decirme que tenía que ir solo.

Puede que le esté buscando tres pies al gato, pero me siento mal. Es como si no confiase en mí, ¿por qué no confía en mí? Soy muy racional, soy el colmo de la racionalidad, nunca me dejo llevar por estupideces ni celos ni nada parecido. En realidad, nunca he tenido celos con Travis.

Pero, aunque mi cabeza me diga que es una estupidez, me duele, y no puedo hacer nada para evitarlo. Así que me concentro en la película con la esperanza de poder olvidar esto, al menos, la hora y media que dura aproximadamente.

Definitivamente, si Shakespeare existiera, sería el hombre perfecto, y yo viviría por y para él. Y dejaría a Travis sin dudarle.

25 de Enero

11.00: Estoy desayunando un yogur desnatado con fresas y avena. No está mal, pero prefiero otras cosas que no voy a nombrar porque me entra el gusanillo.

17.00: He estado haciendo limpieza de mi apartamento durante todo el día. Hasta que hace aproximadamente media hora, Travis me ha devuelto la llamada que le he hecho esta mañana preguntándome cómo se encontraba.

—*Hola cariño. Pues me encuentro mucho mejor, el dolor de cabeza ha remitido del todo. ¿Hacemos algo esta noche?*

Podría haberle dicho que sí y cancelarle a Erica. Al fin y al cabo, es mi novio y me apetece verlo, pero tenía esa espinilla de lo de la fiesta de Lilian clavada en alguna parte y no quería darle esta satisfacción. Ahora que lo pienso ha sido un poco cruel, y egoísta, pero no lo he pensado en aquel momento.

—Vaya Travis, lo siento. Erica me ha pedido que la acompañe a un evento que tiene. Pero podemos ir el domingo.

—*¿Quién es Erica?*

—Una compañera del trabajo. No tiene a nadie más que le acompañe y me lo pidió como un favor, no puedo decirle que no.

—*Jo, ¿en serio te apetece ir a ese evento? Tú y yo, en el cine, luego podemos ir a cenar a un sitio romántico.*

—Lo siento Travis. Sabes que me apetece mucho, pero no puedo dejar tirada a Erica.

Me mantuve en mis trece, era la primera vez que lo hacía.

—*¿Sabes que me estás dejando tirado por una compañera?* —respondió entonces, con una voz menos amable.

—Es mi amiga.

No me gustó que me dijera eso. Al fin y al cabo, él había hecho lo mismo ayer.

—*Deberías buscarte otras amigas entonces que no te hagan decidir entre tu novio y ellas.*

—No te enfades cariño. Vamos el domingo, ¿qué te parece? O si tienes muchas ganas de ver la película, ¿por qué no vas con Lilian?

—A Lilian no le gustan estas películas.

Ahora Travis está molesto conmigo. Es la primera vez desde que salimos que le digo que no a algo, ¿tan difícil es de entender?

Y yo no quiero otros amigos. Erica me cae bien, me cae muy bien. Es buena, aunque sea muy directa, pero es sincera.

Travis tiene a Lilian, es su mejor amiga y salen de vez en cuando. ¿Por qué yo no puedo tener también a alguien con quien salir de vez en cuando?

Lechuguino, odio que la gente se enfade conmigo y últimamente está pasando mucho. Pero así son las cosas, además, tengo casi treinta años, debo tomar mis decisiones como la adulta que soy, y esta noche quiero ir a esa fiesta.

26 de Enero

No sé qué hora es, ni si soy persona o me he convertido en una calabaza o en un despojo humano. Creo que, por primera vez en mi vida, tengo resaca. Nunca había bebido tanto, lo juro por Hamlet.

Ayer llegué a las siete en punto a casa de Erica, que me envió su dirección por mensaje. En realidad, por casualidades de la vida, vivimos en el mismo barrio así que fui caminando. Abrió la puerta ya con un vaso de vino en la mano.

—Confieso que no las tenía todas, pero has venido así que entra.

Cerró la puerta detrás de mí y me vi metida en el universo de Erica, pareces de color rojizo combinadas con otras donde se veían los ladrillos, suelo de madera y bastante caos en general.

—¿Qué tipo de fiesta es? —pregunté, algo temerosa.

—La clase de fiesta donde no puedes llevar esos pantalones. ¿Sabes que ni siquiera son de tu talla?

—No me gusta ir estrecha —me justifiqué.

—Jo, puedes ir ancha y que sea de tu talla. Pero los pantalones pitillo no son ese tipo de prenda —sin perder el tiempo, fue hasta uno de sus dos armarios del pasillo y lo abrió, dejando a la vista la mayor cantidad de ropa que cabría en ese armario—. Vamos a ver qué tengo para ti.

Ya se lo podía decir yo: nada. Porque su talla no era mi talla en absoluto.

—No te preocupes —dije enseguida.

—Lo que me preocupa es traerte a una fiesta y que vayas vestida como si tuvieras diez años más. Este te va a quedar genial —dijo, sacando del armario un vestido.

Pero no era un vestido normal, no. Aquello era diminuto, era lo que quedaba de un vestido después de haberlo puesto en la lavadora y la secadora y hubiese encogido.

—No me irá bien.

—Por supuesto que sí. Pruébatelo, vamos.

Prácticamente me encerró en el baño y no me dejó salir hasta que tuve puesto ese intento de vestido. Me iba ajustado, pero por suerte era elástico.

—Le falta tela. Cinco centímetros por debajo y un poco por arriba. Voy a constiparme —dije, señalando el escote.

—No vamos a salir a la calle, la fiesta está al final del pasillo —respondió.

—Creo que... se me marcan los michelines —respondí, incómoda.

—¿Michelines? Si encuentras uno, me avisas.

—Mi culo es de proporciones descomunales. Y se me ven un poco las tetas.

Estaba incómoda, no sabía cómo hacerlo para poder taparme el escote y los muslos a la vez.

—Tu culo es de la mitad del que Kim Kardashian, y ese sí es un culo de enormes proporciones. No todo el mundo está igual de seco y delgado que una modelo de pasarela, pero esto no quiere decir que estés buena.

Miré al suelo, recordando el mensaje.

—Me sobran como tres quilos.

—Y a mí, pero no voy a martirizarme por ello. ¿Una copa? Vamos Jo, suéltate un poco.

Me sirvió una copa, aunque le dije que no quería, total, no podía ser peor que ir con aquel vestido y sentirme así de mal. En cuanto la tuve en mis manos, la vacié por completo.

—Yo creía que era feliz, pero ya no estoy tan segura —confesé, sintiéndome algo mal.

—¿Y eso?

Lo cierto era que, desde aquel maldito mensaje, sentía que todo se estaba yendo al garete. O más bien que me había dado cuenta de que todo lo que tenía era una ilusión.

—Pensaba que Travis era mi alma gemela. Le gusta leer, ir al cine, como a mí. Pero ya no estoy tan segura —confesé—. Lo siento, te estoy dando la noche.

—Por supuesto que no. Vamos Jo, para esto estamos las amigas.

Así que decidí desahogarme.

—Ayer fue el cumpleaños de su mejor amiga, Lilian. Lo sé porque me lo dijo Regina que es amiga de Lilian también. Pero no me dijo nada. Es más, habíamos dicho de ir al cine y a última hora me dijo que se encontraba mal. ¿Crees que fue sin decirme nada?

—¿Son muy amigos con la tal Lilian?

—Son mejores amigos.

Erica frunció el ceño, sin creérselo.

—Los mejores amigos no existen. O son gays, o quieren llevarte a la cama.

Casi me da un patatús cuando escuché aquello. No, Travis no quería nada con Lilian, se conocían desde el colegio, no era posible, ¿no?

—Se conocen desde el colegio —le expliqué—. Travis no haría eso.

—Entonces, ¿por qué fue a la fiesta sin decírtelo? Creo que te está ocultando algo. A ver, enséñame fotos de esta tal Lilian.

Sin vacilar, abrí las redes sociales y le enseñé su perfil. Foto a foto, fue mirando mientras analizaba.

—¿Y tu novio?

—Es éste —dije, mostrándoselo.

—Entiendo.

Pero yo no entendía nada. ¿Qué era lo que ella entendía?

—¿Qué pasa?

—Jo, tarde o temprano te darás cuenta. Ahora, vamos a divertirnos.

Pero yo me moría por saber qué era aquello tan obvio, y no me lo podía sacar de la cabeza. Quería averiguar qué era, así que me estaba armando de valor para volver a preguntarle cuando salimos de su apartamento y nos plantamos en el del vecino. La música se escuchaba desde fuera, y en cuando abrió la puerta supe por qué Erica quería ir a esa fiesta.

El vecino era un chico apuesto, muy apuesto, de ojos pardos y cabello dorado. Tanta luminosidad me cegó, era tan guapo que me puse aún más nerviosa. Si es que no puedo estar cerca de alguien demasiado atractivo, me incomoda y me siento peor conmigo misma.

—Hola vecina. Y amiga de la vecina. Hay cervezas en la nevera.

Se lanzaron una miradita de esas que se echan las personas cuando se atraen. Se notaba a kilómetros de distancia que el vecino quería sacar a pasear el unicornio.

Abrimos la nevera y, efectivamente, había cervezas. Sólo cervezas.

—¿Lo conociste cuando fue a pedirte comida? —no pude evitar decir.

—Yo no cocino cielo. No, fue un encuentro casual en el ascensor —sin decirme nada, cogió dos cervezas de la nevera y me puso una en las manos.

Había bastante gente, casi toda de nuestra edad. Como Erica no conocía a nadie y yo aún menos, no me quedé sola al menos durante un buen rato. Hasta que el vecino cañón decidió que era el momento de atacar y se llevó a Erica de una forma muy sutil a hablar con ella en un rincón del comedor, y yo me quedé sentada en el sofá pensando en lo tonta que había sido por venir.

—¿Te diviertes?

Una voz demasiado conocida me sacó de mis pensamientos. Estupefacta, giré mi cabeza y allí estaba Frederick Ross en persona. Era imposible que fuese él, pero lo era. Ya que no me fiaba de mis ojos, pude comprobarlo al olisquear su colonia, inconfundible.

Creo que me ruboricé porque de reojo vi como sonreía, igual que había hecho otras veces.

—No mucho. Las fiestas no son lo mío —confesé, aunque sospechaba que ya lo había adivinado.

—Veo que Erica te ha dejado sola. Has venido con ella, ¿no?

Si algo me gusta de Frederick Ross, es su voz. Ahora que estoy bajo mi cama, sólo de recordar esa voz grave y ronca se me ponen los pelos de punta y... ay madre, ese cosquilleo.

—Sí. Ese con el que habla, el que tiene pinta de Ragnar el Vikingo, es su vecino.

Era patente que los efectos del alcohol estaban haciendo mella en mi comportamiento porque yo en la vida habría dicho esto. Ni en esta vida ni en otra.

—¿Quieres otra cerveza? —preguntó mientras se reía con mi comentario.

—Oh, no, ya estoy soltando suficientes tonterías. Pero que sepas que soy muy seria y estoy muy comprometida con el trabajo.

Viéndolo con perspectiva, no me extrañaría que el lunes me despidiera, sin amenazas.

—Lo sé, Jo Foster.

—Y tú, Frederick Ross, ¿qué haces aquí?

Lo miré a los ojos, esos profundos y completamente oscuros que brillaban despejados, sin gafas que los empañasen como los días anteriores.

—El vikingo fue el compañero de intercambio de mi hermano cuando estuvo estudiando en Suecia. Se llama Michael.

—¿Tu hermano o el vikingo?

—El vikingo. Mi hermano se llama James.

—Tienes un nombre muy clásico para ser americano —solté, sin ton ni son—. Igual que tu hermano.

—Jo, en cambio, no es muy convencional.

—No ...lo soy. No tengo cara de llamarme Jocelyn. Jo, en cambio es más neutral.

—Es largo.

—Y cursi —añadí yo.

—Pero es bonito.

Escucharle decir aquello tuvo una fuerte impresión en mí. Fue extraño, como si los ángeles empezasen a cantar desde el cielo y una luz celestial me cegase e hiciese que los ojos se me dilatasen.

—Gracias —murmure algo desconcertada.

—¿Cómo terminó una filóloga trabajando en una revista de moda?

Me encogí de hombros dando otro trago a la cerveza que aún tenía en la mano.

—Cuando salí de la universidad, me enteré de que estaban buscando gente y tiré el currículum.

Quería decirle que no, no era mi trabajo soñado, que yo quería trabajar en un periódico escribiendo de política, de problemas sociales, de noticias

internacionales. Pero recordé que no dejaba de ser mi jefe, y que últimamente me gustaba lo que hacía.

—Suéltalo —dijo él.

Algo que me sacaba de mis casillas era que advertía perfectamente cuándo estaba pensando algo y no lo decía.

—No... nunca he descartado... o sí, pero me hubiese gustado trabajar en un periódico.

No tendría que haberlo dicho, porque mañana me va a despedir.

—Nunca es tarde. Estamos hechos de la misma materia que los sueños.

—Esto es de Shakespeare.

No podía creerlo, Frederick Ross estaba citándome a Shakespeare. Fue entonces cuando me di cuenta de que era uno de esos hombres demasiado perfectos como para ser reales. Quizás solo estaba en mi imaginación. Y con esto me refiero a que, puede que me lo haya imaginado en la fiesta. Estoy soltando tonterías, pero no puedo pensar con claridad con esta resaca.

—Soy periodista, no filólogo, pero tengo mis citas.

—¿Tus citas?

—Esas que apuntas cuando lees algo y que te acuerdas en ciertos momentos, como este.

Eso quería decir que había leído a Shakespeare, o al menos, *La Tempestad*.

—O te das cuenta de que Ariel es nombre de chico —reflexioné en voz alta—. Y no de sirena pelirroja.

Su carcajada hizo que yo misma me riese.

—Deberías venir a las reuniones con una cerveza, Jo Foster.

—Mejor no, terminarías despidiéndome, aunque puede que lo hagas igualmente.

—Serías la última de la lista a la que despidiese —dijo con seriedad.

—Oír eso es reconfortante —dije, suspirando—. ¿Y cómo has terminado tú en

una revista de moda?

Hizo una mueca, como si quisiera cambiar de tema, no llegar a hablar de eso.

—Sabes que la revista forma parte de un grupo, ¿no?

—Lo sé. También tienen otras revistas y un periódico.

—Necesitaban a alguien en el puesto y me enviaron a mí.

Asentí, terminándome la cerveza.

—Me alegro de que lo hicieran —desvié la vista hasta el reloj de muñera, y vi que era tarde—. Es hora de irme.

Me levanté, buscando a Erica pero sin éxito. Quería rogarle que me abriese su piso para poder quitarme el vestido y volver a casa decentemente, pero parecía que la tierra, o más bien el vikingo, se la había tragado.

—No habrás venido conduciendo, ¿verdad? —me interrogó Frederick, levantándose también.

—Andando, vivo cerca.

Creo que en aquel momento me tambaleé porque Frederick me sujetó por el brazo.

—Voy a acompañarte.

—No te preocupes —dije enseguida.

—Quiero asegurarme de que voy a tener mi redactora preferida el lunes por la mañana.

Redactora preferida, era su redactora preferida. Pensándolo ahora, se me hincha el orgullo.

—¿Soy tu favorita? —le pregunté mientras salíamos por la puerta.

Cogí el abrigo y me lo puse, ayudada por él.

—Lo eres, pero guárdame el secreto. No me gusta que nadie sepa estas cosas —y creo que lo dijo en serio.

—Tampoco me atrevería a decirlo —dije, muy en serio también.

Caminamos a paso ligero hasta llegar a mi portal. No sabía muy bien qué se

decía en estos casos.

—Nos vemos el lunes, Jo Foster —dijo, antes de que yo abriera la boca o la puerta.

—Frederick —dije sin pensar, haciendo que se volviese para mirarme de nuevo—. Gracias por acompañarme.

Con las manos metidas en el bolsillo y el abrigo abotonado hasta arriba, sonrió. Benditos ojos negros que no podían más que absorber mi esencia vital.

—No hay de qué.

En cuanto se hubo dado la vuelta, cogí las llaves del bolso y me metí en casa sin poder de dejar de pensar en lo extraño que había sido todo y la forma en la que había dejado de ver a Frederick Ross.

II. FEBRERO

1 de Febrero

Curiosamente, gracias a la revista hoy he aprendido algo nuevo. Antes de salir con Travis yo nunca había estado en una relación. Sí que había tenido un par de citas, pero la cosa no había pasado a mayores.

No fue culpa de ellos, siempre se portaron bien, pero yo sentía que no estaba preparada, o que les faltaba algo. Porque, antes yo estaba convencida de que mi media naranja tenía que aparecer. Que un día aparecería alguien que me desmontaría todos mis esquemas, haría temblar mi mundo y me haría perder ese miedo atroz a querer.

Pero estaba equivocada, eso solo sucede en los mundos imaginarios que crean personas con suficiente talento como para hacer que esto parezca real.

A lo que iba, me he dado cuenta, gracias a la revista en la cual trabajo, que Travis me está haciendo la ley del hielo, porque casi no me habla, no viene a verme y es tremendamente escueto al enviarme un mensaje. Sigue enfadado y supongo que quiere que le pida perdón.

—Ni se te ocurra hacerlo —me advirtió Erica mientras le contaba mi dilema durante la pausa del café.

—Pero ¿y si sigue igual?

—Los hombres, a veces por desgracia, siempre vuelven —sentó cátedra sobre el asunto, dejándome anonadada.

—¿Cómo sabes eso?

—Sólo hay una cosa con la que la mayoría no pueden vivir: sexo.

Me ruboricé enseguida cuando lo dijo. Erica no tenía censura sobre

absolutamente ningún asunto.

—Esto no es del todo cierto, pero obviando tu comentario, espero que vuelva.

—Lo hará, cariño.

—¿Has vuelto a ver a tu vikingo?

—¿Michael, mi vecino? Sí, hemos tenido un par de deslices en el ascensor.

—Así que te gusta de verdad —deduje.

—Mm no, por supuesto que no. Pero me divierto con él.

—Pero te estás acostando con él.

—Una tiene sus necesidades. No voy a esperar a que el hombre de mi vida venga para desvirgarme mientras él ha ido al Caribe miles de veces antes.

Si algo había descubierto y adoptado, era la jerga de Erica. Cuando quería decir hacer el acto sexual, hacía una alegoría a viajar al Caribe porque es "caliente, placentero y relajante, como tumbarte en una playa de arenas blancas".

—Lo entiendo —asentí con la cabeza, pensando en que yo sí lo había pensado así que no perdí mi virtud hasta que salí con Travis.

—Tú solo lo has hecho con tu novio, ¿verdad? —me caló enseguida.

—Sí —confesé de inmediato.

—Mientras hagas algo más que el misionero, todo irá bien.

Allí sí que no dije nada, quería dejar de hablar de aquel tema lo antes posible. Porque, obviamente, me limitaba a esa postura.

Así que esta noche lo llamo, quiero terminar con esta embarazosa e incómoda situación y sobretodo, con esa maldita ley.

—¿Diga?

—Soy yo Travis.

Después de una breve pausa, responde.

—*Hola Jo.*

—Oye, ya te dije que lo sentía, ¿podemos por favor, pasar página? —si algo

me caracteriza es que no me cuesta pedir disculpas.

—*¿Vas a seguir dando prioridad a tus amigas antes que a mí?*

Una punzada en mi estómago me dice que esto me ha dolido. Prioridad. Entonces me acuerdo de todas las veces en las que ha sido él quien ha dado prioridad a Lilian y yo lo he aceptado porque son amigos. Ahora que yo hago lo mismo, y no se trata de prioridad si no de que ya tenía un plan establecido ese único día, me lo echa en cara.

Es impropio de mí, pero me enfado, y cuando lo hago una fuerza interior me sale disparada desde dentro y no puedo calmarla.

—*¿Y tú, Travis? ¿Vas a seguir fingiendo una enfermedad para ir al cumpleaños de Lilian y no decírmelo?*

Su silencio es bastante revelador, y cuando habla su tono es totalmente distinto.

—*Jo, no es lo que piensas.*

—Lo que pienso es que me mentiste, y esto es lo que me dolió. Supongo que lo hiciste porque te sentiste mal que no pudiese venir o algo parecido. Pero que luego te enfades porque yo vaya a una fiesta de una amiga, me parece el colmo de la hipocresía.

—*Lo siento, cariño. De veras, el viernes no quise ir, pero cuando se lo insinué Lilian se enfadó. Y quería estar contigo, por eso me enfadé contigo.*

—Vamos a dejar el tema, y a pasar página, ¿de acuerdo?

—*Vale. Te quiero Jo.*

—Y yo a ti.

Pero mi respuesta no suena tan convencida como quisiera.

3 de Febrero

10.30: He perdido medio kilo, ¡medio kilo! Estoy eufórica.

Por otro lado, esto de no comer lo que quiero me irrita bastante y estoy de mal humor. En términos generales, tener mal humor es malo, lo sé yo y lo sabe todo el mundo, pero me he dado cuenta de que yo, cuando estoy de mal humor, me desinhibo con más facilidad.

No, no voy insinuándome con todo el mundo, solo que, en momentos normales me mordería la lengua y no diría nada a causa de la vergüenza que suelo tener, pero la mala leche se ve que gana a la timidez, así que tengo la lengua más suelta.

—Reunión en quince minutos, vamos —me avisa Frederick pasando por mi lado de la mesa.

Desde aquella fiesta, no puedo mirarle con los mismos ojos, aunque él a mi sí. Fue una revelación, como si de golpe me hubiese dado cuenta de que era humano. Es una estupidez, lo sé, pero es así. Ahora no puedo evitar fijarme en que su camisa azul marino le queda tremendamente bien, o que tiene unas manos muy expresivas y masculinas.

No le trato diferente, solamente que mi cuerpo reacciona de una forma inesperada. Si antes solo me ponía nerviosa porque me intimidaba, ahora es porque me parece atractivo. El corazón se me desboca y tengo la sensación de que estoy teniendo una bajada de azúcar, cuando no es así.

Es el efecto Shakespeare, estoy segura.

Desde que vio Romeo y Julieta cuando tenía trece años en la televisión, y me refiero a la versión de Leonardo DiCaprio y Claire Danes, y con posterioridad me leí la obra, que me enamoré del romanticismo y dramatismo que transmite el autor en cada una de sus palabras.

Siempre pensé que si un hombre leía a Shakespeare era porque podía ver la belleza en sus versos, y, por lo tanto, querría de la misma forma. Pero es una tontería, no quiere decir nada, no quiere decir que sea romántico, ni que tenga

una pasión oculta y por supuesto, que sea todo lo que deseo de un hombre.

Porque Frederick Ross es más frío que el hielo de Siberia, y esto lo saben hasta las piedras. La única que parece obviarlo soy yo. Bueno, yo no, esas partes de mi anatomía que se emocionan al verle.

Me levanto escopeteada después de coger la libreta y entro en la sala de reuniones. Todo el mundo está ya sentado, y el único sitio libre que hay es donde me siento, al fondo de todo.

—Como cada año, en febrero se realiza la semana de la moda en París — empieza Frederick—. Desgraciadamente, además de los reportajes que el departamento creativo y el de moda realizan, hay que hablar sobre ello.

De reojo, veo como Regina sonríe ampliamente, solo falta que dé saltitos para saber que esto le emociona en exceso. Monique también sonríe, se nota que su vocación para trabajar en una revista de moda es real.

La mía es inexistente.

—Yo me ofrezco voluntaria —dice Regina antes de que Frederick continúe.

—Yo también —exclama Monique.

—No he pedido voluntarios —dictamina Frederick—. De hecho, ya sé quién irá este año. Jo.

Se me cae el bolígrafo al suelo cuando oigo mi nombre. Lechuguino, ¿por qué yo? Si no tengo ni idea de moda, soy un desastre vistiendo. Cuando logro coger el bolígrafo, me incorporo y todos me están mirando. A mí.

—Yo... no sé qué decir. ¿Sobre qué hay que escribir?

—Los entresijos del mundo de la moda.

No parece que le haga mucha ilusión. A mí tampoco, la verdad. ¿Por qué me lo ha dicho a mí? Regina o Monique estarían encantadas de ir y codearse con los grandes de la moda, las actrices e *influencers* o como se llamen.

—Oh. Pero yo... —quería decirle que no tenía ni papa idea de ... ¿casi nada?

Hacía poco que me había enterado de que Karl Lagerfield era el diseñador de

Chanel y que tenía un gato blanco al que adoraba, cuyo nombre ni recuerdo.

—Nada de peros. La semana que viene nos vamos a París, te enviaré el billete por correo.

París. Me voy a París, es increíble. Veré la torre Eiffel, el Louvre, sus calles iluminadas con su cálida luz, el Sena bajo la mirada de Notre Dâme... con Frederick Ross.

La vie en rose empieza a sonar en mi cabeza, haciendo que ignore todo lo demás.

Por Dios, ¿en qué estoy pensando? No veré nada, *niente* o mejor dicho *rien de rien* de París. Solo desfiles tediosos, fiestas donde no conoceré a nadie y un largo etcétera. Es probable que no pase ni por la Opera para poder ver el edificio.

—¿Jo?

Alzo la mirada, distraía.

—¿Sí?

—De mientras haz una lista de *influencers*, entrevistaremos a una de ellas.

Esto, sin duda, no es para mí.

Al terminar la reunión percibo cómo alguien me mira desde atrás, y al girarme veo a Regina y a Monique fulminándome con sus ojos azules.

—¿En serio, Jo? Sabías que me moría por ir —me espeta Regina.

—Yo... no quiero ir. Pero ya has oído a Frederick —me excuso.

—No lo entiendo. Si no sabes distinguir entre el gris perla y el ceniza —dice con desprecio.

No es que diga eso, porque es verdad, no sé la diferencia, sino cómo lo dice, igual que si escupiera al hablar. Su desprecio hacia mí me irrita y me molesta, pero por encima de todo, me duele.

—Aprenderé.

Aunque tenga que robar un catálogo de pinturas en alguna tienda de

decoración. No será tan difícil como analizar un poema de Góngora, digo yo.

15.20: Erica me ha dicho que las ignore, y que ya se les pasará.

—Eso sí, tráeme una lista de cosas que te diré de París. De eso no te libras, monada.

Asiento, al menos ella no me odia por esta razón.

—Pero si yo no quiero ir. Estará todo el mundo del glamur y... yo —me señalo a mí misma.

—Te ayudaré a hacerte el equipaje. Tú preocúpate por otras cosas.

—¿Cómo aprenderme el nombre y la cara de todos los diseñadores?

—Eso estaría bien, sí. Y, ya que estás, ve de compras en París. Solo de decirlo en voz alta me pongo verde de envidia —dice, sobre reaccionando.

21.05: Alison ha venido a cenar esta noche, y cuando le he contado lo de París se ha puesto loca de contenta.

—¡Ay Jo! Pero qué romántico, no puedo creerlo.

Niego con la cabeza, no sabe lo que es estar en mi lugar.

—No es romántico, es una locura. Seré la Mía Termópolis antes de llegar Paolo, pero no hay Paolo que me arregle.

—Si llevases la talla adecuada de camiseta, hablaríamos, pero no te da la gana, monada. Voy a traerte mi vestido negro de gata salvaje y con el Diva rojo oscuro de *MAC*, triunfarás.

Como si con eso mis problemas se resolvieran.

6 de Febrero

Si algo he aprendido ahora que estoy a dieta son las calorías que tienen los

alimentos. Aproximadamente, por supuesto, pero esto me ha abierto los ojos. Ahora me tomo el café sin una galleta, porque dependiendo de la galleta (y si lleva chocolate ya ni te digo) tiene más calorías que libras tengo en el monedero.

Le he contado a Travis lo de Paris, y no parece que le haga mucha gracia. Ayer estuvimos cenando en casa y se quedó a dormir. Lo que más me gusta de Travis es su seguridad en sí mismo que parece tener, aunque realmente tampoco lo es tanto.

Me gusta cómo se acurruca a mi lado en la cama y sutilmente, después de un par de minutos en los que finge dormir, empieza a hacerme carantoñas. Me gusta que me desee, no es algo que una sienta muy a menudo.

También que me pregunte cosas sobre sus proyectos de publicidad, que le corrija los informes y me pida mi opinión, hace que me sienta valorada, como ayer, me pasé dos horas enteras rehaciendo un plan de marketing porque había hecho los cálculos erróneamente.

Me gusta que me necesite, me da seguridad. Pero, no sé si esto es bueno o al contrario.

10.05: Erica ha salido para, tal y como dice ella, "hablar con una fuente fiable sobre las operaciones de estética de no sabes quién te imaginarías".

Lo cierto es que no tengo ni idea sobre quién habla, cualquier actriz de moda. Pero está hablando con alguien con quién se quedó con el póster de Robert Plant y le parece tremendamente atractivo Humphrey Bogart.

Me levanto de la silla para ir hasta la cocina, necesito café porque hoy tengo demasiado sueño.

—¿Has buscado a las *influencers*? —la voz de Frederick Ross me sobresalta cuando voy por el pasillo.

—Lo he hecho. Las he dividido ... en zonas de influencia, valga la

redundancia, de mayor a menor. Hay unas que son más famosas que otras —le explico.

Yo tampoco lo sabía, he tenido hasta que descargarme una aplicación en el teléfono donde la gente cuelga fotos para saber quién eran.

—Buscaremos la que tenga un perfil que más se adecue a nuestras lectoras y le haremos una entrevista. ¿Vas a la cocina?

Respira, Jo. Es sólo Frederick Ross, como si tuvieras delante a James Dean, por favor. O mejor, el rey cachas de *Juego de Tronos* que la palma en la primera temporada. James Dean como no sea su fantasma, no aparece, y entonces más que nerviosa, estaría asustada.

—Un café. Digo, que voy a por un café.

Jo, por favor, estructura bien las frases. Sujeto, verbo y predicado.

—Te acompaño.

Lechuguino, ¿qué me está pasando? Soy más torpe de lo normal cuando está cerca. Pero camino con él hasta llegar a la puerta de la cocina que está entreabierta.

—Por favor, estoy segura de que quedará en evidencia y después de París la despedirán. Jo no tiene lo que hay que tener para trabajar aquí.

Me quedo paralizada al escuchar a Regina hablar, dentro de la cocina, sobre mí. Y lo que dice no es nada bueno.

—Aun no entiendo por qué tiene que ir ella a París —sigue diciendo.

—Yo tampoco. Ni siquiera sabe quién es Azzedien Alaïa. ¿Qué se puede esperar de alguien que balbucea al hablar, se pone roja cuando tiene que decir algo en público y viste como si fuese mi abuela? —secunda Monique.

—No está lo suficientemente cualificada —dice Regina

—Y con ropa diez tallas más grandes.

Las mejillas me escuecen, no sé hacia dónde mirar y puedo percibir cómo una presión en el pecho me está ahogando. Soy incapaz de dar un paso más y entrar

allí como si nada, no puedo mirarlas a la cara como si no lo hubiese oído.

No quiero alzar la vista y ver cómo Frederick Ross me observa, porque seguramente será con pena. Y no es que todas esas cosas sean mentira, porque no lo son, si no que escucharlas de quienes se suponía que eran mis compañeras, me hace sentir mal.

Frederick lo ha escuchado. Es una tontería, mis defectos saltan a la vista, no es como si no se hubiese dado cuenta de ellos. De todas formas, me duele.

—Disculpa —murmuro, dándome la vuelta y yendo al baño.

Quiero morirme, lo digo de verdad. Me encierro en el primer baño que veo, sentándome en el retrete. ¿Tan indeseable soy? ¿Tan mal está que sea yo la que vaya a París? ¿Tan terrible va a ser? Ahora mismo me siento igual que una baguette del día anterior, y ya se sabe que el pan del día antes nadie lo quiere.

—¿Jo? ¿Hola? —oigo la voz de Frederick Ross.

Su voz dentro del baño de mujeres. Esto quiere decir que está en el baño de mujeres. Sólo de llegar a esta conclusión -bastante lógica, por cierto-, me incorporo enseguida y seco las lágrimas que me quedan con el papel de váter.

—Un se-segundo —es lo que puedo decir.

—¿Estás bien?

—Sí. Esto es el baño de mujeres —digo, como si no lo supiera.

Por supuesto que lo sabe.

—No soy ciego, Jo —responde con voz de reproche.

—Lo sé, no insinuaba tal cosa.

Pongo la mano en la manecilla, pero no me atrevo a abrir. ¿Qué hace aquí? ¿Va a decir algo malo? ¿Algo bueno? ¿No va a decir nada? ¿Va a despedirme por darse cuenta de que no encajo en una revista de moda?

—Sal del baño, Jo —repite, con insistencia.

Es mi jefe, así que decido hacerle caso. Cuando abro la puerta, está con los brazos cruzados, mirando con el ceño fruncido la máquina dispensadora de

tampones de emergencia que hay.

—Lo siento —murmuro, y nada más decirlo, sé que no debería de haberlo hecho.

—Ha sido muy desconsiderado por tu parte dejarme más de tres minutos aquí, pero te perdono —no sé si está bromeando o no, pues su cara no cambia.

—Antes de nada, qu-uiero aclarar que sé quién es Azzedine Alaïa, lo busqué cuando lo nombra Cher en *Clueless*, es una adaptación moderna de *Emma*.

Puedo no saber muchas cosas, pero esta, aunque sea el sector moda y tendencias, la tengo dominada.

—Me alegro, porque yo no. Vamos a escribir la crónica de lo que las del sector de tendencias nos cuenten, no a descubrir América, o en este caso, a la nueva *Chanel*.

Creo que me está intentando decir que da lo mismo lo que hayan dicho, porque no va a afectar en nada que sepa distinguir entre un rosa u otro.

—De acuerdo. Gracias —murmuro, intentando estarme quieta y que los latidos incesantes e inconstantes de mi corazón no se noten demasiado al respirar.

—De nada. Ah, con los años he aprendido que lo más importante de un vestido, es la mujer que lo lleva puesto.

Uau. Frederick Ross acaba de subir a los cielos y convertirse en mi Dios particular. Después de Shakespeare. Mentira, están a la par. Mentira, es mejor porque Shakespeare les dedicaba sus palabras a otras mientras que Frederick me lo ha dicho a mí. No deja de medio sonreír hasta que se gira y sale del baño, dejándome igual que si fuese una hoja en un árbol y pasase una racha de viento que me hiciera tiritar hasta que lograra arrancarme de él y echase a volar.

8 de Febrero

Diario, no sabes lo que me ha pasado hoy. Por supuesto que no lo sabes, si no lo he escrito. Hoy he tenido un día bastante ajetreado, primero porque Alison no ha parado de llamarme ya que, tal y como lo llama ella, el "amor de su vida" vuelve de gira esta tarde y no sabe qué hacer, así que me ha estado llamando durante todo el día para que yo la ayudase a decidirse.

Yo.

Menuda ironía. Creo que al final ha dicho que lo esperaría en su casa con un conjunto muy sexy de ropa interior. Tampoco puedo ayudarla con esto, yo soy más de braguitas de algodón con una gama bicolor que va del blanco al beis.

También me he hecho una mini guía de los personajes más influyentes en el mundo de la moda para no meter la pata, sus caras están pegadas en una mini libreta. Erica me ha ayudado a identificarlos en las revistas que tenemos acumuladas por allí.

A lo que iba, hoy al mediodía he bajado para comer en el restaurante de siempre, pero no me he sentado con Regina y con Monique, si no con Erica. Me han mirado extrañadas, pero lechuguino, después de lo de antes de ayer, no puedo fingir que todo va bien.

En realidad, sí puedo, pero no quiero hacerlo.

—Me has convencido para venir a comer a este sitio, que, por cierto, es malo que te cagas, y ahora la *fashion troupe* te está mirando mal —ha dicho Erica mientras se llevaba a la boca un ravioli.

—Me da igual —he respondido yo, fingiendo indiferencia.

—Estás rara. ¿Tiene algo que ver con que Frederick Ross se colase en el baño de chicas después de que tu entrases?

Lechuguino, debería de saber que a Erica no se le escapa ni una.

—Algo así. Estaba con él cuando Monique dijo que yo ...bueno, que no debería ir a París por mis visibles defectos.

Erica puso los ojos en blanco y farfulló algo como "que sabrá alguien que no

entiende ni el significado de garrafal o psicodélico".

Pero esto no es todo lo que ha pasado, no. Al volver del restaurante, Erica y yo nos hemos topado con el nuevo fichaje del departamento de fotografía, y ha resultado ser un antiguo conocido de Erica, por decirlo finamente.

Nada más verse, Erica cruzó los brazos y alzó una ceja, pareciendo más intimidante de lo normal. Él se giró, y nada más verla, casqueó la lengua acercándose. Objetivamente hablando, tengo que reconocer que el fotógrafo es atractivo. Muy alto, bronceado, cabello castaño ondulado y ojos verdes brillantes. Aunque tiene el rostro un poco, como yo digo, gracioso. Vaya, que su cara se me antoja graciosa.

—Vaya, vaya, si es Erica Stanford —dijo con un tono grave melodioso.

—Wayne Adams. ¿Me estás siguiendo? ¿No puedes vivir sin estar cerca de mí?

Al escuchar lo que Erica dijo, se rio con ganas.

—Obviamente, no. Si hubiese sabido que trabajabas aquí, hubiera pasado del trabajo.

—No te flipes, precisamente las ofertas no te llueven —le cortó ella.

—¿Y a ti sí? ¿Dónde habías estudiado? —sus ojos se empequeñecieron al hacer aquella pregunta retórica.

—Al menos no soy mala persona, como tú, que vas pisoteando a los demás —le espetó, alzando la voz.

—¿Perdona? Tú eres peor, no te limitas a pisotearlos, los hundes. Eres una maldita diablesa, hasta tu cabello te delata —explotó él.

Yo solo podía ver aquel partido de tenis que cada vez estaba más interesante.

—Anda que tú, huelo el azufre a metros de distancia, lástima que no se te vea esa cola de demonio que te traes.

Sin decir nada más, Erica me cogió del brazo en dirección a los baños de chicas y allí nos encerramos.

Inspiró y expiró profundo ante mi mirada de interrogatorio.

—¿De qué conoces al nuevo fotógrafo? —me animé a preguntarle.

—De la antigua revista donde trabajaba. ¡No le soporto! Es engreído, insustancial, chulo, idiota y un panoli. Y un mal profesional.

—¿Por qué os odiáis?

—Porque tuvimos una cita desastrosa.

—Oh. Entiendo.

En aquel momento todo cobró sentido. Y también cobró sentido para mí la expresión de "tensión sexual no resuelta".

—No quiero hablar de eso ahora. Volvamos al trabajo.

Asentí, sin poder preguntarle acerca de aquella cita y quedándome con las ganas. ¿Serían una especie de Harry y Sally [II](#) y, al igual que ellos, empezaron fatal? Porque, si ninguna duda, lo que vi durante aquella partida, era que se gustaban.

12 de Febrero

Pasado mañana me voy a París, la ciudad del amor, de las luces, de los croissants y de la moda.

En *Sabrina*, tanto Audrey como Julia dijeron "América es mi país y París es mi ciudad". También Oscar Wild dijo que "los mejores norteamericanos mueren en París" y hasta Enrique IV afirmó que "París bien vale una misa".

Así que, tan malo no puede ser, aunque vaya a ver vestidos y pantalones en vez de museos o catedrales.

Larissa Pierce, que, por si no lo he mencionado antes, es la directora de la revista, la mandamás, nos ha mandado a dos chicas del área de tendencias que

la acompañarán también a la capital francesa. Curiosamente ambas se llaman Ashley, así que, haciendo honor a ciertos dibujos animados, las llamo las Ashleys. Son fáciles de diferenciar, pues una es alta, de cabellos negros cortos y ojos profundamente azules con una fisionomía de muñeca de porcelana mientras que la segunda Ashley es más baja, muy rubia de ojos también claros, pero más de estilo belleza nórdica sin ser el colmo de la guapura personificada.

Son agradables, están entusiasmadas con ir a la semana de la moda y no paran de colgar fotografías de sí mismas, es decir, *selfies*, en las redes sociales. Tienen muchos seguidores.

—Yo solo le voy a pedir una foto a Galliano^[2], será mi *trending topic* particular en la fiesta que hace la revista —dijo Ashley rubia.

Me puse nerviosa, ya que a mí nadie me había dicho que la revista hiciera una fiesta a la que tendría que acudir.

—¿Una fiesta? ¿Qué tipo de fiesta? —pregunté estupefacta.

—De gala. Normalmente invitan a los famosos que saldrán luego en la portada y alguno que otro para hacer bulo.

—Y los no tan famosos para que parezca que hay más gente —añadió la otra Ashley.

—¿Y qué tengo que ponerme? ¿Un vestido?

Creo que en aquel momento las Ashleys se dieron cuenta de que, realmente, no era carne de revista de moda y se asustaron.

—Oh Dios mío, aún tenemos que idear tu armario —dijo Ashley morena.

—¿Cómo?

No me dio tiempo a protestar, pues me arrastraron hasta el armario de su sector y empezaron a hacer modelitos, mientras que yo les recordaba que, pese a haber adelgazado y kilo y medio, mi talla no era no sería nunca la pequeña.

Por supuesto, no me hicieron ni puñetero caso y ahora tengo la maleta

infestada de prendas diminutas con las que me voy a ver ridícula.

11.25: Erica está revoloteando por mi escritorio desde las nueve de la mañana, quejándose de Wayne.

—Es un idiota redomado —me repite por, ¿cuarta, quinta vez?

—Ya me lo habías dicho —le informo, intentando concentrarme sobre las estadísticas sobre lo que más les interesa a las mujeres de la semana de la moda.

—Y un engreído. Ya verás cuando coja algo de confianza.

También me he percatado de que, desde que Wayne el fotógrafo ha venido, viene con escotes prominentes y se pinta los labios. Solo falta que lleve puesta la ropa interior negra. Si algo dicen en *10 razones para odiarte*, adaptación de la obra de Shakespeare de *La fierecilla domada*, es que, si una mujer tiene esperanzas de tener sexo, tiene ropa interior de color negro.

Yo no las tenía porque en mi vida me he comprado unas bragas negras. Hasta que tuve novio.

—No hay mayor desprecio que no mostrar aprecio —le respondo, con la esperanza de que pille la indirecta.

—Solo falta que me cites el refranero —bufa, cruzándose de brazos—. ¿Ya has cortado con tu novio?

Paro de hacer lo que estoy haciendo para concentrarme en sus palabras. Hago girar la silla de ruedas hacia Erica.

—¿Cortar con Travis? ¿Por qué debería cortar con él?

No lo entiendo, creo que ahora nos va mejor que nunca.

—Por el tema ese que me contaste —dice, despreocupadamente.

—Lo arreglamos. ¿Y tú con el vikingo?

—Seguimos con el sexo.

—¿Y no quieres nada más? Una... ¿relación estable? —me aventuro a

preguntar.

—Sólo he tenido un novio serio en mi vida, un compañero de colegio, además de otro del que no prefiero hablar. Y lo dejé tan traumatizado que creo que por eso se pasó a la otra acera. Así que no, prefiero no convertir a más heterosexuales por el bien de las mujeres que nos gustan los penes.

La palabra pene es una de las múltiples palabras que hacen que me sonroje cuando alguien la dice en voz alta. Yo soy de las que dice que se está haciendo pis en vez de meando, las que se tiene a Andrés en vez de la regla y que le da corte sacar el tampón o la compresa del bolso a la vista, la que hace el amor en vez de follar. Aunque ahora eso del Caribe me ha gustado.

Soy consciente de que es una tontería, pero mi madre y sus manías de educarme así me han convertido en Jo.

—No creo que hubieses sido tú la causante de su tendencia al homosexualismo
—afirmo.

—Nunca se sabe, es mejor prevenir que curar.

Asiento, pensando en que esto mismo es lo que debería hacer yo respecto a mi vestuario.

13 de Febrero

¡Mañana me voy a París!

Estoy entusiasmada, es la ciudad por supuesto, porque no sería lo mismo ir a Astaná, que es la capital de Kazahistán en el ínfimo caso de que se celebre allí la semana de la moda. Que puede que sea precioso, no lo sé, pero le tengo un aprecio especial a París desde que he recordado todas las películas que pasan allí, como *Amelie*. Es una de esas películas donde los detalles te absorben y desearías entrar dentro de la pantalla para poder vivir en esa

realidad encantadora.

—Jo, ¿qué estás haciendo? —me interrumpe Erica de golpe.

—Nada —digo, escondiendo en diario bajo una pila de papeles—. ¿Qué hora es? —pregunto, mirando el reloj de muñeca.

—Las doce y diez.

—¡Ay madre! Me había olvidado de que Alison me está esperando.

Corriendo, cojo el abrigo y el bolso buscando el teléfono.

—¿Alison?

—Mi hermana pequeña. Quiere que la acompañe para comprar ... ropa interior

—murmuro en voz baja.

Veo como a Erica se le ensancha la sonrisa y recoge también su bolso.

—¿Te importa que os acompañe?

—No, claro. Pero te advierto que mi hermana es muy... intensa.

—Así que no es una Jo 2.0 —deduce.

—Para nada, no parecemos hermanas.

—Bien.

Quizás Erica se dé cuenta, cuando conozca a mi hermana, que es mucho mejor que yo. Y verá que existen personas mejores que yo en el mundo y ya no querrá ser mi amiga. Tengo que dejar de pensar siempre lo peor, pero es inevitable.

Salimos del edificio, y enseguida veo a mi hermana, que me está esperando en la entrada con un abrigo blanco de reina de las nieves y unas tristes deportivas con vaqueros.

—¿No tienes frío? —pregunto en cuanto la veo.

—Estoy bien —dice sonriente, dándome un sonoro beso en la mejilla—. ¿Y ella quién es? —pregunta, señalando a Erica.

—Oh, es una amiga del trabajo. Erica, mi hermana Alison. Ali, Erica —las presento viendo cómo se dan la mano mientras ambas de analizan con la

mirada.

—Físicamente sois parecidas —afirma Erica.

—Es en lo único en que nos parecemos —responde Ali—. ¿Tú eres la amiga del novio de mi hermana? —dice sin tapujos, y yo tengo ganas de cerrarle la boca.

—Por supuesto que no. Y sería la amiga de la amiga del novio de tu hermana. Se llama Regina.

Alison, sin tapujos, se ríe. Puede que yo no sepa disimular en ciertas ocasiones, pero cierro la boca y ya. Ali no, ignora lo que es ser discreta.

—¿Regina? ¿En serio? Si me dices que se llama George de apellido me haces el día.

—Creo que no, pero le iría como anillo al dedo. ¿No has visto *Chicas Malas*, Jo?

—Por supuesto que la ha visto, es una filmoteca andante —responde Ali por mí—. En fin, menos cháchara y más garbo que necesito un conjunto de ropa interior para esta noche —apremia.

Durante el trayecto hasta la tienda, Ali se lo pasa explicando que si Kay esto, que si Kay aquello, que si siguen peleados pero que esta noche será la noche de la reconciliación y otros detalles muy escabrosos sobre sexo que prefiero no mencionar pero que Erica estaba encantada de escuchar, además de afirmar con seguridad que era el amor de su vida.

Y en cuanto lo dice, me da que pensar.

—Pero ¿cómo sabes que lo es? —le pregunto mientras entramos en la tienda—. Lo quieres tanto como ... ¿Tom?

Su relación con Tom fue el drama más intenso que he tenido la desgracia de vivir. Fue peor que ver un culebrón, que una película dramática, que *Titanic*, *El diario de Noah* y *Los puentes de Madison* juntas.

—Tom me rompió el corazón —empieza Alison—, y eso tardé en superarlo.

Admito que pasó mucho tiempo antes de que lo superase. Fue el primero que me rompió el corazón y lo hizo con alevosía. Me costó muchísimo dejar de torturarme con el recuerdo de él, de su presencia, de sus besos, con las reminiscencias en mi casa. Un simple cepillo de dientes que se había dejado me hacía llorar. Estuve torturándome durante meses, pensando en lo que había fallado, qué es lo que hice para que todo se fuese a la mierda. Pasado el tiempo de dolor, pensé cómo vengarme. Os lo prometo, ideé todas las situaciones en las que él podría aparecer, un día cualquiera pensé que volvería y entonces sería mi oportunidad, me pediría de nuevo estar con él y yo lo despreciaría con crueldad. Y, ¿sabéis que? Volvió. Tardó bastante, seis meses más o menos, pero un día abrí la puerta y allí estaba, rogándome, como tantas veces me había imaginado en mis fantasías más profundas.

Nunca Ali me había contado nada de esto, y estoy que no quepo de mi asombro.

—¿Y te vengaste? —pregunto con inquietud.

—La verdad, se me habían pasado las ganas. Lo miré a los ojos, y lo único que me produjo fue pena. Por todo lo que podíamos haber tenido, por todo lo que malgasté con él, ese tiempo perdido que no recuperaré. Así que no lo hice, no me vengué. Sólo le dije la verdad, que había pasado página y que no lo quería.

—¿Y cómo te diste cuenta de que le habías olvidado?

Ali se encoje de hombros, mientras se gira para observar uno de los maniqués de la tienda.

—Cuando un día entré en casa, y no le eché de menos.

—Y a Kay, ¿lo quieres de la misma manera?

Ali niega con la cabeza, pensando.

—Creo que nunca se quiere de la misma manera. Ni menos ni más, solo... diferente. Piensa que es igual a cuando subes una montaña, la primera vez no

sabes que vas a encontrarte. La segunda ya vas preparado, tienes experiencia para bien o para mal, aunque lo hagas en otro mes, haga más o menos calor... ¿me entiendes?

—Ajá —respondo, pensando en qué momento mi hermana se había convertido en una persona tan sabia.

—Guay. ¿Qué os parece este mono? —pregunta, alzando algo aspirante a ropa interior más transparente que el papel de fumar y con bastantes puntas.

—Muy transparente.

—Demasiado tapado —dice Erica.

Ambas me miran haciendo que no con la cabeza.

—Se trata de provocar, no de tapar. Estoy segura de que no te has comprado ropa interior decente en la vida —dice Erica cogiendo unas mini braguitas de color rojo pasión y lanzándomelas.

—Cómpratelas —insisten.

Y no solo eso, si no que termino con un par de sujetadores con encaje, unos negros y otros también rojos y un par de braguitas más.

Cuando Erica y yo volvemos a la oficina, me estoy arrepintiendo de haberme comprado eso. Total, ¿qué más da el color o la forma de las bragas? Suelo desnudarme a oscuras así que es algo irrelevante.

Sumida en estos pensamientos, salgo del ascensor y sin darme cuenta me topo contra alguien.

—Lo siento —murmuro.

Alzo los ojos, teniendo tan mala suerte que es, nada más y nada menos que Frederick Ross. Se coloca bien las gafas antes de decir nada.

—No te preocupes.

Ahora mismo deseo que el suelo se abra y poder saltar al interior de la tierra - o más bien al piso inferior-. Con la intención de ir hasta mi puesto y no moverme más de allí, empiezo a caminar a paso ligero.

—Jo —oigo que vuelve a decir, y me paro en seco, dándome la vuelta—. Se te ha caído esto.

Esto, ESTO, son las bragas negras recién compradas. Madre del amor hermoso, me quiero morir. Las tiene cogidas por los dedos desde un extremo, ceremoniosamente. Abro la bolsa con una mano, y con la otra se las arrebato con rapidez metiéndolas dentro. Tengo, seguramente, el récord mundial de rojezes en el rostro, estoy segura de ello porque nunca, jamás había pasado tanta vergüenza.

—Gracias —susurro, volviendo a largarme.

No voy a poder mirarle a los ojos jamás. Y mañana vamos a Paris. Lechuguino, ¿por qué me pasan a mí, estas cosas?

14 de Febrero

Diario, estoy en mi habitación de un hotel maravilloso, un sueño hecho realidad en París, con el albornoz puesto después de haberme tomado un baño relajante en una fantástica bañera con mucha espuma. Parezco Julia Roberts en *Pretty Woman*, sin ser prostituta claro, y por desgracia, sin tener a un Richard Gere pululando por mi habitación.

El día ha empezado siendo un completo desastre. Todo ha comenzado con una llamada de mi madre antes de salir de casa.

—*Jocelyn, llámame en cuanto llegues* —me ha recordado.

—No te preocupes, mamá.

—*¿Va Travis contigo?*

—Por supuesto que no, es un viaje de trabajo.

—*Hm* —no, no le ha parecido bien, por supuesto—. *Espero que no se moleste, podrías habértelo llevado.*

—Voy a trabajar, no a hacer turismo —le he recalcado, por si acaso.

—*No te acerques mucho a los franceses, no son de fiar.*

—Mamá...

—*No entiendo por qué tienes que salir de Inglaterra, hija.*

Lo más curioso de mi madre es que ella, no es inglesa. Bueno, ahora sí ya que al casarse con papá adquirió la nacionalidad. Pero mamá es francesa de nacimiento, cosa que nunca menciona. No paró hasta eliminar todo resquicio de pronunciación francesa en su inglés, e incluso se cambió el nombre de Hélène a Helen y se tiñó de rubia en cuanto pudo.

Dice que sus nietos serán ya ingleses del todo. Qué decirle, salvo asentir y dejarla que viva en su ignorancia.

—Tengo que irme, mamá.

—*Adiós, Jocelyn, un beso.*

A las ocho de la mañana estaba ya en el aeropuerto con mi maleta, esperando a Frederick Ross. No sabía cómo podría mirarle a los ojos, no después de la metida de pata de ayer con las bragas. Me había repetido a mí misma que debía de actuar con normalidad, como si nada hubiese pasado. Pero en cuanto lo vi caminar con esa seguridad en sí mismo que pondría de rodillas a cualquiera y esa aura que suele rodearle, supe que no podría.

—Tan puntual como siempre, Jo. ¿Pasamos la puerta de embarque? —dijo, y yo como siempre, asentí.

¿Qué podía hacer más? Pues nada de nada.

En cuanto llegamos a la puerta de embarque, nos pusimos a la cola para entrar en el avión, y a mí ese estúpido nerviosismo no me abandonaba. Por supuesto, lo estaba disimulando la mar de bien. Hasta que entramos en el avión y nos sentamos, evidentemente, uno al lado del otro. De reojo, observé su perfil, esa nariz griega algo alargada, la mandíbula prominente. Pude oler también su colonia masculina, si es que mi codo rozaba el suyo por lo estrecho de los

asientos. Creo que nunca había estado tan cerca de Frederick Ross, nunca, jamás. Qué decir, me gustó y a la vez me puse nerviosa.

—¿Has desayunado? —me preguntó, después de ponerse en cinturón de seguridad.

—No —respondí, haciendo lo mismo.

—Ahora podemos pedir algo.

No tenía ni hambre ni sed ni frío ni calor, porque Frederick Ross estaba allí, siendo amable y a mí se me caía la baba sin remedio.

—Vale —pude pronunciar.

En cuanto el avión despegó, intenté calmarme, pensar que no era él quien estaba a escasos milímetros si no un completo desconocido. ¿Funcionó? Ni por asomo. Pero eso no fue lo peor, por supuesto que no.

Porque, hoy, 14 de febrero, resulta que es San Valentín, el día de los enamorados.

—¡Buenos días! —se nos acercó una azafata muy guapa, morena de ojos pardos y muy sonriente—. Enhorabuena, han ganado nuestro premio especial de San Valentín en París, una cena romántica con vistas a la Torre Eiffel.

Todo el avión rompió en aplausos mientras que yo quería saltar al vacío mientras moría de vergüenza. Frederick le dio las gracias y cogió el vale.

—Qué suerte tenemos, ¿eh cariño? —dijo, siguiendo la broma.

—Mucha —murmuré, mientras las mejillas me escocían.

—Qué pareja más bonita —exclamó una señora mayor, sentada en el asiento de atrás—. ¿Están casados?

Iba a decirle que no, pero Frederick fue más rápido.

—Justo hoy hace un año que se lo pedí. Vamos a París para rememorallo.

Un *Ohhh* generalizado se escuchó por el avión. No daba crédito, ¿qué estaba haciendo Frederick Ross? Parecía estar disfrutando, demasiado. Lo miré frunciendo el ceño, sin entender nada.

—Cariño, relájate. No le gustan demasiado los aviones —le explicó a la señora mayor.

—Solo de pensar en lo que pesan, me pongo enferma —respondió ella.

—Apóyate en mi regazo y duérmete —prácticamente tiró de mí mientras decía aquello.

Me quedé estática, tumbada con la cabeza sobre su pecho y medio cuerpo encima de él. El corazón se volvió loco, tuve hasta miedo de que no pudiera salirme del pecho, o peor, que él lo notase.

También tenía uno de mis pechos sobre su abdomen. Mi pecho sobre Frederick Ross, algo aplastado, pero siendo consciente de que lo estaba tocando, aunque indirectamente por la ropa. Pero eso a mis partes bajas pareció serles indiferente porque se emocionaron.

También parecía que mi sentido del olfato se concentrase solo en él, pues cada vez que inspiraba, su olor quedaba metido en mi nariz y hacía estragos en mis sentidos.

—¿Caribe?

Imposible. Frederick Ross no podía haber dicho Caribe. Quizás estaba perdiendo audición, o era el avión que me había taponado los oídos.

—¿Qué? —murmuré incrédula.

—¿Cómoda?

Eso tenía mucho más sentido. Mi subconsciente me había jugado una mala pasada. Y todo por el extraño vocabulario de Erica y su manía por no llamar a las cosas por su nombre.

—Ajá.

Me pasé las dos horas que duraba el vuelo casi sin moverme, teniendo a Frederick Ross de colchón, estando tremendamente cómoda, pero también ¿cómo decirlo para que no suene soez? Fogosa, caliente, libidinosa. No lo entiendo, no debería sentirme de esa manera por varias razones:

1- Es mi jefe.

2- En el caso de que el número uno no sea suficiente, tengo novio y no me quejo en ese aspecto de la relación.

3- En el caso de que el número dos fuera inexistente, Frederick Ross está en el Olimpo y yo soy una simple mortal, ergo, es inalcanzable.

En cuanto aterrizamos, me levanté con rapidez y salí escopeteada del avión, con Frederick detrás.

—No... no ha tenido gracia —murmuré mientras cogíamos un taxi hasta el centro de París.

En cuanto subimos, después de darle la dirección al taxista, me miró fijamente a los ojos. Tenía esa expresión medio sonriente y a la vez muy difícil de interpretar.

—La ha tenido, Jo.

No podía rebatirle, no porque no tuviese argumentos si no por la seguridad con la que hablaba. Siempre lo hacía, era algo que me fascinaba e intimidaba a la par. Pronto me olvidé de aquello, en cuanto empezamos a adentrarnos en los suburbios de París, a ver la arquitectura típica que salía en las fotografías de los edificios blancos y grisáceos con los tejados azulados. Me quedé embobada en cuanto pude visualizar la torre Eiffel.

—¿Tu primera vez en la ciudad? —preguntó sin despegar los ojos de su teléfono.

—Sí.

Resultaba irónico, pues mi madre se había criado justamente aquí. En cuanto llegamos al hotel -y no podía creerlo, estaba justo al lado de la ópera-, nos bajamos del taxi y nos registramos. Nuestras habitaciones ni siquiera estaban en la misma planta, cosa que agradecí ya que así evitaba pensamientos fuera de lugar.

—Bien Jo, nos vemos a primera hora mañana para desayunar, a las ocho.

Asentí, viendo cómo se alejaba hasta los ascensores. ¿Y qué hice yo? Estaba en París, así que dejé mi equipaje y salí a recorrer sus calles. Me recorrí las calles cercanas a la ópera, me comí un par de *macarons* de *Ladurée* (y le compré también una caja a Erica y a mi hermana), también caminé por la place Vendôme y los campos Elíseos.

Así que, a pesar de haber empezado el día de un modo extraño, estoy en París y me siento muy, muy feliz.

15 de Febrero

08.00: En cuanto pongo un pie en el restaurante del hotel donde se sirve el desayuno, me veo acosada por las Ashleys y su entusiasmo por el día de hoy. En resumidas cuentas; gente famosa, mucho glamur, mucho postureo y mucho desfile por delante.

—¿Has visto a Lily C. de *Vogue*? Lleva un poncho de *Givenchy*, pantalones pitillo negros y mucha bisutería. Creo que intenta imitar a Marilyn en esa película donde decía que el diamante es el mejor amigo del hombre —dijo Ashley rubia.

—Díselo a Megan Markle y al pedruscote que el príncipe le ha regalado. Americana tenía que ser. ¿Crees que vendrá a alguno de los desfiles?

—Quién sabe —respondió, pensativa.

—*Los caballeros las prefieren rubias* —musité, cuando terminaron.

Las dos me miran estupefactas, sin entender nada.

—¿Eso es tenencia? —dijo Ashley morena.

—Es el título de la película de Marilyn Monroe.

Suspiran aliviadas, percatándose de algo que yo no sé, ya que me miran raro.

—Jo, no piensas ir así al desfile, ¿verdad? —pregunta Ashley morena,

observándome de arriba abajo.

Hago lo mismo, buscando cuál es el problema. Voy la mar de normal, con unos pantalones negros anchos y una camiseta muy mona, que reservo para las ocasiones especiales que tiene perlititas, de un color rosado.

—Eeeh, ¿sí? —titubeo.

—¡No! ¿Dónde está la ropa que te dimos?

—En la maleta.

Media hora más tarde vuelvo a estar en el desayuno, con un zumo de naranja y un yogur tremendamente incómoda, sentada en la mesa con las Ashleys, Larissa Pierce y, por supuesto, Frederick Ross. Es incómodo por varias razones, primero por la forma en la que Frederick me está mirando -difícil de interpretar porque es el hombre de hielo, y su expresión no varía mucho, pero ha pasado de observarme de una forma neutra y a veces medio sonriente a más incisiva y tensa-, segundo porque llevo *leggings* y esto significa que la carne que existe en la parte donde las dos piernas se juntan, sobresale más de lo habitual, además de marcarse mis piernas jamoneras, y tercero, que estoy delante de la jefa suprema de la revista.

Larissa Pierce va siempre impecable, cómo no. Con un moño muy estudiado para que parezca que se lo haya hecho recién levantada y en dos segundos, cuando es probable que se haya tirado tres horas, un color de labios rosado y una estola de piel azul eléctrica por encima del hombro derecho, se limita a observarlo todo. Supongo que también me observa a mí, pero lo hace disimuladamente porque cuando alzo los ojos, no nos cruzamos la mirada. No sabría decir qué edad tiene, es una de esas mujeres atemporales, como Audrey Hepburn o Madonna.

Doy gracias a la Providencia que enseguida nos levantemos para ir al famoso desfile de un diseñador cuyo nombre no voy a volver a pronunciar.

11.00: Quiero morirme.

Igual que si estuviese en una discoteca, con las luces psicodélicas y de neón, y una música demasiado alta para el tímpano humano, chicas y chicos desfilan por la pasarela. No sé ni lo que llevan puesto porque tengo que fijarme mucho por culpa de la poca iluminación que hay.

11.30: Prometo que si alguien me saca de aquí voy a venerarle para el resto de mis días. En serio, incluso puedo hacerle un altar.

11.35: Voy a tener que hacerle un altar a Frederick Ross, porque sin avisar, me coge de la mano y me arrastra hasta la salida.

Al atravesar la puerta, veo cómo de reojo respira hondo. Tiene cara de mala leche, lo sé porque hay una vena en su cuello que se le marca y sus ojos están más turbados. Qué ojos, lechuguino, son los más preciosos con los que me he cruzado.

—Esto es insoportable —suelta de golpe.

—Es una tortura —se me escapa.

Se gira hacia mí. Oh, lo he dicho en voz alta.

—¿Nos vamos al museo?

Definitivamente se merece, no un altar, sino un templo entero. Asiento, aliviada, mientras vuelve a cogerme de la mano para salir hasta la calle y parar un taxi.

¿Y qué suena en mi cabeza? *La vie en rose*.

Sigue sonando hasta que el coche se detiene delante del Orsay, donde sé que tienen la mayor colección de obras de Degas.

—Aquí sí que lo tienen —dice Frederick.

Alzo la vista hacia él en cuanto entramos en el museo, pues me saca al menos una cabeza.

—¿Qué tienen?

—Ensayo de ballet. En la exposición de Londres no lo tenían.

Se acuerda de mi cuadro favorito. Creo que si fuese agua me estaría evaporando de lo mucho que mi temperatura corporal está subiendo. Es increíble que se acuerde.

Ay la madre de Dios, esto no puede estar pasándome. Creo que me estoy enamorando de Frederick Ross, si es que no lo estoy ya. Cosa que no debo hacer. Porque yo soy Jo Foster.

—¿Te acuerdas? —pregunto asombrada.

—No soy como ese pez azul con memoria a corto plazo —se queja mientras entramos en la gran galería del museo.

Es una sala inmensa de madera clara, y a los extremos están las pequeñas galerías donde se concentran los cuadros.

—Dory —murmuro, siguiéndole.

Parece que se sabe el camino, así que voy detrás de él tan rápido como esos zapatos de plataforma me permiten. Recorremos el museo entero viendo también a Cézanne, Renoir, Monet y Van Gogh. Me deleito con sus pinturas del París de la *belle époque*, los dorados y verdes, los azules y ocre, los grises azulados.

Puede que todo eso sea un sueño, demasiado bonito y perfecto para ser real. Desde luego, Frederick Ross lo es. Y más cuando, al salir del museo dice que me invita a comer a un restaurante cercano que conoce.

—No es tu primera vez en la ciudad —deduzco cuando, al entrar, pide una mesa.

Nos sentamos en una pequeña esquina, el restaurante tiene aires vanguardistas y posters de Alfons Mucha.

—No lo es. Estuve hace un par de años.

—¿Otra... semana de la moda? —digo tímidamente.

—No, gracias a dios. Un aniversario con mi novia.

Quiero llorar. En serio, quiero hacerlo. Me da la sensación de que alguien me ha tirado un cubo lleno de agua por encima. Pero ¿qué esperabas Jo? ¿Que ese prodigio de la naturaleza estuviese soltero?

Un segundo, la que no está soltera soy yo.

—¿Cuánto lleváis? —pregunto, en parte por ser educada y en parte por ser cotilla.

—Nada ya.

Está soltero. Uff. Pero qué digo, si da igual, sería la última mujer del planeta y no querría nada conmigo. Bueno, esto es muy extremo, quizás me he pasado. O no.

—Lo siento —murmuro escudándome en la carta que nos acaban de traer.

—No lo hagas. Pero tampoco me preguntes por qué —dice, pidiéndole al metre un vino.

—No me atrevería —respondo con sinceridad.

—Es cierto, me olvidé de que estaba hablando contigo —sonríe con el rostro torcido—. Es por la falibilidad de la memoria.

Asiento, intentando adivinar lo que quiere decir con esto.

—¿No recuerdas los motivos de la ruptura?

—Lo hago, pero cada vez recordamos las cosas más a nuestro beneficio, para liberar a nuestra conciencia. Te diría que la rutina nos separó, que ya no era como al principio, que la relación simplemente dejó de funcionar. Pero sería mentira, una forma para acallar la culpa.

La culpa. Entonces ya se presupone culpable. ¿Hizo algo tan malo? Quizás la engañó y dice aquello para sentirse bien consigo mismo.

—Dilo —oigo que dice mientras estoy leyendo sin realmente leer la carta.

—Prefiero...no hacerlo —confieso.

—Podría amenazarte con despedirte, eso suele ponerte nerviosa. Pero voy a

pedírtelo por favor.

Esa voz me está derritiendo, y aun así siento que se ríe un poco de mí, pero a la vez, me mira con ojos... ¿lujuriosos? Son imaginaciones mías.

—No creo que te sientas culpable, si no, no dirías eso. Pero a los ojos de los demás, supongo que lo eres. ¿Tan terrible fue?

Sé que tengo razón cuando deja de sonreír.

—Me cansé de ella.

También me ahorro decirle que si quieres a alguien, no te cansas. Que, probablemente, nunca la hubiese querido.

Cuando viene el camarero, pido con mi francés, aunque lo tenga algo olvidado. Creo que es lo único que mi madre se permitió hacer sobre sus orígenes, enseñarnos a mi hermana y a mí francés.

—Dicen que el pato en Francia es delicioso —intento cambiar de conversación.

—Eso dicen. ¿Dónde aprendiste francés?

—Mi madre es francesa, aunque lo niegue —acabo diciendo.

—¿Y nunca has estado en Francia? —pregunta sorprendido.

—No. Ella... es huérfana, se crio en un orfanato de París, estudió con una beca y encontró trabajo en Londres. Allí se volvió extremadamente inglesa, ahora se llama Helen y sólo cocina recetas de Jamie Olivier y adora a la reina.

Se ríe de nuevo. Creo que me va a coger complejo de payaso.

—Jo Foster, deberías abrir más la boca. El mundo se está perdiendo demasiado.

¿Me ruborizo? Por supuesto que sí. Pero es que Frederick me desconcierta. Durante un segundo parece el hombre más frío y desconsiderado diciendo cosas como la que acaba de soltarme tan tranquilo como que se había cansado de su novia, y al minuto dice otra cosa demasiado bonita para ser real.

—¿Echas de menos Estados Unidos? —pregunto cuando nos traen a ambos el

pato a *l'orange* y llena mi copa de vino.

—No.

—¿Tu familia? —me aventuro a preguntar.

Mi curiosidad sobre él es más grande que mi timidez ahora mismo.

—Mis padres viven en Ulysses. Él es el sheriff y mi madre es voluntaria en la iglesia y en cualquier evento que haya en el pueblo. Siguen esperando a que vuelva para comprarme una casa al lado de la suya y monte un taller de mecánica "porque los coches se te dan bien, chaval". Eso solía decirme mi padre.

Asiento, convencida de que no ha sido sencillo para él.

—Seguro que son encantadores —lo cierto es que no sé qué más decirle—. ¿Y tu hermano?

—Al final se hizo policía, como mi padre. Él sí vive en la casa de al lado, se ha casado y tiene tres hijos. El mayor, por supuesto. El pequeño, James, es un bohemio que vive en Nueva York siendo escritor.

—Ulysses, es un nombre bonito para un pueblo. Nunca lo había oído —confieso que no sé dónde para.

—Está al sud de Nebraska. Nada que ver con James Joyce.

—Joyce era irlandés.

—No tengo frase de Joyce —dice, dando un largo sorbo a la copa—. Toda su obra es un seguido de grandes frases. Pero voy a confesarte un secreto, nunca he podido terminarme Ulises —esto último lo dice bajito, como si fuese un gran secreto.

—Yo tuve que hacerlo, pero me costó. Tenía un examen.

—La que sí que leí, fue *Dublineses*. ¿Sabes a quién me recuerdas, Jo Foster?

—afirma, y yo niego con la cabeza—. Al cuento de esa muchacha que duda entre quedarse con su padre o fugarse con su novio. Al final se queda. Se justifica en base a una promesa que le hizo a su madre antes de morir, pero no

es esa la razón, no. Es el miedo.

Frederick Ross se termina el último trozo de pato y me observa esperando mi reacción, que no llega temprano porque me he quedado absorta mirándolo.

—No.... no es miedo.

—Lo es. Tienes miedo a decir tus ideas en voz alta porque puede que al resto no le gusten. Tienes miedo de enfrentarte a tus compañeras y que se enfaden contigo. ¿Sabes Jo? Vivir con miedo no es vivir. ¿Quieres postre?

Niego con la cabeza mientras medito sus palabras. Miedo. Por supuesto que tengo miedo, uno atroz y aterrador. Y es difícil desprenderse de él cuando aquel miedo había sido real durante los años de mi infancia.

16 de Febrero

10.00: Hoy, gracias al cielo, me he librado del desfile y Frederick y yo nos hemos quedado en el hotel para poner en orden las notas de las Ashleys y hacer el artículo.

12.00: Tres horas después, por fin terminamos el artículo. Frederick ha dicho que tenía una reunión *on line* con los de Nueva York y ha vuelto a su habitación, así que yo me he quedado en el hall intentando ver si esta tarde podría ir a visitar la torre Eiffel.

12.30: Voy a visitar la torre Eiffel, total, no tengo nada más que hacer.

17.00: Diario, esta tarde he estado de turismo por París, y me he enamorado. He salido del hotel y he caminado recorriendo el Sena hasta llegar a la misma torre. Es un buen trozo, así que después de subir y ver la magnífica vista desde

allí arriba, he vuelto al hotel en taxi.

—¡Jo! —oigo que las Ashleys a dueto me llaman cuando estoy en la recepción.

Me giro y vienen histéricas corriendo.

—¿Ha pasado algo?

—Tenemos que empezar a arreglarnos ya, o si no, no llegaremos a la fiesta.

—Es a las ocho, ¿no? —recuerdo yo.

—Solo tres horas, ¡madre mía!

20.00: Ese vestido negro es tan ceñido que me hace demasiado pecho. A más inri, es corto y llevo tacones. Las Ashleys me han maquillado y tengo que reconocer que me veo guapa.

Me están presentando a demasiada gente, y ahora mismo estoy teniendo una conversación con una modelo sobre el *print animal*. Ambas estamos de acuerdo con que es difícil combinar el leopardo y hay una delgada línea entre que quede hortera o genial.

—¿Te diviertes? —pregunta Frederick Ross por detrás de mi oreja cuando estoy por fin, sola.

—Es la fiesta de mi vida.

La ironía no se me da bien, será que no pongo ni la entonación ni el gesto adecuado, pero me esfuerzo.

—¿De veras? —pregunta, extrañado.

—Claro que no. Era... irónico.

—Lo sé, te estaba tomando el pelo.

Nada extraño, pero al menos ya no me tiembla la voz cuando le hablo.

—La gente no come. ¿Sabes quién ha hecho el catering? Alain Ducasse, acaba de obtener la tercera estrella Michelin. Puedo oler esos mini canelones de trufa desde aquí —suelto, indignada.

Será que he caminado mucho y no he comido nada desde el desayuno, pero tengo un hambre atroz. Y juro que nadie, nadie, se ha acercado al catering. Y sé que estoy a dieta, que lo estoy diciendo yo que me sobran kilos, y que si como demasiado el vestido puede que explote.

Pero a Frederick Ross parece no importarle porque me coge del brazo y me arrastra hasta el centro. Coge un de los mini canelones y me lo pone en la boca. Literalmente. No puedo más que abrirla y meter el canelón.

—Está delicioso —digo mientras lo saboreo.

Lo digo en serio, es brutal. Luego coge otro y se lo come él.

—Tienes razón. ¿Siguiente recomendación?

Observo los platos, son pequeñas porciones para picar.

—El *parmentier* de patata, creo que lleva un queso francés delicioso por dentro deshecho.

Repito el mismo ritual que antes. Creo que nadie, desde que era un bebé, me había dado de comer.

—¿Te gusta cocinar Jo?

—Me encanta. No debería comer nada más.

—Tonterías. Me gusta darte de comer, tu cara de éxtasis no tiene precio. Te llevaría al restaurante de ese hombre solo para ver tu cara.

Por supuesto, me ruborizo. Como para no hacerlo. Dios, Frederick Ross va a hacer que suspire por él hasta el día que me muera.

Y si, volvemos a arrasar el catering con una copa de champán cada uno en una mano. Y esta copa se multiplica, hasta llegar a un punto en el que me encuentro chispeada. No debería de haber bebido tanto.

Y tampoco debería ver a Frederick tan guapo, porque parece un ángel, sin ser rubio ni tener los ojos azules, pero yo siempre he tenido debilidad por los morenos.

—Esa mujer lleva un pájaro en la cabeza —le susurro, señalando a alguien

que seguro es famoso.

—Casi. Jo Foster, ¿estás bien? Te veo más desinhibida.

—He bebido demasiado —le confieso en voz baja.

—Entonces he logrado mi cometido. Vamos al hotel.

Juro que, en estos instantes, si no fuese mi jefe, si no tuviese novio y si no fuera yo Jo, me habría lanzado a sus brazos. Pero me contengo.

16 de Febrero

Virgen Santa, diario. He metido la pata hasta el fondo, la he metido, pero bien metida.

Entro en mi habitación trastornada, con las rodillas temblándome y una sensación de culpabilidad apabullante. Poco a poco los recuerdos de la noche anterior vuelven a mí, y son cada vez peores.

Lechuguino, ayer besé a Frederick Ross, y encima me quedé dormida en su cama. Va a despedirme, y esta vez con razón. Me quito el vestido y la ropa interior y me meto en la ducha para aclarar las ideas, pero no antes de buscar un *ibuprofeno* en mi bolso para este dolor de cabeza que me está martirizando.

Las resacas no son lo mío y últimamente parece que las acumule.

Recapitulemos. Estaba en la fiesta, comiendo por incitación de Frederick Ross y bebiendo champán. En mi defensa diré que un buen champán francés no debe desperdiciarse, así que bebí. Bastante. Pero mi tolerancia al alcohol es la de un niño de doce años, así que imaginaros.

Cuando Frederick y yo llegamos al hotel, estaba como una cuba y no decía las frases completas además de soltar tonterías.

—¿Sabes quién es Arnold Bennet? Un escritor —decía yo mientras pisábamos

la recepción.

—Británico —respondió él.

—Ajá. Virginia Woolf decía que era un arrogante. Y murió de eso —afirmé con seguridad.

Frederick se detuvo y me miró a los ojos divertido.

—Entonces creo que yo también me moriré por arrogante. Pero creo que nadie se muere por tener *arrogantitis*.

—En 1931 aquí en París el agua estaba contaminada de tifus. Bennet haciéndose el chulo, y creyendo que no lo estaba, se bebió un vaso delante de todos. Y murió de tifus días después —lo aleccioné.

—Eso no es ser arrogante, es ser estúpido. Pero ¿qué se puede esperar de un hombre que dice que el pesimismo, cuando te acostumbras a él, es igual que el optimismo?

—Quiero vomitar —dije yo.

—Yo también. No me extraña que Virginia Woolf no le tragase.

—Literalmente, creo que voy a vomitar.

Pero no lo hice, me senté en una butaca y aunque me rodaba la cabeza, se me pasó.

—Voy a llevarte a tu habitación —dijo él.

Es en estos momentos en los que maldices no haber sacado la tarjeta del bolso y haber dicho, la veintisiete. No era tan difícil y un número sencillo. Lechuguino Jo, ahora no te estarías lamentando.

—No —negué, haciendo que no con la cabeza—. Quiero bailar. ¡Estamos en Paris!

Me levanté, dando vueltas por el hall del hotel.

—¿No tenías que ir al baño?

No recuerdo exactamente cómo lo dijo, solo que yo lo ignoré.

—Quiero hacer un Mastroianni en Paris —dije sin pensar.

—¿Qué es hacer un Mastroianni? —recuerdo que se rio con fuerza.

—*La Dolce Vita*, solo que aquí se diría *La Douce Vie* —traduje, aterrizando literalmente en sus brazos—. Necesitamos una fuente emblemática en París. En el barrio de Saint Michel hay una.

—¿Quieres bañarte en la fuente como Anita Ekberg?

—Sí. ¿Saltarás conmigo? —alcé mi mano y toqué su rostro, sintiendo su calor.

Estaba arrebatador, lo juro. Nunca había visto en persona a un hombre tan guapo.

—Saltaré contigo mañana. Ahora vamos a la cama.

Recuerdo que me excité solo de pensar en el doble significado de la frase, y era la primera vez que me excitaba con esa imagen.

Me vi arrastrada por los pasillos, luego subimos al ascensor y entramos en una habitación que no era la mía.

—Me gustan los hoteles —dije, y en cuanto vi la cama, me tumbé en ella después de sacarme aquellos tacones.

—En Nueva York, vivía en un hotel. No te lo recomiendo —dijo, quitándose los zapatos.

Luego desapareció durante un par de minutos y salió vestido con un pijama gris muy sexy. Se sentó en la cama y se estiró a mi lado.

No sé por qué lo hice, y vete a saber cuál era mi lógica en aquel instante, pero puse mis manos en mi vestido con la intención de quitármelo. Por suerte, Frederick me detuvo.

—Será mejor que no te lo quites —musitó mientras me miraba a los ojos.

—¿Por qué?

Ahora mismo me siento estúpida, ¿cómo pude preguntar eso?

—Hazme caso —aseguró.

Asentí, pero me acerqué más a él. Olía su colonia y quería pegar mi nariz a su

cuello, y también otras cosas que mi cuerpo libidinoso pedía pero que no podían ser.

—La gente te odia, Frederick Ross, pero yo no.

Primera GRAN metida de pata.

—¿No?

—No.

Y aquí viene la segunda ENORME metida de pata. Porque después de esto, acerqué mi rostro al suyo y pegué literalmente mis labios a los suyos. Los entreabrí, y le di un beso. Pero un beso que duró unos veinte segundos y que, si mi memoria débil y ebria no me está jugando una mala pasada, correspondió.

—Mañana tenemos la cena romántica de nuestro primer aniversario — recordé.

—Así es —respondió él.

Me acurruqué junto a él y me quedé dormida.

Por supuesto, a la mañana siguiente cuando me he despertado al lado de Frederick Ross y encima abrazada a él casi se me para el corazón. Con rapidez, me he espavilado y levantado de la cama, mientras poco a poco la memoria venía a mí.

He buscado los zapatos por el suelo y el bolso para irme cuando he escuchado su voz ronca y adormecida.

—Buenos días.

Preso de la desesperación y con la cara brutalmente roja, me he girado para observarlo. Tengo que decir que no deseaba otra cosa que volver a sentarme en esa cama y besarle de nuevo, pero era Frederick Ross, mi jefe, y tengo novio.

—Buenos días. Lo siento de veras, lo siento enormemente. Yo... no soy así, esto no va a volver a suceder, se lo prometo.

No pude estar más de un minuto allí, así que alcancé la puerta antes de que él

dijera nada más y hui hasta mi habitación.

Salgo de la ducha pensando en que ahora no voy a poder mirarle a la cara nunca más y en que soy una maldita adúltera. Yo, Jo Foster. Quién iba a pensarlo ¿eh?

Necesito ordenar mis prioridades con urgencia.

12.30: Estoy en el *Café de la Paix* comiendo con las Ashleys.

Hablan sobre la fiesta de ayer y yo hago ver que las escucho y asiento en todo lo que dicen, pero mi cabeza sigue estando en esa habitación de hotel.

Jo borracha y libidinosa ha besado a Frederick Ross.

Esa Jo se habría desnudado en su cama y estoy segura de que hubiese hecho otras muchas cosas.

A esa Jo le estaba importando un pepino que la luz estuviese del todo abierta y que se le viesen los michelines y algo de celulitis que tengo en los muslos. Y también que las bragas que llevase y el sujetador fuesen los nuevos de lencería negra.

Estoy en un gran lío, y ahora no sé cómo salir de él. Porque, al desaparecer esa Jo por la mañana, pensaba que también lo harían mis problemas, pero no, pues al contrario que esa Jo, sigo sintiéndome exactamente igual hacia Frederick Ross. Y creo que estoy completa y ciegamente enamorada de él. Pero de verdad, de las de no poder vivir sin saber si está bien, de las que te late el corazón y este da un vuelco cuando te habla, que cuando te roza sin querer o queriendo tus instintos más salvajes se disparan...

Y no puede ser. Pero ha pasado, y encima le he besado, en la boca. Lechuguino, Jo, tienes novio. Travis no se lo merece, soy una egoísta y una mala persona. Pero no volverá a suceder, en primer lugar, porque no voy a volver a beber nunca más, y segundo porque Frederick Ross no creo que quiera besarse conmigo. Estará pensando en cómo despedirme ahora mismo,

puede que tenga que buscarme otro trabajo.

16.12: Sobre la melancolía de París, miro su vista desde el *Sacré Coeur* y tomo alguna fotografía.

Para colmos, Frederick me ha enviado un mensaje, muy escueto pero muy significativo a la vez que me hace tener esperanzas de conservar mi puesto de trabajo.

F.R. : 8.30 en el restaurante, no llegues tarde.

19.00: Estoy en una encrucijada.

Puedo coger el vestido que me dio mi hermana de gata salvaje, usar esos tacones que me dieron las Ashleys y pintarme los labios con el Diva.

Puedo hacerlo, pero esto significaría que me estoy arreglando para un propósito, y es el de enamorar a Frederick Ross. Puede que él también quisiera besarme.

De hecho, me besó de vuelta, es muy significativo, ¿no? Necesito una señal del destino que me diga qué hacer.

TRAVIS: es un valor seguro, me refiero a que es mi novio y que hay un 50% de probabilidades de que acabemos casados, ergo tendría un futuro más o menos asegurado y así no me quedaría, como dice mi madre, para vestir santos. Pero (siempre hay un pero) creo que no es el hombre de mi vida, y esto es porque he conocido a un Dios (Frederick).

Por otro lado, quizás debería ser un poco más racional y aceptar que Travis es un tipo normal como yo. Pero a Travis no le gusta Shakespeare ni ir al teatro. Él es de cine de acción y de fútbol.

FREDERICK: vete a saber qué quiere de mí, si es que quiere algo. Puede que

mi mente me esté jugando una mala pasada, que me esté imaginando cosas que no son.

Es el hombre perfecto, y con esto creo que lo digo todo.

Puede que sea porque estoy en París, porque esa ciudad es la ciudad del amor y de la *bohème* y de todo lo bonito que puede haber. Qué se yo, pero tengo un arrebató y me pongo el vestido, los zapatos y el pintalabios. Hoy Jo, por una vez en tu vida vas a ser valiente y vas a decir lo que piensas, vas a ser sincera y, si Frederick Ross vuelve a besarte de nuevo, dejarás a Travis mañana cuando vuelvas y empezarás una nueva vida.

Decidida, salgo del hotel y pido un taxi. Creo que nunca he estado tan nerviosa en mi vida, ni cuando me gradué. Me siento Drew Barrimore en aquella película adolescente de *Nunca me han besado* cuando espera al profesor en medio del campo de béisbol todo el mundo pendiente de si vendrá a besarla a o no.

Solo que este paso yo ya me lo he saltado.

Bajo del taxi y subo en el ascensor del edificio hasta la planta del restaurante. Las paredes son todas de cristal y hay una magnífica vista de la Torre Eiffel, en un ambiente muy romántico. Me sientan en una mesa para dos, y espero a que sean las 8.30.

8.30: Creo que me va a dar un ataque al corazón.

8.31: Llega tarde, pero existen los 5 minutos de cortesía.

8:35: No va a venir. Llega un camarero con un mensaje. Es de Frederick, dice que ha surgido un imprevisto y que debe volver a Londres. Me ha enviado el billete de vuelta en el correo electrónico.

Eso es lo que pasa cuando no pienso. Me dejo llevar por fantasías sin

fundamento y luego tropiezo con la realidad, dándome de bruces contra el suelo y dejándome las rodillas raspadas. Solo que, en este caso, en vez de las rodillas es el corazón.

Estúpida, ¿cómo he podido pensar que realmente Frederick Ross querría algo conmigo? ¿Cómo? Si balbuceo más que hablo y me emborracho con apenas cuatro copas de champán, y disto mucho de tener un buen cuerpo.

Hago de tripas corazón y pido la ensalada, pese a que sea probable que ni me la termine. París, su fantasía, ha sido bonito mientras duró. Pero tarde o temprano tenía que volver a la realidad. Lechuguino, nadie me dijo que el efecto se terminaba antes de las ocho. Al menos el hada madrina de la cenicienta le decía que a las doce todo desaparecería. Me habrá tocado una defectuosa.

20 de Febrero

Desde que volví de París que Frederick Ross no ha aparecido por la oficina. Dicen que está en Nueva York con una reunión con los jefes del grupo del que pertenece la revista. Hasta hoy.

Cuando cruza la puerta, lo veo desde mi escritorio y aguanto la respiración. Abajo la cabeza y finjo seguir escribiendo en el ordenador, aunque teclee letras al azar.

—Reunión en 15 minutos equipo de redacción —grita antes de entrar en su despacho.

Normalidad y tranquilidad, Jo. No le mires a los ojos y todo irá bien. Me levanto cuando Erica pasa por mi lado y entro en la sala de reuniones con ella.

Monique está enferma, así que Regina se sienta a mi lado fingiendo interés por

Paris. En circunstancias normales hubiese sido escueta y hubiese evitado el tema porque sigue doliéndome lo que dijo de mí, pero necesito escudarme en la gente para que Frederick Ross no me dirija la palabra ya que está entrando por la puerta.

—Bien, tendencias para marzo. Cosas de primavera, ¿ideas? —pregunta.

—Los zumos *detox* —dice Regina.

—Asignado. ¿Algo más?

No dice Jo, solo espera a que alguien diga algo. Y soy yo quien lo hace porque:

1) Si va a despedirme, que sepa que tengo buenas ideas.

2) Soy una profesional.

3) Lechuguino, tengo una idea y es buena.

—Saldrá otro libro de *El diablo viste de Prada*. Gusta mucho —justifico.

—¿En serio? —preguntan Regina y Erica a la vez.

—Denoto entusiasmo, asignado. Bien, seguid pensando cosas.

Se coloca bien las gafas y sale de la reunión.

Me levanto al igual que los demás y voy hacia mi escritorio. Primer contacto salvado.

—Pensaba que cuando volviérais de Paris tendría que cubrirte para no destapar vuestro idilio, pero no sois muy amigos.

Casi me atraganto al escuchar a Erica con la botella de agua de la que estoy bebiendo.

—¡Erica! —exclamo cuando casi me da un infarto al oírla.

—Oh, vamos Jo, sé que te gusta.

—También me gusta Christian Bale y sé que no hay ninguna oportunidad. Es lo mismo, me gusta de una manera objetiva, lejana, como una fan a su ídolo musical. Excepto las adolescentes, yo no me sacaría el sujetador y se lo lanzaría.

Erica alza una ceja mientras da un sorbo a su café. Parece que sus ojos verdes me atraviesen intentando sonsacarme todo lo que tengo en la cabeza.

—¿Objetiva?

—Es guapo, ya está.

Que no, no es solo eso, pero da lo mismo.

—Mucho has hablado con él para que sea guapo, solamente. Le conoces demasiado como para decir que no le conoces. Y si le conoces y sigue gustándote, es que te gusta también de una forma subjetiva, tal y como tú dices.

Me quedo callada, sin palabras. Lechuguino, si es que es verdad. Estoy colada por Frederick Ross. Arrugo la nariz.

—Es igual porque no es recíproco. Y tampoco le conozco demasiado, no sé ni cuál es su película favorita.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé.

—Insisto —entonces se lleva una mano a la boca—. Pasó algo en París, ¿cierto? Vamos Jo, eres transparente.

Me desplomo en la silla, resignada.

—Iba algo bebida, fue su culpa porque no paraba de darme copas de champán y yo tenía sed. Entonces, cuando llegamos al hotel, tuvo que llevarme a su habitación porque yo iba fatal y... —bajo la voz en extremo poniéndome colorada— antes de quedarme dormida le di un beso.

—¿¿Qué?! —grita Erica, y casi todo el mundo se gira.

—Shhh —le ruego.

—Joder Jo, y yo pensaba que mi vida era interesante. ¿Y qué pasó luego? ¿No fuisteis al Caribe?

— No cruzamos ni el océano —me quejo—. Solo fue un beso, y me quedé frita. A la mañana siguiente me levanté y me disculpé y le dije que no volvería

a ocurrir.

—¿Y qué dijo él?

—Nada, me fui corriendo después de mis disculpas.

Hace una mueca, como si no estuviese convencida.

—Esto no quiere decir que no esté interesado en ti.

Creo que voy a tener que explicarle mi mayor humillación para que lo entienda.

—Esa noche teníamos una cena y no vino. Estaba sentada en el restaurante y me entregaron una nota de él diciendo que había tenido un imprevisto y volvía a Londres. Lo que llamamos comúnmente como plantón. Me plantó.

Más claro, agua. Y ahora estoy llorando por las esquinas mientras quedo con Travis, mi novio y me siento culpable así que ya he visto con él *Hot Shots* (la primera y la segunda, nada recomendables) y un partido de fútbol.

—Qué cabrón, y en el mismo restaurante.

—¿Lo ves?

—Por otro lado, ¿y si es verdad? Lo estarías juzgando injustamente.

—No. No voy a hacerme ilusiones ni montarme más películas, Erica. Me plantó, fin de la historia. Cambiemos de tema, ¿sigues estando como el perro y el gato con Wayne?

—No ha cambiado nada, así que por supuesto —finge algo de indignación—. Y encima tiene la desfachatez de ir seduciendo a las modelos de la revista que pasan por aquí, menudo caradura.

—¿Estás celosa? —deduzco, porque es evidente que lo está.

—Por favor. Tengo sexo cada día con mi vecino, no estoy celosa de un idiota que solo sabe darle a la cámara.

Asiento, sabiendo la falacia que acaba de soltar.

23 de Febrero

12.20: Lechuguino, esto es demasiado para mí. Hace varios días que intento evitar a Frederick Ross, pero hoy ha sido imposible, porque literalmente me lo he comido. Y no, no ha sido ni con patatas ni con dobles sentidos, sino más bien a lo placaje de rugby.

He salido del ascensor para ir hasta mi mesa y él justamente entraba, tan obcecado que ni ha visto que yo salía así que se ha tirado encima de mí. Ante tal fuerza, me he tirado hacia atrás, quedando apoyada por la espalda en la pared del ascensor.

—Lo siento Jo, ¿estás bien? —ha dicho enseguida, cogiéndome por el brazo para levantarme.

—Sí, tranquilo.

Estaba muy atractivo, pero yo no podía evitar pensar en lo que me dolía estar en su presencia. Y no era por nada más que por ese estúpido enamoramiento.

—¿Cómo va el artículo? —ha preguntado todo serio.

—Estoy en ello —he respondido yo.

—Bien.

No sé qué me ha pasado, ni porqué lo he hecho ni tampoco de dónde he sacado el valor, pero lo he hecho. Ha sido la primera vez que me he encarado con mi jefe. Porque, creo que, en el fondo, soy una mujer despechada, y duele.

—Espero que no hubiese sido nada grave —he dicho sin pensar, alzando la mirada y aguantándosela.

—¿El qué? —ha preguntado.

—La emergencia.

Juro que se ha quedado pálido. Después de un minuto, se ha dignado a abrir la boca.

—¿Fuiste al restaurante?

Ha debido de ser una pregunta retórica, porque es evidente que sí. He asentido, confundida, dándome cuenta de que aquello fue una excusa para no ir. Y que, por alguna extraña razón, él no pensaba que yo fuese. Entonces he tragado saliva, abrumada.

—Te-te-tengo que ir a mirar algo —he salido del ascensor y a paso ligero me he sentado en mi mesa, con la sensación de que no valía ni para una mísera cena regalada.

21.00: Alison está en mi sofá comiendo palomitas mientras vemos *Postdata: te quiero*.

Alison está llorando en silencio, Erica -que también ha venido-, tiene el ceño fruncido y una expresión de incredulidad reflejada en el rostro y yo estoy haciendo un esfuerzo titánico para no comer ni una puñetera palomita.

Si tuviera tres kilos menos estoy segura de que Frederick Ross me hubiera permitido quitarme el vestido aquella noche en París.

21.30: La película ha terminado y Alison sigue llorando.

—Yo si no fuese tan cínica, también lloraría —exclama Erica decidida—. Pero porque nunca voy a encontrar a un hombre así. Esto sí que me deprime.

—No lloro solo por la película —confiesa Ali de golpe—. Es Kay.

—Sabía que algo raro te ocurría, has estado mustia todo el rato que hemos estado en el gimnasio —me ilumino.

—¿No salió bien lo de la lencería? —preguntó Erica.

—No. Entré en su piso, debían de ser las nueve de la noche y no estaba, así que me quité el abrigo y los zapatos. No llevaba nada más salvo el mono de color negro. Esperé a que llegase con las luces apagadas y unas velas encendidas. Total, que en media hora llegó.

—¿Y qué pasó?

—Que cuando entró, no lo hizo solo, sino que le estaba comiendo los morros a una pelirroja teñida.

Creo que Ali se da cuenta de que Erica es pelirroja o que al menos podría no serlo de verdad.

—Soy pelirroja natural, pero entiendo tu frustración —dice, mientras asiente.

—Lo siento mucho Ali —me acerco a su lado y la abrazo con fuerza.

—Me he sentido tan estúpida. En cuanto le he visto, he buscado el abrigo y me lo he puesto. Y me ha visto. Se ha quedado perplejo de verme, ha intentado detenerme y le ha dicho a la otra chica que por favor se fuera. Pero no he podido hacerlo, me he ido —dice con el rostro inundado de lágrimas.

—Sé que sonará mal, pero ¿no lo habíais dejado? —dice Erica.

Suspira y asiente.

—Siempre lo dejamos y volvemos. Me dio qué pensar, si las otras veces ha habido también otras chicas, si realmente he sido una distracción, si en realidad es un infiel crónico y no me he dado cuenta.

—¿Qué te dijo él?

—Que pensaba que esta vez yo no volvería, que le dije cosas muy feas y que estaba enfadado. Sólo le dije: te perdono. Y me fui.

No entiendo nada, ¿Cómo alguien ha podido hacerle eso a Alison? Si es la mujer soñada.

—Ósea, que lo has perdonado —deduce Erica.

—En realidad no hay nada que perdonar porque no estábamos juntos —explica—. Pero no puedo volver con él.

Parpadeo varias veces antes de captar qué quiere decir con eso.

—Te ha dolido que pueda haber estado con otras.

—También Jo. Pero es cuestión de confianza. ¿Quién me dice que cuando nos peleemos no va a hacer lo mismo? No confío en él, no puedo estar con él si desconfío. Y no solo eso, ¿podrías estar con una persona si dices estar

enamorada de otra? Porque yo no.

Ali siempre ha sido muy radical en este aspecto del amor y de los sentimientos. Es un mundo que suele dominar a la perfección mientras que yo voy a tuestas.

—Por supuesto que puedes, cielo —le replica Erica—. Querer y desear son dos conceptos distintos.

—Pero si quieres a alguien no deseas a nadie más —vuelve a decir Ali.

—¿De veras? ¿Aun cuando no puedes tenerle? ¿Aun cuando sabes que no estáis destinados? ¿Aun cuando piensas que entre vosotros todo ha terminado?

Ali se muerde el labio pensando algo, pero niega con la cabeza mientras se recoge el cabello negro azabache largo en una coleta.

—Lo nuestro no había terminado, no del todo.

—Quizás... se estaba conformando. Con la otra chica. Se había dado por vencido contigo, pese a que no debió.

Conformando. No hay otro remedio cuando para la otra persona no eres suficiente. Por mucho que te acuerdes de ese beso todos los días, a todas horas y sea lo más especial que te ha ocurrido nunca, lo más mágico, la guinda del pastel después de una noche perfecta.

Su sabor agridulce, esa sensación de flotar, de volar por encima de la habitación, de poder hacerlo todo. Esa sensación que tengo cuando estoy en presencia de Frederick Ross, y no del que debería, es decir, Travis, mi novio.

Lechuguino, estoy perdida.

Muy perdida.

27 de Febrero

10.40: Ante todo, debo recalcar mi profesionalidad en el trabajo y el hecho de

que intente hacerlo bien a expensas de Frederick Ross.

Es extraño. Me siento observada por él pese a que no le he pillado mirándome en ningún momento. Juraría que lo hace, tengo esa extraña sensación, es absurdo, pero así es.

Erica sale hecha una furia de su despacho y viene hacia mi mesa directa.

—No puedo creerlo. Ross es un capullo integral, no puedo con él.

Si le digo que sí, no va a creerme porque antes bebía los vientos por él y sino sabrá que ha pasado algo.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha puesto con Wayne en un proyecto. Si todo el mundo sabe que somos el perro y el gato.

—Puede que así hagáis las paces.

Me fulmina con la mirada y dice que no con la cabeza.

—Tú y tu filosofía Gandhiana podéis iros por donde no cabe el sol. Son 3 días en el culo del mundo.

—¿En qué culo del mundo?

—No sé, un castillo de Irlanda.

—¿En serio? Qué bonito —musito, mientras me imagino paisajes verdes, gaitas sonando, un palacio encantado y leprechaunds.

—Sería bonito sin Wayne. Pero no. ¿Qué haces esta noche?

—Travis tiene una fiesta muy importante, en casa de su jefe y me ha pedido que le acompañe.

—¿Quién es Travis? —no sé si lo hace a propósito, pero no es muy alentador.

—Mi novio.

—Cierto, se me olvidaba. A ver cuándo le conozco. Después de él vendrán tus padres y ya conoceré a todo el clan Foster.

—Mi madre no te gustaría. Mi padre sí.

Ya sé lo que diría mi madre de ella, que no me conviene, que es una

deslenguada que no piensa antes de hablar y que tiene pinta de ser una fresca. Pero es mi amiga, mi única amiga, y a mí me cae bien.

—¿Sigues ignorándote con Frederick Ross? No lo niegues, lo he notado.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué le ofrezca mi amistad y le invite a un café después de lo que hizo? —reflexiono en voz alta—. No puedo hacer como si tal cosa.

—Pues te echa unas miraditas cuando no lo ves que tela telita, cielo.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto intrigada.

—Te mira aguantando la respiración. Con intensidad, con fuego en su mirada.

—No exageres.

—No lo hago, ya sabes como soy. Creo que deberías hablar con él y aclarar las cosas, es solo una idea.

Aclarar las cosas. Pero no tengo nada que aclarar con él, nada en absoluto. No vino porque no le dio la gana y encima se extrañó de que yo lo hubiese hecho, dándole a entender, a más inri, que estaba interesada. Un desastre, vamos.

8.30: Lo bueno de mi disgusto con Frederick Ross es que se me ha quitado el apetito, no tengo ganas de cocinar así que he adelgazado, quitándome finalmente esos tres kilos.

No sé si es suficiente, y la verdad es que esperaba a que Travis lo hubiese notado porque precisamente hoy, para la fiesta, me he puesto uno de los vestidos de fiesta de las Ashleys me dieron para Paris, azul marino de manga larga y un escote en pico pronunciado, cruzado en la cintura. Y llevo tacones, bueno, plataformas.

Pero en cuanto salgo de casa y subo a su coche, me da un beso en la mejilla y sin apenas mirarme, enciende el coche.

—Estás preciosa, cariño.

Conocer a Travis fue algo que no planeé. Ni siquiera estaba interesada en

tener una relación. Mentira, sí quería conocer a alguien, al amor de mi vida, en mi fuero interno deseaba vivir una apasionada historia de amor como las de las películas y los libros que me hacían llorar, mientras que mi madre me alentaba a conocer a buenos chicos.

Fue antes de graduarme, exactamente dos semanas antes. Un encuentro casual cuando cruzaba la calle y tropecé con él y le derramé el café por encima. Como es habitual en mí, enrojecí de inmediato y me disculpé miles de veces, ofreciéndome a pagarle la tintorería.

Fue entonces cuando me sonrió y dijo que solo aceptaría mis disculpas si dejaba que él me comprase otro café y asentí con timidez.

Hubieron muchas citas antes de que llegase el primer beso, porque soy Jo Foster y necesito confiar en extremo antes de abrirme. Mirando hacia atrás, fue bonito la forma en la que nos conocimos, la paciencia que tuvo, la forma tímida y delicada la primera vez que me besó.

Quizás en París me precipité, juzgando esos sentimientos que parecía tener por Frederick Ross. Quizás solo lo idealicé, no siendo reales. Travis es real, está aquí conmigo, tenemos una historia y puede que últimamente hayamos tenido problemas, pero ¿qué pareja no los tiene?

No sé, últimamente siento que estoy demasiado confusa con todo esto. No debería tener dudas sobre Travis, pero las tengo. Esas dudas me matan poco a poco, me consumen y no me dejan dormir bien.

Travis aparca el coche en un punto de la calle. Es una zona residencial a las afueras del centro con casas grandes, blancas y con jardín.

— ¿Todo bien? Seguro que les causas una buena impresión a todos —dice antes de llamar a la puerta, cogiéndome de la mano.

Si algo tiene Travis de bueno, es la seguridad que me transmite. Suelo ser extremadamente tímida, y con esa seguridad me siento bien.

—Si —respondí justo antes de que una mujer vestida de pieza cabeza con un

traje pantalón blanco y un moño muy rígido nos abra la puerta.

Se presenta como Jane Steward, la mujer de Holden Steward, el jefe de Travis, y nos hace pasar.

Travis va presentándome uno a uno sus compañeros, que habían venido casi todos con sus respectivas parejas. Soy buena con los nombres así que me acuerdo de casi todos los presentes, parecen agradables, aunque las charlas son bastante insustanciales.

Y allí, en medio del salón con una copa de vino en la mano, aparece quien no creía ver jamás allí. Por segunda vez. Esa sensación con él empieza a ser constante. Pero, quien iba decirme a mí que Frederick Ross estaría en el salón del jefe de Travis, con una copa de vino en la mano, charlando animadamente con Laura, a quien me habían presentado como la contable de la empresa. ¿sería su novia? ¿su ligue? ¿su mujer? ¿O acababa de conocerla?

Respira Jo, respira profundamente. A lo mejor no es él y se parece mucho. A lo mejor lo has visto mal, y es otra persona. Pero vuelve a girarse hacia mi dirección Y sí, es inconfundiblemente Frederick Ross.

Parece que no me avisto, y sinceramente deseo que siga siendo así. Hay mucha gente así que, no sería raro. De todas maneras, ¿qué demonios está haciendo aquí?

Lechuguino, creo que acaba de verme. ¿Qué hago?

—Jo, te estaba buscando. Éste es Holden Steward. Holden, esta es Jo.

Travis y un hombre de unos cincuenta años mal llevados, de profundas ojeras y cabello grisáceo y ojos azules me da la mano con decisión.

—Un placer conocerle señor Steward.

Una de las pocas famosas que conozco es Martha Steward y porque mi madre tiene sus libros de recetas y bricolaje. Me pregunto si serán parientes.

—Igualmente, Jo. Travis está haciendo un excelente trabajo.

—Hablando de trabajo, creo que deberíamos aceptar la cuenta de George, la

de la nueva aplicación.

—Ya sabes que no me gusta arriesgar, Travis —le dice Steward.

Creo que está hablando de aquel proyecto que mencionó. No sé por qué insiste Travis, si le dije que, a mi parecer, que una empresa de publicidad financiase una *App* de envíos de comida a domicilio no aportaría nada, porque el consumo ya se iba a realizar.

—Creo que es una buena inversión para nuestros clientes. Poner anuncios allí sería una buena inversión.

—¿Y tú qué dices, Jo?

¿Que qué pienso? Ya se lo dije a Travis, y no quiero que meta la pata la empresa pierda millones por ser tan tozudo.

—Los estudios de mercado no son favorables a los anuncios, las aplicaciones que menos anuncios tienen son las que más se descargan, y estas *Apps* tienen mucha competencia.

Lo he dicho, ya está. Steward sonríe mientras le da un par de golpes en la espalda a Travis, que no tiene muy buena cara.

—Me gusta como piensas, ¿no te apetecería unirme al mundo de la publicidad? Quiero decirle que gracias pero que en mi trabajo estoy genial, aunque en este momento sea una vil mentira por el asunto de Frederick Ross y mi incapacidad para ser racional, pero alguien nos interrumpe.

—Steward, no me robes a mi mejor redactora.

En cuanto oigo su voz, todas las partes de mi anatomía se revolucionan. La respiración se me hace pesada y el corazón se me acelera. Frederick Ross, aún con la copa de vino en la mano y la otra metida en el bolsillo de su pantalón oscuro, con la sonrisa ladeada puesta en el rostro irrumpe en la conversación.

—Oh, así que trabajas en la revista con Ross. Entonces veo que mi intuición no va errada, eres buena. Frederick es el hombre más exigente con el que he tenido el placer de hacer negocios.

—¿Qué negocios? —murmuro, y sí, ha sido sin querer.

—Publicidad de perfumes en la revista. Si me disculpáis, mi mujer reclama mi atención.

Asiento. Travis y Frederick en el mismo sitio. Travis y Frederick en el salón mirándome. Por suerte, Frederick sin decirme nada, se aleja de nosotros y yo vuelvo a respirar con normalidad.

No pensaba que diría nunca eso, pero necesito una copa con urgencia.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo?

Alzo los ojos y me encuentro a Travis con los puños apretados y cara de muy mala leche. Nunca le había visto así, tan enfadado.

—¿Qué? —respondo, pues su mirada hecho una furia me está helando.

—Lo que le has dicho a Steward. Me has dejado en evidencia delante de mi jefe, ¿cómo te atreves? ¿Eres tonta o te lo haces?

Me quedo paralizada ante la frialdad de sus palabras.

—N-no es eso, Travis. Me preguntaste lo de la *App* y te dije lo mismo. No quería que por tu culpa perdieis millones.

—¿Y qué vas a saber tú? Trabajas en una revista para gente sin cerebro, no tienes ni pita idea de cómo funciona el mundo real.

Me sonrojo hasta la médula, rezando para que, aunque esté hablando en voz muy baja, nadie lo esté escuchando. Quiero evaporarme y morirme. Porque me está dejando a la altura del betún.

—Sí, sí lo sé.

—¿Has venido a que Steward te contrate? ¿Querías causarle una buena impresión poniéndote este vestido tan ceñido? Cuando en todo el tiempo que llevamos saliendo no te he visto con una falda tan corta, Jo.

Abro la boca sin poder creer lo que está diciendo. ¿Cómo se atreve a insinuar tal cosa? Quiero decirle que está muy equivocado y que me deje en paz, pero las palabras no me salen, están encalladas en la garganta.

—Discúlpese con la señorita.

Intento respirar profundamente al escuchar a Frederick Ross de nuevo.

—Amigo, es una conversación privada —responde Travis.

—Me da igual, lo he oído y ha sido muy grosero. Pídale perdón.

—He dicho que te largues.

Pero no lo hace, y con gran rapidez no puedo más que ver como su puño se eleva dirección a la cara de Travis que, ante tal impacto, se tira hacia atrás sin llegar a caerse.

—¡Frederick! —susurro, azorada y algo sorprendida.

Él no dice nada, no me mira, solo da la vuelta y sale por la puerta mientras observo cómo Travis se queja del dolor y maldice en voz baja. También me doy cuenta de que todo el mundo nos observa. Odio ser el centro de atención, así que no espero ni un segundo más y yo también salgo por la puerta. Ya en la calle, busco que pase un taxi y me meto dentro.

Lechuguino, Frederick Ross acaba de darle un puñetazo a Travis. Tengo las manos temblorosas y algunas lágrimas se me han salido. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

Dormir, me voy a dormir y mañana será otro día. Si es que puedo.

III. MARZO

1 de Marzo

11.03: No quiero ver ni escuchar a nadie, diario. Me he levantado con muchas llamadas perdidas de Travis, pero no voy a llamarle. No antes de que tome una decisión.

Anoche fue la peor noche de mi vida. No entiendo cómo pudo decirme todo aquello. Yo solo quería ayudarle, se lo había dicho varias veces, que la idea de la *App* no me parecía buena. Y tampoco iba a mentir, no era capaz de decir que me parecía fantástico y maravilloso cuando no era así.

Pero la gota que colmó el vaso fue lo de la falda. Es verdad, no suelo llevar vestidos tan cortos, pero si lo hago, creo que nadie debería cuestionarme. O eso dice Oprah en su programa, y Oprah tiene razón en casi todo.

Y luego está Frederick. Tampoco me gustó lo que hizo, la violencia me asquea y darle un puñetazo no estuvo bien. Pese a eso, sentí un regocijo interior por haberse preocupado.

Pero no soy una damisela en apuros, no. Soy Jo Foster y aunque sea tímida, soy capaz de defenderme sola. O eso creo.

Bueno, me quedé paralizada ayer, lo admito. Y solo se me ocurrió huir. Pero no puedo pensar con claridad cuando todo pasa tan excesivamente rápido.

Estoy haciéndome un café cuando llaman a la puerta. Por favor, por favor, que no sea Travis.

Pero miro en la mirilla y veo que no lo es. Abro la puerta aún con el pijama puesto.

—Hija, son las once de la mañana, ¿qué haces así vestida aún?

Mi madre y mi hermana entran en mi apartamento de golpe, sin avisar. No había quedado con ellas, me acordaría.

Con su inconfundible perfume *Diorissimo*, pues según una revista era el que usaba la princesa Diana, se saca el chaquetón gris y los guantes, examinando mi piso como siempre hace cuando viene.

—Es sábado mamá, deja que vaya como quiera —responde Alison poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué hacéis aquí?

Es lo único que me interesa saber, la verdad.

—Te llamé ayer, vamos a ir a comer al centro, pero no me cogiste el teléfono, y hoy por la mañana tampoco. Es raro en ti, así que me he preocupado —explica Ali.

—A diferencia que tu hermana, Alison, Jo seguro que tiene una justificación, ¿verdad Jo?

—Ayer pasó algo y no he querido hablar con nadie. De hecho, creo que voy a dejar a Travis.

Ya está, ya lo he dicho. Quizás me quede sola para el resto de mis días y sin gatos, porque me dan alergia, pero no puedo seguir con esta farsa, no puedo fingir que estoy enamorada de Travis cuando no lo estoy.

—Aleluya —responde Ali.

—¡No! —responde mi madre.

Ambas a la vez.

—No puedo seguir con él, no tenemos ni los mismos gustos, ni las mismas aspiraciones. Ni siquiera estoy enamorada de él.

—Cariño, claro que lo estás, Travis es divino, divino. Se preocupa por ti, es cariñoso, es atento... no vas a encontrar otro igual.

—Mamá, no digas chorradas. Travis es gilipollas, trata a Jo como si tuviera quince años —dice Alison indignada.

—Es que a veces Jo se comporta como si los tuviera.

Vivir con miedo, eso me dijo Frederick. Miedo a que la gente me desprecie. Si lo hace mi madre... espera, es mi madre. Y no tiene razón.

—Tienes razón mamá. Pero ya no. Y por eso mismo no necesito que nadie me diga lo que tengo que hacer, como ahora estás haciendo. Soy adulta, independiente y tomo mis propias decisiones.

Hasta yo misma me sorprendo de haberle soltado eso a mi madre. Ella también, porque se ha quedado perpleja y no sabe qué decir.

—Me parece perfecto, hermanita. Entonces, ¿ya te has liado con el americano?

—No voy a liarme con ningún americano, también es algo idiota. No quiero idiotas en mi vida.

—¿¡Un americano!?! —exclama mamá, que se deja caer en el sillón mientras finge un ataque de nervios—. Qué he hecho yo para merecer esto, Dios mío. No podrían mis hijas haber conocido a un inglés decente y casarse con él, no. Eso es culpa de mis genes.

—Mamá, no te pongas así. Yo sigo con el corazón roto —musita Ali.

—¿Qué ha pasado con Kay?

—Nada, no quiero hablar con él. No confío en él. No creo que haya arreglo para lo nuestro.

—Pero le quieres.

—Claro que le quiero, pero no puedo evitar pensar en que va a hacerme lo mismo en cuanto volvamos a pelearnos —se queja.

—No creo que ese sea el problema, Ali.

—Ah, ¿no?

—Creo que deberías preguntarte por qué lo hizo, llegar al fondo del problema. Si dice que seguía sintiendo por ti, ¿por qué tiró la toalla?

—Porque no me quería lo suficiente —dice, al borde de las lágrimas.

—Pero hay veces en que el amor no es suficiente, Ali. Eh, no llores, todo pasará.

Nos abrazamos mientras mi madre sigue con los ojos cerrados fingiendo un desmayo.

—Vamos a hacerle una taza de té a mamá, a ver si se anima —propone.

—Sí, y de paso preparo el terreno para la ruptura. ¿Cómo se rompe con alguien?

Lo digo en serio, lo mío no son las rupturas, en absoluto.

—Es delicado. Queda en algún sitio neutro, público pues así evitarás una escena, a tomar algo y no cenar porque si no lo alargas para nada. Y le dices por qué no quieres seguir. ¿Se lo espera?

—Eso espero, porque después de lo que pasó ayer... puede que también me quede sin trabajo.

—¿Sin trabajo? Jocelyn, ¿quién eres y qué has hecho con mi hija? —responde mamá desde la cocina.

—En la fiesta del jefe de Travis en su casa, estaba Frederick Ross porque se ve que es un cliente de la revista. Total, que el jefe me preguntó una opinión y le dije lo que pensaba, a expensas de que no era lo que Travis quería. Y luego éste me dijo que era tonta, que no sabía nada y que como me atrevía a dejarle en evidencia, y otras cosas que no voy a decir en voz alta porque me avergüenzan demasiado.

—¡Será gilipollas! Oye, si va con esas puedes decirle por teléfono que se vaya a tomar por culo.

—¡Esa mengua Alison! —dice mamá.

—Frederick Ross lo escuchó. Le dijo que se disculpase, él le respondió mal y Frederick le dio un puñetazo.

—Qué me dices. Se peleó por tu honor, como en las películas de Shakespeare que tanto te gustan —dice Ali emocionada dando saltos.

—Americano tenía que ser, criado en el lejano oeste —farfulla mamá.
—No estuvo bien, la violencia no es buena. Y no lo hizo por mi honor, no sé por qué lo hizo, pero por eso seguro que no.
—Pues yo creo que le gustas.
—Te equivocas —respondo, recordando todo el asunto de París.
—Ya veremos. Vamos a hacerle el té a mamá antes de que vuelva a quejarse.

19.00: Debería de haber quedado en otro sitio, pero el pub donde Travis suele ver los partidos de fútbol es el único que conozco y no estoy para buscar otro. Me siento en la mesa donde suele sentarse y espero. Travis siempre es impuntual, cinco minutos solamente, así que espero. No tarda en aparecer, serio pero calmado. Se sienta frente a mí, parpadeando con nerviosismo.

—Siento lo que te dije ayer, Jo.

Es lo primero que dice. Noto cómo tiene la mejilla algo amoratada e hinchada del golpe que Frederick Ross le dio.

—No quería ponerte en evidencia, sólo evitar que cometieses un error que te costase el trabajo —digo, con sinceridad.

—Ya. Yo... —se detiene cuando su teléfono suena, un leve pitido, y lo saca del bolsillo.

Está un rato leyendo, debe de ser importante porque este es un momento importante.

—¿Sí? —digo cuando pasan dos minutos.

—Ah, decía que lo siento, no quería decirte aquello, pero me enfadé. Y tu jefe es un capullo —vuelve a mirar el móvil cuando vuelve a sonar.

Miro de reojo para ver qué es eso tan importante y cuando leo con quién está hablando, me siento igual que si me hubiesen tirado un jarro de agua fría por encima.

Lilian.

“Jo, tarde o temprano te darás cuenta”, “Tu novio es un idiota, no te valora hermanita”. Y otras frases me vienen a la cabeza. Como si de un puzle se tratase, logro armar la última pieza y entonces, igual que si de una revelación se tratase, todo cobra sentido.

Travis está enamorado de Lilian, siempre lo ha estado. Quizás siempre lo esté. Y Lilian es probable que no lo esté de Travis. Lechuguino, ¿cómo he podido estar tan ciega? Pensé que era amistad, lealtad hacia su mejor amiga, pero no era nada de eso. Me siento tan estúpida que tengo ganas de pegarme a mí misma. Y estoy segura de que todo el mundo lo sabía, porque en estas cosas soy la última en enterarme.

—Frederick Ross no es un capullo, el capullo eres tú.

Ay, lechuguino. Eso ha salido de mi boca. Abro los ojos como platos y más cuando Travis hace lo mismo.

—¿Qué?

—Es mejor que lo dejemos, Travis —digo algo azorada mientras las mejillas se me sonrojan.

—Ya te he pedido perdón, Jo —insiste él.

Niego con la cabeza, quiero irme de aquí lo antes posible.

—Lo nuestro no va a funcionar. No estoy enamorada de ti, Travis, y lo he intentado, pero no puedo. Y tú tampoco lo estás de mí, porque admítelo, ya lo estás de Lilian.

Cuando escucha aquello, ante mi sorpresa se hecha a reír.

—Jo, ¿estás celosa? No puedo creérmelo.

—Estaría celosa si estuviese enamorada, pero no lo estoy. Y tampoco lo estuve cuando fuiste con ella a Birmingham aquel fin de semana, ni cuando salís a cenar a solas para ponerlos al día, cuando, lo normal sería sentir incomodidad en el mejor de los casos. Pero no, Travis. No sé si Lilian lo sabe, o si no lo sabe, pero en ambos casos, creo que deberías hacer algo al

respecto.

No dice nada más, así que me levanto y salgo del pub.

He estado todos estos años viviendo una mentira y ni siquiera me daba cuenta de ello. Menuda idiota que he sido. Y todo por intentar tener una vida convencional, igual que todos los demás. Por hacer lo que mi madre deseaba que hiciese.

Hoy mismo la he decepcionado. Y no ha pasado nada, porque no me he sentido mal. Porque no me he decepcionado a mí misma. Cuando respiro el aire frío de la calle, me siento bien conmigo misma. Me he sacado un tremendo peso de encima. Y hago algo que nunca he hecho, y es saltar en plena calle, saltar y bailar hasta llegar a mi casa.

Porque, ¿qué más da?

Nadie me conoce, a nadie le importa. Nadie va a decirme nada, nadie va a juzgarme. He vivido con miedo de que me juzguen como en el colegio:

“Llevas un peinado horrible”

“Tienes granos en la frente”

“Estás gorda”

“Tienes ojos de sapo”

No sé si era o no verdad, no lo sé. Pero he vivido con miedo a que estos comentarios volviesen de nuevo. Y ayer por la noche volvieron de alguien que no me esperaba, Travis. Me juzgó aun conociéndome sólo porque no llevaba mis habituales faldas hasta los tobillos. Y también lo hizo antes, solo que no me di cuenta. Cuando me dijo que había engordado, como si tuviese la obligación de estar siempre delgada.

Pero esto se ha acabado, porque no va a afectarme nunca más lo que piensen de mí. Desde hoy, existe una nueva Jo que no permitirá que nadie la pisotee.

3 de Marzo

10.40: Diario, eso de no ser pisoteada se ha ido al garete.

Y no lo digo porque no lo intente, pero hay ciertas situaciones en las que debes callar y apechugar. Por ejemplo, cuando tu jefe te mete la bronca del siglo XXI.

Ha sido hace diez minutos y sigo temblando de la impresión.

La cosa ha ido de la siguiente manera; como algunas mañanas, hemos tenido reunión, y yo estaba hecha un flan por lo que había pasado el otro día. Sí, lo del puñetazo. Pero Frederick Ross me ha ignorado, al menos durante la primera parte de la reunión. Hasta que Erica ha mencionado algo sobre un tema que podría ser un artículo.

—¿Y aquello que me dijiste el otro día, Jo? Lo de la película que sale ahora sobre esa patinadora.

Suspiré asintiendo, se lo comenté porque quería ver la película, no porque fuese un posible artículo.

—Es... un *biopic* de Tonya Harding, una patinadora olímpica de los noventa. Fue muy famosa por un caso de lesión a otra patinadora por parte de su marido. Creo que la protagonizará Margot Robbie —terminé de explicar, sin darle mucha importancia.

Cuando alcé la vista, vi que Frederick Ross no estaba alegre. En absoluto. Estaba enfadado, sus ojos serpenteaban sobre mí con enfado.

—Jocelyn Foster, esto que ves aquí es un equipo, un equipo creativo. Se os paga para que tengáis ideas, para que me deis ideas y escribir sobre tendencias. ¿Por qué cojones no dices las cosas cuando toca? Tengo que tirarte de la lengua en cada puñetera reunión —recalcó las dos últimas palabras con énfasis—. Joder, espabila. Y no te atrevas a decir lo siento —me advirtió finalmente con el dedo índice levantado.

Me quedé de piedra, mirándole fijamente anonadada. Creo que no me he puesto ni roja de la impresión que he tenido.

Cuando ha dicho que la reunión había terminado me he levantado en completo silencio, nadie había dicho nada al respecto, pero al salir Erica, cómo no, ha tenido que explayarse.

—Jefe, ¿te traigo una tila? —le ha preguntado, pero Frederick Ross dijo simplemente no.

Y aquí estoy, sentada en mi silla escribiendo mi desgracia. Me odia, Frederick Ross me odia y con razón. O no, no lo sé. Ya no sé nada.

—Vale, eso ha sido raro. Muy raro. ¿Me puedes explicar qué ha pasado entre tú y él para que se haya puesto como un energúmeno? —pregunta Erica cogiendo la silla de la persona ausente de mi lado y sentándose.

—He cortado con Travis. Y Frederick Ross le dio un puñetazo.

Acabo de contárselo todo con detalles, qué remedio, si creo que toda la revista pronto se olerá algo.

—Virgen santa, Jo. Esto parece un culebrón, qué digo, es mejor que *La hija del mariachi*.

No pregunto, porque Erica es una caja de sorpresas.

—No, no lo es. Esto me genera demasiado estrés, me mantengo en la cuerda floja en el ámbito laboral. En cualquier momento me despide, Erica —me lamento—. Y no sé si sería lo mejor.

—No digas tonterías, eres la mejor redactora que hay aquí. ¿Sabes qué pienso? Que deberías plantarle cara. Y creo que deberías decirle todo lo que te guardas aquí dentro —me señala el corazón.

—Oh, entonces ya puedo echar solicitudes de empleo, porque no sería muy...

—Jo, díselo.

Se levanta y vuelve a su sitio.

Lechuguino, esto no puede ser bueno. Porque tengo muchas cosas, muchas

guardadas, empezando con decirle que aquel beso fue el mejor de todos los besos que me han dado, pasando por la decepción que me llevé de que no viniera a la cena al día siguiente y también lo que opinaba sobre su actitud distante y borde.

Shakespeare decía que más vale ser rey de tus silencios que esclavo de tus palabras, y yo me lo he tomado al pie de la letra.

Pero también decía que los cobardes mueren muchas veces antes de su verdadera muerte, los valientes la prueban solo una vez. Así que voy a ser valiente y a decirle a Frederick Ross lo que pienso.

Después, ahora hay alguien en su despacho.

17.20: Aún no le he dicho nada, pero diario, yo necesito pensar las cosas y planearlas.

Por eso voy a entrar en su despacho con la excusa de preguntarle sobre el artículo de la semana pasada que le envié y que aún no me ha dicho nada. Y luego lo abordaré con lo otro.

18.35: Vale, la revista casi está desierta, pero Frederick Ross sigue en su despacho, supongo que tendrá trabajo atrasado. Bien, ahora podré decírselo todo e irme a casa directamente, sí, ha sido buena idea demorarlo lo más tarde posible.

Vamos Jo, puedes hacerlo. Solo es Frederick Ross, tu jefe, el hombre del cual te has enamorado y el ser más voluble con el que te has cruzado. Inspiro y expiro profundamente antes de llamar a su puerta, y otra vez cuando oigo su voz diciendo adelante.

Pongo mi mano temblorosa en el pomo y la abro. Está mirando la pantalla del ordenador concentrado, incluso se le forman algunas arrugas en los ojos, haciendo que parezca verdaderamente adorable.

Lechuguino Jo, no te desconcentres.

—Venía a preguntarte sobre el artículo de la semana pasada, cómo lo has visto.

No levanta la vista del ordenador y yo me siento pequeña, muy pequeña, casi como pulgarcita.

—Está perfecto —dice con desgana—. Vete a casa, Jo.

Estoy a punto de hacerlo, de darme la vuelta y largarme con la cola entre las piernas -es un eufemismo porque no tengo cola, los seres humanos en sí ni tenemos, aunque hay gente que, por una desviación de la columna, si la tiene, y luego está Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad* que ya es otro tema que daría para un artículo-.

Pero no lo hago, cierro la puerta de su despacho y me planto delante de su escritorio con los brazos cruzados.

Entonces sí que alza la mirada hacia la mía, y pese a ser confusa, al menos no es de desprecio.

—En Paris, no tuviste ninguna emergencia —digo convencida—. Me quedé sentada, esperando, y no viniste.

Recibo una sonrisa ladeada, calmada y paciente por su parte. Y esto aún me pone más nerviosa.

—Te largaste de mi habitación como si tuviera la peste. Quedó muy clara tu postura.

Pienso apresuradamente lo que ha querido decir con sus palabras. Espera, ¿no vino por eso? Ay la leche.

—Me fui po-porque estaba avergonzada de mi comportamiento. Porque eres mi jefe, porque tenía novio y ...

—Si estás arrepentida puedes decirlo —me suelta.

Miedo Jo. ¿Me da igual lo que piense? No, ni hablar, pero voy a ser sincera por una puñetera vez en mi vida. No sé de donde saco el valor, pero lo planto

encima de la mesa y me hago oír.

—N-no. Puede que tarde en encontrarlas, pero las tengo, las agallas. Y puede que cueste encontrarme para pelearme, pero quién me busca lo acaba haciendo. A mi manera y a mi tiempo, pero lo hago. Ya dije lo que tenía que decirle a Travis, sin puñetazos de por medio. Y si estás enfadado conmigo por algo, me lo dices, pero no te desahogues delante de todos a mi costa. ¿Y sabes otra cosa? Que no me arrepiento de haberte besado.

No espero a que diga nada más, y tampoco sé cómo mis piernas logran salir solas de su despacho corriendo hasta llegar al ascensor y bajar.

Dios, qué bien me he quedado. Y acto seguido entro en pánico por todas las cosas que le he dicho.

20.09: Sigo en pánico.

¿Cómo he podido decir todo aquello? ¿Eh? Dios santo.

Salgo de la ducha y me pongo la ropa interior, pero no encuentro el pijama de franela que quiero ponerme, así que vuelvo a enfundarme el albornoz para buscarlo.

Alguien llama a la puerta. Leches, si voy semi-desnuda, pero, aun así, abro.

Ay lechuguino, no puede ser. Tengo enfrente al hombre más atractivo que puede existir en la faz de la tierra, a excepción de Christian Bale, con el pelo revuelto, la camisa algo arrugada y la mirada perdida.

—Hola.

No es la palabra más original que existe en mi idioma, pero lo cierto es que no sé qué decir, me he quedado literalmente sin palabras. Es extraño, verle aquí, en mi casa.

—¿Puedo pasar? — dice él.

—Claro — me aparto un poco hacia la derecha para que entre, y cierra la puerta detrás de sí.

Frederick Ross está en mi casa, en mi piso, en mi lugar privado. Y no sé qué decirle ni qué hacer.

— Jo, yo... joder, esto se me da fatal.

—¿El qué?

—Disculparme.

No puedo evitar reírme. Porque a mí disculparme me sale solo, instintivo, natural y no deja de ser gracioso que él no sepa ni por dónde empezar.

—Podrías intentarlo con un lo siento —incido yo.

Él sonríe, pero niega con la cabeza.

—No, no es suficiente. Verás Jo, no soporto a los aprovechados, y tu novio era uno de ellos. Me cabree aquel día en la fiesta. Y tú no dijiste nada, te quedaste impasible dejando que te hablase de aquella forma que no te merecías. Dios Jo, es un capullo.

—Ex novio —especifico—. Lo fue, pero ya sabes que pelearme no es mi fuerte, y montar espectáculos en casas ajenas tampoco. Ya dije... lo que tenía que decirle luego.

Asiente, sin dejar de mirarme a los ojos.

—No quería gritarte hoy. Lo siento de veras. He sido un capullo y... joder, si es que me he comportado como él.

La que asiento ahora soy yo.

—No, Frederick, no ha sido lo mismo. ¿Quieres algo de beber? —quiero cambiar de tema.

—De acuerdo.

Frederick Ross está en mi casa y yo ya no tengo un novio al que de deba fidelidad. Lechuguino, ¿en qué demonios estoy pensando?

—¿Cerveza o algún coctel?

—Lo que bebas tú —responde, sentándose en el sofá.

De perdidos al río, así que cojo la botella para abrir de vodka y poniendo dos

vasos con hielo dentro, los traigo hasta el salón.

—Tengo limonada casera, creo que la mezcla será buena —me excuso.

—Seguro que sí.

La traigo y él mismo rellena los vasos.

—No era necesario que vinieras, podrías haberte disculpado mañana por la mañana —le digo.

—No, me sentía mal. ¿Qué viste en ese tío Jo?

La pregunta me sorprende.

—Era amable, atento y no le importó mi timidez.

Algo frustrada, bebo hasta el fondo del vaso, pensando en que pasé por alto demasiadas cosas por ver solo lo positivo.

—Tu timidez es tu mejor cualidad. Ese sonrojo y balbuceo es adorable.

Ay Jesús, esto no puede estar pasando. No, está volviendo el mismo efecto que tuve en París, ese que hizo que lo besara.

—No.... no digas eso —respondo, mirando hacia el suelo.

—Pero es verdad.

Calores, sofocos y de todo. Y no es por la menopausia, aún no he cumplido ni los treinta. Me imagino que lo hace, que me quita el albornoz y me observa a plena luz abierta del salón con ojos lujuriosos.

Jo, céntrate.

—Frederick yo...

No sé qué decirle, porque ahora mismo soy capaz de confesarle que me gusta demasiado como para que me diga estas cosas y no esté en las nubes, y luego hago tonterías como besarle y no, no quiero hundirme otra vez si al día siguiente me ignora.

—Jo Foster, en realidad me cabreó el hecho de que pudieras estar con aquel idiota que no sabía valorarte, ni una pizca. Y también el simple hecho de que estuvieses con alguien.

Se me detiene el corazón, y todo, todo lo que hay a mi alrededor se desvanece.

—¿Por qué?

—Porque tenía ganas de hacer esto.

Alarga las manos hasta mi cintura e inclina la cabeza buscando mis labios. Y los encuentra, enterrándolos en mi boca con ganas, deseo y ferocidad.

Frederick Ross me está besando en mi sofá y también me mete mano, mucha mano. Bueno, manos.

Ay la leche, no sé qué hacer. Debería hacer lo mismo, así que le devuelto el beso, apegándome a él. Tengo un impulso de acercarme a su cuerpo que no es normal, y sé que es por la excitación, pero nunca había estado tan cachonda como para que no me importase que se me viera la celulitis.

De un salto se levanta y yo le sigo, mientras toco el abdomen con el suyo rozando los pechos. Estoy en el cielo, porque sus labios son lo más excitante que he probado nunca. Estoy perdiendo la noción del tiempo, del espacio, de todo. Ahora mismo si me preguntan cómo me llamo, no sabría responder.

No digo nada, y él tampoco, nuestras bocas están demasiado ocupadas entre ellas. Su lengua demandante se entrelaza con la mía, deshaciendo la escarcha de mis labios, haciendo que mil calores me inunden y mil cosquilleos en la entrepierna me digan que aquello es un señor beso. Puedo decir que no, antes no me habían besado, no con esta pasión desmedida y este anhelo rompedor.

En un momento dado, me coge en brazos hasta llevarme encima de la mesa. Sufro porque sé que mi peso es del todo menos el de una pluma, pero no se queja ni parece importarle. Me sienta sobre ella abriéndome las piernas haciendo que el albornoz se abra, viéndoseme la ropa interior. Maldigo el momento en que no me he puesto la nueva, esa que compré con Ali y Erica, esa que vio él cuando nos chocamos y cayó al suelo. Llevo braguitas altas de abuela y un sujetador color carne.

Qué vergüenza, lechuguino.

—Yo no esperaba... —empiezo a decir cuando desliza los labios por mi escote mientras que sus manos viajan por mi trasero.

—Sé que tienes ropa interior más bonita —exclama.

—Me la puse en París —se me escapa.

—Es una suerte que no dejase que te quitase el vestido, porque no hubiese podido resistirme.

Lo que sí me quita es el albornoz mientras que juguetea con el extremo de las bragas. Dios, creo que me las va a quitar.

—Sé que son muy... anti eróticas —no se me ocurre qué más decir.

Cuando digo eso suelta una carcajada y se aprieta aún más hacia mí.

—Mira cómo me han puesto tus bragas anti eróticas —susurra en mi oído mientras no deja de manosearme en trasero. Lo dice por su erección, esa que percibo en mis propias partes a través de su pantalón—. No te preocupes, ahora lo arreglo.

Y vaya si lo arregla porque de un manotazo ya no llevo bragas. Y tampoco tarda ni un segundo en quitarme el sujetador.

Gloria bendita, me está besando los pechos, lamiendo la aureola y chupando el pezón. Travis no hacía esto, se limitaba a tocarlos con las manos. Me estoy derritiendo por dentro, siento un desasosiego dentro de mí que tengo que paliar, y más cuando sus dedos viajan hasta mi vagina y empiezan a tocarla con ahínco.

Está tocando el punto, ese punto que me da placer y lo sabe porque estoy jadeando. Ese punto que parecía ser un tesoro escondido en la selva para Travis porque nunca lo encontraba.

—Oh, madre mía.

No puedo decir nada más porque vuelve a besarme mientras reparo en que dos de sus dedos se hunden en mi interior.

Después de esto, se desabrocha en pantalón se lo quita junto con los calzoncillos, dejando ver su miembro hinchado. Alargo la mano para tocarlo, caliente y suave. Da un brinco cuando lo hago, pero no dejo de hacerlo. Mentiría si dijera que no estoy deseosa que de lo haga, de que lo meta dentro de mí y me haga el amor.

Y lo hace sin previo aviso, lo hunde después de colocarse en mi entrada mientras sigue besándome igual que si no hubiese un mañana. Me sostiene las piernas que lo rodean mientras entra y sale, mientras muevo la cadera y arqueo la espalda buscándole. Con las manos lo sujeto por la nuca con una fuerza arraigada, necesaria.

Una oleada desconcertante empieza a asomarse y se lo hago saber arañándole la nuca y los hombros.

Oh, leches, lechuguino y Dios bendito. Me corro con una fiereza antes nunca experimentada. Ha sido el mejor orgasmo de mi vida. Me quedo unos segundos en la misma posición, recuperando la respiración con la cabeza en su pecho.

—¿Vas a escribirlo en tu diario? —pregunta en voz baja.

—N-no —miento, porque sí que voy a hacerlo.

Es el mejor polvo de mi vida, es el polvo mágico, es EL polvo.

—Hazlo —responde solamente, besando mi coronilla y apartándose para vestirse.

Yo con rapidez me pongo el albornoz de nuevo, consciente de que los ojos de la pasión no son los mismos que los normales y si me ha encontrado antes deseable puede que ahora, al verme totalmente desnuda con michelines y estrías incluidas, se lo piense mejor.

—Tengo que irme. ¿Nos vemos mañana? —dice, yendo hacia la puerta.

—Sí —asiento, quedándome un poco decepcionada.

—Buenas noches —me dice sonriendo, antes de salir por la puerta.

Madre mía, acabo de tener sexo salvaje con Frederick Ross, con el hombre del que estoy completa e irremediabilmente enamorada. Por un lado, estoy eufórica, quiero decir, ha sido genial, pero por otro tengo miles y miles de dudas.

Y la primera es: ¿qué soy para Frederick Ross? Por mi parte lo tengo muy claro, es el amor de mi vida y quiero que sea el padre de mis hijos, pero eso evidentemente no voy a decírselo, es uno de los mandamientos que aprendí de *Cómo perder a un chico en 10 días*.

La segunda es este vacío que me ha quedado ahora que me he ido. No soy empalagosa, es más, no era de las que me abrazaba a Travis después de hacerlo, simplemente me quedaba dormida, pero me hubiese gustado acurrucarme con él un rato en el sofá.

Un rato hubiese sido suficiente.

Y finalmente, ¿cómo le digo yo a mamá que estoy enamorada de un americano?

4 de Marzo

Tengo sonrisa de bobita, lo sé cuando entro en el ascensor y me veo en el espejo reflejada con esa sonrisa ensanchada en el rostro.

Y todo porque sé que me voy a cruzar con Frederick Ross, y porque he tenido sexo con él. Me siento igual que en esa serie que me prohibía ver mamá, *Sexo en Nueva York*. He tenido sexo con Frederick Ross pese a que no nos una nada.

No voy a mentir diario, eso del sexo ocasional a mí no me va. Pero porque creo que la base del sexo ocasional es:

1. No estar completamente enamorada de la persona con quién lo tienes.

2. No tener complejos de tu cuerpo y yo, diario, no puedo estar más acomplexada.

3. No ser una romántica empedernida.

Y yo cumplo las tres.

Camino dándole vueltas a la cabeza sobre cómo comportarme. Pues normal, con naturalidad Jo, como siempre te comportas. ¿Por qué tendría que ser distinto?

Me siento en mi puesto, como siempre, y empiezo a hacer un esquema sobre el artículo de la película, sobre cómo abordarlo e información de la patinadora. Veo que sigue viva, y pienso que sería una buena idea entrevistarla. Lo apunto en las notas.

—Jo, tengo un problema muy grande.

Me sobresalto cuando Erica prácticamente se tira encima de mi mesa para que le preste atención. Lleva un vestido floreado con medias oscuras y unas grandes gafas de sol.

—¿Estás bien?

—No demasiado. Ayer el vikingo y yo... joder Jo, no creí que diría esto, pero creo que no estoy hecha para tener una relación de este calibre.

Se saca las gafas y veo que tiene bolsas en los ojos.

—¿No has dormido?

—No mucho. Ayer me enteré de que el vikingo tiene otra relación con otra chica, también sexo ocasional.

—Lo siento mucho Erica —le doy una palmada en la espalda para animarla.

—Eso me da igual, y que tenga veinte años también.

—¿Cómo sabes su edad? ¿La has buscado en las redes sociales?

—No cariño, el vikingo me la presentó ayer. A ver, que no es tan raro, que yo tengo mis treinta y el chaval tendrá como veinticinco.

—¿De veras? No lo parece.

—Gracias —sonríe, satisfecha.

No le digo que es el vikingo quién parece mayor.

—¿Y por qué te la presentó?

—Mira, el vikingo es muy *baby porn* y a mí con esto me bastaba, estaba satisfecha y todo iba bien. Además, estaba experimentando cierto grado de novedad en el sexo y esto nunca viene mal. Pero al chaval se le ocurrió que hiciéramos un trío.

Abro la boca, sin poder creérmelo. Un trío, ¿un trío?

—Creí que esto solo salía en las películas —confieso.

—Qué dices. Total, que yo al principio accedí porque, bueno, ya sabes, una se siente deseada y es algo que tienes que experimentar al menos una vez en la vida, *hakuna matata*, *carpe diem* y todo ese rollo.

Niego con la cabeza, sin entender nada de lo que me está contando. Un trío, un trío madre mía.

—¿Hiciste un trío?

Mira un segundo al suelo y luego alza los ojos hacia mí.

—Lo hice.

—¡Lechuguino! —exclamo, totalmente anonadada—. ¿En serio? ¿Y cómo...? No, no estoy segura si quiero saberlo.

—Coño Jo, échale un poco de imaginación.

Me está pidiendo que me lo imagine. Un tío y dos tías desnudos en la cama. A mí, a Jo Foster.

—No sé... Dios Erica, no me hagas esto.

Bufa poniendo los ojos en blanco dejándome por la inútil que soy.

—El trío en sí fue bien, lo digo de verdad. Ninguna mujer me lo había comido antes y la verdad es que la chica lo hizo chapó.

—Erica, ahórrate los detalles.

Madre mía, que me está contando el trío.

—Total, que cuando llegué a casa, me pasó algo insólito.

—¿El qué? No me digas que te gustó la chica. ¿Te has vuelto lesbiana? Tranquila, puedes decírmelo, no soy homofóbica.

—No, Jo, me gustan los penes.

Justo entonces pasa Paul, del departamento de imprenta, y se la queda mirando descaradamente. Pero soy yo y no ella quién se pone roja como un tomate, por supuesto.

—¿Entonces? —pregunto yo en voz baja.

—Sentí... un vacío existencial enorme. No lo sé, Jo, no sé cómo explicarlo. Creo que he tocado fondo.

Le doy un abrazo, viendo cómo Erica, por primera vez en la vida, se desmorona.

—Todas hacemos cosas de las que luego nos arrepentimos. Pero no pasa nada, así es la vida —intento animarla—. Puede que seas demisexual.

—¿El qué?

—Demisexual, que no puedes tener sexo sin amor. Lo leí en uno de nuestros artículos.

—Ni hablar. Seguro que tú nunca has hecho algo de lo que te arrepientas.

Me lo pienso durante unos segundos. ¿Me arrepiento de haberme acostado con Frederick Ross? Aún no lo tengo claro.

—No lo sé —medio sonrío bajando la mirada—. Ayer Frederick vino a mi casa a disculparse.

—Oh, me alegro de que lo hiciera. Se pasó tres pueblos.

—Y tuvimos sexo —lo digo muy bajo, para que nadie me oiga.

—¿Qué has dicho? —pregunta Erica.

—Que él y yo... viajamos al caribe —le digo para que me entienda, así en clave.

Se queda pasmada, pálida, y luego hace algo de lo que voy a acordarme el

resto de mi vida. Alza los brazos y se marca un baile.

—Aleluya, ya era hora. ¿En serio? No me lo creo —dice entusiasmada.

—No hagas nada más por favor —le cojo del brazo y hago que se siente—.

Pero sé si fue para bien o para mal.

—Cariño, con vuestra tensión sexual seguro que fue para bien.

—Se fue muy rápido.

—¿Se fue o se corrió?

—¡Se fue! —específico.

—¿Cómo de rápido?

—Diez minutos después.

—Hm.

—¿Qué significa hm? —pregunto asustada.

—Por mi experiencia, las personas que hacen esto no quieren más que sexo.

Me lo temía, por supuesto que me lo temía.

—Oh —respondo decepcionada.

—Pero oye, puede que sea sólo al principio. No se lo pongas fácil, a los hombres así les gustan los retos.

—¿Crees que se ha acostado conmigo porque soy un reto?

—No tengo ni idea. Pero ya te dije que seguro que le gustas.

No sé qué pensar.

12.30: Frederick acaba de mandarme un mail pidiéndome que venga a su despacho para comentar el artículo.

Estoy ultra nerviosa. Creo que no he estado tan nerviosa en toda mi vida. No debería, quiero decir, tendría que saber separar mi vida privada de mi vida profesional. Pero no soy capaz, no lo soy.

Cojo la libreta y me recojo el cabello con la pinza, intentando que las manos no me tiemblen y que no se note mi nerviosismo. Llamo a la puerta

tímidamente y la abro cuando oigo que Frederick dice adelante.

Cierro la puerta y me siento delante de su escritorio, mientras él me observa desde el otro extremo. Ay, que me está mirando.

—He pensado que el artículo podría incluir algunas reflexiones de la patinadora, que está viva.

—Me parece una gran idea —no le miro, tengo los ojos fijos en el papel.

—Gracias.

—Jo, mírame—pide, como si fuera fácil. Alzo los ojos y noto como el calor me sube hasta las mejillas—. ¿Por qué te has sonrojado?

Está jugando conmigo, porque medio sonrío. Le gusta torturarme con mi timidez, lo sé.

—No.... nada... no quiero decirlo.

¿Que por qué me he sonrojado? Porque me ha visto desnuda, porque ha recorrido mi cuerpo con sus manos, porque me ha besado, porque estoy terriblemente enamorada de él y porque me da vergüenza estar delante de él después de todo esto porque es mi jefe.

—Dilo, Jo —me incita, con su voz aterciopelada oscurecida y su mirada puesta fijamente en mis ojos, mirándome libidinosamente.

Siento un cosquilleo en mis partes bajas, algo bajándome por la vagina y sé lo que es. Me estoy poniendo tontísima solo con que me mire.

—Es por lo... de ayer —acabo confesando.

Entonces sin previo aviso se levanta y camina hasta mí. Ay la madre del cordero, que se está inclinando, que lentamente acerca su cara a la mía y junta nuestros labios.

Creo que me derrito, porque me está besando lentamente, amasando mis labios con los suyos, robándome el aliento. Es un beso corto, porque se separa y yo me quedo con ganas de más.

—No he terminado contigo —dice, poniéndose de rodillas en el suelo—. Es

una suerte que lleves falda, Jo. ¿Llevas esas bragas que tanto me ponen?
Lechuguino, me está subiendo la falda, esa larga falda plisada de color negro.

—¿Las anti eróticas?

—Esas mismas. Veo que sí las llevas —aparta mis rodillas quedándome con mis partes bajas a su vista.

Bueno, tapadas con las bragas claro.

—Frederick, estamos en tu despacho. Puede entrar cualquiera —recalco con la voz entrecortada.

—No lo harán —asegura.

Noto sus manos en el extremo de mis braguitas y cómo empieza a bajarlas hasta llevarlas a mis pies. Mi respiración empieza a ser pesada, no puedo parar de pensar en que alguien puede pillarnos. Dios mío, ¿qué estoy haciendo?

Es mi jefe, y me está quitando las bragas. En su despacho. En horario laboral. Ay dios, esto no puede estar pasándome, pero sí, y yo me estoy dejando hacer.

—¿Qué... vas a hacerme?

Puede parecer estúpido, lo sé, pero no soy una experta en temas sexuales y no, con Travis no experimentaba demasiado.

—El término correcto es *cunnilinguis*, muñeca —me separa aún más las piernas y yo noto su aliento en mi vagina.

MADRE DEL AMOR HERMOSO.

—Lechuguino —se me escapa—. Yo nunca...

—¿De veras? —pregunta, extrañado.

—Ajá.

—Relájate, voy a sacarte muchos gemidos y jadeos.

Y lo noto, su lengua en mis labios inferiores. Los lame en cada recóndito lugar, dibuja círculos llegando hasta el medio, a este punto crítico donde me hace gemir. Jesús, María y José, estoy retorciéndome y más cuando su lengua se

adentra en mi cueva y la gira.

Me sujeto a la silla por los posa-brazos para evitar volverme loca, y es que me está haciendo volver absolutamente loca de placer. No sabía yo que esto pudiese llegar a ser tan absolutamente increíble, tan sublime.

—Frederick —susurro en mi trance y agonía, notando cómo una ola empieza a crecer allí abajo donde tiene metida la cabeza.

—Córrete, muñeca.

Ahora, además de la lengua añade la mano derecha, donde adentra dos de sus dedos y aprieta mis paredes para incentivar ese placer. Y llega, desenfrenado y totalmente deleitoso, me absorbe y me arrastra como una fuerte corriente de la que no puedes librarte. Gimo intentando no hacerlo muy fuerte, a expensas del lugar donde me encuentro.

Casi sin aliento, me desplomo en la silla, pues sin querer había elevado todo el tronco superior. Después de recuperarme de este palpito que sigue latiendo, la vergüenza vuelve a apoderarse de mí y enseguida busco con las manos mis bragas, recostadas en mis pies.

Frederick, en silencio, cuando ya me he levantado de la silla, hace algo que, increíblemente, vuelve a ponerme muy pero que muy caliente: se mete los dedos donde se ha hundido en mí, dentro de su boca y los lame.

—Vuelve al trabajo, Jo —susurra entonces.

Sin decir nada, me pongo bien la falda y me giro hasta alcanzar la puerta.

13.30: Creo que entiendo a Erica. Este vacío que me contaba es el mismo vacío que siento yo cuando Frederick Ross me lleva al placer más extremo y luego me siento huérfana de él. No de este placer, no soy ninfómana, sino de él.

No creo ser capaz de seguir haciendo esto, yo no soy así, no puedo. Simplemente no puedo dejar de quererlo todo con él. Y esto no es suficiente.

Quizás yo sí sea demisexual y necesite amor con el sexo.

7 de Marzo

Ayer por la noche después de ir al gimnasio salí a cenar con Alison para ver si estaba más animada respecto a su gran desengaño con Kay, pero la noté apagada, muy delgada y con ojeras, incluso demacrada.

—Ali, estoy seriamente preocupada por ti. No puedes dejar que algo así te consuma —le dije después de pedir.

—No es por eso, últimamente tengo muchas migrañas.

—¿Migrañas? Creo que deberías ir al médico.

—Mañana iré. ¿Y tú? ¿No tienes nada que contarme? —me interroga.

—Puede que sí. Va a sonar raro, y no es para nada mi estilo, ya lo sabes, pero estoy teniendo una aventura con Frederick Ross —digo toda seria.

Pero Alison se parte de la risa en mi cara, y durante un buen rato.

—Jo, las aventuras son cuando uno de los dos o ambos tenéis un compromiso, y no es el caso, ¿verdad?

—No. Pero me parece que soy su amante, y no me gusta.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos. No me ha pedido salir ni una sola vez, ni una cita. Lo único que hace es ... provocarme.

—Tú, Jocelyn Foster, estás acostándote con alguien y nada más. Al fin te has desatado, hermanita —me señala con el dedo acusador.

—Pero yo le quiero, solo que parece que le cueste abrirse, ¿sabes?

—Y tú como que tampoco eres un lince hablando. Pues toma tú la iniciativa. Invítale a cenar.

—Pero ¿y si dice que no?

—Entonces envíalo a la mierda.

Negué con la cabeza, intentando buscar las palabras para que mi hermana se diese cuenta de que, antes de tener la posibilidad de que me rechazase, yo misma me haría a un lado.

—No es tan fácil.

—Sé que para ti no lo es, has tardado años en hacerlo con Travis. Pero precisamente ahora, tienes que hacerte valer.

Asentí, no teniendo nada claro de lo que debía hacer.

10.50: Entro en la cocina para buscar una botella de agua y me encuentro a Regina llorando como una madalena.

En cuanto me ve, esconde la cabeza detrás de un pañuelo y hace como si nada.

—¿Estás bien?

Que sí, que me molestó lo que dijo de mí, pero no soy tan cruel como para ignorarla en un momento como este.

—Sí. Ósea, no, pero tranquila.

—¿Es por el trabajo? —me aventuro a preguntar.

—Por supuesto que no. Es solo... que ayer mi novio me pidió que me casara con él.

Estoy algo confundida. Yo creía que la gente se alegraba de esto, es más, saltaban de euforia y enseñaban el anillo allí donde iban, pero parece que Regina no está muy contenta. Y eso que sé que lo esperaba con ansias.

—¿Felicidades? Creía que querías casarte con él.

En serio, lleva años esperándolo, o eso decía.

—Quiero casarme con él, no me malinterpretes —explica sonándose la nariz

—. Pero hice cosas que estuvieron mal y ahora me siento culpable.

—¿Qué cosas?

Supongo que se refiere a cosas

—Cosas como acostarme con otros. Lo sé, puedes decirlo Jo, anda.

Pero me quedo callada viendo el despojo que Regina es ahora mismo.

—¿Por qué lo hiciste?

—Me sentía ignorada, apenas tenía tiempo para mí y sospechaba que se estaba acostando con su secretaria. Y ayer de golpe me lo pidió —realmente parece sorprendida.

—Todos cometemos errores, no soy quién para juzgarte. Pero, el matrimonio es algo serio —añado, para darle algo de solemnidad a mis palabras.

—¡Lo sé! Y si me caso con él voy a hacerlo bien, y no miraré a ningún otro y lo sé, que debería haber hablado con él antes, pero la comunicación no es lo mío. Tiendo a guardarme las cosas y luego de golpe exploto sin ton ni son.

Asiento, sintiendo que por primera vez desde que conozco a Regina, me está hablando de corazón.

—¿Me enseñas el anillo? —la verdad es que me hace ilusión verlo.

Ella asiente y alarga la mano, luciendo un diamante muy bonito.

—Sé que la boda no será hasta el año que viene, pero sé que no voy a poder evitar empezar a mirarlo todo —admite— Por cierto, ¿cómo llevas lo de Travis?

¿La verdad? Genial. Pero tampoco voy a decirle que me he quitado un muerto de encima y que ya me estoy acostando con otro, así que me limito a sonreír. Tampoco creo que se lo creyera viniendo de mí. Me cuesta de creer hasta a mí misma.

—Bien, mejor de lo que esperaba.

—Me alegro. Nunca me gustó, tenía que decírtelo —suelta de sopetón.

—Pensaba que erais amigos —no tanto como con Lilian, pero sí algo.

—Qué va. Es el perro faldero de Lilian. Espero que no te ofendas —dice con cara de horror.

—No te preocupes, ya me di cuenta de lo que pasaba. Tarde, pero lo hice.

—Esto te pasa por ser demasiado buena. Ah, Jo, deberías ponerte estos vaqueros más a menudo, y no esos que tienes de abuela.

Inevitablemente, me sonrojo.

—Estoy haciendo algunos cambios en mi vida —confieso.

Quién me ha visto y quién me ve. Hace tan solo tres meses no me atrevía a levantar la vista más de tres segundos y ahora dejo que Frederick Ross me meta la lengua por ciertas partes de mi anatomía en su despacho.

—Me alegro. Solías ponerme muy nerviosa cuando te quedabas callada mientras yo hablaba. Tengo que decírtelo, me puse súper celosa cuando fuiste a París y yo no.

—Lo sé.

—Pero ya se me ha pasado. Supongo que ya fue suficiente castigo tener que aguantar a Ross.

Vuelvo a ponerme roja, evidentemente por todo lo que terminó sucediendo en París.

—Un poco.

Así es como "hago las paces" con Regina. Supongo que todos alguna vez nos hemos desahogado con alguien hablando de otra persona por algún motivo. Yo no porque casi no tengo amigos, pero seguramente lo hubiera hecho.

8 de Marzo

13.20: Diario, he estado pensando mucho en lo que me dijo Alison, y como siempre, creo que tiene razón. Frederick Ross me gusta, entonces, ¿por qué limitarme?

Voy a dar el siguiente paso, quiero conocerle de veras, quiero hacer lo que

todas las parejas hacen, quiero tener una relación normal. Como cuando estuvimos en París -no la parte con quebraderos de cabeza incluidos sino la parte bonita como cuando fuimos a comer y hablamos-.

Llamo a la puerta de su despacho, y veo que está al teléfono. Hago el ademán de irme, pero con un gesto dice que me quede.

Cuando termina de hablar, apunta algo en un papel y alza la cabeza.

—Perdona, era algo importante.

—No, no te preocupes. Puedo venir luego —añado con rapidez—. En realidad, es sólo una pregunta.

Empiezo a hiperventilar, porque voy a hacerlo. Jo, tranquila, puedes hacerlo. ¿Qué sería lo peor?

Para empezar, que dijese que no. O que dijese que no quiere este tipo de relación. Miedo el rechazo, es lo que ahora mismo tengo.

—Pregunta entonces —se quita las gafas y se levanta del escritorio.

Lechuguino, es el hombre más guapo que hay sobre la faz de la tierra, soy muy consciente de ello, y del efecto que tiene en mí.

—Pu-pues preguntarte que si querías... esta noche venir a ce-cenar a mi casa.

Con un tartamudeo incesante, pero lo he dicho. Se acerca a mí, que estoy justo delante de la puerta, por supuesto cerrada, no me fío de lo que pueda hacer, no desde la última vez.

—¿Vas a cocinar?

—Sí. Me gusta cocinar.

—Lo sé, me lo dijiste.

Está a menos de ¿cinco? Centímetros, las distancias no son lo mío, de mi cara. Huele muy bien, tal y como recordaba desde el episodio del avión.

—Tampoco esperes mucho, no soy Nadia Santini ni Carme Rusalleda —especifico, que luego me pongo nerviosa, se me corta la bechamel y la lío.

—Estoy seguro de que va a estar todo delicioso, pero no voy a venir

precisamente por la comida.

Es oficial, si sigue soltándose estas cosas voy a necesitar un nuevo corazón porque a este paso el mío se va a parar por hiperactividad. Y, como no, me pongo roja.

—¿Nueve?

—Nueve —responde con esta voz grave que hace que el vello se me erice.

Asiento, haciendo el ademán de darme la vuelta, pero me detiene acercando su cara a la mía y robándose un beso, al que, por supuesto respondo sin pensármelo.

No es un simple besito, no. Explora los contornos de mi boca con su lengua quitándose el aliento, la voluntad y hasta la conciencia. Hace que jadee, sujetándose a sus brazos que me tienen inmovilizada por la cintura. Creo que el mundo se detiene, y sólo existe este momento, sólo existimos él y yo.

Pero de golpe se detiene y me mira a los ojos con una expresión que nunca había visto en él. Es dulzura, me inspira un sentimiento de querer abrazarle, de estrecharle entre mis brazos y darle todo ese cariño que tengo guardado. Quiero que sienta lo que yo siento, e intento decírselo con la mirada, pero no sé si lo consigo.

—Tengo que hacer cosas. Nos vemos luego —dice, separándose de mí y volviendo al escritorio.

Me escabullo sin decir nada, teniendo la sensación de que, quién ha tenido miedo esta vez, ha sido él, no yo.

20.15: Me he emocionado demasiado y estoy haciendo un menú delicatessen de lo más elaborado.

Láminas de alcachofa freídas, milhojas de roquefort, almejas a la marinera, brocheta de atún al peso... una variedad de pequeños platos de diseño que había ido recopilando en mi libro de recetas.

No sé si he dicho que me encanta cocinar, y me gusta comer. Normalmente solo podía cocinar para mi hermana, pero poderlo hacer también para otra persona distinta me está gustando.

Tengo la mesa puesta, y dudo si encender una pequeña vela que tengo, de decoración. Le daría un ambiente romántico, un punto de magia, pero no quiero pasarme.

Bueno, voy a encenderla porque yo quiero que esto sea una cita.

20.45: Estoy nerviosa, quiero que todo salga perfecto. Y no solo la comida, que por cierto creo que todo me ha quedado de miedo, sino la parte en la que se abre, hablamos sin tapujos.

Deseo que me diga qué es esto que se calla, porque lo disimula mucho mejor que yo, pero hay cosas que no dice y que están allí, dentro suyo. Cuanto más lo pienso, mas veo y más me convenzo de que el Frederick Ross que conozco es solo una ínfima parte de él. Y quiero saberlo todo de él, empezando por sus motivos por venir a Londres, de porqué acabó en esta revista, qué tipo de vida llevaba en Washington.

También quiero saber cuál es su película favorita, con qué libro se emocionó, quién fue su primer amor.

20.50: No va a venir.

No me lo creo.

Voy a meter mi cabeza en el horno y a morir lentamente.

Dice que va a terminar una reunión que tiene con dirección bastante tarde, que, si lo podemos dejar para otro día, que lo siente muchísimo.

Miro la mesa, la comida, me miro en el espejo con un vestido rosado, llevando la ropa interior negra y de golpe, siento que estoy haciendo el ridículo.

Sin perder el tiempo, cojo toda la comida y la envuelvo en papel de plata, la meto en una bolsa de plástico y bajo hasta la calle. La tiro en el primer contenedor de basura que veo y lloro en silencio de vuelta a mi apartamento pensando en que Shakespeare tenía razón cuando decía que era un juguete del destino.

No es la primera vez que no viene, pero ¿y si esta vez la excusa era real? No tendría ninguna razón aparente para no venir, la anterior sí.

No sé qué pensar, no lo sé.

10 de Marzo

—Yo creo que no pudo venir —dice Erica mientras nos tomamos un café en la cocina.

—No lo sé.

—¿Lo has visto? Va agobiadísimo, no sé qué ocurre, pero algo está pasando. Tengo miedo, ¿y si cierran la revista?

—No lo creo.

En realidad, no lo sé, pero tampoco quiero que funda el pánico así que me mantengo positiva ante Erica aunque en el fondo yo también lo piense.

—Por cierto, todo se ha ido a pique con el vikingo. Cuando volví de Irlanda, me dijo que la otra chica solo quería hacerlo cuando yo participase, y yo le dije que había sido una experiencia única, y con única me refería a una sola vez y no más. Así que se enfadó conmigo y me dijo que era una egoísta.

—¿Y qué le dijiste?

—Que ya tenía una edad para ser egoísta con mi cuerpo y que con él hacía lo que me placía. Al cabo de una hora me vino a pedir disculpas y quiso acostarse conmigo, pero le envié a freír espárragos. Ahora se ha quedado sin...

dejémoslo en polvos. No me da ninguna pena, viendo tal y como está dentro de un par de días ya tendrá a otra en su casa.

No entiendo cómo Erica puede hablar con tanta ligereza de sus relaciones. Esto me da qué pensar, y por supuesto, tiene que ser porque en el fondo no le importan.

—¿Qué tal con Wayne en el castillo?

Erica baja la cabeza observando el café y lo remueve con una cucharadita.

—Soportable.

—¿No vas a contarme qué pasó?

Porque es evidente que algo pasó. Si antes estaban como el perro y el gato, ahora simplemente se ignoran.

—No vale la pena.

—Erica.... —le insisto.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué me gusta? Pues sí.

Da un suspiro después de terminarse el café y recogerse el cabello rojizo en una coleta.

—No ... pasa nada si te gusta.

—Sí pasa, porque está saliendo con una modelo impresionante que, por cierto, estaba también en aquel maldito castillo. Y yo no lo sabía, y tuvimos un momento bonito. No pasó nada, sólo fue un momento bonito, ¿sabes? De esos en los que el tiempo se detiene y te da la impresión de que puedes llegar a tener con esa persona la historia más bonita del mundo. Pero treinta minutos después le vi besándose... con la modelo —explica en voz baja.

Está molesta, lo sé porque tiene la mandíbula contraída y la vena del cuello le palpita con avidez. Pero está enfadada consigo misma por haberse permitido tener ese momento.

—No ser correspondido es difícil. Cuando tenía 15 años me gustaba un chico del colegio y yo a él, no —le confieso ante un acto de sinceridad.

—No me digas que te declaraste. Lo hiciste, ¿verdad? Tenías 15 años así que no voy a decirte nada.

—Hice bastante el ridículo. Compré una tarjeta en forma de corazón para San Valentín y se la entregué durante el recreo. Me dijo que lo sentía, pero que yo no le gustaba. Podría haber sido peor, la verdad.

Podría haberme tirado la tarjeta al suelo e insultarme, pero no lo hizo.

—Pero qué falta de sensibilidad el chaval. ¿En serio te gustaba ese chico? — pregunta Erica.

—Mi criterio era... vamos, que me gustaba porque era el único que no se reía de mí.

—Entiendo.

Estoy segura de que a Wayne también le gusta Erica, pero he descubierto que el ser humano a veces tiende a pensar de forma retorcida y que los motivos para salir con esa modelo no sean puros o sinceros.

11.20: No puedo creerlo, ha venido la encargada de recursos humanos y ha citado a 20 personas en su despacho una a una, entre ellas a Monique de nuestro departamento.

Para despedirlas.

Monique ha salido llorando, entre todos la hemos animado y le hemos dicho que hay muchas otras revistas y que seguro que encontrará a otra. Dicen que tenían exceso de personal.

Ay lechuguino, podrían haberme despedido a mí.

—Reunión en 5 minutos —me advierte Erica, y enseguida me levanto.

Camino hasta la sala de juntas con un malestar extraño. Esto de los despidos no me sienta bien, nada bien.

En cuanto estamos todos, Frederick Ross se coloca bien las gafas y nos habla.

—Desgraciadamente Monique ya no trabajará más aquí. Ha sido una decisión

difícil, pero como veis todos los departamentos han sufrido bajas. Espero que esto no os desanime.

La verdad, a mí me ha desanimado, pero como los demás, asiento.

—Bien, dicho esto vamos a fijar para el contenido del mes que viene. Abril, cosas nuevas, frescas, primaverales.

Veo como Regina levanta el brazo de inmediato.

—¿Lugares originales para bodas?

—Lo compro, ¿Jo? —me pregunta. A mí.

Tengo dos opciones: decir que han abierto un restaurante de tapas donde puedes tomarte una copa de vino, de cualquier vino, aunque sea el mejor del mundo debido a una técnica extraña para extraerlo sin sacar el corcho, o enviarle una indirecta de mi descontento acerca de nuestra no cita.

Y mi yo escondido escoge lo segundo.

—Mujeres inglesas con estrellas Michelin.

Sólo sonrío, pillando el doble significado de la frase.

—Me gusta, empieza a trabajar con ello. ¿Erica?

—Hablando de bodas, la tradición esta irlandesa de que las mujeres puedan pedir matrimonio a los hombres en el año bisiesto, como este año.

—También me gusta.

Cuando la reunión termina, me levanto y alcanzo la salida cuando alguien tira de mi brazo.

—Lo siento, quería venir, pero me fue imposible. ¿La semana que viene?

Lo miro, y parece sincero. Realmente lo parece, y me fio de él. Como para no perdonarle si me mira con esos ojos.

—De acuerdo. Pero quizás te hago cocinar a ti —bromeo.

Yo, Jo Foster estoy bromeando. Es su efecto, tiene algo especial que me hace querer brillar.

—Voy a limitarme a hacerte de pinche. No sé ni hacerme una tortilla.

—¿De veras? —me sorprendo.

—Es cierto. Tú me das clases de cocina, y yo de orgasmos, ¿qué te parece?

En primer lugar, indecente porque me pongo colorada. En segundo, que no es mala idea.

—Bu-bueno, vale.

Me guiña un ojo y sale de la sala. Pava, pava, pava. No hay otra palabra que me defina mejor.

12 de Marzo

Diario, la oficina está intranquila después de los despidos, pero aun así se respira un ambiente menos tenso.

Ayer me llamó mamá para preguntarme acerca de mi vida amorosa mientras intentaba ver *Belleza prohibida*, una película fantástica acerca de la prohibición de las mujeres de pisar los escenarios y su posterior eliminación.

—*Jocelyn, llamaba para preguntarte cómo estás. ¿Te arrepientes de cortar con Travis? Puede que si tuvieseis una cita en el London Eye...* —sugirió.

—Mamá, tengo vértigo, no voy a subir a una noria de 130 metros de altura.

—*Quién dice eso, dice otra cosa como una cena.*

—No voy a volver con Travis. Ahora mismo estoy genial.

—*¿Estás saliendo con el gánster americano? Dímelo Jocelyn.*

—No estoy saliendo con él, mamá.

Y es verdad, solo tengo episodios dignos de nueve semanas y media en su despacho de vez en cuando y citas que no llegan a cumplirse.

—*Se te va a pasar el arroz, Jocelyn. Hace días que no veo a tu hermana, no me llama ni me dice nada, ¿sabes algo?*

—La última vez que la vi no tenía buen aspecto, me dijo que tenía migraña.

—*Voy a tener que hacerle una visita. Y hablando de visitas, el sobrino de Mary Kraven a lo mejor se pasará por tu casa a invitarte a cenar.*

—¿Quién es el sobrino de Mary Kraven?

—*Damon Kraven.*

—Pero mamá, no le conozco.

—*Lo sé. Pero él ha visto una foto tuya y le pareces muy guapa.*

—¡Mamá! No quiero que me hagas de celestina.

Aquello era increíble, qué vergüenza por dios.

—*Tengo que colgar, tu padre ya está fumando otra vez.*

Mi madre haciendo de celestina y yo no sabiendo qué hacer con mi vida.

10.01: Tengo que preguntarle algo a Frederick Ross, sobre el artículo por supuesto.

Ante todo, soy una profesional.

Pero no sé si es buena idea entrar en su despacho. Más que nada porque he decidido que debo separar mi vida personal de la profesional, y no sé si voy a tener ni el valor ni los ánimos para que no me bese u otras cosas.

Estoy a punto de llamar a la puerta cuando escucho voces, y es que la puerta está entreabierta. Ante todo, debo decir que nunca hago esto, nunca escucho detrás de la puerta, pero hay veces en las que es inevitable.

Como esta. Porque lo primero que oigo es va voz de Regina.

—... y sólo te pido que no digas nada sobre lo que pasó.

—Hace meses que no nos acostamos, ¿por qué me vienes ahora con estas? — pregunta Frederick.

El alma se me cae a los pies. Frederick y Regina. Regina y Frederick. Juntos.

—Porque voy a casarme y no quiero mal entendidos.

—Descuida, no me interesa que se sepa.

No puedo escuchar nada más, siento que estoy mareada y tengo ganas de

vomitara. La cabeza me da vueltas, y por inercia camino hasta mi sitio.

Frederick Ross se ha liado con Regina. Era él con quien ella había tenido una aventura, no puedo creerlo. Había pasado delante de mis narices y no me había dado cuenta. ¿Lo hará con todas? ¿Después de mí irá a por Erica?

Soy la sustituta de Regina. Si ya lo dijo sobre su ex, me cansé de ella. Se cansa de todas, ¿por qué tendría que ser distinto conmigo? No lo será, y yo voy a acabar llorando a moco tendido con un pote enorme de helado de vainilla viendo *Romeo debe morir*.

El móvil empieza a vibrar y veo que es mi hermana.

—¿Ali?

—*Soy yo, Jo. Necesito que vengas al hospital.*

—¿Te encuentras bien?

—*No, me he desmayado y me han traído. Tengo... necesito que vengas.*

—Claro, voy enseguida.

No quiero ver a Ross, así que voy al despacho de la chica de recursos humanos y se lo digo. Me dice que no hay problema así que salgo del edificio corriendo.

Tengo la cabeza que va a explotarme, porque estoy pensando en que Alison esté bien y de lo que acabo de enterarme. Cojo un taxi, es lo más rápido para llegar.

En la recepción pregunto por mi hermana y me dan un número de habitación. Tercera planta, voy hasta allí y la abro.

—Ali, ¿estás bien? —pregunto en cuanto abro la puerta.

Está con dos personas más, que parecen médicos.

—Supongo que es la hermana de Alison. Soy el doctor Merrel —dice uno de ellos, con el cabello canoso y bastante atractivo, al estilo Richard Gere.

—Lo soy.

—Cuando ha llegado le hemos hecho una analítica, pero ha salido normal, y

cuando nos ha dicho que últimamente padecía migrañas, le hemos hecho un TAC.

—¿Está bien?

—Por desgracia, hemos encontrado un pequeño tumor en el cerebro.

Escucho tumor y me asusto, me asusto mucho, pero miro a mi hermana que está aún más asustada que yo y respiro para calmarme, y disimular.

—¿Qué clase de tumor?

—No lo sabremos hasta que lo extirpemos.

—¿Será complicado?

—Está en una zona de fácil acceso y lo hemos cogido a tiempo, así que no hay muchos riesgos. Las dejo a solas.

Ambos doctores salen de la habitación mientras poso la mirada hacia Ali.

Tiene miedo, pero no lo dice, sólo está quieta, tumbada con la mirada perdida en el techo. A saber, qué le está pasando por la cabeza. Me acerco hasta ella sentándome en el extremo de la cama.

—No te preocupes, todo saldrá bien, ya los has oído —intento animarla.

—Tengo un tumor en la cabeza, Jo. Si me lo sacan, puede que se den cuenta de que el tumor estaba en un sitio muy arraigado a alguna parte de mi cerebro encargada de hablar, escribir, leer, caminar...

Le cojo la mano de inmediato.

—Esto no pasará, ¿me oyes? Han dicho que has tenido suerte y que te lo han visto cuando no era muy grande.

—¿Y si pasa? —se gira, frunciendo el cejo.

—Si pasa, voy a enseñarte a andar, a leer ya patinar si hace falta. Pero tienes que operarte, y tienes que pensar que todo va a salir bien.

Mi hermana siempre ha sido la fuerte de las dos, siempre ha sido ella la positiva, la que me consolaba a cuando yo lloraba, la que me defendía de los abusos en el colegio. Ella ha sido mi ángel de la guarda, mi persona favorita

en el mundo entero ha sido mi mundo.

Y ahora es mi turno de ser fuerte por las dos, voy a ser una maldita roca si es necesario.

Abrazo a mi hermana con fuerza, dejando que vierta algunas lágrimas sobre mi hombro mientras le repito que todo irá bien, que no se preocupe por nada y que voy a estar allí para ella.

13 de Marzo

Mañana operan a Alison y yo sólo tengo cabeza para pensar en eso. He pedido el día de fiesta a la de recursos humanos, a Frederick no quiero verle ni en pintura. Es más, creo que necesito un gran cambio en mi vida.

Todo eso me ha hecho pensar en que la vida es demasiado corta para complicárnosla y que no merezco sufrir como una condenada viendo a Frederick Ross cada día suspirando por él y siendo inalcanzable.

Sé que ahora esto no es importante, que Alison es mi prioridad, pero quizás tomar ahora la decisión será mejor que aplazarlo.

Voy a dimitir.

Ya tengo escrita la carta de dimisión, voy a dársela a Frederick Ross y a decirle que he sobrepasado mis límites, y que quiero trabajar en un periódico.

Por mucho que me guste, no voy a prepararme la horca a mí misma para cuando se dé el desenlace, no soy tan masoquista.

Me levanto del escritorio y camino decidida a su despacho. Ni llamo, sé que no hay nadie porque llevo vigilando la puerta desde que he entrado. Pero está hablando por teléfono. Me armo de valor y camino hasta su mesa, plantándole la carta delante de sus narices.

Sin colgar, quitándose las gafas, lee el contenido y, sujetando el teléfono con

el hombro, coge la carta de renuncia y la rasga por la mitad fulminándome con la mirada.

Yo no hago nada, sólo salgo del despacho con lentitud, volviendo a mi puesto. Parece que levite, pero en realidad estoy de un humor extraño, con los nervios a flor de piel y una amargura insostenible.

De reojo, veo cómo al cabo de medio minuto sale de mi despacho y viene hacia mí. Espero que no me monte un sarao aquí en medio porque hoy, no respondo de mis actos. Lo tengo justo al lado, pero alguien más capta su atención y se gira para hablarle. Mejor, yo finjo estar concentrada haciendo algo en el ordenador cuando en realidad solo tengo mi correo electrónico abierto delante.

Tengo que mantener la calma.

—¡Joder!

Al escuchar el grito de Frederick Ross, tuerzo el cuello para ver qué ha pasado.

Oh dios mío, tiene mi cactus clavado en su culo. Ha debido de apoyarse en el extremo de mi mesa.

—Lo siento —murmuro mientras sigue quejándose.

No sé qué hacer, ¿qué hago?

—¿Qué es eso? —susurra cuando me levanto de la silla.

—Mi cactus —respondo, asustada.

No sé por qué le he dado la renuncia, si después de esto va a despedirme seguro.

Estoy roja, muy roja, y más cuando cojo el cactus pegado a su culo y se lo quito, haciendo que dé otro grito. Todo el mundo nos está observando.

—He llamado a la ambulancia —dice Erica apareciendo por allí, mientras se aguanta la risa.

Madre mía, no puedo ser más gafe. Quizás mamá me ha echado una maldición

inglesa por haberme enamorado de un americano, o se la ha echado a él. Dios, me siento muy culpable, así que cuando camina con dificultad hacia el ascensor, lo acompaño.

Bajamos en silencio, sé que se está aguantando el dolor porque aprieta los puños con fuerza y su mueca lo delata.

—No podrías tener un bonsái o una flor decorativa, no, un puto cactus —dice más enfadado que dolido.

—Lo siento, lo siento, lo siento —repito de carrerilla.

Piedad por favor, sólo soy Jo, nunca he matado ni a una mosca.

Se abren las puertas y salimos del edificio hacia la ambulancia que está aparcada justo delante.

—¿Es usted el herido? —pregunta el chico con el uniforme de paramédico.

—Soy yo.

Lo meten dentro y yo rezo para que no sea nada grave. En realidad, estaría mal que me despidiera, ha sido él quien ha puesto su culo en mi mesa. Pero qué digo, si quiero irme.

—Puede entrar —el paramédico me avisa, después de cinco minutos.

¿Yo? ¿Entrar? Sí, no hay nadie más, así que lo hago. Me hacen sentarme y ponerme el cinturón.

—¿Qué tal está? —pregunto, pues Frederick Ross está estirado en la camilla boca abajo.

—No es grave, pero se le han quedado un par de pinchos y hay que extraerlos.

—Ay Jesús —se me escapa.

—Tranquila, son pinchazos superficiales.

Él no dice nada, sigue callado hasta que llegamos al hospital. Es el mismo en el que está ingresada mi hermana, podría ir a verla, pero me quedo en la sala de espera hasta que curan a Frederick.

Una enfermera, tras quince minutos, me hace entrar en la consulta. Frederick

Ross sigue estirado en la camilla, con los pantalones fuera y los calzoncillos ligeramente bajados, y una venda en el culo.

Hay que reconocerlo, tiene un culo estupendo, con o sin pinchazos. Y unas piernas fibradas alucinantes.

—¿Qué tal te encuentras? —pregunto con timidez.

—Bien —responde, alzando la cabeza—. No tardarán en darme el alta. ¿Querías que te despidiera?

—No lo he hecho a propósito —especifico, cruzando los brazos.

—No vas a conseguirlo. ¿Qué coño era esa renuncia, Jo? —está enfadado, y no me gusta que me hablen así, pero voy a aguantar el tipo.

—Mi renuncia.

—¿Por qué?

—Po-porque quiero buscar otro trabajo. En un periódico.

Sigo mi línea argumental, no debo desviarme.

—No me mientas, Jo, sé cuándo lo haces. ¿Es por mí? —insiste.

—N-no —niego.

Pues claro que es por él, pero no voy a soltar prenda.

—¿Es porque nos hemos acostado?

El corazón me late deprisa, estoy histérica y no sé si voy a aguantar este interrogatorio durante mucho más tiempo. Puedo notar cómo los ojos se me empañan y lo último que quiero hacer es llorar delante de Frederick Ross.

Sólo se me ocurre algo, huir. Y es lo que hago pese a que él grite mi nombre y yo haga caso omiso, no deteniéndome hasta que llego a la habitación de mi hermana en la planta superior. Antes de entrar, me enjuago las lágrimas con las mangas de la camiseta -que, por suerte, es negra- para no preocuparla.

—¡Jo! No te esperaba tan pronto. ¿Has salido antes?

Sonrío al ver a Alison tan animada, pero tiemblo al verla en ese estado. Está tan pálida, se ve tan indefensa. Veo que lleva un pañuelo en la cabeza, pues

para la operación le han tenido que rapar el cabello.

—Sí. Vaya, me he olvidado el bolso, menudo despiste llevo hoy. Voy a llamar a Erica para que me lo traiga.

Hago ver que no pasa nada mientras Alison sigue hojeando la revista que tiene en sus manos mientras descuelgo el teléfono de la habitación intentando que mis manos dejen de temblar.

Me digo a mí misma que todo está bien.

—Nunca había estado tan asustada. Van a abrirme el cerebro, Jo. Puede que muera —dice de golpe con la voz entrecortada.

—No, Ali —voy hacia ella y le cojo la mano apretándosela con fuerza.

—Odiaría convertirme en un vegetal. Si me quedo así, tienes que pedir que me desconecten —dice de golpe—. Sabes que papá y mamá no van a hacerlo, tienes que prometérmelo tú.

No sé qué decir, porque no quiero estar en esta tesitura.

—Alison, todo saldrá bien, te lo prometo.

No puedo prometérselo, está claro, pero parece no verlo. Pero eso no quiere decir que lo quiera con todas mis fuerzas.

14 de Marzo

09.00: Estoy sentada en la sala de espera junto con papá y mamá. La operación de Ali acaba de empezar, y hay para rato.

—Ratoncita, ¿estás bien? —pregunta papá al verme nerviosa.

—No quiero que le pase nada a Alison —suspiro mientras él me da un abrazo de oso.

—Estará bien, Alison siempre ha sido una persona con una fortaleza innata —dice mamá de golpe, sin dejar de hacer ganchillo.

Su seguridad me abruma, parece firmemente convencida de ello, sin tener lugar para la duda.

Pero yo no lo estoy tanto. Estaría dispuesta a todo con tal que Alison esté bien, renunciaría a lo que fuera con tal que vaya todo bien.

09.30: Mi teléfono suena, así que salgo de la sala de espera al pasillo para contestar.

—¿Jo? ¿Estás ahí? —dice Erica.

—Sí.

—¿Se sabe algo ya?

—No, está en quirófano. Todavía hay para rato.

—*Vale, en cuanto sepas algo dime. Por cierto, voy a rogar clemencia para que me perdones.*

—¿Por qué?

—*Puede que haya tenido que decirle donde estás a Frederick Ross bajo amenaza de despido. Lo siento, al principio me he negado hasta que ha sacado unos gastos extraordinarios de Irlanda... perdona.*

—¿Te ha preguntado dónde estoy? ¿Y qué le has dicho?

Ay lechuguino, esto no puede ser bueno.

—*Sólo he dicho el nombre del hospital, nada más.*

No. No puede ser. Está aquí, lo estoy viendo avanzar hacia mí desde la otra punta del pasillo.

—Erica, te llamo luego. No te preocupes.

—*No te lo tires en ningún cuarto extraño y contaminado.*

Me quedo paralizada, inmersa en mi pensamiento de por qué hace esto. Por qué me tortura de esta manera. Yo solo quiero seguir con mi vida pero parece que no pueda porque acabo tropezando con Frederick Ross.

Se queda quieto frente a mí con una expresión neutra en la cara, y quitándose

las gafas, deja ir un suspiro.

—¿Qué haces aquí? —susurro con un hilo de voz.

—Hablar contigo. ¿Por qué estás en el hospital? ¿Estás bien?

Parece que, de golpe, se haya dado cuenta de que sí, efectivamente esto es un hospital.

—Están operando a mi hermana.

—Espero que no sea grave.

—Es un tumor cerebral, pero dicen que no es grande y que se lo han detectado a tiempo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —me echa en cara.

—¿Por qué tendría que habértelo dicho? —estoy perdiendo los nervios, tengo demasiado acumulado y creo que no voy a aguantarme—. No quiero seguir con esto, yo no soy así. Tú eres mi jefe y yo soy una persona que suficientes problemas tiene ya como para comerse la cabeza pensando en lo poco ético que es hacer lo que hicimos en tu despacho. Por no hablar de ... —en estos momentos se me quiebra la voz y los ojos se me empañan—. Necesito algo distinto.

En cuanto me echo a llorar, siento sus poderosos brazos que me engullen, me siento arropada por su olor y su calor. Deja que me desahogue a gusto, aunque le esté mojando la chaqueta del traje, mientras que con la mano derecha acaricia mi pelo.

—Todo irá bien, Jo. Tu hermana va a estar bien —dice en un momento dado.

¿Por qué a veces tiene que ser puñeteramente perfecto y otras veces no? Me quedaría así hasta el fin del mundo, pero ya me he calmado y tampoco quiero abusar de su amabilidad, así que me separo de su abrazo.

Debo de tener el peor aspecto del mundo, los ojos hinchados y la piel rojiza, pero me es indiferente.

—Seamos amigos —suelta de golpe.

—¿Qué? —pregunto, pensando que lo he escuchado mal.

—No estás bien, Jo. Necesitas un amigo, alguien con quién desahogarte, un hombro sobre el que llorar. Seamos amigos —repite, aunque no sonrío.

—De acuerdo —respondo, sin saber muy bien por qué.

—¿Estás sola?

—No, están mis padres en la sala de espera.

—Voy a presentarme.

Lo dice tan campante, como quién no quiere la cosa. Ay Jesús, no entiendo nada. Primero me deja en la *friendzone* y ahora quiere conocer a mis padres. Antes de que pueda decir que no, ya está entrando en la sala de espera.

Mayday, mayday. Mi madre y Frederick Ross, a saber qué le dice. Esto no puede tener un buen desenlace. Es *Crónica de una muerte anunciada 2.0, Destino final* número desconocido.

—Jo, ¿dónde estabas? —pregunta mamá al verme entrar con urgencia.

—Usted debe de ser la madre de Jo. Soy Frederick Ross, un amigo del trabajo.

Desparpajo tiene, eso es innegable. Jesús, María y José. Mamá lo mira de arriba abajo, analizándolo a conciencia.

—El americano, supongo —dice finalmente tendiéndole la mano—. Jocelyn, ¿por qué no vas a la cafetería y nos traes un café para todos?

Ni hablar, tengo miedo de lo que mamá pueda decir.

—Papá, ¿puedes ir tú? —lo miro suplicante.

—Jo, ve tu —insiste el propio Frederick Ross, con su voz de jefe autoritario que tanto temo y tanto me pone por igual.

Abro la boca, pero la cierro, acatando la indirecta y arrastrando los pies hasta la cafetería. A saber qué es lo que se dicen, puede que se desate la tercera guerra mundial. Me pongo en la cola, esperando a que pueda pedir los malditos cafés.

Esto es increíble, acabo de ser *frienzoneada*. Bueno, si en el fondo es lo que quería, dejar de tener esa extraña relación de solo sexo.

Pero cuanto más pienso en ello, más me doy cuenta de que eso de seamos amigos puede entrañar muchas cosas. Como en la película de *Con derecho a roce* en la que Mila Kunis y Justin Timberlake son amigos y algo más.

Por fin me toca y pido tres cafés. Voy lo más rápido posible a la sala de espera y cuando llego me encuentro a mamá riéndose con Frederick Ross. El mundo al revés, ¿qué leches ha pasado?

—El café —digo, alargándoles el vaso.

—Gracias cariño. Ha sido un placer Frederick, a ver si un día de estos vienes a cenar.

—El placer ha sido mío, señora Foster. Tengo que volver al trabajo, espero que Alison se recupere cuanto antes.

Me guiña un ojo y sale de allí tan campante. Puede que haya entrado en una realidad paralela, o puede que sea todo un sueño y en realidad la que tenga un tumor cerebral sea yo.

—Mamá, es americano —le digo, para que vuelva en sus trece.

—América fue durante muchos años una colonia inglesa cariño, prácticamente siguen siendo súbditos de la corona. Es muy guapo —me espeta sin más.

Mayday, ¿quién es esa mujer y qué han hecho con mi madre?

—Mamá, es EL americano.

—Lo sé, pero hija, está tan enamorado de ti —suspira.

¿Cómo? Mi madre está ciega perdida, si supiese que me acaba de mandar a la *frienzzone* no diría lo mismo.

Entonces un hombre aún con una bata azulada entra en la sala y viene hacia nosotros. Es el cirujano.

—Ha sido un éxito, la han llevado a la habitación para el postoperatorio —nos informa.

El alivio que siento es totalmente indescriptible, igual que si llevase una mochila de diez kilos y la hubiese soltado de golpe.

—¿Podemos verla? —pregunto.

—De uno en uno, aún no se ha despertado de la anestesia.

Asiento y le doy las gracias. Nunca hubiese imaginado que viviría un episodio de Hospital Central, pero aquí estoy.

Mis padres y yo subimos hasta la habitación y la primera en entrar es mi madre, mientras que papá y yo nos quedamos fuera.

—¿Ratoncita? Me ha gustado el nuevo novio —dice con una sonrisa.

—No es mi novio, sólo es mi amigo —recalco.

—Hoy en día no llamáis las cosas por su nombre, pero qué se le va a hacer.

—No es eso. Es complicado papá.

—También os complicáis mucho la vida.

Desisto, porque sé que por mucho que se lo diga, acabará pensando que es mi novio y no hay forma humana de que deje de hacerlo.

11.40: Por fin podemos entrar en la habitación.

Alison está tumbada en la cama con el vendaje alrededor de la cabeza, la cara algo hinchada y la bata puesta.

—Te dije que todo iría genial —le digo sonriendo en cuanto me mira.

—Aún no sé ni cómo me llamo, estoy muy atontada —reconoce.

—No sé si deberías dormir un rato.

—En breves creo que lo haré.

En cuanto cierra los ojos, se queda frita.

Ali está bien, y yo también.

18.20: Mis padres han salido a airearse mientras yo me he quedado con Ali mientras miramos la televisión.

—No hacen nada interesante —se queja.

—Lo sé. A mamá ahora le cae bien Frederick Ross, aún sigo sin creérmelo — reflexiono en voz alta.

—Cuando me lo has contado, te juro que pensaba que me estabas tomando el pelo.

Alguien llama a la puerta, y respondo pensando que es alguna enfermera, pero me equivoco. Veo la expresión de incredulidad de Ali en cuanto el chico cruza la puerta.

—¿Cómo estás? —pregunta, avanzando hasta el centro de la habitación a pasos lentos.

—Bien. ¿Qué...?

—Jessie me lo ha dicho. Te he traído flores —alza un pequeño ramo y lo deja encima de la mesa.

—Os dejo a solas —decido salir de la habitación, dejando la puerta entreabierta por si tengo que entrar.

Así que este es el famoso Kay. Entiendo que Alison esté loca por él, es exactamente su tipo, moreno de ojos azules, un poco macarra y musculoso.

Creo que esto ya lo escribí, pero no suelo husmear, lo que estoy haciendo es algo excepcional, en pro de la seguridad de mi hermana. Acaban de operarla y no puede sufrir grandes emociones.

—¿Te duele? —pregunta el chico.

Menuda pregunta, pero supongo que no sabe qué decir y esto parece ideal para iniciar una conversación.

—Me han dado algo para el dolor, así que no —responde Alison.

—Deberías habérmelo dicho —insiste él.

—Sabes que no soporto que me compadezcan.

Eso es verdad, Ali odia que la vean llorar. Cuando estaba triste de pequeña, se encerraba en el cuarto de baño y se duchaba cuando lloraba para que nadie lo

supiera.

—¿No lo entiendes? Estaba muerto de angustia. Que no estemos juntos no quiere decir que haya dejado de quererte, Ali.

Lechuguino, Kay se pone intenso. No sé si intervenir, tampoco quiero fastidiar su declaración, pero Ali está sensible y algo tocada por la operación.

—Mentiría si dijera que estos días no he pensado en ti, en nuestra relación, en lo que siento —admite.

—¿Y has llegado a algo? —responde el chico.

¿Por qué mi hermana no me cuenta nada de sus reflexiones? Yo se lo cuento todo. En realidad, se lo cuento todo a las pocas personas que me escuchan, siendo realistas.

—Que los dos lo hicimos mal. Dejamos que nuestra intolerancia tomase el control, yo no me puse en tu lugar y tú no te pusiste en el mío. Pero los dos somos un poco tozudos.

—Sí que lo somos.

Uy, él no sé, pero mi hermana en cuanto quiere algo no para hasta tenerlo, es la persona más pesada y constante que he conocido.

—Kay, yo te quiero.

No los veo, pero creo que Kay está cerca de ella y están interactuando. Puede que la esté abrazando, no voy a ser malpensada y a decir que le está metiendo mano.

—Te quiero Ali.

Me estoy derritiendo de amor, como el chocolate al baño maría. Se me sale hasta la lagrimita.

—Si lo intentamos otra vez, no quiero peleas. Bueno, solo peleas tontas.

—Lo haremos bien. Dios, tenía tantas ganas de volver a verte.

—No me mires demasiado, estoy hinchada, sin pelo y sin maquillaje.

—Estás preciosa.

Voy a morir porque esto es amor verdadero y lo demás son tonterías. Ni Shakespeare puede superar este momento, y para que yo diga esto debe de ser el culmen de lo romántico.

No sigo escuchando, me alejo de la puerta paseando por la sala de los hospitales, hasta que veo una donde entra gente de calle. En la puerta hay un cartel, "Valórate".

No debería entrar, pero le letrero me ha dado curiosidad. Hay muchas sillas puestas en círculo, y una mesa al fondo con café y algunas pastas. Creo que es algo así como una reunión de alcohólicos anónimos, pero sin ser alcohólicos. Las personas empiezan a sentarse de golpe, son unas quince en total. Estoy a punto de salir por la puerta cuando alguien me habla.

—Eres nueva, ¿verdad? —pregunta una mujer de unos treinta y pocos, de rostros sereno y cabello rizado.

—Sí.

—Vamos, siéntate. No mordemos a nadie.

Ante mi timidez e incapacidad de decir que no, lo hago. Lechuguino, ¿por qué me meto yo en estos embolados?

—Veo algunas caras nuevas. Bien, empecemos entonces —dice otra mujer algo más mayor, rubia y bastante morena.

Lo que hacemos a continuación es levantarnos uno a uno diciendo nuestro nombre y básicamente a lo que nos dedicamos. Cuando me toca digo que soy Jo, periodista, y que trabajo en una revista de moda. Hay gente de todo tipo, pero la mayoría son más jóvenes o de mi edad.

—Este es un sitio seguro, así que podéis compartir todo lo que queráis sin ningún miedo. ¿Quién empieza? ¿Lucas?

El tal Lucas, un hombre fuerte, de espaldas anchas y cabello negro muy corto asiente y se levanta, empezando a hablar.

—Supongo que, si cualquiera me viese ahora por la calle, verían a un tipo normal, pero desgraciadamente hay veces que sigo sin verme así. A los doce años no me llamaban Lucas sino bola de sebo, a los diecisiete las chicas me miraban con asco cuando me acercaba y las que no luego me rechazaban. Un año más tarde dejé la comida basura gracias a un psicólogo y adelgacé. Pensé que sería el fin de todo aquello, cuerpo nuevo vida nueva, pero no fue así. Cuando llevas toda la vida siendo el bola de sebo, el último que escogen para hacer los equipos en deporte, el pringado que nunca logra una cita, es difícil que tú mismo dejes de verte de esta forma, aunque los demás lo hayan hecho. El fin de semana pasado quise pedirle una cita a una chica preciosa que veo cada día cuando cojo el autobús, y no lo hice. Pensé que me iba a decir que no porque no soy suficiente, porque en el fondo era el mismo adolescente tímido e inseguro.

—La belleza exterior no lo es todo —recordó la mujer—. Pero, de todas formas, no debéis tomaros el rechazo como algo negativo, nunca podréis gustar a todo el mundo, se trata de encontrar al que sí lo haga. Intentarlo es ya una victoria, en cuanto hagas la pregunta Lucas, sea cual sea la respuesta, habrás ganado en tu autoestima, en tu seguridad en ti mismo.

Otros, después de Lucas, contaron sus experiencias. Algunos habían superado sus miedos, otros seguían teniendo sus complejos, pero me di cuenta de algo, y es que la gente perfecta no existe. Todos tenemos nuestras cosas, nuestras inseguridades, todos somos humanos.

Y el ser humano se equivoca, mete la pata, comete errores. Yo soy humana, y me equivoco, y Frederick Ross también. Salí con Travis, y quizás fue un error, pero de ese error aprendí. Regina se acostó con Frederick y parece que ambos quieren olvidarlo, puede que para ambos también lo fuese.

Frederick Ross es humano, tengo que dejar de verlo perfecto, de quitarlo de la vitrina donde yo misma lo metí.

Puede que también se haya equivocado conmigo, y yo con él. No sé, pero si yo puedo meter la pata, él también, ¿no? Como dicen *The Killers*, todos somos humanos, aunque eso de bailarines ya no estoy tanto en acuerdo.

17 de Marzo

11.03: Ahora que Ali está en casa de papá y mamá recuperándose y feliz porque "el amor de su vida" y ella se han reconciliado, vuelvo a respirar tranquila.

—¿Seamos amigos? ¿En serio te dijo eso? —pregunta Erica sin poder creérselo mientras fingimos tomarnos una taza de té.

—¿Puedes dejar de decirlo? Ya me lo repito yo misma demasiadas veces.

De golpe dejamos de hablar porque entra Regina. Desde que escuché cierta información acerca de ella y Frederick Ross teniendo relaciones, no la miro de la misma forma.

—¿Un tío te ha mandado a la *friendzone*? —pregunta abriendo la nevera y cogiendo una botella de agua.

—Eso creo —musito.

Es que tengo un problema, y es que no puedo evitar imaginar que se están besando en mi cabeza, y eso me genera mucho rechazo.

—¿Te pasa algo conmigo? —dice, frunciendo el ceño.

—No.

Sí, que estuviste tirándote al hombre del que estoy enamorada, ¿te parece poco? Pero no te odio.

—Eres terrible mintiendo —me caza al vuelo.

—A mí no me mires, no tengo ni idea. Pero ya que estamos, me pareces una pija bastante insoportable —suelta Erica.

—Si lo dices porque tengo buen gusto vistiendo, voy a considerarlo como un halago —se defendió Regina, sacudiéndose su perfecta melena rubia.

—Hay que reconocerlo, lo tienes. Pero lo decía por tu prepotencia y este "ósea" que sueltas en tus frases.

—Le dijo la sartén al cazo.

—En el fondo ambas sois unas creídas —en eso tiene razón.

—Gracias —dicen ambas a la vez.

Lechuguino, quiero irme ahora mismo.

—¿Vas a decirme porqué me miras con rabia? —insiste Regina.

Tras unos minutos de silencio, decido mentir.

—Te-tengo envidia de tu anillo.

Solo obtengo una respuesta de carcajada limpia, tanto de Regina como de Erica.

—Cielo, es lo peor que podrías haber dicho. Coño Jo, es la primera vez que te veo mentir.

—Erica, no ayudas —le digo.

—Es que Jo, estoy no hay quien se lo crea.

—¡Pero no quiero decírselo! —empiezo a alzar la voz.

—Es tu oportunidad, suéltate Jo.

Empiezo a sudar ante esta tonta y absurda discusión.

—¡No puedo decirle algo que escuché sin querer!

En este punto, Regina cierra la puerta de la cocina de golpe con cara de terror.

—¿Qué escuchaste? —susurra en voz baja acercándose a mí.

—Lo de tú y ... Frederick Ross. Fue sin querer, ¿de acuerdo? Yo no quería y créeme, hubiese dormido mucho mejor ignorándolo —exploto finalmente.

—¿Te has acostado con Frederick Ross? —dice Erica alucinando.

—Sólo fueron un par de veces, hace meses, en diciembre. Y sólo fue sexo, no

me gusta y tampoco le gusto. Oye, si vais a crucificarme por ello, muy bien, pero no se lo digáis a nadie por favor —suplica con la mirada.

—Dios me libre de juzgar a nadie por acostarse con alguien —musita Erica—. No creo en la monogamia, al menos para ciertas personas.

—No se lo he dicho a nadie, ni siquiera a Erica —puntualizo.

—Es verdad, por algo interesante que pasa va y te lo guardas. Ahora entiendo por qué la miras con odio.

—Pues yo no. ¿Te gusta Frederick Ross? Es todo tuyo, en serio, yo no le gusto ni nada por el estilo, y voy a casarme —insiste.

—Se acostó con Frederick Ross —suelta la que se supone que es mi amiga y guarda mis más preciados secretos.

—¡Erica! —me quejo.

—¿En serio? Al fin te has desatado Jo. ¿Cuál es el problema?

—Tendré que empezar por el principio.

Y así lo hago, desde la exposición de Degas pasando por todos los momentos bonitos, por la crisis de Paris, el puñetazo con Travis y el polvazo, hasta llegar a la actual situación.

—Yo nunca he sabido qué quieren los tíos, es decir sí, por descarte sexo, pero cuando son más complicados ya los dejo por inútiles.

—Erica, sigues sin ayudar.

—Estás de suerte Jo, porque yo sí que soy una verdadera hacha en relaciones —dice Regina sonriente.

—Te vas a casar y le metiste los cuernos. ¿Estás segura de que no eres poliamorosa? —dice Erica irónicamente.

—No lo soy —responde Regina con cara de fastidio—. En primer lugar, hay que analizar el sujeto: hombre de treinta y cinco, caucásico, de nacionalidad estadounidense afincado en Londres.

—¿Quieres que lo busque si está en *match.com*? —pregunta Erica.

—No lo está, lo busqué yo. Quería asegurarme de que no buscaba una relación seria.

—Eres buena —reconoce mi amiga—. Esto voy a apuntármelo.

—¿No busca una relación seria? —me lamento yo.

—Que no la busque no quiere decir que no esté dispuesto a tenerla. Antes de nada, debo decirte que es un hombre raro.

—¿En qué sentido?

—Que parece no tener vida. Es decir, su vida es el trabajo. No está en ninguna red social, no sale con nadie después del trabajo...

—Yo también soy un poco rarita en este sentido.

—A lo que me refiero, es que Frederick Ross debe de tener un pasado en América del que no sabemos nada —indica Regina—. Por cierto, no está casado ni lo estuvo, también lo busqué.

—No lo había pensado —reconozco.

—Yo sí, también lo busqué, pero no te dije nada —admite Erica.

—¿Y entonces, ¿qué hago con el “seamos amigos”?

—Tómalo al pie de la letra. Sé su amiga, pero nada más. Tiéntalo Jo, enséñale la piruleta y luego escóndesela.

—Sabe lo que se dice —la segunda Erica—. ¿Venís a tomar una copa después del trabajo?

—Me apunto.

—Yo creo que la necesito —admito.

22.30: No sé dónde estoy ni como me llamo.

El aguante que Regina y Erica tienen con el alcohol es impresionante. No como yo. Ellas llevan cinco copas y yo apenas me estoy terminando la segunda.

23.00: Borracha. Estoy borracha. Salimos del bar, yo tambaleándome.

—Nos vemos mañana chicas —digo yo, buscando un taxi.

—¿Ya te vas? La noche es joven —dice Erica, una de las dos que hay delante mío.

—No puedo más.

—Está bien, avísanos cuando llegues a casa —añade Regi.

Asiento, levantando la mano para que el taxi se detenga mientras las dos caminan ufantemente hacia otro bar.

El taxi para y con dificultad entro en él. Está a punto de arrancar cuando una arcada muy grande le viene.

—¡Espere!

Vuelvo a abrir la puerta y vomito en la acera. Mareada, bajo del taxi sabiendo que el hombre me va a decir que me baje.

Busco un pañuelo dentro del bolso medio atontada limpiándome la boca y decido volver a entrar en el bar para pedir un vaso de agua. Por suerte me lo dan sin problemas. Lechuguino, no sirvo para estas juergas, no señor.

—¿Estás sola?

Una voz que conozco demasiado bien hace que gire la cabeza sin moverme del taburete. Frederick Ross, con la misma ropa que llevaba en la oficina, me está mirando.

—Ajá. Erica y Regina se han ido. Yo también peero el taxista me ha echado

—y me rio, como si fuese gracioso.

—Estás borracha, Jo Foster. ¿Qué tal tu hermana? —parece que la situación le dé risa.

—Muy bien. La quiero mucho, ¿sabes? No sé qué haría yo sin ella.

—Lo sé. Te llevo a casa —sin preguntarme, coge mi bolso y me da la mano.

—No hace falta.

—Es lo que hacen los amigos, cuidan los unos de los otros —musita sin

apartar los ojos del suelo.

No le rebato nada, porque supongo que tiene razón y porque me gusta demasiado como para privarme de su presencia deliberadamente.

Me abre la puerta del copiloto y me siento pensando en tonterías. En cuanto arranca el coche, abro la radio.

—Whitney Houston es brutal —digo mientras suena *I have nothing*, cuya letra tarareo sin entonar demasiado.

No dice nada, y yo sigo cantando hasta que el coche se detiene y me doy cuenta de que hemos llegado delante de mi apartamento.

—¿Estarás bien, promesa musical?

Sigo estando algo borracha, no tanto como antes, pero lo estoy. Y cuando mis instintos toman el control no soy yo, la otra Jo es quién lo tiene. Y a la otra Jo los labios de Frederick Ross se le antojan deliciosos y está pensando en esa arruga que se le forma en la mejilla cuando sonrío.

Así que la otra Jo se quita el cinturón y ni corta ni perezosa se acerca a Frederick hasta tocar el hombro con el suyo.

—Gracias Frederick —digo con una voz algo rota por este deseo que me está carcomiendo por dentro.

—No hay de qué, Jo.

Vuelvo a inclinarme para darle un beso en la mejilla, y se lo doy, pero en vez de retirarme pienso en Lucas. No en él sino en sus palabras, en ese valor que le faltó para pedirle a la chica una cita.

Qué demonios, voy a besarle. Aunque seamos amigos, voy a besarle y así lo hago. Acerco los labios a los suyos y le planto un beso tímidamente, abriendo la boca y buscando su lengua. Sus labios me responden con avidez, su boca exalta un suspiro mientras que yo no tengo suficiente, así que me muevo del asiento y me siento a horcajadas encima de él, apoyando las manos en sus hombros.

—Jo... —suspira mientras mis labios bajan por su cuello hasta llegar al cartílago de la oreja. La mordisqueo, algo vacilante a su reacción.

—¿Qué? —pregunto, mientras siento que mi pecho se une al suyo queriendo sentir su calor.

—No me refería a esto cuando dije que fuéramos amigos.

Si no estuviese ebria me habría largado del coche avergonzada, pero me la traen al paio sus palabras porque está buscando mis pechos con sus manos por debajo de la blusa, y en mi bajo vientre noto como la bandera se va izando por momentos.

—Lo sé, pero me he puesto cachonda.

Ahora es cuando debería levantarme, salir del coche y subir a mi casa, siguiendo el consejo de Regina. Pero no lo hago, vuelvo a poner la boca sobre la suya para devorarla de nuevo, incesante e insistentemente.

—Joder Jo —gruñe él—, si me dices esto no voy a poder parar.

Y no para, sigue amasando mis pechos hasta que me quita la blusa y también el sujetador. Esta vez llevo uno de los nuevos, aunque no es el negro. Lame su dedo índice y lo lleva a mi pezón derecho para acariciarlo suavemente, haciendo que jadee. De reojo veo cómo medio sonrío cuando lo hago, y esto aún me enciende mucho más.

—Nunca lo he hecho en un coche —confieso mientras mi espalda se arquea instintivamente.

Sus manos vuelven a mi cintura y esta vez arrasa con su boca en mis pechos igual que si fuesen el manjar más exquisito y hubiese estado días sin probar bocado.

De un plumazo noto como se baja los pantalones y los calzoncillos a la vez y luego mete sus manos en mi parte inferior arrancándome las bragas.

—No eran mis favoritas —dice.

Oh, así que las anti eróticas le gustan más que las nuevas finas y normales.

Después de reseguir con los dedos los labios de mi clítoris, una vez empapado hace que me pegue a él, notando su mástil en mi orificio.

En cuanto empieza a entrar, suspiro sintiendo que encaja a la perfección, que se desliza de una forma inusitada para mí, como la otra vez, tremendamente placentera. Siento que es donde debo estar.

Me deslizo arriba y abajo, al principio con lentitud hasta que puedo notar como el orgasmo se incinera en mi interior y Frederick hasta mordisquea mi labio inferior diciéndome que él también.

Casi sin aliento y con dificultad, vuelvo al asiento del copiloto buscando mi ropa interior y poniéndomela con rapidez. No es necesario que me diga buenas noches para saber que aquello ha sido un inciso en el tiempo, algo que mañana fingirá que no ha pasado.

Una vez vestida, abro la puerta del coche y me dirijo hasta el portal, buscando las llaves en el bolso.

—Las tengo yo —dice él, escuchando su tintineo por detrás.

—Oh, gracias.

Hago el ademán de cogérselas, pero se adelanta, abriendo él sujetándome la puerta. Veo que me sigue, ¿qué está haciendo? Pero no digo nada, sólo sigo caminando hasta el ascensor, y también sube conmigo.

—¿Estás mareada? —pregunta.

—No —digo negando con la cabeza.

El proceso se repite con la puerta de mi casa. Ha subido hasta aquí, no estoy entendiendo nada.

—Vamos a ponerte el pijama y a quitarte el maquillaje —dice con una voz autoritaria pero tremendamente tranquila.

—No llevo maquillaje —confieso—. El pijama está debajo de la almohada.

Llego hasta mi habitación encendiendo la luz. Es él quien lo busca, él quién empieza a quitarme la ropa de nuevo -esta vez sin fines eróticos- y quién me

pone el pijama con paciencia, como hacía mi madre cuando era pequeña.

—Ahora descansa, Jo.

—¿Por qué haces esto? —pregunto mientras abro la cama.

—Somos amigos —dice, llegando hasta mí e inclinándose para darme un beso en la frente—. No llegues tarde mañana.

—Nunca llego tarde —le recuerdo.

—Es verdad.

Se va a ir, y no quiero que lo haga. Lo que más deseo en el mundo es que se quede junto a mí, simplemente durmiendo a mi lado, así que le cojo el brazo antes de que cruce la puerta.

—Frederick, quédate a dormir. Por favor.

Puede que sea mi cara de pena, de súplica o de borracha, pero se lo piensa, sé que lo hace, igual que si pudiese leer sus pensamientos.

—Pero no tengo pijama.

—Puedes dormir con calzoncillos.

Después de dejar ir un suspiro, responde.

—Está bien.

Lo primero que hace es quitarse las gafas y ponerlas en la mesilla de noche. Luego se quita el traje, y lo deja perfectamente puesto en la silla que tengo, hasta quedar en calzoncillos. Tiene unos pectorales poco definidos, pero yo suspiro por ellos igual que si tuviera al mismísimo Charlie Hunnan delante.

Se mete dentro de la cama, tapado con el edredón.

—¿Tienes frío? —pregunto en un susurro después de apagad la luz.

—Tienes un nórdico doble Jo, es imposible que tenga frio.

—Por si acaso voy a darte calor —respondo ignorando su comentario, y abrazándolo igual que si fuese un koala a la rama de un árbol.

—De acuerdo. Buenas noches Jo.

—Buenas noches Frederick.

18 de Marzo

Cálmate Jo, no grites ni te emociones ni hagas nada de lo que luego puedas arrepentirte. Cabe la posibilidad de que, cuando salgas del baño, Frederick Ross ya no esté en tu cama.

Pero no pasa nada, conseguir que ayer se quedase fue un logro sin precedentes. Amigos, por supuesto. Voy a hacer que se arrepienta de estas palabras. O no, pero al menos voy a intentarlo.

Salgo del baño con la toalla puesta y el cabello aún algo húmedo, y veo que sigue en la cama durmiendo como un lirón. Con rapidez, abro el armario y me pongo la ropa interior -la de abuela, no es que tenga demasiadas esperanzas de repetir lo de ayer-, unos pantalones de traje que me van a la medida y una camiseta roja que las Ashleys me dieron de la revista.

Frederick Ross sigue durmiendo, y debería levantarse. Voy a tener que despertarle.

Me inclino hacia él, con la respiración tranquila sigue estando en el séptimo sueño. Me da pena, está adorable cuando duerme, pero tengo que hacerlo.

—Frederick, despierta —susurro tocándole el hombro con suavidad, pero sin éxito—. ¿Frederick? Buenos días.

La segunda vez tengo como respuesta una especie de gruñido nada amistoso, pero no me doy por vencida.

—Frederick, si no te levantas no tendrás tiempo de desayunar. Voy a hacer tostadas francesas.

—Cinco minutos —susurró echándose a un lado.

—También haré beicon, huevo frito, zumo de naranja natural...

—Dios, eres imposible —dice con una voz grave y ronca típica de mañanas,

levantándose de golpe y encerrándose en el baño.

Pero entonces abre la puerta otra vez, viene hasta mí y me da un beso en la frente.

—Buenos días —dice solamente, volviéndose a encerrar en el baño.

Voy a hacer el desayuno porque si me pongo a pensarlo, voy a estar como una pánfila durante toda la mañana.

8.15: Cuando Frederick Ross sale de la ducha y se viste, viene directo a la cocina donde estoy picoteando un trozo de beicon.

Se sienta en la mesa frente a mí y empieza a untar la tostada en el huevo.

—Deberías montar una cafetería de desayunos —comenta.

—Voy a pensármelo, aunque rompiste mi carta de dimisión.

—Por supuesto que lo hice.

Quiero preguntarle porqué, pero sé que me va a responder algo como "no puedo dejar que mi mejor redactora se vaya" o por el estilo.

—¿Por qué quieres que seamos amigos? —esto sí que se lo pregunto.

Termina de comerse el beicon y las tostadas francesas, y me mira a los ojos. Esto es demasiado, teniendo en cuenta que estoy muy sensible por el hecho de haber dormido toda la noche abrazada a él.

—Creo que es lo que necesitas en este momento.

Puede que tenga algo de razón. Porque, en el fondo, siento que no le conozco, no lo suficiente. ¿Amigos? Bien, voy a hacer de amiga, voy a meterme en su vida como una maldita lapa y voy a hacer que quiera más. Al menos intentarlo.

—Quiero preguntarte muchas cosas.

—Empieza entonces.

—Las frases de los libros, ¿por qué?

—¿Quieres saber por qué me aprendí esas frases de memoria? Sonará

estúpido, aviso.

—Sí, quiero.

En realidad, deseo saberlo todo de él. Porque me he dado cuenta de que esa seguridad en sí mismo no es más que una máscara para ocultar su verdadero rostro, el rostro de un hombre con sus defectos y sus virtudes. No es un dios y un ser mitológico o sagrado, es un hombre a quien le late un corazón, que sangra cuando le pinchas y le duelen las cosas. Y eso me gusta, porque quiere decir que al menos tenemos eso en común, y no es tan inalcanzable como creía.

—Siempre fui muy ambicioso, lo quería tener todo, quería llegar a lo más alto por el único placer de permanecer en la cima. En la universidad me di cuenta de que, si en un discurso, decías algo de peso como la frase de alguien famoso y que viniese a cuento, quedabas como un puto entendido del tema, dijeras lo que dijeras. Así que empecé a memorizarlas.

—Un fin para un propósito. ¿Llegaste a tu cima?

—Podría decirse que sí. Pero supongo que es algo que ha dejado de importarme.

—¿Y cuál es ahora tu objetivo?

—Soy el mejor en lo que hago, y es remontar revistas y periódicos. Quizás cambie de ámbito.

—¿En serio?

—Sí, pero es tarde y tenemos que ir a trabajar. Te debo una cena, ¿mañana te va bien?

Mañana, cena de amigos. Por qué no, al menos se está abriendo a mí.

—De acuerdo.

Sonríó, porque esto es precisamente lo que quería desde el principio. Puede que Frederick Ross me entienda mejor de lo que yo creía y que esto de ser amigos no esté tan mal. Al fin y al cabo, soy una mujer caracol, lenta pero

segura, puede que él también lo sea y simplemente seamos dos caracoles que se han encontrado y han bajado rodando una cuesta cuando no deberían haberlo hecho.

19 de Marzo

11.22: Se me ha pegado una canción y no puedo parar de cantarla. Si fuese buena, no me importaría, pero es la del musical de Annie y no la soporto.

The sun will shine tomorrow.

El sol no sé, pero yo mañana pienso hacerlo pase lo que pase, y con eso me refiero a que hoy tengo una cena con Frederick Ross, y hay una probabilidad tremendamente alta de que no acuda, como las dos anteriores.

—No quiero quedarme en el restaurante como la primera vez como una boba —confieso mientras Regina y Erica buscan fotos de un modelo que ha pisado la revista y Wayne ha fotografiado para la colección de primavera.

—Ésta me la voy a quedar —dice mi amiga enseñándomela.

—Yo voy a hacerle una foto con el móvil, sería raro enmarcarla en mi habitación cuando viniera mi novio —confiesa Regina.

—¿Hola? Tengo un problema existencial parecido a *La decisión de Sophie*. Bueno, no tanto, pero es importante.

—Meryl Streep es tan buena actriz. Pero vamos Jo, a la tercera va a la vencida, tienes que ir —me anima Erica.

—Y si no viene, nos llamas y cenamos contigo.

—Esto estaría bien —admito.

—Por cierto, esto de casarse es una putada enorme, hay que hacer mil cosas a la vez —dice, mientras rebusca algo en su bolsillo—. La llave de la casa de mi novio, ¿podéis creer que no me la había dado hasta ahora? Y llevamos dos

años saliendo.

—Regie, eres una *sex symbol*, no puedes casarte —dictamina Erica, siendo como Pepito Grillo.

O mejor, la antítesis de Pepito Grillo, es decir, su anti conciencia.

—Puedo y lo haré. No es razón suficiente.

—Vas a divorciarte a los dos días.

—Me da igual, no pienso acabar como Jane Fonda que tuvo que dormir con su vestido de noche porque no había nadie que pudiese bajarle la cremallera.

No puedo más que reírme con ello. La cremallera dice.

—¿En serio? —pregunto.

—Es cierto, lo colgó en las redes sociales.

Pienso en ello, y la verdad es que yo también quiero a alguien para que me baje la cremallera, me dé calor por las noches y me hable durante el desayuno. En realidad, es todo lo que quiero. Quiero a este Frederick que está conmigo y por mí. Ese que me hace ser alguien valiente, que me empuja a hacer cosas que nunca haría por mí misma, que me escucha.

—Y, en la cena, ¿debería arreglarme? —me suscita esta duda.

—No demasiado, es una cena de amigos, ¿no? —dice Erica—. De todas maneras, no hay maquillaje que supere la cara de haber echado un buen polvo.

—¡No! Fuera polvos, no debes acostarte con él, no aún. Arreglada pero informal.

Me callo el hecho de que ayer ya tuve mi polvo mágico. Que me quiten lo bailado, o eso dicen en las películas antiguas.

18.00: Alison está mucho mejor, ha vuelto ya a su casa y ha insistido en que quiere salir un rato, así que voy a buscarla para ir a dar una vuelta.

Llamo a la puerta y sale con unas enormes gafas de sol y un gorro de lana puesto.

—No creo que vayan a confundirte con Kim Kardashian —le suelto al verla con estas pintas.

—Seguro que me encuentro a alguien conoció y odio que me pregunten si tengo cáncer por lo del pelo. Vamos, hoy iremos de compras y tú serás la percha.

—¿Yo? No sé.

En realidad, estoy más delgada que nunca, pero sigo siendo igual de insegura. Diario, tengo algo que confesarte, y es que volví a la terapia de grupo. Aún no dije nada, pero me siento comprendida y veo que, si todas esas personas superan su día a día, yo también.

—Sé una tienda que tienen cosas monísimas.

Veinte minutos más tarde Alison está revisando percha a percha para buscarme algo que, según ella, realce mi figura.

—Tienes estos cinco vestidos, te he traído vestidos porque nunca veo ninguno en tu armario.

Me empuja dentro de un probador con los vestidos colgados en él. Resignada, empiezo por el más sobrio, negro y sin mangas.

—¿Y cómo va con el americano? Mamá está encantada con él, no sabía que se lo habías presentado.

—No lo hice, se presentó él solito.

—¿Cuándo fue eso?

Mierda, esta tela no es elástica. No voy a caber en esto, así que desisto y voy a por el siguiente, que, aunque es dorado, es muy sencillo.

—El día de tu operación. ¿Qué te ha dicho mamá de él?

—Que es muy atractivo, y que ha pasado por alto su nacionalidad en pro de que sus nietos tengan buenos genes, así desaparecen los de papá.

Típico de mamá, va muy de patriota, pero luego cuando cambia de opinión es "por una buena causa". Me miro al espejo, es cierto que me hace una buena figura, así que salgo del probador para enseñárselo a mi hermana.

—¿Y bien?

Pero Ali no parece opinar lo mismo por su ceño fruncido.

—Te hace el culo raro, con lo bonito que lo tienes.

—¿Bonito? Es enorme, Ali.

—Bonito no es sinónimo de pequeño —me regaña—. Pruébate el de brillantina.

—Ese es muy escotado —me quejo.

—Hazme caso.

Resignada, vuelvo a entrar en el probador. Lo cierto es que necesito algo atrevido para esta noche, no para repetir lo de ayer, sino más bien para hacer el plan piruleta de Regina. Al ponérmelo me doy cuenta de que, es verdad, que muy bien puesto.

—¡Te queda genial! —exclama Ali—. A partir de ahora te vestirás con lo que yo te diga. ¿Ya tienes ocasión para ponértelo?

—Esta noche ceno con quién tú ya sabes, supongo, si no me deja plantada.

—Si lo hace juro cortarle las pelotas, lo digo en serio.

Y yo, pero pienso mucho y luego no digo ni hago nada.

20.55: Estoy delante del restaurante, pero no voy a entrar aún. Voy a esperarme, no cinco minutos, sino diez. Esta vez llegaré tarde y al menos no me sentiré tan ridícula mirando el reloj. Si entro y no está, no me sentaré.

20 de Marzo

Ayer fue raro, diario.

Haciendo una excepción, llegué tarde. Estaba aterrada, realmente aterrada pensando en que sería la tercera vez que me dejaría plantada. Pero no lo hizo,

cuando entré en el restaurante, lo vi sentado en una mesa de dos personas, con la mirada perdida en la ventana.

A saber en qué estaría pensando, quise adentrarme en las profundidades de su mente para saber qué era lo que le pasaba por la cabeza. ¿Estaría pensando en mí? ¿Estaría pensando en otra persona?

Decidida, clavando los talones en el suelo haciendo algo de ruido, llegué hasta él. En cuanto me vio, sonrió y se levantó dándome un suave y cálido beso en la mejilla.

—Llegas tarde.

No me molestó la mención, sabía que lo decías por mi manía de llegar a la hora.

—Lo sé, lo hecho a propósito.

Si les sorprendió, no me dijo nada, siguió sonriendo.

—Me tomado la libertad de pedir para ti. Espero que no te moleste

—Depende de lo que hayas pedido.

—No te preocupes, sé que eres una experta en la cocina. este vestido te sienta demasiado bien Jo, no sé si eres consciente de ello.

—Esta tarde Ali y yo hemos ido de compras. Está mucho mejor y muy animada, así que me dejado llevar.

—Tu hermana tiene muy buen gusto.

En este punto, el camarero trajo una botella de vino y nos la sirvió junto con un pequeño aperitivo, un *cannoli* de queso azul.

—Dime una cosa, y no quiero que me mientas.

—Nunca te he mentado —me interrumpió mientras daba un sorbo al vino, tastándolo.

—¿Por qué quieres ser mi amigo?

—Podría empezar diciendo que eres una chica inteligente, con un gusto excelente para la comida, con la que se puede hablar de todo, una idónea

compañía, en definitiva. Pero no es por eso, o sí en parte. ¿Quién no querría ser tu amigo? Pero no fue por eso. Tú no estabas preparada para mí, y yo no estaba preparado para lo que tú necesitabas.

No pude más que coger el *cannoli* y llevármelo a la boca, asumiendo que Frederick Ross era el hombre menos conciso y más ambigua que había conocido. Eso sí, reconozco que su seguridad al hablar con la intensidad de su mirada y su voz me atraía como nadie. Es de esas personas que si me llamasen, acudiría al instante sin pensar.

—Está delicioso. Pero te equivocas, al menos por mi parte. Lo que yo necesito no creo que tenga que ver contigo, sino conmigo.

Cogí la copa y bebí del vino tinto, distinguiendo un sabor aterciopelado. Nos trajeron el primer plato, raviolis de setas, trufa y perdiz, una delicia.

—Jo, no querrías acostarte solo conmigo. Yo lo sé y tú lo sabes.

Alcé una ceja, intentando que el ravioli no se me indigestase y tragué vino, en cantidad, pues lo que venía no era bueno.

—¿Es eso lo que tú quieres?

—Yo no he dicho eso.

—Lo estás insinuando —le espeto.

—Es lo que suelo hacer, no lo niego.

—¿Quieres que seamos follamigos entonces?

—No.

Respiré, notando cómo había una tensión que se estaba acumulada a nuestro alrededor, una tensión que me excitaba y a la vez hacía que me subiese por las paredes.

—Dime qué quieres de mí, dilo de una vez —lo animé.

Estaba ansiosa, cansada y frustrada, porque Frederick Ross seguía siendo un interrogante.

—Una cosa es lo que yo quiera y otra es lo que puedo darte.

Descarté mentalmente algún compromiso ineludible tipo esposa e hijos por lo que Regina me dijo.

—¿Cuál es la diferencia?

—Cambiemos de tema, querías conocerme, ¿no es así?

Parpadee varias veces frustrada por no sacar nada en concreto. Ya insistiría más tarde.

—Háblame de tu familia.

—Como ya te dije, viven casi todos en Ulises, excepto mi otro hermano.

El segundo era un *steack tartar*, y vi que había arriesgado, pero me gusta el plato así que cogí un pedazo y me lo llevé a la boca.

—¿Cuántos hermanos sois?

—Tres. El otro está en Nueva York, es escritor.

—Qué interesante. ¿Por qué me dijiste que querías cambiar de aires?

—Estoy algo cansado de viajar.

—¿Vas a volver a Estados Unidos?

—No.

Su rotundidad me sorprendió, y sonreí, aunque parecía que le estuviese interrogando.

—Me alegro.

—¿Y tú, Jo? ¿Realmente querías irte a trabajar en un periódico?

Pensé en mentirle, pero no lo hice. Quería sincerarme por una vez, y tampoco es que sea fácil mentir, no para mí y mi sonrojo.

—No, estaba enfadada. O más bien decepcionada.

—No quiero hacerte daño, pero a veces le da la sensación de que es algo inevitable —murmuró—. Deberías renunciar, no voy a romperte la carta esta vez.

—Pero no quieres que lo haga.

El postre, pese a ser una explosión de chocolate con leche, me supo amargo

por lo que dijo.

—No quiero, pero sería un egoísta si te atase a mí y te sometiese a mis designios.

Me mordí la lengua y no le dije que sí quería ser sometida, y más que nada, quería saber cuáles eran esos designios.

—Sabes que, aunque me fuese, seguiría estando enamorada de ti, ¿no?

No cambió su expresión. Yo pensaba que en aquel momento se levantaría y se marcharía, pero no lo hizo.

—Es posible que desaparezca. El enamoramiento es pasajero, voluble e irracional.

—¿Y si muda en otra cosa?

Siento que mi corazón ya ha echado raíces en este terreno llamado Frederick Ross, y que si sigue así llegará a ser algo más profundo, un querer para siempre.

Pero él no respondió, se limitó a pedir la cuenta y me invitó.

Al salir del restaurante yo estaba temblando, pero no de frío sino de nervios. Acababa de decirle a Frederick Ross que estaba enamorada de él, así sin más.

—Te acompaño a casa —dijo, cogiéndome de la mano.

—No —negué con la cabeza—. Cogeré un taxi.

—No me importa —insistió.

—Pero a mí sí.

Alzó la mano derecha y acarició mi mejilla con delicadeza.

—Sólo hay un autor que lea y el cual nunca había citado, a Bukowski. Decía que follar la mente de una mujer es un vicio refinado para los entendidos, todos los demás se conforman con el cuerpo. Y yo me he vuelto un sibarita Jo. Me quedé paralizada, hipnotizada con sus palabras. Sentía su respiración acompasada y la emoción me embargó. Pero no podía hacerlo, no cuando

había sido tan ambiguo, tan poco decidido. No había dicho nada sobre lo que sentía por mí.

—Haces que sea muy difícil... —me muerdo la lengua, es mejor no seguir—. Buenas noches, Frederick.

—Buenas noches, Jo.

Me aparté antes de que hiciera alguna tontería y me subí al taxi aún con las rodillas temblándome y el deseo impreso en la piel.

22 de Marzo

Lechuguino, no sé qué hacer. Me he pasado el fin de semana viendo películas de amores tormentosos e imposibles, y aunque *Cumbres borrascosas*, *El piano* y *La fidelidad* son, en definitiva, películas que abordan ese lado animal que todos tenemos, todos acaban sucumbiendo a él.

Unos se arrepienten y otros no, pero ese no es mi problema, sino saber qué es lo que Frederick Ross siente por mí.

Y qué mejor que llamar a las expertas en el tema, es decir, las únicas amigas que tengo, reunidas en el baño de mujeres mientras una aprovecha para hacer pis.

—¿Podéis abrirme el grifo? No me sale —pide Erica desde el baño del fondo.

—Esto me recuerda a esa película de animadoras que se pasaban los tampones por debajo de los baños. ¿Cómo se llamaba? —comenta Regina mientras apunta algo en su agenda floreada.

—¿La que la capitana de las animadoras se queda embarazada? Ingenuas y peligrosas —respondo—. La dieron un día por la televisión.

—Oh, ¿era esa? Sí, es verdad —dice recordando.

—No me extraña nada que te las hayas visto todas. Eres el prototipo de capitana —añade Erica.

—No voy a negarlo, es verdad. Pero vosotras también estaríais en el equipo. No sé si reír o llorar ante tal afirmación. Yo, Jo Foster, jamás habría entrado en un equipo de animadoras, no solo por mi peso sino por mi aspecto en general y mi personalidad introvertida.

—Ni en broma —respondo.

—Serías la encargada de hacer que todas aprobásemos los exámenes, siempre hay la inteligente del grupo —explica Regina.

—Era gorda y tenía granos.

—Nada que un buen entrenamiento y una crema antiacné no solucionen. Me encantaría transformar a alguien —dice toda emocionada.

—Bonita, soy lo opuesto a las animadoras. Era la guarra del instituto —dice Erica saliendo del baño y lavándose las manos.

—Porque las animadoras son puras y virginales —responde Regina con ironía—. Serías la deslenguada y con mala leche, no lo niegues.

—Como digas capitana, pero necesito consejo. ¿Qué hago para evitar esto de amigos para siempre? O al menos entender por qué no me dice nada.

Regina suspira y pone los ojos en blanco tirándose hacia atrás su perfecto cabello rubio liso y sedoso. Tengo que ponerme la mascarilla.

—Es evidente que siente algo por ti, él lo sabe y tú lo sospechas, pero tiene miedo.

—¿De qué?

—Normalmente, de que les rompas el corazón —aporta Erica—. Sólo hay dos razones por las cuales los hombres no quieren tener nada serio contigo, o porque son unos cabrones, o porque son unos cobardes.

—Amén —suelta Regie.

—Soy Jo Foster, no he roto un corazón en mi vida. Y eso él también lo sabe.

¿Es un cabrón entonces?

—No, sino te habría dicho adiós muy buenas después del primer polvo. Tiene un trauma, estoy segura. Hay que hacerle reaccionar, que salga de su zona de confort.

Esto me suena a ciencia ficción, pero asiento toda convencida. Al menos no es un cabrón, aunque esto quiere decir que es un cobarde, pero yo también lo soy la mayor parte de las veces. Es irónico, pues precisamente fue él quien me dijo que yo tenía miedo.

—Bien, ¿qué hago entonces?

—Ponerle celoso. Si él no quiere nada contigo, tampoco querrá que nadie más lo tenga, por eso le pegó a Travis un puñetazo.

—Eres un gurú de las relaciones, podrías montar un blog de autoayuda —dice Erica.

—Ya tengo un blog, de moda. Soy bastante popular —menciona orgullosa.

—¿Por qué no me sorprende? En fin, Jo, qué te busques a un hombre para salir.

Asiento, pensando de dónde voy a sacar un hombre.

19.10: Esta tarde cuando he salido del metro volviendo de la revista, como cada día, al llegar al portar me he percatado de que alguien estaba mirando los buzones.

Evidentemente no he dicho nada, no he llegado a esa seguridad conmigo misma para preguntarle a un extraño qué buscaba, así que he sacado las llaves y me disponía a abrir la puerta cuando me ha hablado.

—¿Eres Jocelyn?

En un primer momento, me asusté. ¿Quién era ese hombre para que supiese mi nombre?

—¿Quién eres? —pregunto, desconfiada.

No tengo nada que se le asemeje a un arma, nada de nada, ni siquiera la llave es puntiaguda. Y no llevo zapatos de tacón, pues un par que me dieron las Ashleys juro que podrían serlo.

—Mi madre y tu madre son amigas, me dio tu dirección. Soy Damon Kraven. Oh, la cita que me había buscado mamá. Estoy a punto de abrir la boca y decirle que no estoy interesada en tener citas ni nada parecido cuando la bombilla se me enciende. Ante todo, decir que un mes antes estas cosas ni se me habrían pasado por la cabeza, pero como dice Shakespeare, en el amor y en la guerra, todo vale. Puede que no fuese Shakespeare, pero ahora no tengo tiempo de buscarlo.

—Ah, sí, me habló de ti. Un placer —le tiendo la mano, para así evitar cualquier otro contacto físico engorroso.

—Lo mismo digo. Quería dejarte una nota en el buzón, pero por tu descripción física me ha parecido que eras tú.

—Por eso mirabas los buzones —aclaro yo, como si no fuese evidente—. Si mi madre te ha obligado a algo, siéntete libre para decirlo, sé cómo es.

—Oh, no, me pareciste... muy guapa. ¿Querías salir a cenar conmigo?

Decir no es la opción más fácil, la lógica ante la situación en la que estoy metida. Pero yo buscaba a un hombre para salir, y Damon es un hombre. No demasiado agraciado, se está quedando calvo y tiene los ojos demasiado pequeños para mi gusto, pero es un hombre.

—De acuerdo. ¿Me das tu número y te aviso? Estoy algo liada, en cuanto tenga un día libre te llamo —le aseguro.

Vale, no sé exactamente qué es lo que tengo que hacer, así que mejor será ponerlo en reserva. Eso es lo que dicen en las películas, el típico “ya te llamaré”.

—Genial. Ha sido un placer conocerte, Jo.

—Lo mismo digo, Damon.

En cuanto se marcha, abro la puerta y me meto en casa. No puedo evitar pensar que sería fácil empezar de cero, sin historias raras, ni complicaciones. Enviar la renuncia por correo y no volver allí, y salir con personas como Damon que, a simple vista parecen fáciles. Pero por primera vez tengo amigas, me siento cómoda en la revista, en un ambiente amistoso, me siento valorada.

Y, no voy a poder olvidarme fácilmente de Frederick Ross. Ha llegado la hora de que decida ir a por él o dejarle ir, y esta vez lucharé. No he luchado por nada en mi vida, me he limitado a aceptar lo que sí me venía y a dejar ir lo que no.

Ya es hora de hacerlo.

23 de Marzo

10.15: Tengo al hombre, pero no había caído con que no puedo simplemente pasearme por el despacho de Frederick Ross y soltarle que un hombre quiere tener una cita conmigo.

Lechuguino, no tengo ni idea de cómo dar celos. Así que me dirijo hasta el escritorio de Regina mientras veo cómo de reajo Erica está teniendo una discusión con Wayne en la que no voy a entrar.

—Regie, tengo al hombre —susurro sentándome a su lado.

—¿Al hombre? —me mira confundida.

—Dijisteis que saliera con alguien, y tengo el número de un hombre que quiere salir a cenar conmigo. Pero no sé cómo proceder para que efe erre no se entere.

—¿Efe erre? Ah, Frederick Ross —cae entonces.

—Es por si alguien nos oye.

—Vamos a llamarlo simplemente él, decir sus iniciales es bastante evidente.

Hablar en clave no es lo tuyo. Bien, ¿cómo se llama el susodicho?

—Damon. ¿También lo buscarás en *match.com*?

—Ni hablar —dice mientras hace algo con su teléfono móvil—. Voy a hacer que sepa que tiene competencia —sonríe maléficamente.

—¿Cómo?

—Acabo de hacer que la floristería te mande flores con una tarjeta firmada a nombre de Damon. Y van a llegar aquí mismo dentro de media hora.

—¿Qué? Voy a morirme de la vergüenza. Esto no es lógico, la gente no te manda flores al trabajo sino a casa.

—Si no sabe tu dirección y sólo tiene información de dónde trabajas... como en Hitch.

—¿La película? Dime que no te basas en la película para hacerme de consejera —deseo fervientemente.

—No. Puede que un poco, pero parto de la experiencia. Dar celos es un arte, cielo.

Sí, un arte del que carezco.

—Esto también lo hacía Cher en *Clueless* ^[3] y no funcionaba.

Es verdad, se enviaba a ella misma flores y bombones para llamar la atención del nuevo.

—Porque el chico era gay. Pero Frederick Ross no es gay, eso tú y yo lo sabemos.

—No me lo recuerdes —le pido bajando la cabeza, es algo que, de verdad, preferiría ignorar.

—Ay Jo, no seas tiquismiquis. Medio mundo se ha follado al otro medio, al menos esto en mi universidad pasaba.

—Si pasaba en la mía, lo ignoro porque no formaba parte de ese colectivo —admito—. Pero mejor corramos un tupido velo. ¿Qué hago después de las flores?

—Nada, tú déjame a mí. Eso sí, queda con el tal Damon mañana para cenar, hay un restaurante en Covent Garden que se llama *San Carlo Cicchetti*, es fácil tener mesa y es un sitio mu cool, con un ambiente ideal para tener una cita, es un italiano, por cierto.

—Lo he notado por el nombre. ¿Qué vas a hacer Regina? —pregunto con miedo.

—Tranquila, sé lo que hago.

12.28: No tendría que haberle hecho caso, si es que ya sabía yo que dejar mi vida amorosa al arbitrio de los alocadas como Regina y Erica no era una buena idea.

Lo que ha pasado a continuación ha sido algo surrealista. Estaba yo tranquilamente en la mesa de trabajo redactando las ventajas del metro de Londres cuando un repartidor ha salido del ascensor, y no exagero, con un ramo de flores ENORME. Del tamaño de una pelota de esas que hay en el gimnasio para hacer yoga y demás ejercicios. Encima, el repartidor no se ha limitado a dejarlas en recepción, no, ha preguntado en voz alta por mí.

—¿Jo Foster? —ha dicho gritando, por lo que, si alguien no se había percatado de nada en aquel instante la cosa se hubo subsanado.

Más roja que un tomate maduro, he alzado la mano. El repartidor ha venido, dejado las flores y salido de allí tan pancho ante mi vergüenza. He querido morir, que la tierra me tragase y hacerme invisible todo en un mismo momento.

—¿Quién te ha enviado estas flores? —ha dicho Regina en voz alta, haciéndose la loca y mirando la tarjeta.

Yo miraba la mesa del escritorio, rezando para que todo aquel circo terminase pronto, pero no.

—A ver, a ver —dijo Erica entonces buscando entre los malditos lirios blancos—. Damon. ¿Quién es Damon?

—El hijo de una amiga de mi madre. Me ha pedido una cita —dije mientras escondía la cabeza entre los brazos.

—Tienes que llamarle para darle las gracias —dijo Regina sonriendo, como si no hubiese sido ella en realidad.

Entonces pasó algo sorprendente. Escuché la voz de Frederick Ross a lo lejos.

—Equipo creativo, reunión en cinco minutos.

Miré a Regina, estaba la mar de sonriente, y Erica igual.

—¿De qué os reís?

—Está funcionando, lo ha visto todo desde la puerta de su despacho —me informó Regina.

—Un segundo, ¿ese Damon existe o no? —dijo Erica confundida.

—Existe, y tiene una cita con él, pero lo de las flores he sido yo haciendo que Frederick Ross lo sepa —explicó Regina.

—Eres una maldita manipuladora, tendríamos que habernos hecho amigas mucho antes —admite Erica.

—Amiga, ¿me ayudas con mi artículo? Odio que el programa no me corrija ciertas cosas —dijo poniendo cara de cordero degollado.

—Te ayudaré, pero sólo si tú estás delante y te fijas para la próxima vez —respondió Erica haciendo de profesora.

—Me parece bien. Ahora vamos a la reunión, tengo que poner en práctica la segunda parte de la operación celos.

—No sé si quiero saberlo.

—¿A qué hora has quedado con tu hombre paja? —preguntó ella mientras me levantaba de la silla.

—A las ocho y media.

—Perfecto.

No lo sabía, pero la cosa iba a mucho peor.

Entré en la sala de juntas aún con la cara bastante colorada, teniendo la mirada

puesta en la libreta para evitar mirar a Frederick Ross.

—Empecemos. Van a hacer un especial moda de primavera, así que necesitamos rellenar algunas páginas más. ¿Ideas? —empezó a decir.

—Eso del festival de flores que hacen en Japón, algo de los cerezos, está de moda— dijo Erica.

—Me gusta, haremos un especial sobre ellos. ¿Otra idea?

—Lo tengo. Citas —empezó Regina—. Cómo afrontarlas. Creo que Jo había un excelente trabajo ¿verdad? Y más ahora que lo ha dejado con su novio, y le están lloviendo ofertas.

Por segunda vez consecutiva en un mismo día, quise morirme, desaparecer de la faz de la tierra, que una ballena me engullera. ¿Cómo se le ocurría decir eso delante de Frederick Ross?

—Citas. ¿Tienes una cita, Jo? —preguntó Frederick Ross con voz neutra.

—La tiene, en el *San Carlo Cicchetti* mañana a las ocho y media —soltó Regina.

—Eso te pasa por hacerle caso a tu madre —dijo Erica—. Pero te voy a vestir yo, eso sí.

—Bien, escribid sobre citas. Ah Jo, mañana a las diez te necesito. La reunión ha terminado.

Así es como Regina lo hizo, y ahora tengo un buen marrón.

24 de Marzo

10.00: No sé qué hacer, ni qué decir, ni cómo mirarle, ni qué cara poner. Solo sé que no sé nada.

—¿Nos vamos? — me dice en cuanto sale de su despacho.

—¿A dónde? —pregunto yo, siguiéndole mientras doy grandes zancadas para

alcanzarlo.

Cuando llegamos al ascensor aprieta el botón de la planta baja.

—Tengo una reunión con Holden Steward, y le caíste bien —dice simplemente.

Oh, Holden Steward. La última vez que le vi, Frederick le estampo un puñetazo en la cara al que entonces era mi novio, Travis.

—El jefe de mi exnovio, muy oportuno —murmuro para mí misma.

—Todos tenemos un pasado, Jo.

Es cierto, todos tenemos nuestro equipaje mental, y a veces esto nos limita, aunque no debería. Todos, incluido él.

—Preferiría que este pasado no me encontrase. Aunque claro, cambiar de país siempre lo hace todo más fácil —digo, lanzándole una indirecta.

—No te creas, hay cosas que se quedan aquí —contesta señalando su cabeza.

No me da tiempo a decir nada más, pues las puertas del ascensor se abren y salimos hacia su coche.

—¿De qué va la reunión?

—De los futuros anuncios que pondremos en la revista, su cantidad.

Parece sencillo, pero no lo digo por si acaso. Lechuguino, ahora que estoy sentada en este coche ciertos recuerdos de aquella noche me asaltan y no puedo evitar sonrojarme y ponerme nerviosa. Mis partes bajas también se acuerdan y un cosquilleo me invade.

—Genial —respondo, aunque no sea genial.

—No te pongas nerviosa, lo harás bien —dice en cuanto arranca.

—No estoy nerviosa. Bueno, un poco, pero... —me muerdo la lengua, no puedo soltarle estas cosas, somos amigos y es importante seguir el plan al pie de la letra.

—¿Pero?

—No quiero que Travis esté, eso es todo.

Espero que no se haya dado cuenta de la mentira, que no es exactamente mentira porque en el fondo, lo deseo y lo espero.

—No estará allí. Por cierto, hay algo que debo decirte, como amigo.

—¿El qué?

—Los lirios blancos. Se asocian a la pureza y a la fertilidad. Menuda declaración de intenciones tu cita.

Me enrojeczo, pero es una tontería porque no fue Damon quién me las envió, ¿lo sabría Regina al escogerlas? No, no lo creo. Pero lo que sí ha logrado es centrar la atención de Frederick Ross en las flores.

—No tiene pinta de ser de los que escogen las flores por su significado — respondo, mientras detiene el coche.

Nos bajamos delante de las oficinas donde Travis trabaja. Por favor karma, Destino o Dios, o lo que haya, no me hagas coincidir con él.

Entramos en el edificio y los de seguridad hacen que nos identifiquemos. Luego subimos al ascensor, y Frederick aprieta el botón para llegar a la última planta.

—¿Y tienes una cita con él? —insiste.

—Sí —respondo, algo incómoda.

—¿Por qué?

—Porque la vida sigue.

—Pensaba que estabas enamorada de mí.

Mis mofletes enrojecen, y aguanto la respiración intentando controlarme.

—Lo estoy. Pero no voy a aferrarme a un clavo ardiente. Si tú no lo estás de mí...

—¿Quién te ha dicho esto?

Oh, no sé, puede que su actitud en general sea una pista, o que no dijo absolutamente nada cuando yo se lo dije.

—Hay cosas que se saben —le digo mientras me encojo de hombros.

Se gira, quedándose frente a mí, muy cerca, a esa distancia en la que empiezas a hiperventilar porque lo sientes cerca, aunque no te esté tocando, y soy Jo, por lo que sí, me exalto.

—No sabes nada entonces, Jo.

Por suerte, las puertas del ascensor se abren y salgo de allí antes de que mi temblor sea perceptible.

Hay muchas cosas que a la gente les parece sensuales, como un baile, el pelo rubio, el acento italiano... pero a mí, me gusta la inteligencia. Y Frederick Ross es muy inteligente, y sabe qué decir para descolocarme por completo, pero debo seguir el plan.

—Frederick, ¿cómo estás? — lo saluda Holden Steward dándole la mano.

—Bien, ¿y tú?

—Pero si me has traído a tu redactora favorita. Eso es trampa, Frederick. ¿Cómo te va?

—No puedo quejarme.

—Eso no ha sonado muy bien. ¿No querrías un puesto en el departamento creativo?

—El señor Ross no me deja dimitir —suelto, sin pensarlo demasiado.

Cosa que parece hacerles mucha gracia a los dos. Creo que Holden piensa que lo he dicho en broma, pero es cierto.

—Menudo jefe más cruel. ¿Empezamos?

Ambos sentimos, sentándonos en la mesa central que hay en el despacho. La reunión resulta ser bastante prolífica, dejamos cerrados todos los anuncios de publicidad que quieren poner en la revista, y su formato respectivo.

Una vez finalizada la reunión, nos despedimos de Holden, que nos promete una cena un día de estos.

—Ha ido bien, ¿no? —pregunto, guiándome por mi presentimiento.

—Así es. ¿Qué piensas de mí?

—¿Perdona?

No entiendo lo que me pregunta, es decir, sí que entiendo el idioma y las palabras, pero no sobre qué aspecto. ¿Cómo jefe? ¿Cómo amigo? ¿Cómo persona?

—Tu opinión sobre mí. ¿Soy demasiado brusco? ¿Arisco? ¿Borde?

—Eres... contradictorio —acabo diciéndole.

Porque estamos en el ascensor, y me tiene de frente y con la espalda pegada a la pared.

—¿De verdad? —pregunta, extrañado.

—Sí. A veces eres la persona más maravillosa del mundo y al segundo parece que te arrepientas y te vuelvas un ogro.

—Lo siento, no era mi intención —murmura—. ¿Por qué ahora?

—¿Por qué te lo digo ahora? Me has preguntado.

Se acerca a mí, casi puedo tocar su cuerpo con mis manos, pero me reprimo, aunque pueda oler su colonia masculina. Lechuguino, no puedo caer en la tentación.

—No, por qué tienes ahora una cita.

—La vida sigue. Somos amigos, nada más. La otra noche prácticamente te confesé que estaba enamorada de ti y tú dijiste que se me pasaría. Es hora de seguir, ¿no? —susurro, rememorando aquella escena.

No dejo que responda, me escabullo del ascensor en cuando llegamos a la planta baja y corro hacia la calle, cogiendo un taxi.

8.30: Lechuguino, todo este circo me supera.

Llevo una falda demasiado estrecha, tanto que parece que me hayan ensalchichado, y una blusa con un escote discreto pero real, cortesía de Erica. ¿Incómoda? Bastante. ¿Aterrada? También. Porque, según mi otro esbirro en el plan, o en realidad, el jefe en la sombra, es decir, Regina, voy a encontrarme a

Frederick Ross, en algún momento de la noche. Según ella, va a sabotearme la cita.

Pues bien, reconozco que es un genio en esto, porque nada más entrar y saludar a Damon dándole la mano -y él besándome en la mejilla-, Frederick Ross entra en el restaurante. Y no viene solo.

—Qué casualidad, Jocelyn Foster —dice al verme Lilian.

Sí, Lilian Murphy, la misma mejor amiga de mi ex novio de la que está secretamente enamorada, o no tanto porque parecía saberlo hasta el apuntador, menos yo.

Meneando las caderas, viene hacia mí y me da dos besos, dejándome seguramente marcado el carmín rojo oscuro en la mejilla.

—Damon, esta es Lilian, una amiga —les presento, recuperándome del shock. Miro de reojo la reacción de Frederick Ross, pero como es habitual en él, parece totalmente ajeno a todo. También camina hacia dónde estamos y sonrío maliciosamente.

—Qué casualidad. Ya que estamos, ¿por qué no nos sentamos juntos? — propone mientras alarga la mano hacia Damon—. Soy Frederick Ross.

—Damon Kraven —dice el que es, supuestamente, mi cita.

Supuestamente no, es mi cita. Solo que yo sólo puedo pensar en Frederick Ross y en lo que me ha dicho esta mañana.

—¿Os conocéis? —pregunta Lilian, mientras vuelve a parpadear—. Ah, por supuesto, ¡de la revista!

Lilian Murphy es, quizás, la chica más guapa que conozco. Al menos en persona, a Miranda Kerr no tengo el placer, la verdad. En serio, tiene unas facciones perfectas, los pómulos marcados, los ojos muy azules, un cabello liso negro impoluto y un cuerpo de infarto. Y está teniendo una cita con Frederick Ross.

¿Celosa? Nunca he sido de este tipo de personas, puede que no hubiese tenido

la oportunidad. Pero creo que ahora mismo estoy sintiendo algo parecido a los celos, sí. Es una mezcla de rabia y de angustia. Puede que Frederick Ross se dé cuenta de que ella es la versión mejorada de mí, igual que lo sabía Travis. Y, ¿para qué conformarte con la antigua versión del *Iphone* cuando puedes tener la nueva?

Lechuguino, tengo que dejar de pensar así. ¿Qué dijeron en la terapia? Que cada persona es única, que son incomparables. No soy un teléfono sino una persona.

—La mesa está lisa —anuncia el camarero.

Nos sentamos, Damon y yo frente a Frederick y Lilian.

—Por si te lo estabas preguntando, Regina hace meses que me dijo que Frederick había llegado nuevo a la revista y que era totalmente mi tipo. Me dio su número, pero hasta hoy no hemos podido cuadrar las agendas.

Me apunto mentalmente decirle a Regina que no dé el número de nadie en un futuro, pero en realidad no tiene la culpa, entonces no sabía de mi enamoramiento genuino por Frederick Ross. Soy Jo Foster, y sé que puedo ser muy ingenua, pero tampoco me chupo tanto el dedo como para creer que precisamente hoy y a la misma hora y en el mismo lugar, ya hubiesen quedado por casualidad divina.

Observo a Frederick de reojo, y puedo ver que él también me está mirando.

—¿Cómo va el trabajo? —le pregunto a Lilian para cambiar de tema.

—Ideal, estoy decorando un piso monísimo en Notting Hill. Hay que ir a vivir allí, definitivamente. ¿Sigues en tu apartamento? Espero que no, esa zona es tan poco *cool*.

—Sigo allí —bebo algo de agua para tragarme la incomodidad.

—A mí me gusta, es una zona tranquila —dice Damon a mi rescate.

Me giro y el sonrío en agradecimiento.

Por suerte el camarero viene a pedirnos nota y respiro aliviada. Lilian sólo

pide un segundo, el pollo con verduras, mientras que Damon hace una buena elección con el *antipasti* de mortadela trufada y el *vitello tonante*, un plato típico de carne cocida y salsa de atún.

—Yo de primero la *melazane alla parmigiana* y de segundo los *spaguetti alle vongole*.

Ignoro la mirada que me hecha Lilian, y más cuando abre la boca, pero la cierra de golpe al escuchar a Frederick Ross.

—Para mí lo mismo que la señorita —dice, refiriéndose a mí.

A continuación, la cena se vuelve una continua discusión entre Damon y Lilian sobre los mejores sitios para vivir en Londres, luego que si el metro es o no es práctico y terminan con la necesidad de tener o no coche.

Cuando el camarero viene a por los postres, no puedo evitar fijarme que en la carta hay *coulant*, y tampoco evito recordar la última vez que me comí tal postre en presencia de Lilian. Y lo pido, no porque me apetezca especialmente sino por reivindicar que hago lo que me da la gana, que aunque me digan que me sobran tres, cinco o diez kilos, voy a seguir comiendo lo que me dé la real gana.

Cuando me lo ponen delante, clavo en la cuadrada y esponjosa estructura de chocolate la cuchara, viendo cómo el chocolate de dentro se desparrama.

—Tenías hambre hoy, ¿eh Jo? No sé cómo puedes comer tanto —comenta Lilian de golpe.

—¿Perdona?

Quizás esté llegando al límite de la noche con Lilian, pero la verdad, no estoy para tonterías ni para aguantar comentarios sarcásticos a mi costa, y menos delante de nadie.

—Has comido muchísimo. Aunque has perdido algo de peso, te felicito, la última vez que te vi estabas... uff —responde, poniendo los ojos en blanco.

Los colores me están subiendo por toda la cara. Dios, ¿acaba de decirme que

estaba gorda como si tal cosa? Claro, ¿cómo no va a decirlo? Si en su momento le dio la razón a Travis. Una rabia inusitada se apodera de mí, alzo la barbilla aguantando el torrente de lágrimas que estoy a punto de derramar.

—Vete al infierno, Lilian.

Tras decirle aquello, cojo un trozo de *coulant* y se lo estampo en toda su blusa de color blanco.

—¿¡Qué coño haces!?! —grita, mientras escucho cómo Damon se echa a reír.

Pero yo no estoy para nada ni para nadie, así que me levanto, cojo el bolso y la chaqueta y salgo de allí corriendo.

Corro, o al menos lo intento con los zapatos de tacón que llevo puestos, hasta que no puedo más y me detengo en medio de la calle, apoyándome en una pared. Cojo aire y lo dejo ir, viendo cómo mi aliento se difumina en un leve vaho.

Acabo de enviar a Lilian a la mierda de una manera totalmente impropia en mí, ha sido un arrebató y puede que me demande por echar a perder su blusa. Tendré que pagarle la lavandería, eso seguro. Pero me he sentido muy bien, demasiado bien haciendo eso.

Me pregunto si Frederick Ross ha traído a Lilian porque sabía que la conocía o porque era la única chica que tenía a mano para pedirle una cita. Espero y deseo que sea lo segundo.

Inesperadamente, una mano me coge la mía y prácticamente me arrastra hasta dos calles más a la derecha. Allí busca su coche y me mete en el asiento del copiloto, y Frederick Ross, en completo silencio, empieza a conducir.

—¿Adónde vamos? —murmuro.

—A mi apartamento.

—¿Estás enfadado? He montado un numerito, lo sé, lo siento. Pero yo...

Quiero justificarme, decirle que no era la primera vez que me hacía sentir mal.

—No estoy enfadado. Quizás un poco conmigo mismo, he dejado que todo esto llegue demasiado lejos y no me he dado cuenta de que podría dolerte.

No estoy entendiendo nada, ¿de qué me está hablando?

—No tienes la culpa de que Lilian sea una arpía. Es muy guapa —comento en voz baja.

—Pero la traje para ponerte celosa. No sabía que la caonocías.

Vale, saber esto es gratificante y me hace sonreír.

—Yo también traje a ... como se llame para ponerte celoso —admito—. Damon.

—Lo sé. Tengo una edad Jo, y estoy lo suficientemente seguro de mí mismo para darme igual que tuvieses una cita con Damon o Pepito de los palotes. Pero dijiste que ibas a pasar página, y no quiero que lo hagas.

Está conduciendo rápido, y cuando por fin se para delante de la puerta de un garaje y la abre, sé que hemos llegado. Deja el coche en una de las plazas y lo sigo hasta el ascensor.

—¿Y ahora? —pregunto al ver su expresión indiferente.

—Soy un completo inútil en cuanto a relaciones se refiere, Jo, por eso vamos a hablar.

Trago saliva, porque no estoy segura de que eso sea bueno. En cuanto entro en su apartamento, me doy cuenta de que es lo más impersonal que he visto en mi vida.

Paso al salón y me siento en el sofá quitándome la chaqueta de piel. Aparece un par de minutos después con una botella de vino y dos copas en la mano.

—¿De qué vamos a hablar exactamente?

—De la relación que vamos a tener.

—Frederick, hay algo que quiero que me digas, y te lo pido en serio —empiezo a decir mientras cojo aire—. ¿Sientes algo por mí? —me armo de valor, porque no hay nada que me asuste más que me diga que no.

—No estaríamos aquí si la respuesta fuera negativa. Creo que nunca te he mentado Jo, así que no voy a hacerlo ahora. No sé qué es lo que siento por ti, no sé ponerle nombre porque para mí es algo nuevo. De golpe, no podía dejar de pensar en esa chica de sonrojo fácil que me había sorprendido en la exposición de Degas. Me gustaste enseguida, quizás porque eres todo lo contrario que yo, tan transparente y sincera. Cuanto más te conocía, más quería seguir haciéndolo.

—¿Pero? —porque siempre hay un pero.

—Como te he dicho, las relaciones no son lo mío. O quizás debería decir que solo determinadas relaciones.

—¿Por qué no son lo tuyo? ¿Tuviste... una mala experiencia?

—Algo así.

—Cuéntamelo.

—Aún no. No estoy preparado —confiesa—. Así que dime lo que quieres, y yo te diré lo que estoy dispuesto a darte.

Asiento, porque yo pensaba que era yo la que tenía problemas, pero Frederick Ross me gana por goleada.

—No sé qué esperas que te diga, si en realidad ya lo has hecho. Quiero que seas mi amigo, y estos días lo has sido. Quiero que seas mi amante, y ya lo fuiste. Sólo quiero que seas esas dos personas a la vez.

Asiente sin dejar de fijar la mirada en la copa de vino. Le da un sorbo y me mira.

—No quiero hacerte daño, no soportaría hacértelo —dice.

El corazón se me acelera, sintiendo esa angustia que él siente. Me acerco hasta él, y hago que me mire a los ojos.

—Mis expectativas en cuanto a los hombres son bastante bajas.

Es verdad, sólo hay que recordar a Travis.

—No debería ser así, pero estoy siendo terriblemente egoísta ahora mismo,

porque sé que no te merezco —responde cogiéndome de la mano.

—Te equivocas, Frederick Ross. Tú me viste cuando nadie lo hacía, quién sabe por qué, porque, admitámoslo, no soy un dechado de virtudes que digamos.

En este momento tira de mi brazo y hace que me siente a horcajadas encima suyo. Su corazón palpita, puedo notarlo.

—No hace falta que te diga lo inteligente que eres y lo buena persona también. Pero me dan igual tus virtudes, a mí lo que más me gusta de ti son tus defectos —susurra cogiéndome por la nuca ya cercándome a su cara.

—¿Mis defectos? —pregunto, hiperventilando.

Me está a punto de besar, lo sé por la forma lujuriosa en que me mira.

—Tu timidez, tu tartamudez, tu candidez. Lástima que para ti sean defectos, porque para mí, no lo son.

Elevo las manos hasta su rostro y lo acaricio con cuidado, pasando el pulgar por su mejilla hasta la comisura de sus labios, mojándolo levemente.

—¿Te gusto de verdad? —pregunto, necesitando cierta reivindicación a esa afirmación que parecía haberme dicho con anterioridad.

Lo cierto es que me cuesta de asimilar.

—Me gustas mucho, Jo Foster, de verdad. Mucho más de lo que piensas.

Si no pienso nada, o pienso demasiado, o no sé qué pensar. Pero sus ojos oscuros me dicen que es verdad, que no miente, que está aquí conmigo porque quiere estar aquí.

—¿Con mis tres kilos de más?

—Con o sin ellos. Preferentemente me gusta tener dónde agarrar, pero me conformo con lo que tienes. Ya sabes lo que me gusta verte comer, y hoy has estado sublime.

No me salen las palabras, pero me percató de las lágrimas que cruzan mi rostro. Estoy llorando y lo único que se me ocurre es abrazarle. Olisqueo su

camisa, sabiendo que es aquí exactamente donde quiero estar. Me devuelve el abrazo con fuerza mientras siento que pasa su mano por mi cabeza con suavidad.

—Eres preciosa, Jo Foster, y quién diga lo contrario miente.

—La belleza es subjetiva.

—A la mierda la subjetividad.

Se levanta del sofá conmigo en brazos. Tengo miedo de que me deje caer, así que me aferro a él, pero no parece que vaya a hacerlo. Con el pie abre la puerta y me deja caer encima de la cama.

Estoy en la cama de Frederick Ross, en su casa, y debo tener una pinta terrible. Pero yo le gusto mucho, así que me da igual.

Se tumba a mi lado sin dejar de abrazarme, o de mirarme a los ojos.

—Dentro de una semana me iré de la revista, quería que lo supieras —dice de golpe.

—¿Por qué?

—Mi trabajo ha terminado, la revista vuelve a funcionar bien. Pronto vendrá un director de contenido nuevo.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Holden Steward me ha pedido que dirija un nuevo proyecto, un diario informativo.

—Vas a ser el director de un periódico entonces —resumo.

—Va a ser a muy largo plazo, y esto me gusta.

Sonrío porque veo que esto es lo que él quiere.

—Voy a echarte de menos por allí, pero me alegro.

—Ven conmigo.

Trabajar con Frederick Ross no es, ni de lejos, lo que quiero. Estoy completa y absolutamente enamorada de él, pero cuando no me intimida, me acorrala en su despacho y me seduce.

—No, gracias. No sería bueno para mi salud mental.

—¿Tan malo soy como jefe?

—No, creo que tienes el don de potenciar el talento de la gente, pero me sería algo difícil lo de separar la vida personal de la profesional —confieso.

Atrapa mi labio inferior con los suyos y me besa con delicadeza, siendo extremadamente tierno.

—Quédate a dormir —hace la petición en un susurro.

—De acuerdo, aunque no llevo pijama. Vamos a ... ¿tener sexo? —pregunto con cierta timidez.

Esto parece que le hace gracia. Se incorpora y me saca los zapatos de tacón, y también se saca los suyos. Luego va hasta el enorme armario que tiene en la habitación, y de un cajón saca dos pijamas.

—Hoy no. Si no te importa, prefiero hablar.

Vuelve a sentarse encima de la cama y empieza a desnudarme con cuidado. Primero la blusa botón a botón, luego la cremallera de la falda hasta quedarme en ropa interior.

Sé que ha dicho que no, pero estar en ropa interior en casa de Frederick Ross hace que hiperventile, que toda mi libido suba y baje y que empiece a imaginarme cosas como su cuerpo encima del mío.

Pero cuando me pone su pijama de cuadros, mis esperanzas se esfuman. Veo cómo se coloca él también el pijama y se estira en la cama a mi lado.

—Me gustaría saber quién te hizo pensar que no eras maravillosa, Jo Foster

—suelta de golpe, tirando de mi brazo hacia él.

—No fue nadie en concreto.

Esto va a ser más difícil de lo que yo pensaba que sería.

—¿Entonces?

—Tengo miedo de contártelo —confieso.

Frunce el ceño, preocupado.

—¿Por qué?

—No quiero que cambie tu percepción de mí. No quiero que sientas pena o asco o ...

—¿Asco? —parece que se indigna—. No digas tonterías.

Es fácil de decir, pero la gente suele tener un sentimiento de rechazo hacia las personas a quienes ya han rechazado, los ven de una forma diferente.

—Yo no era así en el colegio. Crecía a lo ancho y mi cutis no era impoluto. Llevaba gafas de culo de botella y parecía una rana.

—¿Dónde están tus gafas?

—Llevo lentillas —susurro.

—Por si no lo has notado, yo también llevo gafas. ¿Acaso no soy atractivo? —pregunta sonriendo.

Seamos realistas, Frederick Ross sería atractivo hasta con un saco de patatas puesto.

—Lo eres —asiento, incapaz de mentir—. Frederick.

—Dime.

—Soy consciente de que mi autoestima está a bajo cero, pero estoy trabajando en ello.

—Yo también. Voy a repetirte todos los días lo hermosa que eres, hasta que te lo creas. O lo mucho que me pones cuando te sonrojas, o que eres la mejor redactora con la que he trabajado...

—Basta, vas a hacer que me sonroje —susurro escondiendo mi rostro bajo el cojín.

—No escondas tu adorable color —responde mientras me quita el cojín para que no pueda esconderme—. ¿Tienes cosquillas, Jo?

—No —miento, para que no me las haga.

—Qué mala mentirosa eres.

Tras decir esto se lanza a hacérmelas por todo el cuerpo y yo grito y me río a

carcajadas. Agotada de reírme, caigo encima del colchón con su pecho pegado a mi espalda.

—Deberíamos dormir, o mañana llegaremos tarde. Y tendría que pasar por mi casa a cambiarme.

—¿Por qué? Tu falda me gusta.

—Porque no es adecuado para ir a trabajar.

—Puedes ir a vestuario y cogerte algo. Vamos a dormir —resuelve, mientras me da un beso en la nuca que hace que me estremezca.

—Buenas noches Frederick.

—Buenas noches Jo.

Son las mejores noches de toda mi vida.

25 de Marzo

Al abrir los ojos, me encuentro en la cama de Frederick Ross, abrazada a él. Hace dos o tres días, me hubiese alarmado, me hubiese comido la cabeza incluso me hubiese regañado a mí misma por haber caído de nuevo en la tentación.

Pero esta vez, no. Rememoro la noche anterior, nuestra charla, todo lo que hablamos. Soy consciente de que aún me queda mucho camino que recorrer, pero este ha sido un paso de gigante y estoy orgullosa de mí misma. Orgullosa de no haber tirado la toalla, de haber luchado por lo que quería, por no haber abandonado a la primera de turno.

Dios, es el hombre más maravilloso que existe. Lo observo mientras duerme, tan apacible y sereno. Es hermoso, por dentro y por fuera, y me pregunto si algún día voy a poder conocer eso que parece atormentarle y que no le deja ser él mismo.

Me cuesta salir de la cama, pero sé por la otra vez que Frederick Ross tiene un mal despertar así que me meto en la ducha primero, antes de que despierte.

Su cuarto de baño es extraño, demasiado psicodélico y moderno. Para abrir la ducha estoy al menos como 10 minutos, y luego para poner el agua caliente, 10 minutos más. Logro ducharme, pero luego me di cuenta de que, a simple vista no hay ninguna toalla. Abro el único armario que hay, encontrándolas debajo del todo.

Puede que Frederick Ross tenga un apartamento genial, con vistas al río y todo lo demás, pero no está hecho para mí. Salgo del baño, y me pongo la ropa interior, pero nada más. La falda es demasiado incómoda como para ponérmela ya, antes de hacer el desayuno, así que me limito a ponerme la parte de arriba del pijama que me ha dejado Frederick y camino de la cocina.

Abre la nevera, percatándome de que es verdad, no cocina. Solo tiene cervezas, mayonesa, dos tomates y dos huevos. Tengo los ojos en blanco y cojo los tomates los huevos para hacer un revuelto. Después de abrir todos los armarios de la cocina, encuentro una sartén. Su cocina es igual de moderna y psicodélica el baño, aun así, consigo abrir el fuego y hacer los huevos revueltos con tomate troceado.

Mientras busco los platos por las estanterías, me giro que vea Frederick que, apoyado en el marco de la puerta, me observa sonriendo. Aún lleva el pijama puesto y está algo despeinado.

—Buenos días bello durmiente. ¿Tienes hambre? —pregunto.

—Siempre —responde, caminando hasta mí y sacando dos platos de la estantería correcta—. ¿Quieres café?

—Por favor. He visto la máquina, pero no me he atrevido con ella —confieso, porque es de esas enrevesadas y profesionales, de las que te hacen solas el *macciato*, el *cappuchino* y hasta el *café au lait*.

—Yo lo hago —dice, encendiéndola y buscando dos tazas.

Desayunamos en la mesa de la cocina mientras de fondo suena un programa mañanero en la radio.

—Aquí en Inglaterra me da la sensación de que sois más de radio. En Estados Unidos todo el mundo mira la televisión por la mañana.

—No te creas, hay de todo. ¿Nunca comes en casa?

—Pocas veces. Se nota, ¿no?

—Tu nevera es un pozo sin fondo.

—Cuando te digo que no sé cocinar, no me estoy marcando ningún farol. En serio, una vez vinieron los bomberos porque metí una pizza congelada en el horno y se me quemó. Prácticamente la carbonicé.

Me echo a reír cuando dice eso.

—Una pizza congelada, madre mía. En fin, he hecho lo que he podido —me encojo de hombros levantándome de la mesa para recoger.

—Aún tengo hambre, Jo —dice Frederick levantándose también.

—Siempre podemos parar a por unos...

Me interrumpe pillándome desprevenida con un beso de tornillo. Me aferro a su cuello cuando noto que mis piernas flaquean. Es el efecto Frederick Ross, no sé si alguna vez va a desaparecer por muchas veces que me bese.

—Tengo hambre de Jo.

Sus manos se abren paso por la cintura, las noto abarcando todo mi vientre.

—Puedes... comerme —respondo con dificultad.

Oh, Dios bendito.

—Voy a comerte ahora mismo —me advierte.

Durante un par de segundos me mira a los ojos, con las pupilas dilatadas y los labios húmedos. Está ansioso, excitado, igual que yo. Frederick con tan solo una mirada hace que mi estómago empiece a tener un cosquilleo delirante.

Percibo sus manos desabrochándome primero la camisa del pijama y luego el sujetador, liberando mis pechos. El roce de su lengua en mi pezón hace que mi

vagina se contraiga. No me deja tregua alguna, pues los delinea primero para luego chuparlos enteros y los succiona haciendo que gima.

La sangre se me alborota y noto el calor en mis mejillas, por todo el cuerpo. Vuelve a mi boca, que prácticamente arrolla con anhelo, como si hubiesen pasado años que me hubiera besado por última vez y no minutos. Esparzo mis manos sobre su pecho, desabrochándole la camisa hasta que su pecho queda desnudo. Me gusta sentir el vello de su torso. Poco a poco noto cómo mi cuerpo va pegándose al suyo, hasta que me sienta en la mesa y enrosco las piernas a su cuerpo.

Frederick con la mano quita el cabello de mi hombro derecho, empezando a dar cortos besos en el hombro hasta llegar al cuello, y me hace enloquecer con sus caricias y lascivas mordidas en él. Arqueo la espalda buscando refregarme contra su cuerpo, para sentirlo encima de mi pecho, para tentarlo con ellos.

—Dime qué quieres que te haga —susurra.

Estoy excitada, tengo escalofríos recorriéndome el cuerpo por doquier. Llega hasta mi trasero y lo aprieta, enterrando los dedos en él.

—Lo que quieras, hazme lo que quieras —logro decir con la voz entrecortada.

Busco su miembro por encima del pantalón y lo acaricio, provocándole un espasmo.

—Tu dualidad me vuelve loco, Jo. Me chifla cuando te desatas de placer —confiesa, recorriendo mis piernas desde las rodillas hasta la cintura—. Vamos a quitarte esto.

Cogiendo los extremos de mis bragas -normales, color carne, tampoco son de abuela-, las desliza hacia abajo hasta que llegan a mis tobillos. Luego lleva la mano derecha hasta los labios de mi sexo, totalmente húmedo.

Como para no estarlo, si desde ayer estoy suspirando por él.

Desliza el dedo índice por el clítoris, henchido, acariciándolo, y yo empiezo a

jadear. Quiero que él también se excite como yo, así que mientras sigue masturbándome, le bajo los pantalones viendo cómo su miembro en su total esplendor se alza ante mí.

Recorro con los dedos toda su longitud, de arriba abajo, ensimismada con él.

—Joder Jo, me estás torturando.

—Es suave —susurro, aunque no debería haber dicho nada.

—Me pones demasiado.

Y a mí, esto no es natural. O sí, qué sé yo, pero quiero sentirlo adentro, muy adentro.

—Por favor Frederick —pido, extenuada de placer.

Coloca su miembro en mi entrada y se hunde en mí de golpe. Dejo ir un grito mientras Frederick vuelve a besarme duro, impaciente.

—Estás tan húmeda y caliente, Jo. Querría vivir aquí dentro eternamente.

Empieza las acometidas con un ritmo gradual y perfecto, penetrándome hasta las profundidades, llevándose a la boca otra vez mis pechos mientras que con la mano buscaba sujetarme por las caderas. Me dejo caer hacia atrás para facilitarle el acceso de su boca a mis senos, muy sensibles a su toque.

—Voy a ... leches —gimo, notando cómo llega el orgasmo.

Grito, porque siento que así libero esa opresión que siento allí abajo y que genera su miembro en cada embestida.

Siento que él también se corre, mientras que el líquido caliente baja por mis muslos cuando sale. Sujeta mi cara entre sus manos y me besa la punta de la nariz.

—Por primera vez en la historia, vas a llegar tarde —declara, girándose a observar el reloj de cocina.

—Ay, lechuguino —digo sin querer.

—¿Lechuguino? ¿Qué expresión es esta?

Se ríe de mí mientras me sube las braguitas.

—Es una lechuga joven, no sé, es para no decir una palabrota.

—Vamos a vestirnos lechuguina.

Menuda mañana, pero no me quejo eh.

9.20: Al llegar a la revista voy directa a vestuario, donde busco unos pantalones que sean cómodos, encontrando unos verdes elásticos acampanados y una camiseta negra básica.

Voy hacia mi mesa con tranquilidad, cuando Regina y Erica me barren el paso.

—Qué fuerte, ¡le tiraste por encima el *coulant* a Lilian!

Lechuguino, rápido vuelan las noticias.

—Lo sí, pero se lo merecía. Aunque no debería haberlo hecho, pero me llamo gorda — confieso con cara de arrepentimiento.

—Hubiese pagado por ver eso —dice Erica—. No te tortures, dijiste que era una zorra. No con esas palabras, pero lo pillé.

—Sigue siendo mi amiga, aunque se haya enfadado conmigo, no la llames así —le advierte Regina.

—¿Se ha enfadado contigo? ¿Por qué?

—Me llamó contándomelo, le dije que se olvidase de Frederick, que estabais enamorados y que mejor que se quitarse de en medio, y me colgó. Ya se le pasará —dice, quitándole importancia—. Le habrá ido a llorar a Travis, como siempre hace.

—Pues como ate cabos y sepa que es el día que le di un puñetazo... — reflexionar en voz alta.

—Esto es mejor que ver *Pasión de gavilanes*. Y bien ¿qué pasó luego? Te veo muy sonriente esta mañana —advierte Erica.

—Ha tenido una noche loca de pasión con el jefe, llevas los pantalones *Givenchy* de vestuario es tenía echado el ojo.

A Regina tendrían que contratarla en el MI6, definitivamente.

—Me llevó a su casa y conversamos acerca de nuestra relación.

—¿Y? — pregunta en ambas a la vez.

—Que ahora tenemos una relación.

—¿Qué clase de relación? —incide Erica.

—¿De pareja?

—No. Te veo yo muy convencida. Yo de ti le dejaría claro eso de la exclusividad —me advierte Regina.

—Supongo que es algo que no hiciste. En serio, ¿sigues prometida? —la chincha Erica.

—Que sí, pesada. Tengo mis razones ¿vale?

Me pregunto cuál es serán, pero no lo hago.

—Creo que tuvo una muy mala relación en el pasado, al menos eso intuí yo.

—Podría ser. Los hombres torturados no son lo mío, siempre acaban haciéndote un drama por algo. A mí me van simple y llana mente los guarros.

Dejo ir un soplido mientras cruzo los brazos.

—Erica, a ti quién te gusta es Wayne. ¿Sigue con la modelo?

—Yo que sé, si quieres saberlo pregúntaselo —se hace la ofendida.

—¿Wayne el Fotógrafo? No está mal.

—¿También te lo has cepillado? Si dices que si vas a hacer oficialmente mi ídolo.

Creo que nunca voy a entender a Erica, pero me gusta. Ve la vida de una perspectiva tan distinta a la mía que hace que me replante todo lo que pienso y creo.

—No, pero a Johnson sí.

—¿El otro fotógrafo? Juro que pensaba que era gay.

—Te digo yo que no lo es.

—¿Le quieres, Regie?

Parece que mi pregunta le pilla por sorpresa, ya que mira hacia el suelo

cambiando el peso de su cuerpo en la otra pierna.

—Es el tipo de persona que me conviene.

—Esto no es una película, ese amor obseso y sin límites sólo existe en los libros de adolescentes, y en su mayoría es totalmente tóxico y machista —la apoya Erica.

—No digo que lo ame con locura, sólo quererlo. No sé, siempre me has parecido del tipo de chica que vuelve locos a los hombres pero que te cuesta enamorarte —me sincero.

—El amor te hace ser débil. Dejas de pensar racionalmente, haces las cosas sin fundamento alguno. Te dejas llevar y luego vienen los desengaños, las lágrimas y los llantos.

—Tal y como lo cuentas, parece que te han partido el corazón, pero no creo que sea así —dice Erica suspicazmente.

—No lo han hecho, y no creo que lo hagan jamás. Ahora dejemos de hablar de mí y hablemos de Jo y del hecho que se esté tirando a nuestro superior.

Gracias a Dios que dentro de unas semanas dejará de serlo.

IV. ABRIL

3 de Abril

12.00: Cuando eres pequeña y ves todas esas películas de Disney, donde el príncipe se enamora de la princesa a primera vista, y ella de él, y cuando se encuentran y se funden en un ligero y corto beso, sabes que van a estar juntos el resto de su vida, parece fácil.

Pero eso es mentira. Nadie se molestó en decírmelo, tuve que aprenderlo años después, cuando me di cuenta de que encontrar al príncipe no era tan fácil, y que cuando te fundes en un dulce beso, no aparece la palabra fin y el resto de los créditos en la pantalla de tu vida, sino que sigue.

También he aprendido que eso de clasificar a los hombres en príncipes y sapos no es realista. Nadie es perfecto, nadie es príncipe o sapo al cien por cien porque nadie es totalmente perfecto, y tampoco nadie es tan malo.

—Jo, ¿qué haces aquí parada en medio del pasillo?

Cuando escucho la voz de Regina me desencanto.

—Estaba pensando. ¿Has empezado el artículo sobre las novias de mayo?

—Estoy en ello. He descubierto que ahora se lleva mucho casarse a lo rústico, te ¿imaginas?

—La verdad, si hay algo que no me imagino, es mi boda —confieso.

En serio, todas las niñas, al menos en mi clase, decían como querían casarse, como querían que fuera su vestido, el sitio, lo tenían todo muy claro, menos yo. De hecho, nunca me lo preguntaron, pero esto es otro tema. Nunca me he imaginado, al menos de una forma concreta y tangible, cómo sería mi boda.

—¿No quieres casarte? Es normal, hay mucha gente que no quiere. En

realidad, si no fuese por mis padres, yo tampoco creo que me casase. Mentira, tengo demasiado idealizado el día de mi boda —revela en voz baja.

—Sí que quiero, pero más que nada por lo que representa. Casarse para mí es estar seguro de que vas a pasar el resto de tu vida con esa persona, que has encontrado al hombre que quieres, que admiras, a ese mejor amigo, con el que te ves pasando el resto de tu vida.

—Jesús, ya sé quién va a escribirme mis votos.

—¿Vas a decir votos?

—Ojalá que no. ¿Cómo vas con el jefe? ¿Ya te lo has cepillado en el ascensor, encima de la mesa de su despacho, en los lavabos...?

—¡Regie! —la reprendo poniéndome nerviosa—. Nadie sabe de nuestra relación, y nunca tienen que saberlo.

—Mis labios están sellados.

13.15: Frederick me ha susurrado al oído, cuando ha pasado por delante de mi mesa, que me esperaba a la una y cuarto en los ascensores para comer, así que aquí estoy, delante de los ascensores.

Es extraño, porque yo no soy el tipo de chica a la que le gusta el peligro. En serio, si alguna vez he visto alguna de esas películas de terror en la que la chica se sube a la moto del chico más guapo del instituto, y van hasta esa casa encantada de fantasmas, supe nunca, jamás, sería esa chica.

El peligro no me va, no forma parte de mi anatomía sentir curiosidad sobre ciertas cosas a las que mi cerebro les grita no te acerques ahí, o es peligroso. También soy de las que siguen las reglas al pie de la letra. De veras, nunca me salto ni un semáforo, ni un *stop* ni siquiera paso del límite de la velocidad. Sí, soy de las que paran cuando ve que la viejecita va a cruzar.

Pero es extraño, porque sé que la relaciones en la revista están prohibidas, y de todas maneras solo de pensar en que Frederick y yo nos vamos a besar en

el ascensor, unas mariposas de emoción suben por mi garganta. Mi subconsciente dice que está mal, está prohibido, que no debería hacerlo, que es mi jefe, pero parece que otra parte de mi cerebro me ignora.

En cuanto llega y subimos al ascensor casi sin mirarnos, la adrenalina se apodera de mí. Cuando las puertas se cierran, me giro hacia él, y veo que tiene esa mirada lobuna, justo cuando el animal está a punto de atacar. Lo sé porque me he tragado muchos documentales de animales salvajes los domingos por la tarde.

Y, efectivamente, es lo que hace. Me aprisiona entre su cuerpo y la pared, posando sus manos en mis mejillas, inclinándose para darme un beso. Como no puede ser de otro modo, yo lo respondo con la misma pasión, deslizado mi lengua en su cavidad, buscando la suya con vehemencia. No sé si será la emoción de que el ascensor puede parar en cualquier momento, y que la gente nos pille, pero ahora mismo estoy empapada.

Su barba incipiente me rasca un poco, pero no me importa. Sus caderas se clavan en las mías, buscando mi cuerpo con ansias.

—Jo, sabes que tenemos una hora para comer. Pero no sé si ir al restaurante o comerte aquí mismo.

—Voto por lo segundo —digo sin poder creérmelo, mi descaro cuando él está presente, parece que no conozca límites.

Jadeo cuando desliza sus manos en el interior de mis pantalones, que por suerte son elásticos, y también por debajo de mis braguitas. Sigo jadeando cuando roza los pliegues de mi vagina, y empieza a imitar los movimientos del coito. Sus dedos entran en mí y salen sin pudor alguno, llevándome a la locura.

Me olvido de que estoy en el edificio donde trabajo, me olvido de que estoy en el ascensor, y hasta me olvido de cómo me llamo cuando me lleva al orgasmo.

—¿Frederick? —murmuro casi sin aliento.

—Dime.

—Esto no está bien, pero ¿sabes? Por primera vez, no me importa. Solo quería que lo supieras.

Abriendo los ojos con una sonrisa lasciva, posa esos labios en mi mejilla.

—Me chifla saber esas cosas. Creo que aún nos dará tiempo a comer algo.

—Bien.

Lechuguino, si algo se, es que Frederick no es un príncipe, pero esto tampoco me importa. ¿Quién quiere al príncipe teniendo a un mago del placer?

21.00: Hay algo que no me deja dormir por las noches, diario. No es que sea muy relevante, pero me atormenta pensar que prácticamente dejé plantado a Damon Kraven aquel día después de tirarle el *coulant* a Lilian por encima.

Los primeros días estaba en una nube de amor por lo que no me daba cuenta de la realidad. Hasta que me bajé de ella.

No sé qué debería decirle. Lo cierto es que por una parte me da pánico hablarle, porque básicamente lo que habíamos tenido era una cita, y yo no quiero más citas con él. Pero, por otra parte, en mi fuero interno sé que debería disculparme.

Tengo que disculparme con él. Es un hecho. El cómo, ya es otra historia.

Estoy dándole vueltas a la cabeza mientras veo en la televisión *Tienes un e-mail* y entonces se me ocurre la idea: podría enviarle un mensaje de esos largos, elaborados y bien escritos.

Debería hacer eso, definitivamente.

Mmm, a ver cómo lo hago:

Querido Damon,

Ante todo, quería pedirte disculpas por lo sucedido en el restaurante cuando

quedamos para ir a cenar (mejor no entrar en detalles).

Sobre todo, por haberme ido del restaurante sin despedirme ni decirte nada, pero la verdad, no me encontraba muy bien (omito el hecho de que luego pasó lo que pasó con Frederick Ross).

Ha sido un placer haberte conocido, en otras circunstancias no dudaría en proponerte otra cena, pero siendo sincera, ahora mismo no busco tener citas (porque estoy en una especie de relación con el hombre del que estoy enamorada, pero esto tampoco lo pongo).

Un abrazo,

Jo

Lechuguino, creo que es la primera vez que le estoy dando calabazas a alguien. Sin pensarlo demasiado, le doy a enviar. Ya está hecho.

21.20: Aún no hay señales de vida de Damon Kraven. Puede que me odie por lo que hice. Puede que jamás me responda. Puede que lo lea y me deje en visto.

21.30: Me odia sin lugar a duda. No me gusta esta sensación de que haya alguien que me odia por algo que he hecho. Es decir, conozco la sensación de que la gente me desprecie, pero no era por lo que yo había hecho sino por cómo era. Pero esto es distinto, es por algo que hice mal.

La culpabilidad me azota por dentro.

21.40: Debería dejar de pensar en ello. Entonces la pantalla del teléfono se ilumina, pero es mi hermana.

—Hola desconocida, hace años que no sé nada de ti.

Es cierto, hace tiempo que no hablo con Ali. Pero he estado muy ajetreada, el tema amoroso no es fácil.

—Lo sé. He estado muy liada —confieso.

—*¿Liada con qué?*

—Conquistando a Frederick Ross.

Después de un breve minuto de silencio, mi hermana chilla.

—*No me lo creo. ¿Tú, conquistando al americano? ¡Jesús! Cuéntame con pelos y señales que ha pasado.*

—Básicamente Regina me propuso que lo pusiera celoso buscándome una cita —empiezo a narrarle.

—*¿Has tenido citas?* —pregunta extrañada.

—Técnicamente sólo una, pero no te adelantes. Así que utilicé al hijo de la amiga de mamá, Damon Kraven, para ello.

—*¿Damon Kraven? ¿Estás loca? Ese tío ha salido con todas las hijas de las amigas de mamá.*

—*¿En serio?* —pregunto muy extrañada.

—*Ajá. Es un aprovechado, sólo quiere un poco de acción y si te he visto no me acuerdo.*

Lechuguino, me he precipitado enviándole el mensaje. No debería haber hecho nada de nada. Ahora me siento menos culpable por haberle usado como, ¿cebo?

—Vaya. En resumidas cuentas, que la cosa salió bien, no porque Frederick Ross se pusiese celoso.

—*Jo, se ve a kilómetros de distancia que estás colado por él, no tiene sentido que se ponga celoso.*

A veces subestimo el poder de deducción de mi hermana, y lo lista que es.

—Ya. La cuestión es que tuvo más miedo de que tirase la toalla y pasase página que nada, así que ahora... salgo con él.

—*¡Aleluya! Ya era hora. Mamá va a saltar de alegría cuando se lo cuentes.*

—Lo sé. ¿Tú qué tal estás?

—Muy bien, de momento me están controlando para ver que el tumor no vuelva a salir.

—¿Y con Kay?

—Bien. Estamos yendo a terapia de pareja.

—¿Por qué?

Esto es raro.

—Pues porque el sexo es genial, pero cuando no lo estamos haciendo, discutimos. Hay algo que no funciona, es mejor buscar ayuda profesional.

—Si así lo crees, adelante.

Qué le voy a decir, si yo estoy yendo a sesiones grupales para tener más autoestima.

22.00: Damon Kraven ha dado señales de vida. Básicamente me ha dicho que no me preocupase y que mucha suerte con todo.

Fuego apagado.

5 de Abril

Hoy es Pascua, diario, así que es un día festivo. Aunque aún no sé qué clase de relación tenemos Frederick y yo, tengo claro que yo quiero estar con él, y él quiere estar conmigo, así que no he preguntado nada más.

A pesar de eso, parece que a él no le importe la incerteza, así que me ha invitado a uno de esos restaurantes de moda que hay en Londres.

Bocca di Lupo es uno de los mejores restaurantes italianos de la ciudad, y él ya sabe lo que me gustan.

Así que aquí estamos, sentados en una mesa para dos mientras me pregunto qué demonios pasa por su cabeza.

—¿Estás pensando en algo? —me pregunta sin desviar los ojos de la carta.

—Puede. Creo que venir a este sitio es demasiado —termino diciendo.

—¿Demasiado qué?

—Demasiado caro, demasiado todo.

—Te estoy invitando, Jo —especifica.

—Lo sé, pero me sabe mal.

—Sabes que me encanta verte disfrutar. ¿A qué viene esto?

Suspiro, porque no quiero sonar obsesiva.

—Nada. Tengo que ir al baño, ahora vuelvo.

Me levanto en un segundo y voy directa hacia el baño. Encima, me siento fuera de lugar porque la gente que está comiendo en este sitio es muy elegante, y aunque voy con un vestido azul marino, mis manolitas se ven infantiles al lado de los tacones de gran envergadura de las estilizadas aspirantes a modelo que hay.

¿Me siento inferior?

Rotundamente sí.

¿Siento que no estoy a la altura?

Por supuesto.

¿Debería?

No. Pero todo está en mi cabeza, yo lo sé.

Vuelvo a suspirar, mirándome al espejo del lavabo y diciéndome a mí misma que todo irá bien. Tengo que dejar de lado esa inseguridad. Vamos Jo, estás en el mejor restaurante italiano, y te mueres por probar esos *farfalle* a los dos pestos.

Salgo del baño y me quedo de piedra al ver que una de esas mujeres jirafa está sentada en mi silla.

O era mi silla. Si es que ya lo dicen, quién se va a Sevilla pierde su silla. Pero yo no he ido a Sevilla sino al baño, y han sido un par de minutos.

Camino despacio hasta allí observando los gestos de la chica jirafa; definitivamente está coqueteando porque sonríe mucho, se toquetea el cabello y no deja de mirar a los ojos a Frederick Ross. Lo miro a él, que parece impasible, como casi siempre.

Cuando llego delante de la mesa, la chica se gira hacia mí.

—¿Es la metre? —pregunta.

A mí. Inspira y expira, Jo. Creo que voy a echarme a llorar.

—Es mi novia y estás en su sitio —le suelta Frederick.

A la chica jirafa se le borra la sonrisa de los labios y disculpándose, se levanta y se va.

Lechuguino, qué mal lo he pasado. Un segundo, ¿qué ha dicho Frederick? Ha dicho novia, estoy segura. Puede que lo haya dicho porque sí.

—A este paso no voy a comerme ni un *coulant* —murmuro para mí misma.

—¿Qué? —pregunta Frederick.

—Nada —respondo, avergonzada.

—¿Has dicho que no vas a comerte ningún *coulant* a este paso? —pregunta, soltando una carcajada monumental.

—Algo así —susurro.

Entonces se inclina para darme un beso en la boca.

—Anda, vamos a pedir antes de que te saque de aquí y vaya directamente a por el postre.

Enseguida los colores rojizos no tardan en asomar por mi mejilla. Aun no entiendo por qué le provocho ese morbo tan alucinante, sólo soy... Jo. Eso sí, interiormente estoy saltando de emoción.

Chica jirafa 0

Jo 1

7 de Abril

10.40: Hoy es el último día de Frederick Ross en la revista, como mi jefe.

Nos ha convocado en la sala de juntas para decírnoslo. Creo que todo el mundo se ha apenado, aunque no demasiado. Ha dicho que el nuevo director de contenido nos sería comunicado al día siguiente. A saber quién será, aunque estoy segura de que no voy a tener a ningún jefe como él.

Creía que sería más difícil mantener las distancias en la revista, pero nos hemos comportado como dos profesionales. Excepto el martes que fui a su despacho para que me diese el visto bueno en un artículo y nos manoseamos durante un buen rato. Oh, y el jueves, que nos encontramos en la cocina y nos besamos.

Creo que todo marcha estupendamente entre nosotros. El miércoles fuimos a ver *La importancia de llamarse Ernesto*, obra que estaba deseando ver, y resultó que él también quería verla. Lo bueno de ser americano es que no le apasiona el fútbol, aunque dice que no le hace ascos a un buen partido de Hockey, pero no es un forofo.

Cuando todo el mundo ha salido, me rodea con sus brazos y me besa dulcemente. No debería, pero me dejo porque es, simple y llanamente, irresistible.

—¿Quieres cenar conmigo mañana? —pregunta cuando separa sus labios de los míos.

—No puedo, una vez al mes voy a cenar a casa de mis padres. Mi madre me dijo si querías venir, pero obviamente no te sientas obligado. Ya sabes cómo es mi madre — me justifico.

Que sí, que estaría bien que viniera porque esto querría decir que va en serio conmigo, pero eso de conocer a los padres es un paso de gigante y con Frederick el tiempo es *piano piano*, pero la verdad es que me haría ilusión.

—Lo sé, me llamó.

—¿Qué?

Lechuguino, no puedo creer que mi madre sea tan entrometida.

—Le di mi teléfono en el hospital.

—Ese fue el peor error que puedes de cometer. Tienes que cambiar de número
—digo aterrada.

—Jo, no seas dramática. Tu madre me cae bien, es muy curiosa.

—Hay adjetivos que la definen mejor.

—Te paso a buscar a las ocho de ¿acuerdo?

Oh.

—Espera, ¿vas a venir?

—Ya le dije a tu madre que sí. Anda, vuelve al trabajo —responde dándome
un beso en la frente.

Los planetas se han alineado puede ser que Frederick Ross sea mi hombre
perfecto le cae bien mi madre, lee a Shakespeare, piensa que soy bonita,
además de agradecerle mi personalidad.

Cuando vuelvo a mi mesa, me encuentro a Regina sentada en mi silla, algo
preocupada.

—¿Qué ocurre?

Es extraño, pues casi nunca la había visto con este semblante. Está apagada, y
tiene algo de ojeras.

—No sé qué hacer. Lilian se ha vuelto loca —empieza a explicarme.

—¿Lilian?

—Está... muy enfadada contigo.

— Estoy dispuesta a pagarle la tintorería —asumo mi culpa.

—No es por eso, es por Frederick Ross. Le gustó mucho, y está obsesionada
con él.

Esto no me gusta. En realidad, ¿A quién le gustaría escuchar que una chica tan

despampanante como Lilian quiere al hombre con el que estás?

—No sé qué decir —frunzo el ceño.

—Deberías decir que se joda, pero, en fin. Es demasiado surrealista lo que me está pasando.

—¿El qué?

—Me ha insinuado que, si no le ayudo a conquistar a Frederick Ross, le dirá a mi prometido acerca de mis... aventuras.

—¿Qué? Creo que el término correcto es chantaje.

Estoy alucinando, sabía que Lilian era algo retorcida, pero de aquí a chantajear a su amiga...

—Lo sé. Necesito algo de ella, algo lo suficientemente escabroso para chantajearla devuelta.

—¿Y no sería mejor que hablastes con ella intentases hacerla entrar en razón?

—Estamos hablando de Lilian, no de alguien maduro y razonable.

De golpe, se me enciende la bombilla. Recuerdo ese mensaje entre Travis y Lilian. Lo vi a través de mi ordenador, pues Travis se había dejado abierto la página web en mi ordenador. No entiendo mucho de informática, pero cada vez que abro mi correo electrónico, entro sin la necesidad de poner la contraseña debido a que se guarda automáticamente. Me pregunto si también se guardó la de Travis.

—Tengo una idea. Esta tarde cuando llegue a casa, te digo algo.

—Jo, no hagas ninguna tontería —me advierte.

—Tranquila, déjalo en mis manos.

Estoy segura de que, entre los mensajes de Lilian y Travis habrá mucho más, y puede que el material suficiente como para decirle a Lilian que deje en paz a Regina.

9 de Abril

Cuando éramos pequeñas, Alison y yo solíamos tener ese juego en el que una tenía que encontrar a la otra, vamos, el escondite de toda la vida, sólo que nosotras apuntábamos las partidas en una libreta y el tiempo que tardaba cada una en encontrar a la otra.

Hubo un día en el que Alison me buscó durante dos horas, y no llegó a encontrarme.

Encontré un escondite perfecto cuando por casualidad, al pisar una de las habitaciones que no usábamos, noté que algo crujía. Me agaché, y vi que había una pequeña trampilla en el suelo. Como me aburría, abrí el libro que hacía poco me habían regalado, la adaptación de el sueño de una noche de verano para niños. Fue allí cuando descubrí mi pasión por Shakespeare.

Me atrapó ese mundo fantástico increíble que había creado, Oberón y Titania, y ese fantástico argumento que mezclaba la fantasía y la realidad.

Pero estuve mucho más tiempo en ese escondite, hasta que terminé el libro. Y cuando salí, nadie había notado mi ausencia.

Mi pesadilla desde entonces ha sido esa, desaparecer y que nadie note mi ausencia. Por primera vez, esta pesadilla ha desaparecido y ahora hay una nueva: que Frederick desaparezca.

Y lo peor es que esta pesadilla tiene nombre y apellidos: Lilian Murphy. Es más guapa que yo, más tenaz y más todo.

12 de Abril

19.30: Entro en casa, lo primero que hago es abrir el ordenador. No puede ser

tan difícil ¿no?

19.40: Diario, sí que lo es. Está visto, las nuevas tecnologías no son lo mío.

19.50: Lechuguino, dentro de 10 minutos Frederick va a venir a buscarme, y aún no estoy lista.

20.00: Frederick llama a la puerta, y le abro a medio vestir.

—¿A quién le estás haciendo un striptease? —bromea dándome un pico en los labios.

—A mi armario. Lo siento, estaba intentando hacer algo con el ordenador y se me ha hecho tarde —confieso.

—¿Qué querías hacer?

Me pongo roja, pues no es algo demasiado legítimo, ni siquiera legal creo.

—Nada —decido responder, pero Frederick tira de mí hasta quedarme pegada a su pecho, con sólo puestos unos pantalones y el sujetador.

—Dímelo Jo —susurra.

—Es... por una buena causa. En realidad, es culpa tuya.

—¿Culpa mía? —se sorprende.

—Por traer a Lilian a mi cita. Ahora se ha obsesionado contigo, y está chantajeando a Regina para que le ayude a conquistarte.

—Menuda chorrada —suelta riéndose—. ¿Y con qué la chantajea si puede saberse?

—Diciéndole a su prometido con quién se ha acostado.

Su semblante se vuelve serio, rígido.

—¿Qué te ha dicho ella?

Ya entiendo, cree que no lo sé. O piensa que sí lo sé porque Regina me lo ha contado.

—Nada, pero lo sé. Fui a tu despacho y lo escuché antes de abrir la puerta. Pe-pero luego ...—bufé, no sabiendo cómo continuar— la cuestión es que no quiere que lo sepa su prometido.

—No me dijiste nada en su momento —dice pasándome la mano por mi cabello.

—No debería haberlo sabido. Preferiría no saberlo —digo, y es verdad, preferiría vivir en la ignorancia, pero así es la vida.

—¿Te dolió?

Lo pregunta mientras sujeta mi cara entre sus manos, con cara de preocupación.

—Me dolió pensar que estuvieras haciendo lo mismo conmigo, que yo tampoco no significase nada.

Es cierto, era lo que más temía, que estuviese sólo acostándose conmigo y no sintiera nada por mí.

—No quiero hacerte daño Jo, no lo soportaría porque ...

Se detiene para mirarme a los ojos profundamente. Puedo notar cómo su corazón late armoniosamente a un ritmo desenfrenado.

—¿Por qué?

—Tiene que ser amor. Esas ganas desenfrenadas de verte, de cuidarte y de besarte. De quererlo todo contigo.

Asiento, totalmente consternada por lo que acaba de decir. Amor. Me quiere. Voy a desmayarme porque tengo los pies de gelatina. Toda yo soy gelatina ahora mismo.

—¿Amor? —suspiro, o más bien intentando respirar.

—Amor.

—Esto quiere decir que... ¿me quieres?

—Te quiero, Jo.

Asiente, mientras yo le beso en los labios con el corazón en un puño y la

adrenalina a mil por hora. Después de un par de minutos, se separa de mí.

—Puedo inventarme una excusa y quedarnos aquí —propongo, poniendo cara de traviesa.

—Ni hablar, no quiero que tu madre me pille manía. Vamos a cenar y luego ya iremos a por los postres cuando volvamos. ¿Qué querías hacer con el ordenador?

—Quería... a ver, sé que está mal, pero Travis se dejó un día los mensajes abiertos en mi ordenador y puede que haya algo privado de Lilian —susurro.

—Y quieres usarlo para que deje en paz a Regina —deduce él.

—Exacto.

—Dame el ordenador, voy a mirar si puedo hacerlo. De mientras tú termina de arreglarte —dice, dándome una palmadita en mi trasero.

—A la orden, jefe.

—Ya no —me recuerda.

Definitivamente, podría pasar el resto de mi vida así. Voy hasta mi habitación y cojo un suéter de color rojo oscuro y me pongo las botas negras con algo de plataforma. No sé si había comentado que Frederick Ross me saca una cabeza y media, y cuando le beso tengo que ponerme de puntillas.

—Ya estoy, ¿has podido hacerlo? —pregunto cuando veo que sigue sentado frente al ordenador.

—Sí —dice, girándose—. Yo lo arreglo.

—¿Cómo? Pero ¿ya los has leído?

No estoy entendiendo qué quiere decir con eso. Ay leches, que habrá leído la conversación esa sobre mí, que vergüenza. Azorada, desvío la mirada mientras se me suben los colores.

—Sí, voy a llamarla —sentencia, sacando el teléfono de su bolsillo.

—No hace fa-falta. Si hay algo se lo digo a Regina y ya.

Pero hace caso omiso de lo que le digo y se pone el teléfono en la oreja.

—¿Lilian? Soy Frederick Ross. No, no te llamaba para quedar. Quiero que dejes en paz a Jo y a su amiga Regina. Sabes muy bien de lo que te estoy hablando —sigue hablando, y en el momento en que se da la vuelta, me pongo delante del ordenador y empiezo a leer los mensajes—. Tengo aquí delante todas tus conversaciones con el tal Travis y son muy interesantes. Se lo dejó abierto en casa de Jo.

Efectivamente, está lo de mi peso, pero eso no es lo peor. Hay otras alegorías a mí, empezando por ser una inútil en el ámbito social hasta una mojigata en la cama. Y luego cierta incómoda conversación entre ellos sobre “no debe repetirse, no vamos a acostarnos de nuevo” dicho por Lilian.

—¿Qué haces?

La voz de Frederick Ross hace que vuelva a la realidad.

—Nada —murmuro, levantándome de la silla.

Sigue hablando con Lilian.

—Aunque fueses la última mujer en la tierra, no tendría nada contigo. Adiós

—dice, y finalmente cuelga el teléfono—. Jo, ¿qué has leído?

Respiro intentando mantener la calma. No debo dejar que eso mengüe mi autoestima, ellos no me importan, no debería importarme lo que digan o lo que hagan.

—¿Todo?

—Mierda —responde cabreado, cerrando la página del ordenador—.

Vámonos, o llegaremos tarde.

Cojo la chaqueta y salimos de mi casa, caminando hasta su coche, pero yo sigo en shock.

No es agradable leer esas cosas, y menos de quién se suponía que era mi novio. No es nada agradable, y ahora lo último que me apetece es ir a cenar con mis padres y fingir que todo va estupendamente. Yo quería quedarme en casa, tumbada en el sofá viendo *El sueño de una noche de verano*.

—¿Ti-tienes la dirección? —pregunto con un hilo de voz.

—Me la dio tu madre. Jocelyn, dime que lo que has leído no te ha afectado — dice mientras salimos de la city.

—No lo ha hecho —respondo automáticamente.

—Sigues mintiendo fatal, Jo. Escúchame bien, porque no quiero volver a hablar sobre este tema porque si no... no respondo, y capaz soy de volver a darle un puñetazo al capullo ese. Eres la jodida octava maravilla del mundo, ¿me oyes? Y quién no lo vea, ya se puede ir a la mierda.

Una media sonrisa se me escapa mientras el cerebro me funciona con rapidez. Aunque, por supuesto, yo no soy la octava maravilla del mundo, pero eso no es lo importante. Lo que importa es que debería mandar a hacer puñetas las opiniones de los demás, y sólo valorar las de las personas que me importan, como Alison, Frederick, Erica e incluso Regina.

Así que me inclino hasta su mejilla y deposito un cálido beso en ella. Sigo dándole pequeños besos, hasta llegar a su oreja.

—Gracias —susurro en ella.

—No me las tienes que dar, Jo.

—Pero quiero hacerlo —respondo, bajando mis labios hasta su cuello.

Basta decir que no soy una experta en el arte de la seducción, y que las veces que lo había intentado con Travis nunca había resultado ya que, o estaba muy ocupado viendo el partido o tenía prisa o qué sé yo. Pero intento recrear ese ritmo de besos de las películas, relajado y sensual, donde la protagonista se recrea con su saliva y dónde se usan los dientes, y eso hago.

—Jo, estoy conduciendo y me estás poniendo a cien, muñeca.

—Sólo te estoy dando las gracias.

A riesgo de tener un accidente, uso las manos para acariciarle el abdomen por encima de la camisa hasta llegar al pantalón.

Jesús, ¿qué estoy haciendo?

No debería meter la mano por debajo del pantalón, pero ver su cara de satisfacción es superior a mis fuerzas. Quiero hacerlo gozar, que sea yo la causante directa de su disfrute cómo él ha hecho conmigo. Porque, ¿sabes qué diario? Me gusta hacerlo sentir de esta manera, hace que yo me sienta atractiva, deseada y poderosa.

Así que, en un arrebató, lo hago. Pongo la mano bajo sus pantalones y calzoncillos, hasta palpar su miembro, que enseguida empiezo a acariciar.

Frederick Ross pone el intermitente hacia la izquierda, en el carril más lento, bajando la marcha a segunda y descendiendo de velocidad.

—Jocelyn, no sé si eres consciente de lo que estás haciendo —susurra—. No puedo parar aquí en medio.

No sólo no me detengo, sino que, con fuerza, tiro del pantalón hacia abajo, dejando libre su miembro ya hinchado y duro.

—¿Puedes conducir mientras...?

Sigo siendo Jo Foster, y por ende sigue haciéndome corte decirlo en voz alta.

—¿Me haces una paja?

Sé que mi rojez empieza a extenderse cuando noto las mejillas arder.

—No exactamente —respondo, quitándome el cinturón e inclinándome hacia su pene, dándole un lametazo.

—Joder, esto es una jodida fantasía.

Alzo la vista hacia su rostro, enfocado hacia la carretera, algo descolocado.

—¿Puedo? —vuelvo a preguntar.

—Cómo voy a negarte tus gracias, muñeca —suspira, reduciendo aún más la velocidad.

Bajo de nuevo, pasando la lengua oscilantemente por su redondez desde el inicio hasta la punta, llegando a su corona. Empiezo a jugar con ella, con la punta de la lengua, dando suaves toques, hasta que lo oigo suspirar. Entonces lo introduzco en mi boca, succionándolo.

Diario, quizás no vas a creértelo, pero es la primera vez que hago esto. El hecho per se, no en un coche, y menos en un coche en marcha. Pero, de reojo, veo su sublime expresión de gozo y me animo a continuar, e incluso me excito yo.

Así que continúo jugueteando con él, con la lengua, luego abarcándolo dificultosamente debido a su tamaño, hasta que lo noto vibrar y entonces aumento el ritmo, ayudándome con la mano.

—Jo, voy a correrme —dice con los labios entreabiertos y jadeando—. En serio.

—Hazlo —susurro, sin detenerme.

Y lo hace, golpeándome su líquido espeso y caliente en la garganta acompañado de un gruñido por su parte que hace que mi vagina se contraiga. Sin pensármelo dos veces, me lo trago con rapidez.

—No sé cómo voy a mirar ahora a tu madre —confiesa una vez me incorporo. Esto me hace sonreír, y más cuando con la mano izquierda coge mi mentón y lo arrastra hasta sus labios, dejándome un beso corto en los labios.

Yo tampoco sé cómo mirarle a él a los ojos, por lo que el resto del trayecto me lo paso cambiando de emisora y mirando por la ventana. Lo que he hecho ha sido totalmente absurdo y vergonzoso, además de peligroso.

Salimos de la carretera y nos adentramos en el camino de tierra hasta llegar a mi casa.

—Parece que entremos en una película de Jane Austen —comenta cuando aparca el coche frente a la entrada.

—Es antigua —comento, haciendo el ademán de abrir la puerta, pero el seguro está puesto.

—Jo, ¿estás bien? —pregunta Frederick.

—Sí —respondo, con los ojos puestos en mi casa.

—Mírame a los ojos.

Haciendo un esfuerzo lo hago, notando cómo la sangre se me sube a las mejillas.

—¿Qué? —susurro.

—Eso digo yo. ¿Te da vergüenza que venga contigo a cenar?

—Claro que no. No es e-eso.

—¿Entonces?

—Estoy avergonzada por lo que acabo de hacer. Yo no soy así, no sé qué me ha pasado...

Suelta una risa relajada, cosa que no ayuda para nada, la verdad.

—Ha sido la mejor mamada que me han hecho, deberías estar orgullosa, no avergonzada.

—Pero no quiero que pienses que yo... que yo...

—¿Que tú qué? Me gusta que de vez en cuando te desates y hagas cosas que nunca habías hecho. Quiero la Jo recatada y la Jo fiera, ya te dije que me encantaba tu dualidad.

Respiro tranquila, hasta que proceso todo lo que me ha dicho.

—¿Cómo sabes que es la primera vez que lo hacía?

—Has empezado tanteando el terrero, ibas haciendo a medida que estudiabas mis reacciones, y al final ibas mucho más resuelta. ¿Vamos a cenar?

—Vamos —expreso, más relajada.

Pero en cuanto llamamos a la puerta, y me abre Alison con una expresión de horror, sé que no ha sido tan buena idea como creía.

—¿Qué ocurre? —pregunto mientras entramos al recibidor y nos quitamos los abrigos, colgándolos en la percha.

—Mamá está eufórica. Pensaba que no había nada peor que mamá disgustada, pero me equivocaba.

—¿Eufórica? —pregunto, descolocada.

—Ha venido Kay, y veo que tú has traído al americano. Así que imagínate, ya

piensa que la próxima primavera va a tener boda en el jardín. Ha rechazado incluso los de las filmaciones porno para el mes de junio.

—¿Filmaciones porno? —repite Frederick.

Lechuguino, esto no tendría que haberlo sabido.

—Oh, la casa es tan grande que a veces alquilan el ala norte para filmaciones de películas etc, y los que más pagan son los de las películas pornográficas. Pero eso yo no te lo he contado, mamá lo tiene en el más riguroso secreto —le cuenta Alison.

—Esas cosas Jo tampoco me las cuenta —dice medio sonriendo Frederick.

—Ya me lo imagino. ¿Queréis una copa de vino? Vais a necesitarla cuando mamá empiece con los arreglos florales.

Asiento, firmemente convencida de que, si después de esta noche Frederick Ross sigue queriendo estar conmigo, es que me ha tocado la lotería.

Al pasar al comedor, veo que papá está ya sacando su colección de pistolones, su hobby favorito después del tabaco, y cómo mamá está echándole bronca por hacerlo.

—Jo, por fin llegas. Dile a tu padre que deje esas armas, cualquier día de estos se le dispara una y tenemos un disgusto.

—Helen, no están cargadas. Mira, no pasa nada.

Es entonces cuando papá apunta al techo y dispara el arma. Pero sí estaba cargada, y todos nos quedamos callados viendo cómo papá agujerea el techo.

—¡Te lo he dicho! Guárdalas ahora mismo.

Alison empieza a reírse con fuerza y todos empezamos a hacerlo menos mi padre y mi madre.

—Creía que era yo el del salvaje oeste —susurra Frederick en mi oído.

—¿Mi madre te dijo eso?

—Lo insinuó, pero luego me la metí en el bolsillo.

Madre mía, esto va a ser más difícil que la semana de la moda en París y

lidiar con las *influencers*.

—Si quieres podemos huir —digo, dando una vía de escape.

—Ni hablar, ya he presenciado una discusión y un disparo... y acabamos de llegar.

Parece que todo eso le divierte, sorprendentemente, cosa que no me esperaba.

—Sentaos todo que ahora traigo los aperitivos —ordena mamá.

Así lo hacemos, porque mamá cuando quiere es de armas tomar y mejor no retarla cuando alguien previamente, véase mi padre, la ha enfurecido por algo, véase agujero en el techo.

—Entonces Kay, ¿vuelves a irte de gira? —pregunto, sin pensar que puede ser un punto de discusión entre él y mi hermana.

—De momento no, vamos a quedarnos aquí y empezar a componer para el nuevo disco.

—Y eso de los discos... ¿vende? —pregunta mamá sin estar del todo segura, mientras le alargaba un canapé de salmón a Frederick.

—El último tres millones de copias.

Mamá se atraganta con el agua al escucharlo.

—Eso son muchas copias, está muy bien. Ya vendremos a alguno de los conciertos, ¿verdad John?

Papá termina de masticar la aceituna con cara de cordero degollado.

—Helen, es música para jóvenes. No creo que sea lo tuyo.

—¿Lo mío? Tú bailabas con los Beatles en garajes mientras yo iba a los conciertos de Serge Gainsbourg y France Gall. Allí probé los porros y el alcohol.

—¡Mamá! —exclamo, sin poder creerlo.

—Voy a traer el pollo, es de una receta de Jaime Olivier, un chico encantador. Pero la salsa es de Julia Child —dice, guiñándole un ojo a Frederick.

Cuando ha salido hacia la cocina, miro a Ali con cara de terror.

—Tenías razón, está eufórica, es horrible.

Asiente terminándose la copa de vino.

—Si sigo escuchándola, puede que me salga otro tumor en la cabeza.

—¡Ali! No digas eso ni en broma —la regaña.

Por otro lado, es bueno que se lo tome con humor ahora que ya está perfectamente recuperada, y tiene algo más de cabello. Dice que el corte pixie, aunque esté algo pasado de moda, le queda bien.

—Frederick ya no trabaja en la revista —digo en voz alta para cambiar de tema.

—¿Y eso? —pregunta Alison sorprendida.

—Me han ofrecido ser el director de un nuevo periódico y he aceptado —explica él—. Le he dicho a Jo que si quería apuntarse, pero no ha querido.

—Ratoncita, si tú siempre has querido trabajar en un periódico —se queja papá.

Parece que el mote le hace gracia a Frederick porque ladea la sonrisa.

—Pero no quiero que Frederick sea mi jefe. Además, estoy bien en la revista.

Tengo amigas, ¡amigas!, y de verdad. Estoy a gusto, solo espero que el nuevo jefe no sea difícil.

—¿Y tú, osita? ¿Cuándo vuelves al trabajo? —le pregunta mi padre a Alison.

—Dentro de dos semanas.

Mamá llega con el pollo al horno y una especie de salsa de mostaza, que resulta estar bastante bueno. Nos saca a todos un sonrojo cuando habla de quién será la primera pareja en casarse, y yo alego que hace menos de una semana que salgo con Frederick (al menos oficialmente) así que va para largo.

Puede que lleve sólo una semana, pero siento que le conozco cada día un poco más, mucho más, y que podría estar toda la vida conociéndole. Y puede también que haga poco más de cinco meses que le conozca, pero siento que es

muchísimo más especial que nadie.

Al terminar la cena, nos despedimos de mis padres y de Kay y Ali.

—Qué nietos más guapos voy a tener —susurra mi madre al darme un beso en la mejilla.

—Mamá... —la regaño, aunque no digo nada más.

La vuelta a Londres es tranquila, al menos eso me parece.

—Así que ratoncita —dice cuando llevamos diez minutos de trayecto.

—Es un absurdo mote por el que me llama papá. Dime la verdad, ¿te has asustado? —pregunto alzando una ceja.

—Creo que no parezco el tipo de hombre que se asusta con facilidad. Se necesita más que un disparo en el techo y anécdotas de juventud de tu madre para ello, ratoncita.

Enrojezco cuando me llama así.

—No hagas eso —me quejo, mirando a la carretera.

—Sabes que tu sonrojo me pierde. ¿Qué música sueles escuchar?

—¿Yo?

—No, Casper. Por supuesto que tú. Además de Whitney Houston, claro.

Recuerdo aquel episodio en el coche, lo recuerdo a la perfección pese a estar un pelín borracha.

—Me encanta Andrea Bocelli. Hace que se me erice la piel cada vez que lo escucho. Sé que canto mal, pero lo hago con ganas —respondo resuelta.

—¿Y el country?

—Mmm la verdad, no he escuchado demasiado, pero *Sweet Home Alabama* hizo mella en mí. Y la película también.

—Voy a enseñarte a apreciar el country, muñeca —responde guiñándome un ojo—. Cuando era joven tenía una banda con mi hermano y otro par de amigos.

Frederick Ross en vaqueros, zapatos y sombrero de cowboy y un micro en la

mano. Cuesta imaginármelo, pero, lechuguino, debe de estar tremendo igual.

—¿De veras? Cántame algo —le pido apagando la radio del coche.

—No era el solista, pero hacía algunos coros. Tocaba la guitarra. Había una que decía: *Oceans of sand, whiskey and my guitar. Finding a lonely heard just mine.*

—Me gusta —decido, en base a la letra porque casi no puedo apreciar la melodía.

De vuelta a mi casa, aparca el coche y sube conmigo, sin dejar de poner una mano en mi trasero.

En cuanto cierro la puerta me coge por el trasero e invade mi boca sin piedad ni tregua. Jesús, me pongo tan cachonda. Esto con Travis no me pasaba, lo digo en serio, me costaba bastante.

Pero con Frederick, basta con una caricia que mi cuerpo se activa y responde a él de una forma que jamás imaginaba.

Lo conduzco hasta mi habitación y cierro la luz, como siempre solía hacer, pero Frederick vuelve a abrirla.

—Quiero verte entera, Jo.

Oh, entera. Puede que no sea la primera vez que me ve desnuda, pero hay ciertas cosas, ciertos miedos y complejos que cuestan de desligar.

—Frederick, quiero...

—¿Qué quieres? Pídemelo, Jo, no tengas vergüenza. Dios, voy a quitarte la vergüenza a lametazos en tu vagina, a besos en tus pechos y a caricias en tu trasero.

Eso es mejor que Shakespeare, podría tener un orgasmo sólo escuchándole decirme esas cosas.

—Quiero que me digas todo lo que piensas, en todo momento —susurro, sabiendo que es una petición de lo más extraña, pero es lo que quiero.

—Pienso que tu extraña familia es divertida y acogedora, me rio mucho con

ellos. Me hacen sentir un poco como en casa.

Mientras dice esto, acaricia mi nuca con delicadeza, paciencia y dedicación. No se detiene, y continúa hasta el cuello.

—¿Echas de menos a tu familia?

—Lo he hecho hoy, un poco —confiesa.

Me pierdo en sus ojos oscuros que desmenuzan cada parte de mi alma, detienen mi corazón y hace que vuelva a palpar de nuevo con fuerza.

—Desnúdame —murmuro, tragando saliva con fuerza, tragándome esa vergüenza que no debería tener.

—A tus órdenes, ratoncita.

14 de Abril

Diario, hoy es domingo así que nada más levantarme de la cama, me pongo la bata -ya que después de una noche algo movidita me quedé completamente dormida sin ponerme el pijama después- y salgo para coger el periódico en el pasillo de la escalera.

Frederick sigue durmiendo, así que aprovecho para hacer un desayuno de domingo, con zumo de naranja y crepes con chocolate y plátano.

A veces pienso en que, si el resto de mi vida va a ser así. Me refiero a que, si los domingos serán así de apacibles, hay cierta tranquilidad en un desayuno de domingo. No sé cómo explicarlo, pues todo está en silencio, aunque haga sol o llueva, estás de buen humor. Te desperezas poco a poco, no hay ningún tipo de prisa. Y si te despiertas con alguien a quien adoras y que sabes que va a quedarse contigo el resto del día ya el domingo es sublime.

Cuando noto un beso en mi mejilla, cierro los ojos dejando por un momento que el agua siga cayendo, aunque me detenga de lavar la paella. Pero no se

detiene, sigue dejándome un riego de besos en la oreja hasta llegar al cuello.

—No pares por mí —susurra, mientras sus manos navegan libres por mi cintura, desabrochando la bata.

Ante tales caricias, es difícil continuar lavando la paella, pero lo intento. La cosa se vuelve del todo improbable al subir desde la barriga hasta mis pechos, que tienta al principio con tiernas caricias hasta apretarlos estimulándome los pezones.

—Fre...de...rick —logro decir.

Lechuguino, estas cosas son las que desatan esa persona sin complejos ni demonios que se entrega a la lujuria sin importar el aspecto que traigo, que ahora mismo es de recién levantada.

—Me gustan tus piernas firmes, y tu trasero respingón. Y el color rosa de las uñas de los pies.

Se apega a mi espalda, encaja su pecho y también me percató de algo abultado que va in crescendo sobre el trasero. Oh, ya sé lo que es. Entonces muerde ligeramente el cartílago de la oreja y yo jadeo, porque es imposible no empezar a ponerse muy muy caliente. Sigue besando mi cuello y dándole lametazos mientras no le da tregua alguna a mis pechos.

—Continúa, no pares por mí —dice, refiriéndose a la paella.

Mis movimientos automáticos hacen que termine de enjabonarla mientras sus dedos siguen acariciando mis pechos sosegadamente, rodeando la aureola hasta llegar a mis pezones de nuevo, que empiezan a ponerse duros. Es cuando los aprieta con algo de fuerza y aquí ya tiemblo, mi parte baja está palpitando.

—Estoy delirando —exclamo después de un gemido contundente.

Con la boca, me quita la bata quedándome completamente desnuda. Por fin enjuago la paella y la dejo en el salpicadero mientras su mano derecha sigue hacia abajo hasta mi vagina. Noto cómo deja ir un gruñido cuando su dedo índice llega a mis labios.

—Tus delirios son mi parte favorita del desayuno —me susurra al oído—. No te muevas, no separes las manos del fregadero.

A continuación, su boca para atención a mi nuca, la besa, la lame y la muerde como nunca nadie ha hecho mientras que sigue con la mano izquierda acicalando los pezones y con la derecha lisonjeando la vagina hasta que introduce un dedo en ella, volviendo a jugar con mi clítoris que de seguro está hinchado y muy húmedo. Qué digo, chorreando porque estoy notando cómo bajan mis efluvios a borbotones.

No entiendo cómo puedo excitarme con tal rapidez, es algo que siempre me ha costado horrores, pero con él ... es algo muy natural, rápido y eficaz que me cuesta de entender. Frederick parece entenderme a la perfección, entender qué es lo que me excita, qué botón de mi cuerpo encender para sentirme de esa forma. Parece que alguien le haya dado un mapa de mi cuerpo y se pasee a su antojo sin perderse, cuando yo misma carezco de él.

—Rick, quiero...

—Déjate llevar.

—Pero voy a ...

Lechuguino, voy a correrme en menos que cante un gallo.

—Hazlo —responde, hundiendo más los dedos y abarcando más mis labios.

Entonces exploto, gritando y constriñendo mis paredes hasta llegar al éxtasis. Con el corazón palpitando, apoyo la cabeza en su pecho buscando su mirada, y la encuentro. Está sonriente, hay un orgullo en su brillo que me encanta, que me hace ver que no debo avergonzarme de nada.

—¿Desayunamos? Esas crepes tienen una pinta magnífica —exclama volviéndome a poner la bata.

—Mmm, de acuerdo —susurro, sorprendida.

—¿Qué pasa? —se gira, sorprendido.

—Sólo... pensaba que aún no habíamos terminado —exclamo, y,

sorprendentemente, me apego a él y le doy un beso en los labios despacio, recreándome.

—Eso ha sido solo el principio, ratoncita, pero necesito comer algo para seguir —confiesa.

—De acuerdo.

Nos sentamos en la mesa de la cocina devorando las crepes.

—¿Tienes *Facebook*? Te busqué, pero no te encontré —le pregunto con cierta timidez.

—No tengo, no me gustan las redes sociales. ¿Por qué?

—Quería saber cosas de ti —confieso, porque en realidad, lo deseo fervientemente.

Aunque hace meses que le conozco, es tan hermético que prácticamente las cosas que sé de él se pueden contar con los dedos de la mano.

—Puedes preguntarme lo que quieras. ¿Qué es lo que ronda por tu cabeza? ¿Qué quieres saber?

—Todo —digo, siendo sincera.

—Creo que todo lo importante ya lo sabes, pero si te refieres a mis hobbies, mis películas, mi música favorita, mi estilo de vida... quizás te lleves una sorpresa, no soy tan interesante.

Trago el trozo de crepe y bebo del zumo de naranja pensativa. ¿Qué Frederick Ross no es interesante? Inaudito.

—Por supuesto que eres interesante —susurro, algo molesta.

—Puede que así te lo parezca, pero... no quiero que te hayas hecho una idea equivocada de mí, que me hayas puesto en un lugar idealizándome y luego resulte que no soy como pensabas. No voy a ser quién no soy, solo quiero que lo sepas.

Me pongo en pie y me siento sobre él sin dudarlo.

—¿Puedo? —pregunto después de hacerlo, con algo de timidez.

—No tienes ni que preguntarlo.

Estoy sentada sobre su regazo, él solo lleva los calzoncillos puestos y está sublime, la verdad es que su sola presencia sigue poniéndome nerviosa. Cuando lo hago, pone su mano derecha en mis rodillas.

—No entiendo qué quieres decir con esto.

—Es que me da la sensación de que piensas que soy fantástico y maravilloso, y son un tipo normal, Jo. Creo que piensas que no me mereces por cómo te comportas, y no es así. Es más bien al revés, porque eres más joven que yo, eres preciosa, inteligente y con una carrera fantástica por delante. Y yo... he perdido la ambición, sólo quiero un trabajo que me llene, un trabajo estable y tener los fines de semana para mí y pasarlos contigo, ¿me entiendes?

Sonrío, pero niego con la cabeza.

—¿Y por qué piensas que eso para mí no es la perfección absoluta? Nunca he sido ambiciosa en el trabajo, en realidad no he sido ambiciosa en ningún aspecto de mi vida. Ya te dije que mis estándares en cuanto a los hombres son muy bajos, y tú cumples todos y cada uno de los requisitos que hay en mi lista de mi hombre ideal.

—Así que tienes una lista... ¿y cuáles son? —pregunta, mientras sigue acariciando mis rodillas.

—En primer lugar, que sea inteligente.

—No quiero ser creído, pero tonto no soy.

—Ajá. En segundo lugar, que pueda haber esos silencios que no sean incómodos, ¿sabes a lo que me refiero?

—Sí. ¿Qué más? —insiste.

—Que podamos hablar de todo durante horas sin aburrirnos. Que le guste leer, ir al cine e ir al teatro.

—¿Y...?

—Ya está —respondo.

—Claramente cumplo todos los requisitos de la lista, pero es extremadamente corta.

Me encojo de hombros, y me inclino hacia el lado derecho para apoyarme en sus hombros. Siento cómo su erección aún no ha disminuido.

—Hay una cosa que no cumpliste. Y es que me siento intimidada por los hombres que son demasiado atractivos y tú eres uno de ellos, pero no puedo hacer nada al respecto, me enamoré de ti.

—Me siento alagado que pienses eso, porque créeme, soy del montón, soy el menos atractivo de mi familia. Pero me alegro de que no te gusten los tipos atractivos, así serás inmune a ellos. Y ahora voy a llevarte al sofá, y terminaremos eso que hemos empezado antes, ¿te parece?

—Por favor —gimo ante su beso descontrolado y dominante.

¿He dicho ya que me gustan los desayunos de domingo?

16 de Abril

Vuelve a ser lunes. Va a ser el primer lunes desde hace muchos meses que no voy a ver a Frederick pululando por la revista.

En parte es un alivio, pues cada vez que lo veía el corazón me daba un salto y a veces no podía pensar con claridad.

Abro mi armario, en busca de algo decente. Y con decente me refiero algo diferente de lo que suelo llevar. Me quito el pijama, quedándome completamente desnuda delante del espejo de cuerpo entero. Me observo de arriba abajo, dándome cuenta de que nunca he estado gorda, de que puede que no sea un maniquí, pero soy una mujer de carne y huesos.

Qué más da si, según los cánones de belleza me sobran tres o cuatro o seis kilos, qué más da si según los anuncios de lencería, no soy apta para ponerme

un tanga. Habrá otras chicas que se consideren demasiado delgadas con demasiado poco pecho para ponerse ciertas camisetas, y otras que se consideren demasiado anchas. Nadie es perfecto, puede que incluso las que tienen un cuerpo perfecto como Erica, tengan sus complejos.

Se acabó, no pienso esconderme nunca más detrás de una camisa dos tallas más grande, o de unos pantalones demasiado anchos, no pienso volver a ser invisible. Voy a vestirme como yo me vea bien como como me dé la gana. Voy a ponerme estos pantalones negros pitillo, que siempre dejaba en el fondo del armario porque me daba vergüenza llevarlos, ya que marcan el trastero, y esta blusa de color rojo, color demasiado chillón, razón por la cual nunca usaba.

9.10: Acabo de pisar la revista, y me han mandado llamar al despacho de la directora de la revista. Esto no puede ser bueno, o eso es lo que mi cerebro está pensando.

Pero no puedo dejar amedrentarme, no señor. Sea lo que sea, cabeza alta.

Llamo a la puerta de su despacho y espero a que me dé permiso para entrar. ¿Qué querrá? Quizás ha descubierto la relación que Frederick Ross y yo mantenemos y va a despedirme. Calma Jo, no tiene sentido porque precisamente ahora, Frederick ya no trabaja aquí. De todas formas, puede que me regañe por ello igualmente.

—Jocelyn, pasa por favor. Toma asiento.

Camino decidida hasta su mesa y me siento en una de las elegantes sillas que tiene. Ese despacho, a diferencia que el de Ross, tiene un toque personal, es más acogedor. Claro que Frederick sabía que lo suyo era temporal y por eso no te molestas ya en decorarlo.

—Usted dirá —respondo, intentando no parecer nerviosa.

Lechuguino, estoy intentándolo, pero no sé si funciona.

—Como sabes, el puesto de jefe de redacción está vacante, y el anterior jefe

nos recomendó tu candidatura a él. Hemos preferido no contratar a nadie nuevo, y así incentivar a la gente de la revista a que aspire a nuevos puestos, así que, enhorabuena.

No logro reaccionar a lo que la señora me dice. Me están ascendiendo, no despidiendo. ¡Me están ascendiendo! Y en el puesto de redactora jefe, es decir, el puesto que tenía Frederick Ross. De golpe, miles de dudas me asaltan, ¿lo haré bien? ¿Seré una buena jefe de redacción? ¿Sabré mantener mi autoridad? Esto último sin duda que no. Maldito Ross, no me dijo nada, ahora no estoy preparada para ello.

—Vaya, ha sido inesperado —confieso, para que se dé cuenta de que no tenía ni idea.

—Lo sé. No te preocupes, puedes asimilarlo mientras te instalas en tu despacho.

Mi despacho.

Lechuguino, esto es la pera limonera.

10.30: Mi despacho era el despacho de Frederick, sí, el de la dimensión blanca y negra. El mismo donde tiene aquel sillón en dónde ... uff, prefiero no mencionarlo. Acaba de venir el decorador y le he dicho que la distribución está bien, pero que quería algo más cálido, sin especificar.

Eso sí, que aquel sillón querría conservarlo. Y el cactus ya está encima de mi mesa.

—¡Joder! Si no fueras la mejor, achacaría tu relación con el ex jefe a tu ascenso —incide Regina cuando ella y Erica entran en mi despacho.

—Lo bueno es que ahora no tendremos que hacer nuestras reuniones privadas en el baño —reconoce Erica.

—Esto me lo esperaba, la verdad —reconozco—. Creo que voy a ser una pésima jefa.

Esta duda me está carcomiendo por dentro, lo digo en serio.

—¿Qué dices? Un jefe de contenido suele empujar a que los redactores tengan buenas ideas, escriban sobre cosas innovadoras... no es tan difícil. Además, todos te queremos, eres la jefa ideal.

—Muy cierto —le da la razón Regina—. Ahora podrás corregirme las cosas sin que nadie te riña, y lo harás en calidad de jefe. Y el ambiente no será tan tenso como con un desconocido.

—No estoy yo muy segura.

—Lo harás bien, Jo. Por cierto, antes de que os llegue algún rumor extraño sobre el tema, es verdad, me he cepillado a Wayne en el baño —confiesa Erica, cambiando de tema radicalmente.

—Pero ¿no tenía novia? Una modelo, dijiste.

—La novia impone, pero no impide, Jo. ¿Para repetir? —dice Regina alzando una ceja.

—Ni hablar, ha sido cosa de una sola vez. Para quitarme el gusanillo, y no ha sido para tanto. No soy mujer de un solo hombre.

Entonces Regina se echa a reír descaradamente, y no entiendo por qué.

—Repetirás. Te gusta el fotógrafo, Eri. Por cierto, ¿qué le dijiste a Lilian?

Oh, un tema peliagudo. Tema que se me había olvidado por completo.

—Yo, nada. Pero encontré en mi ordenador ciertas conversaciones entre ella y Travis porque un día se dejó abierto lo de los mensajes, y Frederick la llamó.

—¿Y qué le dijo?

—Que nos dejase en paz. Y que no saldría con ella ni, aunque fuera la última mujer en la tierra, o algo parecido.

Erica empieza a aplaudir mientras Regina sonrío.

—Punto para el *yankee*.

—Creo que... hemos dejado de ser amigas —confiesa Regina—. Pero a ver, ¿me estaba chantajeando! Y las cosas de las amigas no se cuentan —dice, algo

alterada.

No voy a ser yo quien defienda a Lilian, porque uno, no creo que tenga defensa posible, y si la hay, no se la veo, y dos, me llamó gorda, no sólo en privado sino en público y se tiró a Travis mientras estábamos saliendo, y encima quería salir con Frederick.

—Normal. Vamos Regie, ¿no tienes suficiente conmigo? Soy una acaparadora de cuidado —intenta animarla Erica.

—No es eso, sólo que siento pena porque éramos amigas desde el colegio. Si me lo paso genial con vosotras, de hecho, me siento más a gusto que con ella. Y, os pido disculpas si alguna vez me he comportado mal, puedo ser un poco mala a veces.

—Disculpas aceptadas —respondo.

Al fin y al cabo, saber perdonar es un arte que sí tengo.

—Qué remedio, estás demasiado loca como para no ser mi amiga —dice Erica, y no sé si bromea o si no lo hace.

18 de Abril

Hay cosas en la vida que no piensas que vayan ocurrirte jamás. Algunas esas cosas son las que ves en las películas, como la chica que se enamora del chico más popular y acaba siendo correspondida, o aquella chica de pueblo que se presenta unas audiciones en la gran ciudad y acaba siendo una estrella. Pero también hay cosas indeseadas, cosas que vienen implícitas con el sexo.

Solo he tenido relaciones íntimas con dos personas, Travis, mi ex novio y Frederick Ross, con quién mantengo una relación cuyos límites y denominaciones son desconocidos, pero tampoco me quita el sueño, ya que ha quedado patente que le gusto y que quiere estar conmigo y ha venido a cenar a

mi casa con mi familia.

Sí, ahora el diario está plagado de corazones. Pero no es eso lo que quiero decir ni lo que me preocupa.

Sin rodeos: tengo un retraso.

Estoy seriamente preocupada diario, porque yo soy puntual, como un reloj. En todo. Y ahora la regla no me baja. No debería estarlo, me tomo las anticonceptivas desde los dieciocho años porque así me duele menos, pero tuve un ligero descontrol el día en que me emborraché. Vaya, que me la tomé un día después de lo que tocaba. Y el día que me quedé a dormir en casa de Frederick Ross también se me olvidó. Y con la operación de Ali... también se me olvidó.

No estaría preocupada si en el acto hubiese habido gomita de por medio, cosa que siempre se ponía Travis por seguridad. Pero no.

Sé que tengo que hacer para quedarme tranquila, comprarme la prueba y acabar con mis paranoias.

Erica y Regina entran en mi despacho de golpe, cerrando la puerta.

—¿Qué os pasa?

—Hemos leído tu mensaje. ¿Cuál es la emergencia? —pregunta Regie.

—¿Problemas en el paraíso?

—Es... delicado.

—Te lo dije, no es nada urgente —le dice Erica a Regie—. ¿Es su cumpleaños y no sabes qué regalarle? ¿te ha dicho te quiero y tú te has quedado muda de golpe?

—Sí que es una emergencia, y no nada de lo que dices —digo, visiblemente ofendida—. Tengo un retraso.

—Coño, sí que es fuerte entonces —me da la razón.

—Un retraso no quiere decir que estés embarazada, puede ser debido al estrés —me tranquiliza Regina.

—Hazte la prueba antes de alarmarte —sentencia Erica.

No puedo estar embarazada, por múltiples razones. La primera, que Frederick Ross y yo acabamos de empezar una relación, sería como comenzar a construir una casa por el tejado y no, es demasiado pronto.

Segundo, siempre he dicho que quería ser madre, pero quería serlo después de casarme, teniendo una relación totalmente estable.

Y tercero, creo que aún no tengo la confianza suficiente en mí como para saber cuidar de un bebé. ¿Sería una buena madre? No estoy segura.

—Esto me pasa por no pensar las cosas antes de hacerlas —me reprocho a mí misma.

—Tampoco te flageles, estas cosas pasan. Esos sí, cuando lo hagas a pelo tómate la píldora del día después.

—¡Sí me estaba tomando las anticonceptivas! —exclamo.

—Tranquila Jo, ahora mismo voy a la farmacia y te compro una prueba —exclama Regina.

—Oye, hay muchas posibilidades. Puedes tener al bebé o no —explica Erica.

—Un aborto nunca es fácil, y puede haber consecuencias —responde Regina toda seria.

—No tengo ganas de discutir esto antes de saber si estoy o no preñada —pongo orden.

—Voy a por la prueba, ahora vengo.

Asiento, dejándome caer en el sillón. Una vez Regina ha salido del despacho, Erica habla.

—¿Crees que le pasó algo? Me lo ha parecido por cómo lo ha dicho, y lo sería que estaba.

—Es posible. Sé por Travis que el padre de Regina es un político importante, y que su colegio era bastante estricto y religioso, de monjas.

—Oh, entonces ya entiendo por qué quiere casarse.

—Ah, ¿sí?

—Es lo que le han inculcado siempre. Un marido perfecto, una casa en las afueras, millones de críos correteando por el jardín...

—No crees que Regina quiera esto.

—Por supuesto que no. Regina está hecha para triunfar, brilla por sí misma, no debería de trabajar en esta revista, aunque tú tampoco. Ya puestos, ni yo.

—Me gusta este puesto, decidir sobre qué se escribe es muy gratificante. Además, puedo hacer mis artículos como me dé la gana sin responder ante nadie. Yo dicto el contenido.

—Visto así, tienes razón. Ahora que eres la jefa, puedo discutir las cosas contigo sin tener que reprimirme.

No sé cuánto tiempo pasa, pero a mí me parece una eternidad hasta que Regina aparece y las tres terminamos en el baño, yo dentro de uno de ellos mientras me concentro para que me salga el pis y poder salir de mis dudas existenciales.

—¿Abrís el grifo? No me sale, creo que estoy demasiado nerviosa —les pido.

—No puedo creer que hayamos terminado otra vez con las reuniones en el baño, ahora que teníamos un despacho —se queja Erica mientras abre el grifo.

—Relájate, piensa que estás en el spa, a punto de darte un masaje relajante.

—No me gusta que un desconocido me toque —respondo, siendo verdad.

Por fin el líquido empieza a salir. Salgo del baño con el aparatito en la mano, contando los minutos.

—Por lo que más quieras, no le pongas Frederick si sale positivo —susurra Eri.

—No estás ayudando, ¿no ves que la pobre lo está pasando mal? —le riñe Regina.

Respiro hondo mirando el reloj. Ya es la hora.

—¿Y bien? —preguntan las dos cuando ha pasado el tiempo determinado.

—Negativo —exclamo, aliviada.

No estoy preparada para tener un bebé, y creo que Frederick mucho menos.

Pese a todo, sería bonito.

No, Jo, ahora no, es lo mejor.

20 de Abril

17.30: Estoy en el grupo de apoyo de nuevo. No quiero dejarlo, siento que he avanzado un montón, que me hace bien estar aquí, y en parte me siento comprendida y apoyada.

Soy consciente de que tener a Frederick diciéndome lo maravillosa que soy para él me sube la moral, pero el problema es que no termino de creérmelo. Así que he llegado a la conclusión de que el problema está en mí, lo tengo yo, está en mi mente y quiero que desaparezca. Quiero tener la suficiente confianza en mí mismo como para mirarme al espejo y decir: hoy estoy guapa. Estamos sentados como siempre en una redonda perfecta. Ya hay gente que conozco, como Lana, una chica menuda que tendrá más o menos mi edad, Lucas o Jonathan.

Esta vez, me levanto para hablar.

—Ho-hola a todos. Soy Jocelyn, Jo. Desde que era pequeña soy tremendamente insegura. Antes estaba algunos kilos demás como llevaba gafas, aparatos en los dientes y tenía algunos granos, así que en el colegio popular, más bien al contrario. Esto destruyó totalmente mi autoestima, hasta el punto de volverme retraída y antisocial. En la universidad casi no me relacione con mis compañeros, me limite a sacarme la carrera. No ha sido hasta hace poco que he encontrado gente que me valore, amigas en el lugar donde trabajo. Tuve un novio durante un par de años, pensaba que teníamos

una buena relación, aunque no le quería demasiado, pero me equivocaba. Ahora me doy cuenta de que estaba conmigo solo porque se conformaba. Pero todo cambió cuando conocí a Frederick. Él ... me escuchaba, le importaban mis opiniones, vio más allá de mis inseguridades. Le quise por eso, y luego me enamoré de él. Y aunque sigue diciendo que soy maravillosa, yo sigo pensando que no. Vivo con el miedo en que llegue el día en que despierte, y se dé cuenta de que no lo soy. Quiero escucharle y creérmelo.

Me siento automáticamente. No me creo que haya dicho eso delante de esas personas. Pero nadie me mira raro, al contrario, sus miradas son de comprensión, de entendimiento.

—Eso es algo común Jo. Como tú, muchos de nosotros hemos sentido el rechazo, y ese rechazo cala en nuestra mente, llegamos a creernos que no somos merecedores de que alguien nos quiera. Pero es falso, no debes dejar que esto envenene tu mente. Haz una lista de cosas por las cuales crees que vales la pena, y léela cada día. Léetela delante del espejo, Jo, porque todos y cada uno de nosotros valemos la pena.

Valgo la pena.

20.45: La vida es maravillosa, diario. No exagero cuando digo que hemos estado hablando tres horas sobre nuestras películas favoritas mientras cenábamos. Ambos hemos coincidido que *Casablanca* es una de las mejores películas de todos los tiempos y que *El diario de Noah* está sobrevalorado. Siempre que veo *Casablanca*, me pongo triste pero feliz. Es contradictorio, lo sé, pero eso inevitable.

Hay veces en las que, por mucho que queremos dejar de hacerlo, no podemos dejar de amar a alguien. Lo retenemos en nuestra cabeza y en nuestro corazón, aunque sepamos, en el fondo, que aquel tren ya pasó. Pero hay historias que no terminan y nunca lo harán, historias que por alguna razón nos dejan pendientes

de una segunda parte, un capítulo siguiente. Esperamos y esperamos, incluso seguimos esperando sin darnos cuenta de que algo ocurra y que aquello continúe. Pero las cosas siempre terminan por una razón, ¿no? Y esa razón normalmente es la que termina truncando la relación de primeras, y también lo hará de segundas.

Leí en alguna parte que hay personas que están destinadas a amarse, pero no a estar juntas, cosa que personalmente me entristece muchísimo. Es muy difícil de aceptar, de comprender que a veces el amor no es suficiente, que la vida no es perfecta y que hay miles de cosas más que, aunque no debería, son más importantes o más poderosas.

Siempre he querido creer que el amor todo lo puede, pero *Casablanca* es un claro ejemplo de que no es así, pero está bien, porque el amor no lo es todo en esta vida.

O sí, pues eso es lo que se dicen las personas que no pueden tenerlo como premio de consolación.

—¿En qué estás pensando? —pregunta mientras caminamos por *Regents Park*, y aunque estamos algo lejos de su piso, me apetece andar un rato.

—En la conversación que hemos tenido.

—¿Qué parte? Hemos hablado de muchas cosas, desde el amor, pasando por mi triste adolescencia de ídolo musical de provincia hasta lo bonita que estás esta noche.

Si algo tiene Frederick, es la capacidad de dejarme sin aliento con tan solo cuatro frases bien dichas.

—Sigo esperando escuchar alguna de tus canciones, y no me refiero solo a tres estrofas. Quiero averiguar algo —confieso.

—¿El qué, pequeño ratón? —susurra embadurnándome de su cálido aliento en mi nuca.

—Si realmente lo hacíais bien, u os seguían por vuestro atractivo.

—Mujer de poca fe. No sé si puedo molestarte contigo por esto. Pero no lo hacíamos tan bien como para llegar a ser famoso, pero tampoco tan mal como para tirar solamente de nuestro atractivo masculino.

—Entonces, os lanzaron muchos sujetadores al escenario —deduzco, divertida.

—Alguno que otro —dice, haciéndose el interesante.

—Tus novias de entonces no estarían muy contentas —empiezo a decir, a riesgo de meterme en terreno pantanoso.

Percibo su mano que entrelaza la mía, y no puedo evitar sonrojarme un poco. Esas muestras de cariño en público son nuevas para mí, nunca lo hice con Travis, a mí me daba vergüenza y a él ... supongo que le daba igual.

—No tuve muchas, pero tenía mi público. Mi primera novia se llamó Nancy. Era un poco deslenguada, teníamos diecisiete años y muchas ganas de experimentar. Después de un concierto me pidió que le firmase la camiseta por la espalda, así que lo hice. Luego se giró y me besó, así nos conocimos.

—¿Te besó sin más? —me escandalizo.

—Así es. Era lo suficientemente atractiva así que dejé que lo hiciera.

—¿Y qué pasó luego?

—Le dije que, si quería seguir besándome en el coche, y aceptó. Con ella perdí mi virginidad —confiesa.

Es alentador. De acuerdo, no lo es en absoluto, pero al menos no vivió un romance tórrido y atormentado e inolvidable con alguien.

—¿Y tus padres qué pensaban sobre Nancy?

—Nada, no supieron de su existencia. Siempre he sido muy celoso de mi intimidad. Tampoco hubo ninguna chica tan importante para mí.

Es entonces cuando, de la nada, me lanza hacia la derecha encontrándose mi espalda sobre el tronco de un árbol, y a Frederick frente a mí con esa cercanía que me pone tan nerviosa.

—Al menos tu madre no te insiste en que te cases que se te pasa el arroz —susurro.

—Lo hace. Ahora menos cuando le dije que estaba saliendo contigo. Y no pongas esa cara, Jo Foster, que ya te lo he dicho muchas veces.

Pone las manos en mi cintura rozando la pelvis en la mía.

—¿El qué?

—Que eres especial para mí. Dime una cosa, ¿has visto *Historias de Filadelfia*?

—Sí.

Es una película en blanco y negro, de Katherine Hepburn y Cari Grant, una comedia con grandes diálogos, divertida y romántica.

—¿Crees que la protagonista logra madurar al final? ¿Es creíble que vuelva con él, que supere todos sus miedos, sus temores?

—Para mí, lo es —afirmo—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque a veces siento que he sido un crío toda mi vida, y que en eso del amor tengo mucho que aprender. ¿Tendrás paciencia conmigo, Jo? Estoy intentando dejar todo ese miedo a un lado —confiesa—. Hacerlo bien, ¿sabes? Me pongo de puntillas y llego hasta sus labios, dejando un beso en ellos inesperado.

—Nadie me ha querido tanto, Rick, ni tan bien como tú.

Me sujeta de la nuca besándome en la oscuridad de la noche, igual que si ambosuviésemos quince años y fuese la primera vez.

Puede que a los quince años nadie me besase, pero si tenía que llegar a eso, estoy más que satisfecha.

Esta tarde he llegado agotada de la revista y parece que Frederick también, así que hemos decidido pasar de cocinar, y pedir algo para llevar.

—¿Sushi? ¿Qué te parece?

No soy un amante del pescado crudo, pero ya que hace mucho tiempo que no como, acepto.

—De acuerdo. ¿Sabes algún sitio?

—Yo llamo.

Diario, no se puede ser más feliz. Lo digo en serio, eso de ser la directora de redacción no es tan malo, sigo haciendo artículos solo que esta vez decido yo qué poner y qué no. En realidad, somos todos un equipo. Le dije a Frederick que por qué no me había dicho nada y alegó que "no habrías aceptado, así que mejor darlo por hecho".

Y puede que tenga razón, aunque sigo yendo a las sesiones en grupo y me he atrevido a hablar, siento que doy pasos de caracol, pero cuando miro hacia atrás, me siento orgullosa de mí misma, de lo que he logrado.

Cuando el sushi llega, nos ponemos frente al televisor a comer los *nigiris* de atún, salmón, aguacate y otras cosas mientras vemos *Baby Driver*.

Entonces suena su teléfono. Lo tengo al lado y se lo paso, e inevitablemente leo el nombre de la pantalla: Amanda.

Lo mira y cuelga sin pensar y sin decir nada. ¿Quién leches será Amanda?

—¿Cómo ha ido el día, ratoncita? —pregunta sonriendo.

Sí, ese estúpido mote se ha vuelto su favorito. Pero no me molesta, en realidad en secreto, me gusta, pero finjo molestarme cuando lo dice.

—Bien, soy una jefa muy querida. Será que no impongo ni pizca de miedo. Lo que es más difícil es hacer que los contenidos de los artículos no sean repetitivos con otros.

—En realidad, trabajar en un ambiente amistoso es mejor. Y sobre los

contenidos, no te preocupes si repites alguno, borran los de la web de un año a otro, nadie se va a acordar.

—¿Y el tuyo?

—Muy bien, haciendo entrevistas. Me ha llamado James, mi hermano.

—¿El escritor que vive en Nueva York? —pregunto.

—Qué buena memoria tiene mi ratoncita. El mismo, dice que tiene que venir a Londres unas semanas para promocionar su nuevo libro.

—Qué bien, ¿no? Así podré conocerle.

—Sí.

No se puede estar mejor, o eso pienso mientras me acurruco a su lado oliendo el mejor de los perfumes, el de él. No me hagáis diseccionarlo porque no tengo ni de lejos el olfato de Jean Baptiste Grenouille^[4].

—Rick, ¿te habías imaginado esto?

—¿El qué?

—Esto. Tú y yo bajo las mantas, acurrucados viendo una película.

—No suelo permitirme soñar con estas cosas, pero no quisiera estar en otro lugar —asegura dejando un beso en la nariz.

Cuando dice eso, se me encoje el corazón y una extraña melancolía se apodera de mí. Le abrazo con fuerza, intentando que esa sensación de vacío, de inquietud desaparezca, pero no lo hace.

—¿Por qué no te lo permites? Cuando dices estas cosas no entiendo a qué te refieres —encuentro el valor para preguntarle.

Noto en su pecho un suspiro largo y sentido antes de responderme.

—Le hice daño a alguien y no creía ser merecedor de esto, esto es todo. ¿Tienes frío? —pregunta poniendo la mano en uno de mis pies—. Los tienes helados.

No quiere hablar de ello, está claro, y yo tampoco voy a presionarle.

—Algo. ¿Me los calientas un poco? —pido con cara de pena.

—Un poco.

22 de Abril

Voy corriendo al baño, casi no me da tiempo a llegar cuando echo toda la comida del día anterior. Dios, estoy mareada.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Frederick Ross entrando en el baño mientras me lavo los dientes.

—Sí, algo me sentó mal anoche. ¿Te apetecen unos pancakes?

Me he despertado con la idea de comer pancakes, es como una obsesión que tengo en mente.

—De acuerdo —responde metiéndose en la ducha—. ¿Entras conmigo?

Frederick Ross desnudo es sublime, es lo más bonito que te puedes encontrar en este mundo, lo digo en serio, pero esta vez voy a declinar su oferta porque sigo mareada.

—Será mejor que no, sigo algo mareada.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta antes de abrir el agua, que cae a chorro sobre su increíble cuerpo tonificado.

—Sí —le aseguro.

Si ya sabía yo que el atún crudo me sienta fatal, no sé por qué insisto en comer sushi.

Salgo del baño para hacer los pancakes y la verdad es que estoy algo mejor, y me apetecen, así que me hago uno para mí. Qué demonios, si me muero por un pancake.

Pancakes con sirope de chocolate. Me llama, a gritos, va en serio.

—¿Estás segura de comértelo? No quiero que te sienten mal —advierte Frederick sentándose en la mesa.

—Me apetecen —respondo encogiéndome de hombros.

De golpe para de comer y alza la vista, todo serio.

—Te tomas las anticonceptivas, ¿no?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

Nunca le he hablado de estos temas, pero suponía que lo sospechaba.

—Las tienes en la encimera de la cocina. Jo...

—No —digo con rotundidad, ya sabiendo por dónde va.

—Deberías...

—Ya lo hice, tenía un retraso y para no comerme la cabeza me hice la prueba y salió negativa.

Por supuesto, esto no se lo había dicho, no tenía sentido preocuparle por nada. Creo que me estoy poniendo roja a matar, ya que nunca he hablado de este tipo de cosas con un hombre. Claro que Frederick no es cualquier hombre, es mi... ¿novio?

Lechuguino, es mi novio, ¿no?

—¿Te ha venido la regla?

—Sí. ¿Quieres más pancakes? —respondo cambiando de tema radicalmente.

—No me cambies de tema, Jo —dice él cruzándose de brazos.

—¿Por qué estamos hablando de eso? Es ... Incómodo —puntualizo.

—No entiendo porque, es algo natural. Pues ayer no noté que la tuvieras.

Cierto, ayer por la mañana me vino y por la tarde ya me había desaparecido. Pero estas cosas suelen pasar, lo he visto por Internet, cuando estás sometido a grandes dosis de estrés. Y a mí acababan de ascenderme cosa que me ha generado muchísimo estrés.

—Tampoco es que tenga la gran marea roja.

—No te hagas la graciosa, ratoncita. De todas formas, llama al ginecólogo.

—Si así te quedas más tranquilo... —replico resignada.

—Pues sí.

—¿No te gustan los bebés?

Mi pregunta no va dirigida a nada en concreto, es solo una pregunta sin más misterio, pero parece que le busque algún significado oculto que, evidentemente, no tiene.

—¿Estás intentando decirme algo?

—No, sólo preguntaba —específico.

—¿Seguro? —alza una ceja, como sospechando de algo.

—No estoy embarazada. Sería una madre terrible, no estoy lista.

Parece que, de golpe, sus ojos se transporten a otro lugar durante unos segundos.

—No seas exagerada.

12.20: Alison me ha llamado esta mañana, bastante enfadada.

—*No vas a creértelo, se quieren ir de gira, ¡otra vez!* —decía toda indignada.

No es que Kay me caiga mal, pero tampoco es que sea santo de mi devoción, y es por el simple hecho de que es miembro de un conjunto musical bastante famoso y tiene sus rollos de cantantes de rock, y no sé dónde encaja Alison en eso. Quiero a Ali con todo mi corazón, la quiero muchísimo y odiaría que le hicieran daño de nuevo.

—Es su profesión, Ali —respondí resignada.

—*Que ya lo sé, pero coño, que se espere al menos a que me haya crecido un poco el cabello, ¿no?*

—La verdad es que sí, podría esperar un poco —asentí sin saber muy bien qué decirle.

—*Pues no. Pero tampoco quiero montarle aquí un pollo ahora que acabamos de reconciliarnos.*

—¿Y si hablas con él tranquilamente? Dile que te gustaría que estuviese algo

de tiempo contigo, hasta que te hayas recuperado. Deberías probar a hablar las cosas con calma.

—*Está bien, voy a intentar no romperle otra guitarra. ¿Tú todo bien? ¿Qué tal con el americano? Os costó arrancar, pero ahora estáis los dos más empalagosos que nada.*

No tiene sentido negarlo, si hasta creo que se me está poniendo cara en forma de corazón. Me estoy convirtiendo en diabética de tanto azúcar que hay en mi vida.

—Genial. Por cierto, ¿te he dicho que me han ascendido?

—*No. Ya casi no me hablas desde que te tiras al americano.*

—¡Ali! No es cierto, sólo he estado muy ocupada. Y no sólo ... me lo tiro.

—*En fin, te dejo que voy a practicar eso de hablar racionalmente ante el espejo.*

—Un beso.

Esperé que lo de la guitarra fuese pura ironía.

23.00: Diario, estoy en el baño de mi casa escribiendo. Estoy algo preocupada, lo digo de verdad.

Esta tarde hemos ido al cine Frederick y yo para ver *La forma del agua*, una película preciosa sobre una chica muda y una criatura sobrenatural. He llorado, sí, no he podido evitarlo, pero es que es muy bonita.

Total, que cuando me ha traído a casa ha entrado y hemos estado comentando la película mientras hacíamos manitas y yo me ponía súper caliente.

Poder comentar una película de estas características con Frederick es algo que no tiene precio, lo digo yo que con el anterior novio nunca pude hacerlo.

Mientras empezaba a dejar besos en mi mandíbula y yo cerraba los ojos abandonándome a ese inescrutable placer, sonó su teléfono.

Al principio, Frederick no dejó de besarme y el teléfono dejó de sonar. Pero

volvieron a llamarle, y yo en ese momento ya estaba pensando que debía de ser una emergencia, así que a la del brazo hacia la mesa de delante del sofá, y se lo entregué.

Vale, estoy empezando a pensar que soy una maldita cotilla, pero juro que fue sin querer. Sí, vi el nombre de la pantalla, y volvía a ser la tal Amanda.

—Es... Amanda. Lo siento —murmuré de inmediato, tendría que haberme mordido la lengua.

—No es importante —dijo él, poniendo el teléfono en silencio.

Ahora que se ha quedado dormido, puedo dar rienda suelta a mi mente, y no dejo de preguntarme quién demonios es esa tal Amanda. Amanda, es un nombre bonito.

Después de la llamada, no mencionó nada, ni las llamadas, ni a la tal Amanda. ¿Sospechoso? Puede que sí.

A lo mejor estoy haciendo una bola de un grano de arena, a lo mejor es una compañera de trabajo, o su primo, o incluso su madre. Hay personas que llaman a sus padres por sus nombres de pila, no sería tan raro. Pero la duda me está carcomiendo.

Está visto que soy una completa inútil para las nuevas tecnologías, así que queda descartada la búsqueda por Internet de la tal Amanda, además de que no sabría ni por dónde empezar. La segunda opción sería pedir ayuda a Regina, aunque no sé si sería una buena idea. Quiero decir, es buena en eso de las relaciones, pero no sé si realmente quiero llegar hasta el fondo. Es contradictorio lo sé, quiero saber quién es la tal Amanda, pero a la vez, no quiero saberlo.

Porque, diario, hay una gran posibilidad de que sea alguien especial para Frederick.

Y si es así, puede que duela, porque para mí, él se ha convertido en la persona

más especial que puede haber en mi vida.

23 de Abril

Esta mañana he vuelto a tener náuseas y Frederick Ross creo que está asustado. Bueno, y yo también, pero me asusta más el hecho de que él lo esté. Pero es imposible, tiene que ser un virus intestinal de esos.

—¿Llamaste al ginecólogo? —pregunta mientras se viste.

—Tengo visita hoy a las seis.

—Bien.

Lo que pasa a continuación es algo absurdo. Termino de freír los huevos y el beicon, y lo pongo en los platos. Estoy a punto de comerme un trozo de beicon, lo tengo ya casi en la boca cuando Frederick me detiene.

—No te comas eso.

Me giro sorprendida. ¿Qué me he perdido?

—¿Por qué?

—Las mujeres embarazadas no pueden tomarlo.

—No estoy embarazada. Y sí pueden.

También me pregunto de dónde habrá sacado esa información, pero no lo hago. Estoy demasiado sorprendida.

—Tener antojos y náuseas son grandes síntomas. Estás embarazada —dice, como enfadado.

—No son antojos, y es un virus —repito.

No puedo estarlo, no cuando no lo había planeado, cuando eso significa que quizás perdería todo lo que he conseguido. Desde que hemos empezado con este tema, siento que Frederick se está alejando de mí paulatinamente. No soy estúpida, Jo Foster la ingenua ya no lo es tanto, y sé que la razón es por ese

"supuesto" embarazo, que no es tal.

—Jo, lo estás —dice, muy seguro.

Sentirle decir eso hace que me entre el pánico y el estrés.

—¡No quiero estarlo! —digo con desesperación.

De un arrebato da un golpe a la mesa, con demasiada fuerza, cosa que hace que me levante de la silla un leve instante.

—Si ha pasado esto es a causa de los dos, tú por no tomarte las pastillas como debías y yo por no molestarme a ponerme un puto condón.

Por un momento me asusto. Su mirada es fulminante, hay rabia contenida en ella, en sus ojos. Por un segundo, tengo miedo.

—La mesa sí que no tiene la culpa —exclamo.

—Lo siento, no pretendía darle tan fuerte.

No le miro a los ojos, sólo me levanto de la mesa poniendo los platos en el lavavajillas.

—Te-tengo que limpiar un par de cosas antes de irme —murmuro, levantándome de la silla.

Quiero estar sola, necesito pensar con tranquilidad y ahora mismo no puedo si Frederick está por aquí, y menos estando tan nervioso.

—Jo, ha sido sin querer, no me he dado cuenta. ¿Te has asustado? —escucho que dice detrás de mí—. Dime algo, Jo.

—Me gustaría estar sola. Por favor —le pido en un murmullo.

Tiene los ojos desencajados y húmedos, veo que las manos le tiemblan y me da la sensación de que está a punto de llorar.

—De acuerdo. Envíame la dirección del ginecólogo.

Lechuguino. No sé qué hacer. Sus palabras vuelven a mi cabeza una y otra vez, es como si lo estuviese asimilando, aunque en realidad todas las pruebas más racionales indican que no es así. No entiendo cómo puede estar tan seguro. Supongamos que es así, ¿qué hago entonces? Aceptémoslo, estoy asustada, ser

madre es una responsabilidad de por vida, tal y como dice mi madre, hay otro ser humano que depende totalmente de ti y no, no es como un animal, es infinitamente más complicado.

Ahora mismo soy la redactora jefa de una revista, tengo un súper trabajo, un buen sueldo, una casa y una familia. Podría hacerlo, podría ser madre perfectamente, con o sin él.

Quiero a Frederick Ross más de lo que he querido a ningún hombre, y si lo paro a pensar, por supuesto que me gustaría formar una familia con él. La cuestión es, ¿querría él? Me dejó claro qué tipo de relación tendríamos, yo le dije qué era lo que quería y nunca hablé ni de matrimonio ni de hijos, pero esto no quiere decir que no pueda pasar.

Me da la sensación de que esto no es lo que quiere, al menos por cómo se comportó en el pasado. También cómo lo está haciendo ahora, está asustado, o eso es lo que parece.

Y me da miedo que se vaya, me da pavor quedarme sola con esto, con un bebé, pero a la vez, pensar que un pequeño ser humano, que tiene una parte de mí y una parte de él pueda estar ahora mismo formándose, me llena de regocijo. Es ahora cuando tengo que ser valiente, que enfrentarme a mis actos, y a sus consecuencias. Quizás nunca había arriesgado, y por ello nunca había tenido que enfrentarme a nada. Hasta ahora.

Endereza, Jo.

12.30: Abro el correo y lo primero que veo es propaganda de *Clear Blue*, una marca de pruebas de embarazo.

Me dan ganas de volver a hacerme otra por si acaso, pero no me atrevo. ¿Y si sale positiva? Si con una negativa ya tengo dudas, con otra estaría ya en el suelo llorando como una magdalena.

—¿Puedo pasar? —pregunta Regina llamando a mi despacho.

—Claro.

—Me tienes preocupada. ¿Qué te pasa? —pregunta sentándose frente a mí.

No titubeo, necesito desahogarme.

—Hace dos días que tengo náuseas matutinas. Creía que me había venido el periodo, pero no.

Ella asiente en silencio.

—No voy a engañarte cariño, las pruebas fallan a veces.

—Es demasiado pronto. Apenas llevamos unas semanas saliendo —susurro, angustiada.

—Pero lleváis meses con un tonteo inigualable, y, os habéis acostado antes de salir juntos. Tienes treinta años, no quince. Y él más de treinta y cinco, sois mayorcitos para afrontarlo. Lo harás bien, Jo. Tienes alma maternal, mucha paciencia y mucha ternura —dice sonriendo—. Si no lo tienes, vas a arrepentirte.

Algo hace que el instinto se me despierte, y me doy cuenta de que Regina habla por propia experiencia.

—¿Tú lo hiciste?

Se encoje de hombros, y ya no me observa a mí, sino que veo en sus ojos como viaja hacia atrás a través de su memoria, buscando determinados recuerdos.

—En parte sí y en parte no. Fue distinto, yo sí tenía quince años.

No le pregunto nada más, desde luego es algo que le sigue doliendo y no seré yo quien hurgue en la herida.

17.30: Salgo del despacho con la intención de ir hasta el ascensor cuando me cruzo con Erica.

—Menuda cara traes, parece que haya muerto alguien. Espera, ¿ha muerto alguien?

—No, voy al ginecólogo. Creo que sí estoy embarazada —susurro.

—Pero dijiste que te había salido negativa, y que te vino la regla.

—La regla que ha durado ni un solo día. Tengo náuseas cada mañana. Voy a salir de dudas.

—Dime en cuanto sepas algo o si necesitas algo, o límitate a ponerme helado o vino, lo pillaré enseguida.

Asiento, buscando con la mirada el ascensor.

Endereza.

Al poner un pie en la calle, allí está él, parado delante de la puerta, esperándome. Se le ve preocupado, Jesús, seguro que está pidiendo a gritos que no sea nada.

—¿Estás bien? He estado toda la mañana comiéndome la cabeza por cómo me he comportado —dice en cuanto le tengo de frente.

—Estoy bien. Sólo... llévame al ginecólogo.

—¿Estás enfadada? ¿Asustada? Dime algo, Jo, o me volveré loco.

Abro la puerta del coche y me siento en el asiento del copiloto, buscando las palabras exactas.

—No esperaba nada de esto, y no he entendido qué te ha cogido esta mañana, pero no quiero hablar de ello hasta que hayamos terminado con la visita, en serio.

Él solo asiente y arranca el coche.

No hablo durante el trayecto y él tampoco, aunque va observándome de reojo, puedo notarlo.

La consulta está a rebosar de mujeres embarazadas de todos los tamaños. Tamaños de barriga, me refiero. E incluso hay una que ha venido con el bebé. Lo observo, aunque no debería. Es bonito, tan pequeño y parece tan suave...

Lechuguino, parece que el instinto materno se le está activando.

—¿Jocelyn Foster?

Automáticamente me pongo en pie, viendo de reojo cómo Frederick hace lo mismo.

—Puedo entrar sola —le susurro.

—Ni hablar —responde con rotundidad.

Esto va a ser incómodo y difícil, pero no voy a discutir en medio de una sala de espera llena de gente, me da demasiado corte, así que dejo que venga conmigo.

Me siento frente a la ginecóloga, que apunta cosas en el ordenador. Parece muy concentrada.

—Jocelyn, tú dirás —dice la doctora.

Estoy a punto de abrir la boca cuando escucho que Frederick habla.

—Tiene náuseas desde hace aproximadamente una semana por la mañana, y antojos.

Lo fulmino con la mirada, ¿qué cree que hace?

—Tenía un retraso y me hice una prueba, y salió negativa —apuntalo yo, está visto que no dice lo importante.

—Bien, ya veo que hay discordancia, salgamos de dudas.

Lo siguiente que hace es sacarme sangre, hay que esperar un rato para que me hagan el análisis de sangre correspondiente.

No sé cuánto tiempo pasa, mucho o poco, pero yo tengo los nervios a flor de piel. Puede que mi vida vaya a cambiar por completo, o puede que no. Puede cambiar igualmente, porque no sé en qué lugar nos deja a Frederick y a mí. Por supuesto que esto es ultra precipitado, pero leches, yo quiero ser madre en un futuro, y no sé absolutamente nada de las intenciones de él.

Y, admitámoslo, ya tengo una edad. Cada año que pasa el riesgo que los niños tengan enfermedades y otras cosas aumenta, y también te arriesgas a no quedarte nunca porque es más difícil.

La doctora entra por la puerta con una sonrisa.

—Enhorabuena, estás embarazada.

Embarazada. Embarazada. Embarazada.

Hace que me tumbe en una camilla y me suba la camiseta, untándome la barriga con una especie de gel transparente muy frío, que hace que me estremezca.

Luego abre un aparato donde hay una pantalla y me pasa un sensor por encima de la barriga.

—Este aparato es ultra sensible, así que lo veremos enseguida. Ah, aquí está, ¿veis ese punto gris?

Me bajo de la camilla con las rodillas temblándome. La doctora va diciéndome todo lo que tengo que hacer y yo solo puedo pensar que hay una vida creciendo en mí, que voy a ser madre. También creo que no encaja aún con lo que Frederick y yo tenemos, es demasiado pronto, pero no hay nada que hacer.

Llevo todo el día dándole vueltas, y simplemente no puedo no quererlo, y aunque me pese, es así. Hay cosas que debes hacer, decisiones que debes tomar como un adulto y yo he tomado la mía. Quiero a este bebé, y si eso dignifica perderle, asumiré las consecuencias.

Solo de pensarlo, me mata por dentro. Es algo que sólo con venirme a la cabeza me desgarrar el alma, pero así es la vida.

—Eso es todo, aquí están las vitaminas y las indicaciones que debes tomar. Nos vemos dentro de un mes —dice, saliendo de la sala.

Es entonces cuando me quedo a solas con Frederick. Lo miro, puede que sea la última vez que vea su rostro y quiero mantenerlo bien en mi memoria.

—Jocelyn —dice él respirando con fuerza—. Sé que es una responsabilidad muy grande...

Pero lo interrumpo, porque no quiero escucharlo decir cosas que luego me duelan en el alma.

—Llevo todo el día pensando en ello, y lo quiero. Si me vas a dejar por eso, hazlo ahora.

Mentiría si dijera que no estoy con los nervios a flor de piel, que también estoy asustada, muchísimo. Creo que es el momento en el que experimento el mayor miedo de toda mi vida. Le miro a los ojos, pero en ellos no veo miedo. Dios, querría estar, por un segundo en su mente y saber en qué demonios está pensando.

—Es una responsabilidad muy grande —continúa diciendo igual que antes de que lo interrumpa—, y si lo hacemos, lo haremos juntos.

El alivio que siento ahora mismo es monumental, no puedo casi ni respirar una vez he exhalado el mayor de los suspiros.

—Pensaba que ... —empiezo a decir después de una larga pausa.

—¿Iba a dejarte? Jo, no entiendes nada porque... joder, claro que no entiendes nada, porque no te he contado nada —admite, cabizbajo.

—¿Sobre qué?

—Vamos a casa, allí te prometo que voy a contártelo todo.

Al fin. Hay algo que le corroe por dentro, lo sé desde que le conocí. Al fin va a verse completamente a mí y voy a saber qué es eso que le tortura, que no le deja respirar a veces, eso que hace que se sienta tan culpable, tan reprimido.

—Está bien.

Salimos de la consulta del doctor hasta llegar al coche, donde antes de arrancar me observa durante unos minutos en silencio, sin decir nada.

—¿En serio pensabas que iba a dejarte? —suelta de golpe, con incredulidad.

—He pensado en esta posibilidad.

—Qué equivocada estás, Jo. No vas a escucharme decir que no puedo vivir sin ti, porque no es así, pero he escogido vivir contigo, quiero que tú seas mi vida entera y que estés en ella. Y me alegro de que tú tampoco me lo digas, porque esto quiere decir que estás empezando a quererte como yo te quiero a

ti. Quererte implica aceptar estar contigo en los buenos y en los malos momentos, y estar allí cuando las cosas se ponen feas, porque es fácil estarlo cuando las cosas van bien.

Puede que sean las hormonas, o yo, pero esto me llega al alma.

Las lágrimas salen a borbotones, sin pensarlo dos veces y sin tregua le abrazo. Le quiero tanto y siento tal alivio que no puedo más que llorar, un poco de alegría, un poco para sacar esta tensión que llevaba dentro, un poco de miedo desahuciado.

—Es lo más bonito que nadie me ha dicho jamás —confieso sacando un pañuelo del bolso.

—Y tú eres lo más bonito que me ha ocurrido —susurra inclinándose para besarme la frente.

20.00: Llegamos a mi piso y ambos nos sentamos en el sofá, yo esperando a que diga algo y él tomándoselo con calma.

Se toma su tiempo, veo que está pensando cómo empezar su relato.

—Rick —le digo, cogiéndome de la mano—, confía en mí. Necesito que confíes en mí igual que yo hago.

Asiente, cogiendo aire.

—Creo que ya te mencioné que fui a Paris con mi ex novia —empieza a hablar por fin.

—Lo hiciste.

—Se llama Amanda. La conocí cuando estuve trabajando en Nueva York, una noche cualquiera. Me gustó, era graciosa a su manera y grácil, muy estilizada y poco habladora. Quedábamos cuando yo podía, era un poco adicto al trabajo, creo que esto también te lo he dicho. Todo parecía ir sobre ruedas, ella entendía que yo tuviese ambiciones y no me presionaba, y a mí me iba perfecto que no lo hiciese, y estar con ella cuando me apetecía. Llegó un momento en el

que prácticamente vivía en mi apartamento, tenía incluso llaves, trabajaba en una oficina de secretaria y tenía bastante tiempo libre. Pero un día me di cuenta de que no estaba enamorado de ella, y que esta relación, aunque a mí me venía bien desde un punto de vista práctico, no iba a ningún sitio, y me cansé. Preparé mi discurso, estuve un par de días cavilando como hacerlo. Sabía que iba a hacerle daño, pero era necesario. En parte, por esto no he querido tener relaciones serias con nadie, al menos hasta ahora. No quería hacerte falsas promesas para luego romperte el corazón Jo, hasta que me di cuenta de que la razón por la que estaba tan preocupado por no hacerte daño era precisamente porque te quería, una completa paradoja, ¿no crees? Pero estoy adelantando acontecimientos. Iba a decirle a Amanda que lo nuestro había terminado y que no la quería, cuando me soltó que estaba embarazada.

Decir que aquello me lo esperaba, no es, ni de lejos, verdad. Esperaba escuchar cómo le rompió el corazón, cómo la chica sufrió, incluso pensé que era él quién había sufrido un desamor. Pero esto último, ni hablar.

Así que Amanda, esa era la famosa Amanda. Ahora mismo no es que esté tirando cohetes.

—Continúa —digo, tragando saliva, estando nerviosa.

—Meses después me confesó que lo hizo para salvar nuestra relación, pensaba que teniendo un proyecto de futuro las cosas se arreglarían entre ambos, pero no había nada que arreglar pues simplemente yo no estaba enamorado. Sentía cierto cariño genuino por ella, pero no amor. Hice lo que tenía que hacer, lo que me habían inculcado en mi familia en estos casos, hacerme responsable y comprar un anillo. Amanda era de las que querían una boda a lo grande, así que decidió que mejor casarnos después de que naciese el bebé y yo, la verdad, no tenía ninguna prisa en hacerlo. Para mí ese bebé era una maldición, algo que me ataba a alguien con quien no quería estar, viviendo una vida que no quería vivir. No lo quise en ningún momento, no sentía ningún apego por él,

mi rencor hacia Amanda se difuminó con mi rencor hacia él. Sé que no tiene sentido, pero así me sentía, era la razón por la cual iba a ser infeliz toda mi vida. Me siento culpable, Jo, muy culpable porque cuando se me pasó por la cabeza de que estuvieses embarazada, me sentí feliz, tan diferente de entonces. Sé que es precipitado y que llevamos pocos meses conociéndonos, pero siento que está bien, que es el momento de hacer estas cosas y que tampoco quiero esperar a tener cuarenta años.

—¿Cuántos años tienes? —pregunto, aunque no venga al caso.

—Treinta y siete. Sé que tú y yo nos tomamos las cosas con calma, pero cuando algo pasa es por alguna razón, y si no, haremos que lo sea, que valga la pena, que él o ella valga la pena. Puede que sea porque estoy loco por ti, y que el amor hace milagros, qué se yo.

—¿No vas a quedarte conmigo porque es tu responsabilidad? —pregunto, quiero asegurarme de ello—. Dime la verdad, por favor.

—Por supuesto que no —dice contrariado—. ¿No me has escuchado?

—Sí, solo quería asegurarme. ¿Cuántos años tiene tu hijo?

—No tengo ningún hijo, nació muerto.

—Lo siento —susurro, cogiéndole de la mano.

—Me sentí... aliviado, y luego vino ese sentimiento de culpabilidad que no me dejaba dormir por las noches. Quizás no había sobrevivido por mi culpa, por no quererle ni un poco. Cada día que pasaba, esa idea no se me iba de la cabeza.

—No digas tonterías, por esa misma regla no habría niños en los orfanatos.

—Es inevitable pensarlo. Por eso cuando dijiste que no querías estar embarazada, me enfadé. De golpe, los papeles se habían invertido y eras tú quién no le querías. Me vi reflejado en tus acciones, primero la negación... y no lo soportaba. Empecé a pensar, que igual que yo con Amanda, eras tú quien no querías ir más allá, que no estabas enamorada de mí realmente.

—No era eso —empiezo a decir—. Pero fue demasiado precipitado y me espanté.

—Lo sé.

—¿Hace cuánto que pasó? —pregunto, es pura curiosidad.

—Casi seis años. Después de lo que pasó estuve unos meses ayudando a Amanda a superarlo, ella quedó bastante tocada. Bueno, ambos, pero yo con el tiempo logré pasar página, ella no. Quería que volviésemos a intentarlo, quería tener otro hijo y yo me negué. Le dije que nuestra relación había terminado, pero se negó a aceptarlo. Me fui del apartamento y estuve viviendo durante mucho tiempo en un hotel. Todo se torció cuando un día me llamó diciendo que acababa de cortarse las venas, y fue cierto. La interné en un centro de salud mental para que se recuperase, pero no volvió a ser la misma. Su subconsciente a veces, para protegerse del trauma, la induce a pensar cosas que no son.

—¿Cosas? —pregunto sin entender muy bien a qué se refiere.

—Hay días que se levanta pensando que seguimos como hace seis años y me llama porque no ha sabido nada de mí en todo el día.

—Lechuguino —exclamo de golpe.

—Ahora mismo estarás pensando que menuda perla te has llevado de novio, ¿no? Un jodido insensible con una ex novia mentalmente inestable. Te dije que no te merecía.

Sin dejar de mirar sus ojos oscuros y serenos, tan tristes como el último de los atardeceres, palpo su mano con la mía y se la agarro con fuerza y determinación.

—No te quiero por lo que fuiste sino por lo que eres. Y tú, Frederick Ross de ahora, eres maravilloso. Gracias por contarme todo esto. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—La Amanda que te llamó... ¿es esa Amanda?

—Sí.

—Y...

La verdad, no sé cómo formular la pregunta, porque me da miedo saber la respuesta. Ahora que sé cómo se siente, todas las piezas han ido encajando poco a poco, el puzle se ha ido armando en mi cabeza y todo tiene sentido. Desde esa distancia que mantenía al principio, esa cautela inicial con todo, ese inicio tan peculiar y descabellado para luego pasar a ser solo amigos, hasta darse cuenta de que negar la realidad nunca suele funcionar.

—Te dije que no pensaba marcharme —me recuerda—. Dejará de llamar, tarde o temprano lo hace —asegura.

—Pero está mal, Frederick. Si te llama, no la ignores.

—Pero no puedo estar el resto de mi vida pendiente de cogerle el teléfono, Jo.

—¿Está sola?

—No.

Silencio respecto al tema es bastante esclarecedor, en el sentido de que no quiere hablar. No le fuerzo, ha sido una gran revelación. Pero no puedo evitar sentir pena hacia Amanda. Al fin y al cabo, es algo que puede pasar más a cualquiera, en cualquier momento. Y no todos tenemos la fortaleza para seguir adelante, no todos somos tan fuertes. Quién sabe que me hubiese pasado a mí, cómo hubiese reaccionado yo.

—De acuerdo. Frederick, por cierto.

—Dime ratoncita.

Que vuelva a llamarme por ese mote absurdo es bueno, nunca pensé que me alegraría tanto.

—Espero que hayas prestado atención a lo que la doctora ha dicho, porque yo no.

—Lo he hecho, y tengo la hoja.

—Ni siquiera he escuchado cuánto tiempo ... ya sabes.

—Un mes.

Hace un mes... lechuguino, ¿qué hacíamos hace un mes? Bueno, es obvio que es lo que hacíamos, pero lo que me pregunto es dónde.

—La mesa de mi cocina —dice Frederick como si me leyera la mente.

No es muy difícil, todo hay que decirlo, soy totalmente transparente, no se necesita tener un máster de Jo para saberlo.

—Oh —respondo algo azorada—. Por cierto, lo de las pastillas no lo hice a propósito, solo quería que lo supieras.

—Lo sé, me lo has dejado claro.

—Y tampoco deberíamos decirlo, creo que hasta los tres meses la gente no dice.

—De acuerdo.

—Mi madre estará demasiado feliz como para soportarlo —reflexiono, mirando al techo.

Creo que es la única en esta historia que, sin hacer nada, ha conseguido lo que quería.

—Yo estoy feliz, Jo. Desde que te conocí, me acuesto pensando en ti, y me levanto con tu imagen en mi cabeza. Quiero esto, lo quiero de verdad. Escucha —dice, cogiéndome la mano y poniéndomela encima de su corazón—. Tú lo despertaste.

—Frederick, no lo dudo, o sí, pero no es por ti, es por mí. Estoy trabajando en ello, te lo aseguro, pero no puedo evitar preguntarme qué demonios viste en mí. Ya lo sé, pero no es tan fácil disipar todos tus fantasmas.

No lo es, obtener seguridad en ti misma no es, ni de lejos, algo que se logre de la noche a la mañana. Ojalá existiera una varita mágica que hiciese desaparecer todos tus temores, tus inseguridades, tus dudas hacia ti misma.

Nunca más diría "no se va a fijar en mí ni en mil años", o "juega en una liga superior", o "no soy demasiado buena", "no valgo la pena", "no soy demasiado guapa", "no estoy demasiado delgada", "no soy lo suficientemente lista", "no llevo", no... NO.

—Ojalá pudieses verte a través de mis ojos, Jo Foster, ojalá.

Ojalá.

25 de Abril

12.30: Me estoy peleando con un artículo sobre Shakespeare. Sí, mi autor favorito, y sí, peleándome es la palabra porque no logro que encaje en una revista de moda.

Llaman a la puerta y antes de que pueda contestar, tengo a Erica y a Regina dentro observándome como si fuese el Guernika.

—¿Por qué me miráis así?

—Estás embarazada. Aún no me lo creo.

—¡Shhhhhh! Baja la voz, no quiero que nadie se entere —riño a Eri.

—A nadie le importa demasiado. O sí, últimamente la revista es un nido de cotilleos —responde Regina cogiendo una patata de la bolsa que tengo encima de la mesa—. ¿Es un antojo?

—No, es hambre.

—Entonces cogeré otra. ¿De cuánto estás?

—Sólo un mes.

—Oh, entonces no se te notará hasta dentro de bastante, ¿no? Entonces aún no sabes si será una Jocelyn o un Jo.

—Dirás un Frederick.

—No le pongas Frederick por favor, es un nombre horrible —suplica Erica—. Podrías ponerle Eric, es un nombre precioso.

—No he pensado en nombres aún. Voy a tomármelo con calma.

—Tienes ocho meses, míralo de esta manera.

Puede que ocho meses, a lo sumo, pueda parecer mucho tiempo, pero en realidad no lo es tanto.

—¿Y cómo se lo ha tomado el padre de la criatura? —pregunta Regina mientras sigue metiendo mano a mis patatas.

—Mejor que yo —confieso.

—Coño, al final Frederick Ross va a resultar que es un futuro padrasto — exclama Erica sorprendida—. Tan misterioso que parecía.

—No quiero decírselo a mi madre —pienso en voz alta, aunque sé que en algún momento tendré que hacerlo.

—¿Por qué no? ¿Se enfadará?

—Se pondrá demasiado feliz, y mi madre eufórica es una bomba de relojería.

—Si yo tuviese un bebé sin estar casada, mi madre renegaría de mí y me desheredaría —explica Regie.

Ambas nos giramos hacia Erica, que permanece callada.

—¿Qué? Mi madre murió cuando yo tenía diez años.

Vaya, no sabía eso. De golpe, me doy cuenta de que sé muy poco de la vida de mis amigas y eso no me gusta.

—¿En serio? No lo sabía, lo siento. ¿Tienes hermanos?

—No, soy hija única.

—Yo tengo una hermana, mayor. Es doña perfecta, os caería mal —explica Regina—. En fin, ¿cuándo quieres que te hagamos el *baby shower*?

—Oh, yo me apunto a eso. Quiero beber zumo de naranja con champán y esos eventos son la ocasión perfecta.

—Y para el año que viene podrá hasta sujetarme el velo de novia. ¡Es

perfecto!

Oh, eufórica colectiva. Está mejor de lo que esperaba.

27 de Abril

—Estoy dispuesta a todo —nos dice Erica mientras trae las palomitas.

Hemos decidido ir al cine para ver la última entrega de 50 sombras de Grey, ya que las tres nos leímos el primer libro, pero luego fuimos incapaces de seguir, y queremos ver cómo acaba todo (pura curiosidad).

—¿Para qué? —vuelvo a preguntar, hay algo que no me ha quedado muy claro acerca de su estrategia con Wayne el fotógrafo.

—Para que Wayne se cuele por mí, y luego mandarle al infierno —dice convencida mientras alza la barbilla.

—¿A desnudarte también? —pregunta Regina.

—No voy a protagonizar 50 sombras, aunque si es tan *light* esta última entrega como las demás, puede que sí. De todas maneras, si la sosa de Anastasia Steel consiguió enamorar al tarado ese, yo hasta logro llevarlo a terapia, y a Wayne hasta que me pida matrimonio.

—¿De qué me estás hablando? —pregunta Regina frunciendo el ceño.

—Oh, había olvidado que no lees literatura erótica, te va más el estilo de Nora Roberts.

—Perdona si prefiero que antes de empotrarme me susurre palabras bonitas —se queja ella.

—Yo soy de palabras sucias, pero cada uno tiene sus preferencias.

—Todo irá bien mientras no te pida olisquearte los pies —añade Regina.

—¿Hola? —pregunto desconcertada.

—Es igual, veamos la película por favor.

Amigas, qué decir. Pero son lo mejor del mundo, no voy a mentir al respecto. Lo digo en serio, están locas, pero he descubierto que yo también lo estoy un poco, si no, ¿quién leches hace lo que yo hice en el coche con el miembro de su novio y a noventa por hora?

Anastasia Steel, mira y aprende.

V. MAYO

1 de Mayo

Extrañamente, Frederick me ha invitado a cenar a su casa. Y digo extraño, porque insistido en que él hará la cena. Y cocinar y él en una misma frase no es una buena idea, contando la poca maña que tiene. Básicamente no querría que el padre de mi futuro hijo murieses en un incendio por haber quemado los macarrones.

Si alguien quiero contarle lo del embarazo es a Alison, pero en verdad, temo su reacción, aunque temo más que le llegue a mi madre, porque Ali, aunque la quiero mucho, tiene la boca muy grande.

20.00: Llamo a la puerta del apartamento y Frederick Ross me abre la puerta con un delantal puesto de color rojo.

—Hola chef —le saludo dándole un beso en la mejilla—. ¿De dónde has sacado el delantal?

—Cuando he salido del periódico he ido al supermercado y he pensado que lo necesitaría.

Cuando camino hacia dentro y cierra la puerta, olfateo el ambiente.

—Huele bien —le digo.

—Sí, ¿verdad?

—¿Necesitas un pinche?

—En realidad, sólo siéntate en el comedor. Por cierto, ¿dónde está mi beso?

—demanda antes de volver a la cocina.

—No quería distraerte, gran chef —pongo cara de inocente y me acerco a su boca, dejando un beso de tornillo en ella.

Veo que cierra los ojos disfrutando. Me gusta.

—Tienes razón, eres una distracción. Anda, ve a sentarte — exclama, dándome un suave toque en el trasero con la palma de su mano.

No sé qué le ha cogido, pero me gusta esta versión de Frederick, es como si se hubiese liberado de todos sus temores y fuese él mismo, sin miedo a mostrarse.

Cuando paso al comedor, observo que ha puesto la mesa, y además la ha decorado con un par de velas. Es como un sueño hecho realidad, una de esas cenas tan románticas, tan bonitas que recuerdas hasta la posteridad.

Me siento en ella, esperando a que el venga. No tarda en hacerlo, con un gran bol en las manos y una cara algo extraña.

—Creo que no me ha salido como debería —confiesa, dejando el bol en la mesa—. Se supone que es una crema de calabaza.

La observo, en principio es naranja, tal y como debería ser. Pero al meter la cuchara en ella, veo que le ha quedado muy líquida.

—No importa, a veces pasa. No tendrás espesante supongo...

—¿Espesante? ¿Eso existe? —exclama.

—Sí —respondo riéndome—. No puedo creer que hayas cocinado.

—En realidad, me he comprado un robot de esos de cocina. Pero se le llama cocinar igual, ¿no?

—Ajá.

El segundo plato es aún peor. Se supone que es un pastel de carne, pero no tiene gusto a pastel de carne sino sólo a tomate.

—Joder, esto está asqueroso —exclama él, pero yo no digo nada y hago el esfuerzo—. No te lo comas, Jo.

—No está tan mal —digo yo para no minorar su moral culinaria.

—Está horrible.

Le veo frustrado, y una ternura incommensurable me invade. Le coge la mano y

hago que me mire a los ojos.

—Rick, está genial para ser la primera vez. Te lo digo en serio, podría haberte quedado muchísimo peor. Sólo hace falta practicar.

—Quería que saliera bien porque... bueno, vayamos a los postres.

No entiendo nada, en serio. Vuelve con un bol de chocolate deshecho y otro bol con fresas.

—Es mi postre favorito, fresas con chocolate —digo entusiasmada.

—Creía que era el *coulant* —bromea mojando una de las fresas y poniéndomela en la boca.

—Ese es solo para ocasiones especiales. Mm, está riquísimo.

—Bien, porque quiero pedirte algo.

—Dime.

Veo que rebusca algo en su bolsillo y lo saca.

Lechuguino, es un anillo. Madre del amor hermoso, que creo que me va a pedir lo que estoy pensando. Abro los ojos desproporcionadamente, sin creérmelo.

—Cásate conmigo.

Creo que, en este momento, si me pinchan no sangro de la impresión.

En otras circunstancias hubiese estado dando saltos, feliz como una perdiz, pero con todo lo que ha ocurrido, me quedo estupefacta, mirando al horizonte, pensando las dobles intenciones y sus palabras resuenan en mi cabeza " admitir la responsabilidad y comprar un anillo".

Se supone que una pedida ha de ser especial, y ahora con esto todo a mi alrededor se está desmoronando, y pienso que quizás, si no hubiese habido bebé, todo esto no estuviera pasando.

—¿Qué?

Es lo único que logro decir.

—La gente suele decir sí o no.

—¿Es por el bebé?

Su expresión cambia radicalmente, frunciendo el ceño y negando con la cabeza.

—Sabía que me saldrías con esas. No, te lo estoy pidiendo a pesar del bebé. Cuando tuvimos aquella conversación, la primera vez aquí mismo, ¿recuerdas? Al día siguiente supe que eras la mujer que había roto todos mis esquemas y que quería pasar el resto de mi vida contigo, así que lo primero que hice fue llamar a mi madre para que me enviase el anillo de la abuela.

—¿Es el anillo de tu abuela? ¿Te lo ha dado?

—Hace quince años que murió. Pero lo compró mi abuelo y es especial.

Pese a lo bonito del momento, no puedo evitar pensar que, si todas las familias americanas hacen lo mismo, les auguro poco futuro a los joyeros que venden anillos de pedida. Y que el anillo que tiene Frederick en la mano es como el anillo único de poder de *El señor de los anillos*, y me lo está dando a mí.

Pero ¿se lo había dado a Amanda también? Espero que no. Me aferro a la literalidad de la frase "compré un anillo".

—¿Y qué te dijo tu madre?

—Me preguntó por ti, y me dijo que ya era hora. Jo, ¿vas a casarte o no conmigo?

Me lo pienso durante un minuto. ¿Quiero o no quiero? Oh, por supuesto que quiero hacerlo.

—Sí, supongo que sí.

Veo alivio en su rostro y se acerca a mí para ponerme el famoso anillo. Es un diamante muy bonito, todo hay que decirlo.

—Te has hecho de rogar, ¿eh? —se queja plantándome un beso en la boca.

—Frederick, ¿por qué quieres casarte conmigo?

—Ve aquí —dice, levantándose y llevándose hasta un espacio vacío.

Hace que mis manos rodeen su cuello y aferra las suyas a la cintura, igual a que si bailásemos. De hecho, empezamos a movernos igual.

—¿Quieres bailar? ¿Y la música? —pregunto, confundida.

—Me haces feliz, Jo. Contigo tengo ganas de bailar, y no necesito música. Tú y yo somos la música. ¿No lo escuchas? *Quando sono solo sogno all'orizzonte e mancano le parole. Si lo so che non c'è luce in una stanza quando manca il sole. Se non ci sei tu con me, con me* —empieza a cantar mientras aguanto la respiración.

—Es de Boccelli —respondo, emocionada.

—¿Y tú, Jo? Has dicho que sí, ¿por qué quieres casarte conmigo?

Sonrío, apoyando la cabeza en su pecho mientras seguimos moviéndonos.

—Me empujas a ser una mujer más atrevida y salvaje, y a la vez a mostrarme tal y como soy. ¿Sabes? Yo también te quiero por tus defectos. Por lo callado que eres a veces, o cuando pierdes los nervios. Pero no son defectos.

—Ah, ¿no?

—No, porque te quedas callado y haces que sea yo quién hable, y me escuchas con atención. Y cuando a veces te alteras, es porque sientes las cosas y esto hace que yo vea lo importante que es para ti, lo importante que soy.

Alzo la vista hacia él y nos quedamos un buen rato mirándonos a los ojos, completamente absortos el uno en el otro. Es como si pudiese ver a través de ellos qué es lo que tiene dentro, y es amor.

—Al final creo que tu madre tenía razón en reservar el jardín, solo que se ha equivocado de fechas.

—Pero ¿cuándo quieres que nos casemos?

—Cuanto antes. Quiero una casa con jardín a las afueras.

—¿Para qué quieres un jardín?

—Tendré que enseñarle a batear. Es una tradición en la familia.

—¿Y si es niña?

—Igual. Yo le enseño a batear y tú le lees a Shakespeare. Habrá una estantería para poner todos tus libros que tienes por el apartamento desperdigados.

—Esto me gusta.

—¿Por qué te gusta tanto Shakespeare?

—Bueno, porque es brillante. Su obra es... como este diamante —señalo el anillo—. Puedes verte reflejado en él desde todos los ángulos. Shakespeare proyecta todos los problemas de la vida humana en sus obras. Es filósofo además de escritor y artista. Te hace reflexionar, te hace pensar.

—¿Cuál es tu favorita?

—Puede... que Hamlet. Es curioso como la mente humana puede llegar a crear una realidad que no es tal, cómo, por miedo, llegas a no tener nada. Hamlet lo pierde todo debido a sus miedos.

En realidad, ahora mismo yo misma siento que soy un poco Hamlet. Que, en cualquier momento, mis dudas y mis miedos pueden hacer que lo pierda todo, porque es ahora cuando siento que tengo la plena capacidad en mis manos.

Cogiéndome del mentón, alza mi cabeza hasta encontrarse con mis ojos.

—Lo tendremos todo. ¿Vamos a la cama?

—Vamos.

4 de Abril

Frederick, ahora mi prometido, ha tenido la maravillosa idea de ir a cenar a casa de mis padres. Quiere decirles cuanto antes. La verdad, va a ser exagerada eufórica y demasiado armadora, pero no me preocupa. La que verdaderamente me preocupa es la de mi padre. Capaz es de sacar uno de los pistolones y apuntar a Frederick con él si se llega enterar de que me ha dejado embarazada.

por eso mismo, le he dicho que, por favor, no diga nada. Es mejor mantener el secreto hasta después de casarnos. Más que nada, por su propia seguridad.

—¿Crees que me retaría a un duelo? —pregunta divertido mientras estamos en el coche.

—Espero que no —admito algo asustada—. Pero te haría pasar miedo, o eso intentaría.

—Soy americano, pero no he disparado un arma en mi vida.

—Mejor.

—¿Y no vas a decírselo ni siquiera a tu hermana?

—No. Tiene la lengua demasiado larga, se le escaparía delante de mi madre, y si mi madre lo sabe, lo sabe todo Dios.

—Como quieras entonces. Por cierto, mañana podríamos ir a ver un par de casas.

—¿Ya?

—El mercado inmobiliario está en alza, es difícil encontrar algo decente.

—Pero si vendemos tu apartamento y mi apartamento, ¿no crees que nos dará para una casa bonita?

— El problema es que competimos con extranjeros. Se están apropiando de todas las casas familiares que hay a las afueras de Londres. Tenemos que ser rápidos.

Su faceta de tiburón a veces sale a la luz, como por ejemplo en esta ocasión, cuando se trata de adquirir un habitáculo decente y a buen precio. Le pasó lo mismo cuando fuimos de compras el otro día, quería mirar unas zapatillas de deporte y casi se pega con otra señora que quería el mismo bar, y solo quedaba este.

—Entiendo. Por cierto, ¿cuándo viene tu hermano?

—¿James? La semana que viene. Quiero que esté aquí, ¿sabes? Para nuestra boda.

Asiento, poco convencida de que podemos organizarlo todo en dos semanas. Pero de ilusión también se vive, ¿no?

Cuando llegamos a casa de mis padres, veo que Alison también ha venido, pero sin Kay. Antes de que pregunte nada, mi hermana abre la boca para decirme.

—No creo que quiera hablar de eso —me espeta.

—¿Por qué? ¿Hablaste con él?

—Sí, y fue peor el remedio que la enfermedad.

—Habéis... ¿roto?

—No, ahora soy la pobre novia de Kay el guitarrista que ha tenido un tumor en el cerebro. La discográfica ha cancelado los últimos conciertos alegando esto, y a costa de mi anonimato.

—Así que ahora eres famosa — deduzco, mientras Ali frunce el ceño al no entusiasmarle la idea.

—Eso dicen por la tele. ¿Y tú? Hace años que no sé de ti. Supongo que has estado liada, ¿no?

De golpe me quedo paralizada. ¿Por qué? Se supone que he estado liada ¿Sospecha algo? ¿Sabe algo? ¿Tengo pinta de estar embarazada?

—Un poco —respondo, completamente descolocada.

—Te ascendieron, ¿no? Te lo decía por eso.

Uf, se refiere a eso. Qué susto me ha dado.

Entonces aparecen en escena papá y mamá, están discutiendo sobre el viaje que quieren hacer para celebrar su aniversario de boda. Mamá quiere ir de crucero al caribe, mientras que papá prefiere ir a algún sitio de Europa.

—¿Se puede saber qué quieres ver en Europa que no hayas visto? No digo que la historia sea maravillosa y todo eso, pero no estoy para ir caminando de punta a punta de cada maldita ciudad. Tengo los huesos que me duelen y tú también.

—Helen, no pienso ser como esos jubilados que se pasan el día en la piscina bebiendo cócteles con nombres extraños, y que por la noche se ponen la

camisa floreada y se piensan que tienen 15 años.

—Pronto vas a serlo. Jocelyn, dile a tu padre que no tiene edad como para ir de mochilero.

Odio estar presente en sus discusiones, porque odio tomar partido y ellos, no sé por qué, quieren implicarme. Como si yo fuera la voz de la conciencia o algo parecido, cosa que no soy.

—¿Podemos tener, por favor, la cena en paz? Ya estoy suficientemente de mal humor —espeta Alison, sentándose en la mesa.

A todo eso, Frederick me observa tranquilizándome con la mirada y alentándome a que hable. Dios, qué impaciencia, y qué nervios.

—Hay algo que tengo que decir —empiezo a decir, respirando hondo.

Me detengo cuando escucho un gritito por parte de mamá.

—Mamá, déjala que termine porque seguro que no es lo que tú te piensas —la interrumpe Alison.

En otra ocasión, habría estado completamente de acuerdo con ella, pero esta vez no es el caso. Esta vez es la excepción a la regla.

—En realidad, puede que sí —sigo diciendo—. Frederick y yo vamos a casarnos.

—Ay Dios mío, ¡es fantástico! —dice mamá, que se levanta para abrazarnos a mí y a Frederick.

De reojo veo cómo Alison se ha quedado embobada con la boca abierta sin creérselo y mi padre más de lo mismo.

Lechuguino, esto no es bueno.

—¿Tan pronto? —susurra, mirándome con desconfianza.

—Se lo pedí yo, así que soy el culpable —dice Frederick con rapidez.

—¿Estáis seguros? Apenas hace... ¿cuánto hace que os conocéis?

—Desde el año pasado, papá —digo, justificándome.

—Tú y yo apenas nos casamos en un mes. John, están enamorados y se

quieren, ¿qué más necesitas?

—Mi familia es muy tradicional, no les gustaría que estuviésemos viviendo juntos sin casarnos. Por eso queremos hacerlo en dos semanas.

—¿¡En dos semanas!?! —exclama Ali, medio gritando.

—Eso es muy pronto —farfulla papá—. Muy pronto. ¿No será que necesita el visado?

—Papá, no es eso. Queremos vivir juntos y hacer las cosas bien, eso es todo —me justifico, pero creo que me estoy poniendo algo nerviosa.

—Coño Jo, es que cualquiera diría que te casas de penalti —dice Ali de golpe.

Eso es, exactamente lo que estoy haciendo. Desvío la mirada hacia la mesa, no puedo hacer que se me note, no puedo. Pero cuando vuelvo a mirar a mi hermana, sigue observándome incisivamente, sé que está analizando cada gesto que hago, y qué puedo hacer yo si soy transparente.

—¡Dios! Jo, ¡estás embarazada! —grita de golpe levantándose de la silla como si la hubiese poseído algo superior.

Virgen santa, no sé qué hacer. Bajo la vista, intento no ponerme roja pero los colores me están subiendo como poco a poco, el calor emana de mis mejillas apoderándose de toda mi cara. La vergüenza está tomando el control, y yo no sé qué hacer.

—¿Qué? —escucho que dice mi padre.

Luego, todo pasa muy deprisa. Papá se levanta de la mesa, en dirección al armario donde guardan los pistolones mientras que mamá y Alison corren hacia el para impedirselo. Todos gritan, Frederick intenta calmar las aguas sin mucho éxito mientras que mi familia sigue peleándose.

—¡Basta!

Ese grito, acabo de hacerlo yo. Creo que es la primera vez en mi vida que alzo la voz tan fuerte, la primera vez en la vida que grito. Por eso, todas las

personas que están presentes se quedan calladas, observándome.

—Ya soy mayorcita como para tomar mis propias decisiones, para casarme cuando me dé la gana, y para formar mi propia familia. Así que lo último que querría, es veros discutir por eso, porque la decisión ya está tomada. Ahora, quiero que cenemos todos en paz, espero que seáis lo suficientemente sensatos y maduros como para poder hacerlo.

Alison y mamá dejan de sujetar a papá, y acatan mi orden sin dudarlo. Luego es el propio papá quien, a regañadientes, acaba sentándose.

Lechuguino, que iba a sacar el pistolón, si es que lo sabía.

—¿Y dónde pensáis hacer la celebración? —pregunta mamá mientras empieza a servir la sopa de champiñones.

—Querías una boda en el jardín, y creemos que es el sitio más bonito que hay con tan poca antelación —respondo, decidida.

—Sólo espero que yo sea una de las damas de honor —dice Alison enfadada.

—Serás la dama de honor, no te preocupes —respondo poniendo los ojos en blanco.

—No puedo creer que no me hayas dicho que estás embarazada —farfulla mientras traga una cucharada de sopa—. ¿En qué coño estabais pensando? O en lo que no estabais pensando, sois mayorcitos ya.

Alison me está riñendo, no puedo creerlo. Ella, que siempre ha sido una irresponsable, me está tildando a mí de eso. No me gusta, para nada, y me indigno.

—Tú lo has dicho, somos mayorcitos y hacemos lo que queremos. Si quiero ser madre, lo soy y no tengo que darte una explicación.

Se gira observándome completamente fuera de sí.

—Soy tu hermana, ¿lo recuerdas? Antes no meabas si no me lo decías y ahora parece que hayas entrado en la adolescencia rebelde.

—Esa fuiste tú, ¿recuerdas? —respondo alzando el vaso de agua y bebiendo

un sorbo.

Deja ir un gruñido y se levanta de la mesa.

—Te has pasado, ¿sabes qué? Que tú boda vas a organizártela tú solita, que te aproveche.

Dicho esto, coge el abrigo y sale de la casa dando un portazo. No entiendo nada, ¿por qué demonios se ha enfadado?

—Ya se le pasará, últimamente ha estado un poco susceptible —murmura mamá.

Genial, ahora Alison se ha enfadado conmigo, y parece que yo con ella, porque, ¿con qué derecho me está recriminando todo esto? ¿Eh? ¿Acaso no puedo avanzar en mi vida? ¿Qué le he hecho para que se ponga en mi contra?

6 de Mayo

10.30: Dentro de dos semanas voy a casarme. Aún estoy asimilándolo, como también el hecho de que Alison y yo no nos hablemos.

Frederick me ha dicho que no cree que esté enfadada conmigo por nada de lo que haga sino por no decírselo, y quizás tenga razón. Pero es que todo pasó muy rápido y hay cosas que me gustaría guardarme para mí misma.

De hecho, no quería que nadie supiese nada sobre el embarazo, en primer lugar, porque me da algo de corte y en segundo, porque he leído que antes de los tres meses los abortos naturales son muy comunes.

Me siento algo perdida, porque antes todo era fácil y ahora las cosas se están complicando.

—Podrías no tener esta cara por un día, Jo. Te juro que cada vez que entro en tu despacho me vienen malas vibraciones —exclama Regina.

—Déjala hablar, quiero que me cuente el nuevo episodio de *Amarte así*,

Federico —dice Erica cerrando la puerta.

Lo peor de todo, es que realmente mi vida está empezando a parecerse a una telenovela.

—Voy a casarme en dos semanas y Alison se ha enfadado conmigo. Y no sé ni por dónde empezar a organizarla, ¿cómo se casa la gente? Tampoco estoy segura de que es lo que quiero, porque si por mi fuese, no vendría nadie.

Estoy empezando a estresarme de verdad.

—Respira hondo Jo, y cálmate. Por lo que dices, quieres una boda cercana, minimalista y con poca gente. Es lo más fácil que hay, créeme — dice Regina toda convencida.

—Sí. No me digas que también eres una experta organizar bodas, además de hacer de celestina.

—Cariño, yo soy experta en muchas cosas, aunque eso de hacer de celestina fue nuevo. Pero de bodas, he aprendido un montón ahora que estoy organizando la mía.

—¿Ahora vas a montar un negocio de organización de bodas? Mientras no te líes con los novios ...

—Erica, está intentando ayudarme —me quejo.

—No os preocupéis, desde que me he prometido, he dejado de ser la que era.

—¿Has tenido una revelación mística? ¿O un ataque de culpa?

—Nada de esto, Erica. Ahora que sé que me quiere de verdad, no tengo dudas sobre nuestra relación, así que voy a hacer las cosas bien. Nada de tener sexo ocasional con otros tíos, nada de coqueteos ni otras estupideces.

—Ya veremos cuánto te dura —la reta Erica.

—Pues toda la vida. En fin, empecemos por lo más importante, el vestido de novia.

Lechuguino, estas cosas tardan mucho en encontrarse, leí en uno de nuestros artículos que tardaban meses en arreglártelo.

—No tengo vestido —exclamo.

—Tampoco te atormentes, Emily Ratajkowsky se ha casado con un traje pantalón de *Zara* color mostaza —me anima Erica.

—Oye, será fácil, aquí en la revista hay muchos modelos de vestido de novias. De hecho, hay uno que me parece precioso y que salió en las fotografías del mes pasado, pero que descarté porque era demasiado sencillo y yo tengo complejo de princesa —dice Regina muy segura.

—Me alegra que seas consciente de tus problemas, o al menos de uno de ellos.

—Erica, hoy te estás ganando el infierno, y créeme que tengo los medios necesarios. Sólo diré Wayne.

La cara de satisfacción de Erica desaparece por completo al escuchar este nombre.

—No serás capaz —murmura.

—Y tanto. No os mováis, ahora mismo traigo el vestido.

No lo dudo, Regina es muy tenaz cuando se lo propone, y en cuanto sale de mi despacho, Erica salta a la defensiva.

—¿Crees que es capaz de decirle algo a Wayne sobre mí?

Me lo pienso durante unos segundos.

—¿En qué sentido? No creo que diga nada malo de ti, que Regina puede ser muchas cosas, pero suele ser sincera.

—Eso no me preocupa, lo que sí lo hace es que le suelte que a mí me gusta o algo por el estilo.

—Entonces sí, es capaz.

—Joder —exclama, dejándose caer encima del sillón.

Regina aparece con un vestido blanco, pero no es como me lo imaginaba. En realidad, creo que es perfecto para mí. No es nada voluptuoso, ni pretencioso. Creo que, si tuviese que tener un nombre, se llamaría Jo Foster.

Me acerco al vestido y lo sujeto por el colgador admirándolo. El cuerpo es muy sencillo, de encaje blanco roto con forma de distintas flores, y la falda de muselina larga cae en cascada.

—Es perfecto —logro decir, embobada.

—Tengo un ojo que no veas —dice Regina satisfecha.

—Yo me encargo del cáterin y la barra libre —dice Erica.

—Será una boda muy divertida.

8 de Mayo

Diario, no puedo organizar una boda, concretamente la mía, estando así con mi hermana. No se puede, así que al salir de la revista voy hasta su casa en el metro. Debo solucionar las cosas con ella, nunca nos hemos peleado, nunca, y necesito resolverlo.

En cuanto llamo a la puerta, sé que, por la música que tiene puesta, está triste.

—Céline Dion, ¿eh? —le digo nada más verla.

Ella pone los ojos en blanco y me hace pasar.

—Sabes que me gusta cuando tengo ganas de llorar. ¿Has venido para hablar conmigo?

—¿A qué habría venido si no? —me quejo, sentándome en su sofá—. ¿Está Kay?

—Aún no ha llegado del estudio. ¿Quieres algo de beber?

—No gracias, estoy bien.

Quizás debería disculparme. He estado pensando que Frederick puede tener razón, puede que Alison esté disgustada por el hecho de que no le haya dicho nada antes. Así que abro yo la boca primero.

—Ali, yo...

Voy a decirle todo eso cuando me interrumpes.

—Lo siento. Sé que me pasé tres pueblos el otro día, pero se me juntaron muchas cosas. En primer lugar, estoy llevando fatal que todo el mundo esté hablando de mí, pongo mi nombre en *Google* y salen miles de noticias, algunas relativas a mi persona que no son verdad, y esto me cabrea. Pero también me enfadé contigo mucho Jo, porque siempre nos lo hemos contado todo, Y de golpe, de un día para otro empiezas a salir con un tipo al que casi ni siquiera conozco, y de un día para otro me dices que vas a casarte con él. ¡Casarte con él! Y no solo eso, ¡que estás embarazada! Parece qué... —frunce el ceño al decirlo, como si le doliera— me hayas apartado de tu vida, que mi opinión no cuente para nada. Que vayas a tener una vida completamente distinta y no quieres que yo esté en ella.

Niego con la cabeza, porque no es nada de todo esto, ni siquiera una ínfima parte de ello. No entiendo como Alison ha podido pensar esas cosas de mí.

—Por supuesto que no. Sé que no te hablé mucho de Frederick, pero no por qué no confiase en ti ni en tu opinión, al contrario, sabía que te caería bien y que te encantaría desde el primer momento. Pero yo... en realidad hace meses que estoy enamorada de él. Pero por circunstancias muy diversas, nos costó llegar hasta donde estamos. Creo que nunca te he dicho eso Ali, pero mi autoestima no era de las más altas, y aún ahora sigo pensando que demonios ha visto Frederick en mí.

—Lo sé, y no deberías sentirte así —se queja.

—La cuestión es que no quería ilusionarme, sinceramente, no pensaba que él estuviese interesado en mí, y si no te lo contaba, tú no te ilusionarías y yo no lo haría, ¿entiendes? Luego pasó lo que pasó, estaba viendo en una nube, todo iba perfecto, hasta que tuve un retraso y la cosa se desmoronó. Pasó todo muy muy deprisa, y de golpe me vi con un anillo en la mano y la idea de casarme en dos semanas. Pensé que si... si no lo decía en voz alta, no sería real,

¿entiendes? En realidad, estoy muerta de miedo, de levantarme un día y que todo sea fruto de mi imaginación, de que todo salga terriblemente mal, de que Frederick se despierte y piense, ¿qué demonios estoy haciendo? o... mil cosas más —confieso con un hilo de voz.

Alison y yo nos abrazamos durante un buen rato, calmándonos mutuamente.

—Joder, no puedo creer que vayas a tener un bebé, ¡voy a ser tía! —dice emocionada.

—Y yo no puedo creer que vaya a ser madre —reflexiono en voz alta.

—¿Y Frederick? Parece que se lo ha tomado bien.

—Lo cierto es que reaccionó mejor que yo —confieso.

—Bueno, está ya grandecito como para lamentarse. Que no digo que no se conserve muy bien, tiene su polvazo ¿eh?

—Ali, preferiría no saber estas cosas.

—Vale. Sólo quiero asegurarme de que no estéis haciendo todo esto por obligación. Coño, que estamos en el siglo XXI, no en la época de la Regencia donde perderías tu honor blablablá.

—No es el caso. De hecho, le pidió a su madre el anillo de su abuela antes de que lo supiésemos.

—Espera, ¿que no te lo compró? Qué rata es.

Por fin mi hermana vuelve a ser conmigo la que era, aunque sea para decir esto.

—Pero es el anillo que le compró su abuelo a su abuela, dice que es especial. Es bonito, ¿no? —alzo la mano enseñándoselo.

—La verdad es que sí, menudo pedruscote. Aunque espero que te regale algo más, vaya.

—Algunas no somos tan materialistas como tú —me quejo.

—Cierto. Entonces, estás enamorada de él, ¿no?

Hago que sí con la cabeza.

—Hasta las trancas —suspiro, porque es del todo cierto.

—Ya era hora, hermanita. No te preocupes, si hace algo solo llámame que iré a cortarle los huevos.

—¡Ali! —me escandalizo.

Me alegro de que todo esté volviendo a la normalidad. Bueno normalidad entre comillas, esa extraña normalidad que estoy viviendo. Pero poco a poco me voy acostumbrando.

—Ah, hay que empezar con los preparativos cuanto antes, porque mamá quiere ir mañana a la floristería y ambas sabemos que su gusto dista mucho de lo normal.

—Por cierto, ya tengo el vestido.

—¿¡Qué!? Cómo te has atrevido a ir sin mí —se indigna.

—No he ido a ningún sitio, es uno de la revista. Es perfecto, tengo que enseñártelo.

—Alguna ventaja tendría que tener trabajar en una revista de moda, ¿no?

—Touché.

Pronto entro en una vorágine de flores, decorativos, platos, servilletas, catering, bebidas y demás cosas que se necesitan en una boda.

Lechuguino, esto va a ser un caos.

10 de Mayo

19.30: El hermano de Frederick está al caer. Su avión ya ha aterrizado hace media hora, y viene en el tren así que en cualquier momento llamará a la puerta.

Estoy nerviosa, es el primer miembro de la familia de Frederick que conozco, y quiero causar buena impresión. Además, creo que es su hermano favorito, y su opinión es primordial, esencial que sea buena.

¿Y qué hago yo para causar buena impresión? Pues hacer una magnífica cena, por supuesto.

Estoy acabando de espolvorear el parmesano rallado cuando, por detrás, veo de reojo cómo Frederick llega de puntillas para coger unos de los espaguetis que hay dentro de la olla.

—Te estoy viendo —digo, riéndome.

—Mmm tengo hambre —se queja con la boca llena—. ¿Dónde se ha metido mi hermano?

—No lo sé. A lo mejor se ha perdido —tanteo.

—Mi hermano tiene una brújula pegada en el trasero. Si nunca se ha perdido, no va a hacerlo ahora.

—Llámale por si las moscas, y deja de comer espaguetis —le regaño cariñosamente.

—No te enfades ratoncita —responde dándome un pequeño apretón en el trasero.

Justo cuando iba a responderle, llaman a la puerta.

—Debe de ser tu hermano.

Asiente, y sale de la cocina para abrir la puerta. Yo me quito el delantal y espero unos minutos antes de salir. Lechuguino, estoy nerviosa.

Delante de la puerta está alguien bastante parecido a Frederick, pero a la vez distinto. Es un pelín más alto que él, el cabello es más tirando a rubio, aunque no llegue a serlo del todo. Tiene la mandíbula prominente, los ojos claros, y unos rasgos más marcados. Sin embargo, la nariz es igual a la de Frederick.

—Jo, este es mi hermano James.

Con una gran sonrisa en los labios, camina hacia mí y me da un abrazo. Vaya, no me lo esperaba.

—Por fin conozco a la famosa Jo. No sabes cuantas veces Freddie me ha calentado la cabeza con cosas tipo "es que Jo no me merece", "que me odia",

"que la voy a decepciona", "que la quiero mucho"....

Ay, qué corte que me está dando. Creo que me estoy empezando a poner algo roja.

—Tampoco te pases. ¿Eres consciente de que estas aireando todos mis trapos sucios delante de mi prometida? —se queja Frederick con los brazos cruzados y serio.

—Precisamente por eso lo estoy haciendo. Tiene que saber que se va a casar con un blandengue.

Oh dios mío, estoy ante la versión masculina de mi hermana Alison.

—Voy a patearte el culo como no te calles. ¿Sólo has traído esta maleta?

Señala una de tamaño medio, roja y con ruedas que está en la entrada.

—Sabes que estoy hecho un bohemio, voy sobre la marcha. Dios, no sé qué habéis pedido, pero huele de maravilla.

—Nada, hemos cocinado —digo, orgullosa.

—Has cocinado, porque Frederick no se acerca a una paella ni que lo maten

—responde James divertido.

—Últimamente está poniendo empeño.

—Lo estoy intentando —confiesa guiñándome un ojo—. Pero ella es la verdadera chef.

—Oh, ahora entiendo ese afán por casarte con ella. Jo, no te engañes, es por eso. Que seas guapa es una nimiedad.

James enseguida me cae bien, es el tipo de persona extremadamente agradable y abierta. La verdad es que es totalmente opuesto a Frederick en cuanto a carácter se refiere.

Cuando traigan los espaguetis a la mesa, y James los prueba, emite un sonoro mmmmm y cierra los ojos.

—Nunca los había probado. ¿Qué son?

—*Cacio e pepe*, con queso *pecorino* y pimienta. Son sencillos de hacer —le

digo.

—Creo Jo, qué has conocido al hermano equivocado. Soy más joven, más guapo y tengo muchos más talentos que Frederick. Piénsalo —bromea.

—Ni hablar, búscate a otra —le advierte.

—¿No tendrás una hermana?

—Pequeña, se llama Alison. Pero tiene novio —le digo enseguida.

—Después de conocerme a mí, puede que ya no siga teniéndolo. Teníamos un grupo de country cuando éramos adolescentes, ¿lo sabías?

—Sí, me lo contó.

—Pues no sé cómo coño lo hacía, pero Frederick siempre acababa ligando mucho más que cualquiera de nosotros. En serio era un misterio, porque tampoco se acercaba demasiado las chicas. Yo en cambio, estaba pegado a su culo. Creo que me decían que si por pesado y todo.

—Aún estoy esperando a escuchar alguna canción —admito.

—Buscaré a ver si tengo alguna en el ordenador, pero no prometo nada. Hace demasiado tiempo de eso. Entonces, ¿os casáis dentro de una semana?

—Eso parece —digo.

—Pues nada, voy a tener que ponerme con el discurso de padrino. A ver cuándo me presentas a tu hermana, Jo.

Lechuguino, esta semana la cosa puede desmadrarse.

12 de Mayo

Hay ciertas cosas que uno debe hacer, como, por ejemplo, tal y como dice Erica, tener una despedida de soltera. En teoría, en las despedidas de soltera, la que va hacer la novia y todas sus amigas, salen de fiesta, se emborrachan, o lo intentan, se lo pasan bien, algunas incluso van con ciertos disfraces por la

calle... pero eso, en mi caso no es posible pues, en primer lugar, estoy embarazada, y segundo, no es mi actividad favorita.

Así que, como es mi despedida de soltera, he decidido que mis amigas, mi hermana y yo nos reuniremos esta noche en mi casa para cotillear, hablar sobre temas candentes de la oficina y ver películas hasta las tantas.

Igual que si tuviésemos 5 años, estamos comiendo chucherías y chocolate.

—Ha llegado la hora de las confesiones. Jo, como no puedes beber alcohol, tomarás zumo de manzana, sé que lo odias así que será un incentivo para motivarte a decir la verdad o a realizar el reto —dijo Alison con su pijama de franela rojo.

No sentamos las cuatro en el sofá, mientras que en la televisión salían unos dibujos animados.

—¿Son los frutis? Dios mío, hacía años que no los veía —exclamó Erica emocionada.

—Es verdad, cuando éramos pequeñas lo veíamos, ¿no te acuerdas Jo?

—Creo que sí.

—Pues yo no. Será que mis padres me censuraban casi todo. Ni siquiera me dejaban ver *Sailor Moon*, sólo Heidi y otras cosas aburridas.

—¿En serio? —exclamo sorprendida

—Hay ciertos dibujos animados que deberían estar prohibidos. ¿Has visto que cuerpazo tiene el Gokhu este? Incitan a pensar en el sexo —dice Regina mientras hace zapping en la televisión.

—Lo ven niños. Y los niños no piensan en el sexo. Aunque esa serie de Hércules humano... y lo daban en horario infantil ahora que lo pienso —añade Ali.

—Yo me tiraría al inspector Gadget. Puede que hasta te saque un vibrador por ahí—suelta Erica sin miramientos.

Esto se nos está yendo de las manos.

—Hemos empezado las confesiones antes de hora. A ver ¿cómo se juega a esto? —menciono para cambiar de tema.

—Empezaré yo —dice Ali—. Voy a preguntarle a Erica algo, y puede o contestar o beber. O, en algunos casos, se hace un reto, pero como estamos en tu casa y no se puede hacer nada divertido vamos a omitirlo.

Asiento, satisfecha con la explicación.

—¿Qué vas a preguntarme pequeña Foster? No tengo pelos en la lengua — responde Erica.

—¿Con quién perdiste la virginidad?

Erica sonrío, a saber que está pensando.

—Esto os va a encantar. Fue con Aidan Moore.

Aguanta la respiración al escuchar aquello. Lechuguino, sé que ese hombre es un futbolista muy famoso. La razón de mi conocimiento es que a través le encantaba como jugaba, se ve que es un hacha con el balón.

—¿El futbolista? ¿El novio de Inglaterra? —manifiesta Regina.

—¿El nuevo David Beckham? —pregunta Ali.

—El mismo. Iba a mi colegio, fuimos novios.

—No lo entiendo, ¿qué pasó para que ahora no seas la novia o mujer de un futbolista? — pregunto muriéndome de la curiosidad.

—Pasó que uno de los clubs de fútbol le hizo una oferta, y estaba dudando en aceptar o no porque quería quedarse conmigo en el pueblo. Así que hice lo que tenía que hacer, cortar con él para que tuviese un futuro brillante. A veces soy demasiado buena persona, o era, he aprendido de mis errores.

Muchas veces me pregunto si esa Erica que muestra al mundo es la verdadera.

—Caramba, qué fuerte.

—Ahora me toca preguntar a mí, y te la voy a devolver Alison. ¿El mejor polvo?

No entiendo porque tienen que hablar de esas cosas, cuando me pregunten a mí

tendré muy poco material.

—A los veinte, en la caravana del grupo con dos componentes de... lo siento, me hicieron firmar un acuerdo de confidencialidad.

—¿Estás de broma? —exclamo, horrorizada.

—No, te lo juro.

—¡También has hecho un trio! Y con dos tíos, por lo que parece. Quizás tendría que darle una oportunidad al trío de nuevo, pero esta vez voy a prescindir de la chica en la ecuación.

—Ahora yo. Jo, ¿dónde te lo montaste por primera vez con Frederick?

Mi bochorno va en aumento, están las mejillas bastante acaloradas, pero sé que tengo que responder.

—Pues... encima de la mesa del comedor —confieso tremendamente avergonzada.

—¡Jo! Que he comido encima de esa mesa —exclama.

—Es lo que hay. Ahora yo, y tengo una pregunta para Regina.

Ella alza la vista hacia mí, cuestionándome con la mirada.

—A ver.

—¿Estás enamorada de tu novio?

Sopla fastidiada, mientras me pone morritos.

—Jo, yo quería una pregunta sobre sexo, ¿por qué me ha tocado sobre amor?

—Te ha preguntado Jo — responde mi hermana.

—En fin. Lo cierto es que no lo sé. No estaba, no tengo ninguna duda. Pero ha llegado un punto en el que me ha decepcionado tantas veces que ya no sé qué es lo que siento por él. Tengo la esperanza de que esta boda me reconecte con él y entonces estoy segura de que voy a sentir otra vez ese amor que le profesaba.

—¿Estás segura? —pregunta Erica.

No responde, así que damos pie a una nueva ronda de preguntas hasta que

pongo esa película que ha traído Alison, *La cosa más dulce*, y es entonces cuando me doy cuenta de que no he tenido adolescencia.

15 de Mayo

La revista está sufriendo muchos cambios. En primer lugar, han remodelado toda la planta, y han hecho distintos cubículos. También han cambiado muchísima plantilla, aunque al menos mi departamento, el de redacción, sigue intacto.

Esto me asusta, diario, porque la seguridad de conocer a casi todo el mundo para mí era vital. Había adquirido ya con casi todos cierta confianza, pero ahora hay gente que no conozco, y con la que tengo que relacionarme.

Por eso, cuando el nuevo director de contenido general, con el que aún no he hablado desde mi ascenso, llama a la puerta, me pongo algo nerviosa. Me repito a mí misma que soy muy capaz de hacer mi trabajo y que no debo dudar de mí misma. Que soy toda una profesional, y que por eso estoy en este despacho.

—¿Jocelyn Foster? —pregunta al entrar.

Es un hombre un poco mayor que yo, no demasiado. Bastante alto, debe llegar a los 2 metros, muy rubio, con el cabello engominado y un bronceado atípico para estar en Londres. Cuando alzo los ojos y me encuentro con los suyos, me doy cuenta de que los tiene verdosos, aunque me parecen simpáticos.

¿Pueden unos ojos para hacerte simpáticos? No lo sé, pero es lo primero que se me ha pasado por la cabeza.

—Puedes llamarme Jo — digo, levantándome de la silla y yendo a su encuentro—. Bienvenido a la revista, Branson.

Le alargó la mano, y él me la devuelve, pero riéndose, no sé por qué. Nunca me he considerado graciosa, y tampoco creo que haya dicho nada, para partirse de la risa.

—Perdona, es que no me llamo Brandon. Soy Freddie, Freddie Meyers.

Lechuguino, Freddie... ¿de Frederick?

—Oh, lo siento, en el correo electrónico me han dicho que te llamas Brandon. Lo siento mucho —repito mientras siento escogiendo su típico color.

—No te preocupes, pero creo que Branson es el nuevo conserje.

Dios mío, no me van a tomar en serio. ¿Qué clase de persona no lee bien un maldito correo electrónico, y se confunde con el que es el nuevo director de contenido general con el conserje? Pues yo, Jo Foster.

—Oh, lo siento muchísimo —repito de nuevo.

Mi tendencia por disculparme no me ha abandonado, por lo que puedo comprobar.

—Tranquila, ni te disculpes. He leído alguno de tus artículos, y la verdad, me han encantado. No esperaba encontrar una mente tan despierta y profunda en una revista de moda —dice sin rodeos.

—No es para tanto —respondo.

—En serio, no lo digo por falsa modestia, mis artículos no son nada del otro mundo.

—Lo son, créeme, he estado en suficientes revistas como para decirlo. Tus enfoques son buenos, refrescantes, actuales. Tienen cultura, y eso puede marcar la diferencia.

—Vaya, gracias.

Ay, que me pongo más clorada de lo que estoy. Odio que me alaben, no sé nunca qué cara poner.

—Creo que podremos hacer grandes cosas. ¿Habéis empezado con junio?

—Tengo algunas ideas, pero esta tarde tengo una reunión con el resto del

equipo. Solemos discutir el contenido.

—Perfecto, oye pues cuando lo tengas comunícamelo y así podré hacerlo coincidir con el resto de las secciones.

—Genial —respondo.

Creo que lo he hecho bien. En realidad, no he hecho nada, he dejado que él hablara. Pero ¿qué más decir?

—Estaría bien que nos conociéramos un poco más. La verdad es que no conozco a mucha gente en Londres, soy de Manchester.

—¿De veras?

—Sí, pero no soy un fanático del equipo.

—¿Equipo? —pregunto confusa.

—De fútbol.

—Oh.

Por favor Jo, céntrate. Este hombre va a pensar que vives en otro planeta, y no en la tierra. Después de esto, creo que va a pensar que no estoy al nivel profesional.

—¿Comemos juntos?

Lechuguino, le había dicho a Erica y Regina que comería con ellas para acabar de zanjar algunos asuntos sobre la boda. Pero no puedo negar me, técnicamente es uno de mis superiores, y aunque no sé si puede despedirme, no voy a arriesgarme.

—De acuerdo, ¿a la una te va bien?

—Perfecto, nos vemos entonces.

Por fin sale de mi despacho, y puedo respirar tranquila de nuevo. Odio a la gente nueva, no sé nunca cómo tratarles.

Antes de que pueda volver a sentarme en mi silla, Regie abre la puerta entrando en mi despacho sin pedir permiso.

—¿Quién es ese que acaba de salir? Si no hubiese hecho mi voto de castidad...

—¿Castidad? — la miro incrédula.

—He prometido no volver acostarme con nadie que no sea mi prometido.

—¿Desde cuándo?

—Desde que me prometí. Y de momento lo he cumplido.

—Me alegro —digo con sinceridad—. Es el director de contenido general, técnicamente uno de mis jefes.

—Oh, el nuevo. ¿Es malo, bueno, duro, idiota...?

—Parece majo, al menos no se ha enfadado cuando le he llamado Branson en vez de Freddie.

—¿No has leído el correo? Branson es el nuevo conserje.

—Lo leí por encima. Da igual, la cuestión es que no puedo ir a comer con vosotras, tengo que ir con él. Oye, ¿podrías hacerme un favor?

—Depende.

—Esta noche Frederick tiene una cena con los inversores de su periódico, así que tengo que cenar con su hermano James, llegó ayer de Nueva York. ¿Podrías venir? Sabes que no me siento del todo cómoda con los desconocidos, y ya se lo he pedido a mi hermana Alison, pero me ha dicho que es imposible.

—La verdad es que no tengo ningún plan esta noche, pero se lo preguntaré a Erica, a ver si también quiere unirse. Creo que le hará bien desconectar un poco de su drama con Wayne —reflexiona.

—¿Qué ocurre con Wayne?

—Exactamente, no lo sé. Pero creo que sigue sin dejar a la novia modelo, y Erica está molesta por eso.

—Puede que aprecie al hermano de Frederick, es atractivo. Objetivamente hablando, claro.

—Ahora me ha picado la curiosidad. Madre mía, si ya lo dicen que la tentación está en todas partes. Primero el director de contenidos y ahora el

hermano de Frederick. La Providencia me está poniendo a prueba — exclama de un modo dramático.

20.00h: Diario, tengo miedo.

Regina y Erica me han traído a un bar antes de ir hasta el restaurante donde he quedado con James, y me he llevado una sorpresa al encontrarme que Erica se ha traído a, nada más y nada menos que al vikingo cuyo nombre no recuerdo.

Maldita la hora en que me quedé embarazada porque no puedo beber, y estas situaciones me generan estrés, mucho estrés. Cuando el vikingo se va al baño, me dirijo a Erica.

—¿Pero tú no habías discutido con él? Por algo de un trío.

—Así fue, pero luego hicimos las paces. Y cuando salía de casa me ha preguntado adónde iba y se lo he contado, me ha pedido si podía venirse, ya que James y él se conocen por algo de un intercambio.

—¿Hiciste un trio con ese hombre? —exclama Regina mientras se le desencaja la mandíbula.

—Sí, pero luego tuve una crisis existencial. Da igual, puede que volvamos a retomar nuestros encuentros ya que Wayne parece pasar de mi culo.

—No sabía que te fuese lo anal —susurra Regie.

—Literalmente hablando, de mi vagina, era una forma de hablar. No entiendo qué tiene esa modelo —dice indignada—. Como no tenga tres tetas... porque coño, yo tengo un buen par.

—Que es modelo. Más alta, más delgada, más guapa, más joven...

—Pero Erica es única, supera a cualquier modelo —la defiende a capa y espada.

Y es verdad, Erica es una pelirroja despampanante. No entiendo a Wayne, parece tener serrín en la cabeza. De hecho, puede que lo tenga.

—Eso tú y yo lo sabemos, pero los hombres a veces son gilipollas. En fin,

¿vamos a cenar? No quiero que el vino me suba antes de hora.
Asiento cuando veo que el vikingo viene hacia nosotras.

20.30: Lechuguino, la cosa se me está yendo de las manos. Bueno, a mí no, pero por alguna extraña razón me siento responsable de lo que está pasando. En cuanto James y el vikingo se han visto, se han saludado efusivamente y han empezado hablar sobre sus tiempos mozos en el intercambio. Después de ponerse al día, se ha presentado a Erica y a Regina.

—¿Cuál de las dos es tu hermana? —me ha preguntado.

—Ninguna, son mis amigas. Esta es Regina y esta Erica.

No soy una experta el comportamiento masculino, pero no paraba de mirarle el trasero a Regie.

Así que aquí estoy, viendo cómo el vikingo intenta convencer a Erica de que sería divino hacérselo en los baños mientras que James le tira el anzuelo, la caña y la red a mi otra amiga. Soy una simple espectadora y no puedo evitar pensar que Frederick tendría que estar aquí. Al menos él se reiría de la situación y le quitaría hierro al asunto.

—Mañana por la tarde es la presentación de mi libro, podrías venir. Creo que hay cáterin y todo —le dice, haciéndose el interesante.

No le culpo, Regina es una reina de la belleza, una Diosa bajada del Olimpo. Normal que esté intentando ligar.

—Qué pena, mañana tengo que ir al *Ikea* a comprarme un mueble y montarlo —finge apenarse.

—Puedo pasarme y ayudarte.

A eso, ella le soltó una sonora carcajada.

—Por favor, se te ve a leguas que es lo que quieres. Y créeme, si me hubiese cruzado contigo hace un mes, ya estaríamos en el baño, pero no estoy interesada.

—No, guapa —dice mientras se acerca a su oído, pero estoy delante así que escucho de todas maneras lo que le dice—. No me gustan los rollos de una noche, yo quiero que me folles con el cuerpo y el alma. Y si quieres te monto ese mueble de *Ikea* mientras pedimos unas hamburguesas y nos emborrachamos con vino y luego te empotro en él.

Creo que como ahora mismo, a mi amiga se le acaban de caer las bragas. Pero Regina es muy Regina y hace ver que no le ha afectado nada de lo que acaba de soltar.

—Un romántico, mal asunto —suelta de golpe, dando un trago a su copa.

—Ese romántico pide solo una semana —insiste él.

—¿Una semana? —responde con incredulidad.

—En una semana me enamoro de ti y luego ... tengo inspiración para escribir durante un mes y olvidarme. Siempre funciona.

—Menudo romántico.

—Creo que voy a retirarme —exclamo, viendo el panorama—. Estoy agotada.

—Te acompaño para que pidas un taxi —se ofrece James.

—No te preocupes, estoy bien.

Solo quiero salir de aquí, meterme en la cama y que mañana sea otro día. Y así lo hago en cuanto llego a casa. Entonces oigo el teléfono vibrar, es Frederick.

—¿Ratoncita?

—Hola Rick.

—¿Dónde estás?

—Acabo de llegar a casa.

—Yo ahora salgo de la cena, ¿quieres que venga?

—De acuerdo. Tengo una cena muy interesante que contarte.

—La mía ha sido bastante aburrida. Ahora mismo me tienes aquí.

—Vale, hasta ahora.

Estoy tan cansada que me quedo dormida encima del sofá, y solo me despierto cuando noto que alguien me está llevando en brazos hasta la cama.

—¿Frederick? —murmuro adormecida.

—Soy yo. Vuelve a dormir —dice mientras deja un beso en mi frente.

Y eso hago, pero a su lado que es mi lugar favorito en el mundo.

17 de Mayo

8.30

—Tu hermano estuvo toda la cena, literalmente, ligando con Regina. Y cuando digo ligando es ligando de verdad, no flirteando ni coqueteando —mientras se lo explico, hago que no con el dedo.

Frederick me escucha con atención mientras le hinca el diente a uno de los bollos que he hecho con mermelada por dentro.

—No me sorprende nada, es su tipo de chica.

—Pero no lo entiendes, ahora Regina iba por el buen camino.

—No podemos hacer que las personas hagan lo que deben. Por cierto, mañana tenemos cita en el ginecólogo, no te olvides.

—Lo tengo apuntado en la agenda. ¿Crees que Regina sucumbirá a los encantos de James?

Se le escapa la risa en cuanto me oye decir eso.

—Parece que estés narrando una novela de romance. La verdad, conociendo a mi hermano, no me extrañaría.

—Noooooo — exclamo.

—Jo, mi hermano es ... ¿cómo lo diría? Le encanta la idea del amor. Está enamorado del amor y desea enamorarse a toda costa. Con cada chica con la que se ilusiona, se pasa una o dos semanas, lo que le dura el entusiasmo,

perdiendo el culo por ello, hasta que se cansa.

—Creo que nunca había conocido a nadie así —digo sinceramente.

—Lo sé, es algo extraño. Pero sabes que Regina no busca eso, ¿no?

—Lo sé, busca víctimas y luego si te he visto no me acuerdo —reconozco.

—Entonces no hay peligro.

—Puede que tengas razón —reconozco.

—¿Cuándo no la he tenido? —responde con aires chulescos.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—No se lo tenga tan creído, señor Ross —murmuro levantándome de la silla, yendo hacia la habitación para vestirme, pero no llego a dar dos pasos porque tira de mí cogiéndome del brazo.

—¿Va a reñirme, futura señora Ross?

Me estremezco cuando susurra esas palabras en mi oído.

—Un poco.

Qué queréis, soy débil. Cuando dice esas cosas, cuando noto su mirada puesta en mi trasero, cuando desliza las siembras de sus dedos en mi nuca, como está haciendo ahora, no pienso más que sucumbir a la tentación.

—Ríñeme, muñeca —dice mientras mordisquea el lóbulo de mi oreja.

No lo pienso demasiado, bajo mi mano hasta su trasero y le doy una palmada. Cuando lo miro a los ojos se sorprende, pero pronto tuerce esa sonrisa que tanto me gusta.

—Lo siento —susurro.

En un abrir y cerrar de ojos tengo la bata desabrochada mientras mira con lujuria animal mis dos pechos desnudos. Adoro mira esa furia que se concentra en sus ojos al estar excitado, ese brillo en su mirada que parece que despegue en el cielo, hacia las estrellas.

—Yo no.

Se inclina hasta llegar a uno de los pezones con su boca, que ataca sin piedad,

dejándolo duro y algo adolorido del mordisqueo incesante. Repite el proceso con el otro mientras voy arqueando la espalda.

—Rick... no tenemos tiempo... —le apremio.

Me coge en volandas hasta subirme a la mesa de la cocina.

—Siempre hay tiempo para uno rapidito. Jo, no puedo dejarte ir tan húmeda y caliente.

Oh, y lo estoy, y él lo sabe porque me está pasando su dedo índice por mis pliegues mojados. Lechuguino, si es que no puedo hacer nada, es superior a mí.

Arrastra mis bragas hasta el suelo, y sus propios calzoncillos. Antes de rodearlo con mis piernas toco su miembro palpitante mientras me besa en un profundo beso que me deja medio lela.

—Jo, prométeme algo —murmura entrando en mis profundidades—. Prométeme que seguiremos haciendo el amor en la cocina hasta que no pueda levantarte. Que escandalizaremos al pequeño ratón que viene en camino. Prométeme que me querrás siempre.

Me está dejando sin respiración, con tus palabras y con sus embestidas que aumentan de ritmo y que cada vez son más profundas. Me sujeto a él por la nuca y le miro a los ojos.

—Te querré para siempre y más allá —expiro llegando al orgasmo más maravilloso de todos.

10.08: Estoy barajando la idea de un artículo sobre el *fast good* (es el *fast food* pero sano, algo que se ha puesto de moda y que es, por lo general, interesante) cuando alguien me interrumpe.

—¿Molesto? —pregunta Freddie Meyes abriendo la puerta.

—No, adelante.

Quería empezar el artículo, o al menos hacer el esquema, pero, en fin.

Supongo que tampoco estará aquí mucho rato.

—Los de tendencias me han dicho que van a centrarse bastante en lo que se lleva en varios festivales de música. He pensado que podríamos hacer un especial sobre eso.

—Es una muy buena idea. Voy a decirles que trabajen en ello.

—Me han dado dos entradas para que podamos asistir el viernes a uno muy famoso, se llama Glastonbury. No conozco a la mitad de cantantes, excepto Beyoncé, pero hacer fotos y contar la experiencia estaría bien. ¿Qué dices?

La verdad, no soy muy fan de esas cosas. En realidad, no ha ido a un concierto en mi vida. Lo mío es más el teatro, las cosas tranquilas, los conciertos en los restaurantes etc. Pero eso es trabajo, y no me puede negar.

—Oh, Beyoncé. ¿Quién no conoce a Beyoncé? De acuerdo, el viernes.

—Genial. ¿Sabes, Jo? Me recuerdas a una actriz de los sesenta, no recuerdo el nombre —dice de golpe.

—Oh, vaya.

No sé qué responder, nadie me había dicho nunca eso. Excepto Erica, pero porque me puse a llorar en el baño.

—Ya sabremos a quién llamar si nos falla alguna modelo.

Vale, definitivamente eso es lo más surrealista que me han dicho nada. Creo que me pongo a reír para no llorar.

—Basta por favor, los dos sabemos que no es cierto. ¿Qué enfoque van a hacer los de tendencias? — quiero cambiar de tema, pero ya.

—Me han dicho que van a centrarse en los estilos que lleva la gente y el ambiente. Lo digo en serio Jo, tienes cara de modelo.

—Nosotros podemos centrarnos en el formato de los festivales, opiniones de gente que toca allí y otros del público.

—Excelente.

Dicho esto, sale de mi despacho. Lechuguino, no tengo ningunas ganas de ir a

ese festival.

18.20: Diario, creo que tengo que resolver El follón que arme ayer. Así que, me levanto de la silla y voy hasta el cubículo de Regina dispuesta a disculparme.

La encuentro toda concentrada escribiendo algo en el ordenador. Intento ver qué es lo que hace, pero en cuanto me ve, cambia de pantalla. Tampoco quiero ser demasiado cotilla, así que ignoro este hecho.

—Regie, siento lo de ayer. No sabía que James tuviese esa faceta tan descarada —empiezo a disculparme.

—¿Por qué te disculpas? Como si fuese la primera vez que un tío me tira la caña. No es ni la primera ni será la última —exclama guiñándome un ojo.

—Pero no fue... ¿incómodo? —pregunto.

A mí personalmente me hubiese incomodado. Mucho.

—Para nada. Ya te dicho que estoy acostumbrada, sólo hay que mantener los límites. Que te regalen los oídos siempre va bien para la autoestima.

Que sí, que cuando Frederick me dice lo guapa que me ve, me gusta mucho, pero no creo que me gustase que otra persona me lo dijera.

—Ya, pero si te lo dice un desconocido...

—A ver, es el hermano de Frederick Ross, no es un tío que me acabo de encontrar por la calle. Además, lo hizo con estilo, tampoco es que me acosase. Y el chaval está... muy muy bien formado —dice poniendo énfasis a esto último.

—Entonces nada. ¿Te gusta?

—Pues claro que sí.

Lechuguino, ya me lo temía.

—No hagas... nada de lo que puedas arrepentirte. Cambiando de tema, ¿tú sabes lo que se lleva en el festival ese de música llamado Glastonbury?

— Oh, no querrás llevar eso —me advierte con una ceja alzada.

—¿Por qué?

—Es una excusa para ir prácticamente en bañador. ¿Vamos a hacer un artículo?

—Un especial. Busca algún cantante que participe para hacer una entrevista, y ya de paso algún asiduo al festival.

—¿Y vas a ir?

—Por desgracia, sí. Los de tendencias se han lucido enviando entradas.

—¿Los de tendencias? Ya les gustaría a ellos tener entradas para el Glastonbury. ¿En serio tienes entradas?

—Eso ha dicho Freddie Meyers.

—Raro. En fin, intenta no beber demasiado por eso del embarazo y tal.

—Es trabajo, hago las fotos y los apuntes y me voy. Además, solo conozco a Beyoncé. Todos los demás grupos me suenan a chino mandarín.

—Normal. Ah, le he dicho a mi peluquera que te haga un hueco para el domingo.

Es verdad, el domingo me caso.

—¡El domingo me caso! — exclamo de golpe y porrazo, como si una iluminación divina viniese a mí.

—Lo sé. Por cierto, qué novedad, mi prometida no podrá venir.

—Qué pena, me hubiese gustado conocerle.

—Tranquila, James será distracción suficiente.

—¡Regie no!

Pero no me hace caso, sonrío maliciosamente mientras mordisquea la punta del bolígrafo. Dios, me siento un poco como la protagonista de *Mi gran boda griega*, aunque mi boda ni será grande ni será griega.

Pero un poco desastre puede que sí sea.

23.00: ¿Lo mejor del mundo mundial? Ver una película en el sofá con Frederick, acurrucados. Es el mejor momento del día (excepto cuando estamos en plan *ñiqui ñiqui*, pero vamos, que tampoco es ... iba a decir habitual, pero debo rectificar porque, sí lo es).

Mientras Aaron Eckhart y Gwyneth Paltrow dan con una revelación sobre un *affair* entre dos escritores victorianos en *Posesión*, suena mi teléfono. Es un mensaje, pero lo ignoro, debe ser o Ali con la flores o mamá cuando su criterio es ignorado por Ali o Regina con el maquillaje o Erica con si puede traer a más de un acompañante.

Pero Frederick alarga el brazo y lo coge de la mesilla.

—Es... Freddie —dice, mirando la pantalla—. ¿Quién es Freddie?

—El nuevo director de contenido global. Es un poco demasiado entusiasta —admito.

—¿Y te escribe a las once de la noche?

—Eso parece —respondo sin darle importancia.

—¿Y no vas a responderle?

—Por supuesto que no, son las once. ¿Podemos ver el final de la película?

—Sí —responde finalmente, apretándome contra su pecho—. Es que, Jo, es raro.

—Hay gente que es pesada, ¿qué puedo hacer yo? Pues ignorarles.

—Ya Jo, pero tú no te das cuenta cuando los hombres intentan ligar contigo.

—¿De qué me estás hablando? —pregunto.

—Por ejemplo, en París, un camarero no dejaba de mirarte el escote. Y hubo un fotógrafo de la revista que te hacía ojitos.

No puedo más que reírme al escuchar aquello. ¿De dónde ha sacado esas cosas?

—Qué dices. Además, si así fuese el caso, los ignoraría —digo sin dar más explicaciones.

—No lo digo por eso. No quiero que te sientas incómoda, que te veas en situaciones donde no sabes cómo actuar. Imagínate que tienes que hacerle la cobra a alguien.

—¿La cobra? —pregunto.

—Cuando alguien se te lanza para besarte y tú desvías la cabeza, se llama hacer la cobra.

Ay la leche, qué expresión más tonta.

—Frederick, no soy tan despampanante para que la gente en la revista se fije en mí, habiendo como hay modelos pululando.

—Quién quiere una modelo teniéndote a ti —se queja, dejando un beso en mi frente.

—La cuestión es que te preocupas demasiado.

—Ojalá.

No dice nada más sobre el tema, pero a mí me preocupa ya que no dejo de darle vueltas al asunto.

¿Y si tuviera razón?

19 de Mayo

10.46: Cada vez que Erica me enseña alguna que otra fotografía sobre los mejores estilos del Glastonbury, me entra el pánico.

—No pienso ponerme nada de eso. Ni pantalones cortos, ni camisetas que parecen más bien una media camiseta, ni nada que lleve plumas —exclamo.

—Siempre puedes ir en *leggings* negros y una camiseta con un mensaje feminista, o unos vaqueros de pata ancha y una camiseta feminista.

—Esto suena mucho más razonable.

—Y pintarte al estilo Sioux.

—Pensaba que iba a un festival de música, no un evento de carnaval.

—Hay una delgada línea actualmente.

Hago una muñeca, no me apetece nada de nada. En serio, nunca he fingido estar enferma ni nada por el estilo, pero ahora mismo me lo estoy planteando.

—No quiero ir. Podría sustituirme, seguro que tienes plumas de quedar mucho mejor que a mí.

—Sin duda alguna, pero ya tengo planes para esta noche.

—¿Ah sí? — pregunto, confundida ya que, no sé en qué episodio de Wayne el fotógrafo está.

—Te dije que estaba con el vecino de nuevo. Pues eso.

—¿Wayne sigue con la modelo?

—Le he dicho no se molesten en dejarlo, que lo nuestro no podrá ser nunca, jamás de los jamases. Lo he mandado al cuerno, eso he hecho.

—Pues me parece muy bien —asiento convencida.

—Ya, ya, a ver cuánto me dura la determinación —dice riéndose de sí misma. La capacidad que tiene para ello siempre me sorprende, aunque realmente la admiro mucho.

—Por cierto, Regina está rara. ¿Sabes que me ha enviado un artículo sobre la metafísica de la moral de Emmanuel Kant.

—Este, ¿no era un filósofo un poco pesado sobre tener siempre la razón?

—Más o menos. Sobre las condiciones previas estéticas de la receptividad a la obligación.

—¿Perdón?

—Básicamente sobre la buena conducta. Parece que se está tomando muy a pecho eso de ser buena.

—Menudas chorradas. A ver cuánto le dura eso a ella.

—A saber. Por cierto, ¿vas a traerte a tu vecino a la boda?

—Aún no lo sé, pero es probable que no. ¿Tienes primos?

—Por parte de mi padre unos cuantos. Pero son muy ingleses, muy estirados y muy esnobs, ya sabes, eso de ser de la realeza se le sube a la cabeza.

Hace una mueca abriendo mucho los ojos.

—¿Eres de la realeza? Coño Jo, estas cosas se dicen. Voy a tener que ponerme una pamea y todo.

—Puedes llevar lo que quieras. Bueno, tampoco te presentes en bikini. Por lo de las fotos, Ali. Insistido en contratar a un fotógrafo, ya sabes, sería incómodo que todo el mundo estuviese vestido y tú en bikini...

—Lo he pillado, no voy a venir en bikini. Bueno, lo haría solo para incomodarte. Pero luego me vestiría.

La verdad es que sería muy gracioso ver a todos los invitados en bikini, solamente valdría la pena para ver la cara de mi madre. Da igual, esto no va a suceder.

16.30: Estoy lista para ir al Glastonbury.

Bueno, no lo estoy, pero qué remedio. Al menos estoy vestida, y no con plumas. Freddie Meyers llama a la puerta de mi despacho preguntando si estoy lista para irnos.

Asiento y me levanto de la silla. Llevo vaqueros de pata ancha yal y como Erica me ha aconsejado con plataformas y una camiseta rosa chicle de tirantes.

—¿Lista? Me han dicho que hay bastantes famosos.

—Eso me han dicho.

Tampoco es que vaya a reconocer a ninguno, pero no lo admito, pues estoy trabajando en una revista de moda y debería.

He decidido ir en coche. Sí, tengo un coche que apenas utilizo, en Londres me muevo básicamente en metro porque es lo más práctico, pero el festival está en Sommerset.

—Podemos ir en un solo coche, no me importa —insiste Freddie Meyers.

—No quiero quedarme hasta muy tarde y tampoco voy a fastidiarte si quieres quedarte más rato. Insisto.

Al final accede, así que me monto en mi cochecito -porque es uno de esos pequeños pero seguros, de color amarillo chillón- y ponemos rumbo al festival.

La verdad, yo solo puedo pensar una cosa, y es que este domingo voy a casarme. Estoy feliz, muy feliz la verdad, porque es un momento crucial en mi vida y porque lo estoy haciendo cuando estoy más segura de mi misma y más contenta.

Durante todo el trayecto voy cantando canciones de los Beatles que salen por la radio y de una tal Amy MacDonald hasta que por fin llegamos. Me quedo asombrada de la cantidad y cantidad de coches que hay aparcados. De veras, no pensaba que esto fuese tan grande. Lechuguino, ¿luego cómo voy a encontrar mi coche?

Busco alguna referencia cuando veo que uno de los árboles tiene forma de cono, bueno, el tronco, y lo dejo cerca de él.

—No pensaba que hubiese tanta gente —confieso cuando Freddie sale de su coche.

—Lo sé, es alucinante. Entremos a ver el ambiente.

Asiento, cruzándome el bolso para tener acceso a mi libreta y bolígrafo. Tenemos que caminar bastante hasta llegar a la entrada, donde también debemos hacer cola para entrar. Una vez dentro, veo que hasta hay un mapa indicándote todos los escenarios que hay, los bares, restaurantes y hasta las áreas de tiendas de campaña.

—¿Has visto? Hay tiendas, qué fuerte —exclamo.

—Así es —responde Freddie.

Pronto saco la libreta y empiezo a hacer apuntes.

—¿Te traigo algo para beber? —pregunta éste cuando pasamos por delante de una parada de bebidas.

—No, gracias, no tengo sed.

—¿Una cerveza? Podemos divertirnos igual.

—Una *Coca-cola* —digo, viendo que se pone pesado.

No tarda ni diez minutos en volver.

—Gracias.

—De nada. Oye, ¿vamos a ver ese grupo? He oído que lo petan bastante.

—Oh, de acuerdo.

Sería interesante dedicarles un artículo, así que avanzamos hacia el escenario. Tienen mucho público, algunos más cerca cantan y bailan al ritmo de la música. Otros, más atrás, están sentados en el césped.

Entonces Freddie Meyers empieza a bailar. Esto empieza ser algo incómodo, porque va acercándose a mí. Ay no, no puede ser posible. No quiero que Frederick tenga razón, no quiero hacerle la cobra, siempre me han dado pánico las serpientes.

—Jo, eres muy guapa —dice de golpe.

—Eeh, ¿gracias? Pero no creo que sea una buena idea...

—Lo es. Vamos, sé que te gusto, escuché cómo hablabas de mi a tu amiga —se apega a mí.

Lechuguino, no quiero, pero ¿cómo se le dice que no a alguien?

—No estaba hablando de ti sino de otro Frederick —aclaro.

—Claro —se ríe, creo que no se lo cree.

—En serio, mi novio se llama Frederick. Voy a casarme con él.

Cambia la cara y para de bailar.

—Creía que teníamos *feeling*. Yo... lo noté. ¿No lo notaste, Jo?

Lechuguino, pero qué insistente que es este tío. Ya no sé qué decirle para que vea que no, que no tengo *feeling* ni *flow* ni nada con él.

—No. Lo siento —susurro.

—Quizás si te beso se te aclaran las ideas —insiste.

—Creo que es una mala idea. Es tarde, creo que voy a irme ya —entro en pánico, no quiero hacerle la cobra, pero tendré que hacerlo si me besa.

Rectifico, no quiero que me bese, pero tampoco quiero hacer la cobra porque no sé si sabré hacerlo.

—Espera, ¿te vas sin más? —pregunta, confuso.

—Sí. Hemos venido por trabajo y ya he terminado.

—No era exactamente por trabajo. Creía que teníamos una conexión especial, por eso te invité.

—Eeh no. Nos vemos —voy retirándome paso a paso.

Dios, creo que esto ha sido el momento más incómodo de toda mi vida.

—¿No vas a tomarte ni una cerveza?

Entonces es cuando pierdo los nervios, pero Jolines, una tiene sus límites.

—No, no voy a tomarme una cerveza porque estoy embarazada de un mes, y el domingo voy a casarme con mi prometido que, por si te interesa, es Frederick Ross, sí, también se llama Frederick. Y no, no noté ninguna conexión especial. Buenas noches.

Con prisas, vuelvo hasta mi coche, tiempo que me parece una eternidad por la larga distancia. Me encierro en él, me pongo el cinturón y arranco rumbo a mi casa.

Frederick tenía razón, la cobra se venía a venir. Bueno, al menos no he tenido que hacerla.

¿Por qué no veo estas cosas?

21 de Mayo

09.00: Hoy es el día, diario. Decir que es el día más importante de mi vida sería mentir, porque hay días mucho más importantes que este, como por ejemplo el día que nací, el día que me gradué, el día en que Frederick Ross confesó su amor por mí, el día en que me enteré de que iba a ser madre (bueno, técnicamente fue una sospecha en varios días y más que feliz estuve asustada, pero esto va a quedar entre tú y yo, diario).

Pero, de todas formas, estoy feliz. Es una felicidad extraña y genuina, algo que no se percibe en el ambiente, que viene de dentro, del corazón.

—¡Jo! Los vestidos de las damas de honor, ¿dónde los has metido?

Mi apartamento se ha convertido en una especie de salón de belleza, cafetería y gabinete psicológico desde que mamá, Erica, Regina y Alison han llegado hace dos minutos.

—Están en el armario de la entrada, mamá.

No entiendo a qué viene tanta prisa, si la boda empieza hasta las 5:00 de la tarde, pero en fin.

—Es increíble que vayas a casarte antes que yo. Pero me alegro, me lo estoy tomando como un ensayo general de la mía —dice Regina mientras se sirve una taza de café.

—Mientras no te pongas su vestido y vayas directa al altar... —le espeta Erica.

—Qué exagerada que eres.

—¿Al final viene o no viene tu prometido?

—No viene.

—Pues Kay sí va a venir, al principio me dijo que tenía que tocar en el Glastonbury pero resulta que era ayer —dice Ali mirando una revista de peinados.

—¡Jo! ¿Qué tal fue el viernes? —dice Erica de golpe.

—¿Fuiste al festival? —pregunta mi hermana extrañada—. Si tú odias los

conciertos.

—Fui por trabajo. No sabía que la banda de Kay tocara el festival. Es perfecto, ya tengo banda a la que entrevistar.

Omito lo que pasó, la verdad es que no he pensado en ello desde el viernes. Cuando llegue a casa, me puse a dormir enseguida, esperando a que la Providencia me borrara la memoria. La ventaja es que me he cogido una semana de vacaciones, son días que puedo cogermelo para luna de miel, que, por cierto, aún no sé a dónde vamos a ir. Frederick me ha dicho que tiene preparada una sorpresa. Así que no tendré que verle la cara a ese idiota hasta dentro de una semana.

¿Va a ser incómodo? Por supuesto. Pero hoy es el día de mi boda, y no pienso gastar ni un segundo comiéndome la cabeza por ello.

—Dentro de media hora llegarán las peluqueras. ¿Ya sabes qué quieres hacerle en el pelo? —pregunta mamá saliendo de baño.

Tengo un susto de muerte cuando la veo con la cara literalmente de color azul. Que susto, es una mascarilla.

—No lo sé. No quiero algo que no parezca yo, ¿sabéis?

—Entiendo, quieres algo con lo que marcar tu esencia, tu estilo —filosofea Regina.

—Mmm algo con lo que no me vea rara, más bien.

—Esto empieza a parecer uno de esos programas de *Divinity*. Si David Tutera aparece por la puerta será demasiado —añade Erica riéndose.

—Te sabes la programación de memoria, es increíble —me sorprende.

—Lo miro cuando voy al gimnasio, en la elíptica. ¿Qué? Me chiflan esos programas sobre buscar el vestido perfecto, o perfecta o esos en los que se subastan garajes. Nunca sabes que puedes encontrar ahí dentro.

—Algo asqueroso, sin duda —añade Regina.

17.00: parece uno de esos de aplicaciones, pero hay veces en la vida en que la realidad supera la ficción. Aquí estoy yo, hecha un flan, entrando en la iglesia del brazo de mi padre con las rodillas flaqueándome y los nervios a flor de piel.

Todo se detiene, al menos en mi cabeza. Sé que la música sigue sonando que yo sigo caminando, que la gente tiene los ojos puestos en mí, pero yo solo puedo ver a Frederick mirándome como si fuera el ser más maravilloso del universo.

Me emociono de tal manera que casi me echo a llorar al ver que sus propios ojos se le empañan. Por fin llego hasta él, me sujeta por el brazo y me da un beso en la frente antes de girarnos hacia el cura.

—Creo que, si perdiese la memoria y te viese como ahora sin recordarte, me enamoraría de ti al instante —susurra antes de que empiece la ceremonia.

—Si me dijeras esas cosas, yo también — respondo con picardía.

No voy a aburrirlos con los detalles insignificantes, solo diré que, aunque eso de puedes besar a la novia en realidad no lo dicen, Frederick igualmente realizó la acción. Evidentemente mi sonrojo fue épico, pero feliz.

19.00: Diario, aunque estoy escribiendo esto desde la habitación de un hotel, a esa hora estaba conociendo a los padres de Frederick, que se habían presentado a la boda por sorpresa.

Su madre es una mujer de más o menos la edad de mis padres, muy rubia con el cabello ondulado y algo cardado de atrás, con los ojos verdosos y una sonrisa sincera. Su padre en cambio me recordó al típico cowboy de las películas de vaqueros, silencioso de mirada penetrante e igual a la de Frederick, alto, musculado... Vamos, John Wayne más mayor y menos atractivo.

James fue el primero en lanzar un discurso bastante divertido sobre cómo

Frederick y yo nos conocimos. Evidentemente, no mencionó el desastre que era ni tampoco ciertas incidencias más bien sexuales, pero sí hizo mención al viaje a París y al cactus en su culo.

A la hora de brindar, tomé un sorbo de champán y Frederick me fulminó con la mirada.

—¿Qué haces? —me susurró al oído.

—La ginecóloga me dijo eso de tener el alcohol súper prohibido es un mito, puedes tomarte una copa de vez en cuando.

—¿Cuándo fue eso?

—Cuando tu madre te llamo y salís del pasillo. Además, no quiero que piensen que me caso de penalti. Aunque lo haga.

—Nadie se dará cuenta de si bebes o no.

—Te equivocas. Tía Millie me ha visto y le ha susurrado algo la oreja a tía Grace. Estaban pendientes de si lo hacía o no, estoy segura.

—Por si acaso no te pases, a ver si saldrá con el síndrome alcohólico fetal por empeñarte en guardar las apariencias.

—¿Me estás haciendo sentir culpable?

—Sí.

—A veces eres cruel.

—Lo hago por vuestro bien.

Entonces se levantó, sacando de su bolsillo derecho -por cierto, el traje le sentaban de maravilla- un trozo de papel cuadriculado y escrito. Alzó la copa y pidió atención golpeándola suavemente con un cuchillo.

—En primer lugar, me gustaría daros las gracias por asistir a uno de los días más importantes para nosotros. Ahora voy a dedicarle unas palabras a mí ya mujer.

Lechuguino, que esa soy yo. Que ya soy Jo Ross, no Jo Foster. Aunque podría conservar mi apellido, claro. Siempre he pensado que es una tontería

cambiarse el apellido al del marido, pero qué se le va hacer.

—Que luz es luz si a ti no te veo. Que gozo es gozo si no estás aquí. A no ser que sueñe que estás aquí presente y que la imagen de la perdición venga a ser alimento de mi vida. Si de noche no estoy cerca de ti, no tiene armonía el ruiseñor. Si de día no te contemplo, es todo sombras y caos para mí. Eres mi esencia.

Las palabras de Shakespeare en boca de Frederick hicieron que toda mi esencia se estremezca, se emocione, que mi alma salga incluso de mi cuerpo. Estaba a punto de llorar, no sé cómo logré contener las lágrimas hasta que una logró escapármeme. Me levanté de la silla y le susurré algo al oído.

—Te quiero tanto Frederick... —murmuré mientras escuchaba aclamaciones de "que se besen", y no les defraudamos.

22.05: Pegada a Frederick bailábamos al son de *Por ti volaré*, mientras de reojo me fijaba en que Alison y Kay hacían lo mismo.

También vi como Erica estaba rodeada de algunos de mis primos. Creo que la escuchaban muy atentamente y, quién sabe qué era lo que les estaba contando. Muy Erica, qué decir.

Y James estaba sentado al lado de Regina, en una mesa al fondo de todo. Parecía que estaban teniendo una conversación muy profunda pues se miraban a los ojos y juraría que había fuego en ellos. En aquel momento me preocupó Regina, pero decidí que Frederick tenía razón, no podemos dirigir a las personas a que hagan ciertos actos, aunque veamos que se estén dirigiendo al abismo. Solo podemos advertirles, y ya lo había hecho con anterioridad.

Los padres de Frederick y mis padres estaban hablando en su mesa muy animadamente. Incluso mamá, con anterioridad al baile me había comentado que habían quedado en irse los cuatro de vacaciones en el crucero.

Me alegro de que se lleven bien.

—¿Ratoncita? —susurró en mi oreja.

—Dime.

—Espero que tengas preparada la maleta, porque en una hora tenemos que irnos al aeropuerto.

Era cierto, con tantas emociones se me había olvidado por completo. Pero recordaba que aquella mañana Alison había insistido en hacérmela.

—Creo que Alison me la ha preparado. No tengo ni idea de lo que habrá metido.

—Tu hermana tiene buen gusto, ya quedó demostrado.

Cierto, recordaba aquella cita donde me había puesto el vestido que me había comprado con ella. Decidí que no iba a escandalizarme cuando la abriera y muy probablemente, viese un montón de ropa interior escandalosamente sensual.

—¿Vas a decirme adónde vamos?

—Ni hablar, lo sabrás cuando llegemos al aeropuerto.

—¿No vas a darme ni siquiera una pequeña pista?

—No, pero seguro que te va a encantar.

Y no se equivocaba.

23.00: Después de despedirme de los invitados que quedaban en la carpa en la que se había celebrado el banquete de boda -situado en el jardín de mi casa-, llegó la hora de lanzar el ramo porque no lo había hecho al salir de la iglesia. Así que me puse de espaldas a la gente y lo lancé a una distancia prudencial. En cuanto lo hice, me di la vuelta enseguida para ver quién había sido la que lo había cogido. Pensaba que sería Regina, pues era la única prometida que había acudido a mi boda, pero no fue así.

Con cara de póquer, era Erica quien sujetaba el ramo.

—¿Algún voluntario? —dijo finalmente, tomándoselo la broma.

A todo eso, me percaté de la ausencia de Regina, y también de la de James. ¿Dónde se habrían metido? Daba igual, no quería saberlo.

Fue entonces cuando Frederick y yo nos metimos en su coche, y pusimos rumbo al aeropuerto. Seguía sin creérmelo, me había casado, yo, Jo Foster, me había casado con el que probablemente, era el hombre de mi vida.

—¿Estás lista para unas vacaciones de ensueño? —preguntó cuando llegamos al aeropuerto y aparcó el coche.

—Claro que sí. Aunque no quieras decirme dónde.

—Enseguida lo sabrás.

Pasamos todos los controles, hasta estar dentro del aeropuerto. Lo seguí, llegando hasta una puerta de embarque donde ponía París. Empecé a sonreír, recordando nuestros inicios en aquella ciudad.

—¿París? —pregunté con regocijo.

—No podría ser otro sitio. Me quedé con las ganas en aquella habitación de hotel, y te debo una cena en aquel restaurante —murmuró dándome un sonoro beso.

—Es verdad. Pero hay algo que tampoco hicimos —respondí, teniendo una gran idea.

—¿El qué?

—Bañarnos en una fuente.

—No me tientes, flamante esposa —dijo riéndose.

Cuando fue la hora, entramos en el avión, y yo no pude más que recordar la primera vez que subí en un avión con él, también rumbo a París. Fue uno de los momentos más vergonzosos de toda mi vida, pero lo recuerdo con cariño.

—Ahora si nos preguntan, ya podemos decir que vamos de luna de miel de verdad —dije apoyando la mejilla en su pecho.

Justo cuando el avión se puso en marcha, escuchamos a una señora detrás nuestro que nos hablaba.

—¡Pero si son aquella pareja que ganó el concurso en San Valentín! — prácticamente gritó.

Me giré, sin creérmelo. Es la misma señora mayor que nos habíamos encontrado en el avión aquel día. Era increíble, ¿cómo podía ser?

—Vaya, qué casualidad —solté.

—¿Cuál es la excusa del viaje esta vez? —preguntó.

Realmente, la gente es algo cotilla. Estaba a punto de decirle que no necesitábamos ninguna excusa para ir a París, pero Frederick se me adelantó.

—Nunca nos cansamos de repetir la luna de miel. Pero esta vez celebraremos que, a la próxima, seremos tres.

—¡Felicidades!

Dios, tuve un bochorno espantoso pues la mitad del avión empezó a felicitarlos. Cuando por fin, todo el mundo nos dejó en paz, me acerqué al oído de Frederick.

—¿No te cansas de ser el centro de atención en un avión?

—Contigo nunca.

Así que aquí estoy, escribiendo sobre mi boda en la luna de miel, mientras mi marido está a mi lado impaciente a que termine porque... bueno, ya os imagináis el motivo.

—Ratoncita, cuando terminemos tienes que apuntar también eso, que no se te olvide —añade.

Lo cierto es que no sé si continuar con ese diario, pero por una razón muy simple, puede que esté demasiado ocupada viviendo como para escribir.

Seis meses después

11 de Noviembre

Tengo una barriga enorme. ENORME. Me cuesta moverme y además hace un frío que pela, hasta está empezando a nevar. Con el abrigo atado hasta cuello, bufanda y gorro de lana espero a las puertas del centro comercial a que Frederick llegue con el coche para volver a casa. Una casa preciosa, a las afueras de la ciudad y con jardín, por cierto.

Si es que estoy de ocho meses, casi nueve. En cualquier momento voy a romper aguas. Bueno no, le faltan dos semanas según la doctora, pero yo siento que no voy a aguantar tanto.

Para moverme necesito paciencia, pero es que necesitaba salir de casa, ahora que estoy de baja me aburro como una ostra en el fondo del mar. De todas formas, Regina y Erica siguen enviándome sus artículos para que lo supervise, no se fían de Freddie Meyers.

Después de la luna de miel, cuando volví a la revista pensaba que sería muy incómodo, que se avergonzaría de su actitud, pero me equivocaba. Siguió con el acoso y derribo durante unas semanas más, hasta que se dio por vencido. Mentira, hasta que se dio cuenta de que verdaderamente estaba embarazada y mi barriga empezó a crecer.

Es bastante fantasma, todas en la revista ya lo tenemos bastante calado, así que vamos con pies de plomo con sus "ideas brillantes" que siempre resultan ser mediocres.

Este sábado he decidido salir al centro comercial porque, en primer lugar, empezaba a tener un vacío en la nevera muy grande, y aunque Frederick insiste

en que le haga la lista de la compra, siempre se acaba dejando cosas. En segundo lugar, siento una irrefrenable necesidad de mirar cosas de bebés, me da la sensación de que cuando nazca voy a estar demasiado ocupada, y si me faltan cosas no voy a tener tiempo de ir a por ellas.

Y tercero, necesitaba el último libro de Lisa Kleypas. Durante mi baja, que se me está haciendo eterna, me he aficionado a los libros románticos históricos. En serio, pensaba que no había nada mejor que Shakespeare, hasta que leí *El diablo tiene ojos azules* y me enganché.

Que decir, siempre he sido una romántica empedernida y, aunque había perdido la esperanza. Pero, la esperanza debe ser lo último que se pierde, y si no mírame a mi diario, viviendo una fantasía.

—¿Jocelyn?

De golpe, escucho una voz que se me hace conocida. Me doy la vuelta, con cierta torpeza, y me quedo de piedra: allí está Travis, observándome con los ojos muy abiertos, empezando a balbucear.

—Hola Travis.

Meses atrás, quizás me habría enfadado con él. Quizás le habría puesto mala cara, y había soltado cuatro verdades, reprochado muchas cosas, a ver le dicho lo mala persona y lo mal novio que había sido. Pero ahora todo eso me parece superfluo. No, ya no es importante. Travis forma parte del pasado, un pasado que superado con creces. Cuando estaba con él, fui una Jocelyn distinta a la que soy ahora.

Ya no soy la Jocelyn Foster que salía con él, me refiero a que soy la misma, pero igual que los *Pokémon*, he evolucionado. Y la evolución así siempre es sinónimo de mejora.

En parte, graciosa la condescendencia de Travis reaccione, cambió el rumbo de mi vida y ahora soy feliz. Quizás si no hubiese leído aquel mensaje aquel día, no hubiese abierto los ojos, y ahora mismo sería la misma Jocelyn

asustadiza, sin autoestima y conformista.

—Estás embarazada —dice.

—Lo estoy.

Guardo mi contestación irónica de, "¿en serio? No me había dado cuenta".

—Te veo genial, feliz.

—Soy feliz. ¿Qué tal te va?

Se encoje de hombros, no creo que sepa contestar a eso.

—Si te dijese que bien mentiría. Tenías razón, sobre lo que sentía por Lilian.

—¿E hiciste algo al respecto?

No es que me importe demasiado, es puro morbo y cotilleo.

—Sí, pero no funcionó. Oye, creo que no fui la mejor persona cuando estuve contigo, Jo. Lo siento.

Asiento, aceptando sus disculpas.

—Te perdono.

Qué decir, si, ya no siento odio hacia él. Y lo sentí, cuando leí todo aquello, una parte de mí se decepcionó muchísimo y me dolió, pero ya no.

—Tendría que haberte valorado más, ojalá pudiese retroceder, dar marcha atrás. Cambiaría muchas cosas.

Quiero decirle que a veces las cosas pasan por una razón, pero me doy cuenta de que Frederick aparca el coche al lado de la acera poniendo los cuatro intermitentes.

—Tengo que irme Travis. Suerte en todo.

—Lo mismo digo, y enhorabuena.

Camino poco a poco hasta el coche, mientras Frederick sale de él y me abre el asiento del copiloto.

—Jo, con cuidado —me advierte cuando me dejo caer en el asiento.

—Mis movimientos están limitados, cariño —me quejo.

—Lo sé. Deja que te ponga el cinturón.

No protesto, si total dudo que pueda hacerlo. Cuando termina, vuelve a su asiento y arranca el coche, pero antes de movernos me da un beso en la mejilla.

—Yo quería una mini Jo, ¿sabes? —confiesa entonces.

—Pues ya has oído a la doctora, será un niño.

—Después de este vamos a por la niña.

—Oye, que esto es difícil, ¿eh?

—No lo dudo. ¿Qué te parece Alfred?

—Ni hablar, es nombre de mayordomo.

Mientras discutimos nombre, puedo mirar por el retrovisor, y ver cómo Travis desde la acera tiene la vista fija en el coche con cierto aire melancólico.

—Eso te pasa por leer tantas novelas históricas. ¿Daniel?

—Muy común.

—William.

—Ah no, no pienso llamarme como el príncipe. Mi madre ya insiste demasiado en ello.

—¿Derek?

Me lo pienso durante unos minutos. Derek Ross. Suena algo raro, pero me gusta Derek.

—Pues es bonito.

—Como tú.

Sigo sonrojándome, como una colegiala cuando me lanza piropos. Hay cosas que no cambian nunca.

FIN

^[1] Personajes de la película *Cuando Harry encontró a Sally*

[2] John Galliano, diseñador actual de *Dior*

[3] Adaptación cinematográfica moderna de *Emma*, libro de Jane Austen

[4] Personaje de *El perfume*.